

GREG DONEGAN



ATLANTIS
LA CIUDAD PERDIDA

Lectulandia

Tres misteriosos lugares sobre la tierra: el Triángulo de las Bermudas, el Mar del Diablo en Japón y una pequeña región de Camboya. Dentro de sus límites han desaparecido aviones, se han esfumado barcos y, en Camboya, una civilización se ha extinguido. Ahora, la fuerza destructiva que está tras estos misterios ha sido revelada. Ya nos habían invadido antes. Hace diez mil años. Cuando destruyeron la Atlántida. Y ahora han regresado. Tres misteriosos lugares sobre la tierra: el Triángulo de las Bermudas, el Mar del Diablo en Japón y una pequeña región de Camboya. Dentro de sus límites han desaparecido aviones, se han esfumado barcos y, en Camboya, una civilización se ha extinguido. Ahora, la fuerza destructiva que está tras estos misterios ha sido revelada. Ya nos habían invadido antes. Hace diez mil años. Cuando destruyeron la Atlántida. Y ahora han regresado.

Camboya, 1968. Eric Dane, miembro de las Fuerzas Especiales, se adentra junto a su equipo en territorio enemigo. La misión secreta que están llevando a cabo se ve interrumpida por el descubrimiento de unas ruinas, posiblemente las de la ciudad perdida de Angkor Kol Ker, y por una extraña niebla que parece tragarse todo lo que encuentra a su paso. La misión termina en forma de tragedia. Sólo Dane sobrevive. Tres décadas después la inexplicable niebla reaparece, no solamente en Camboya, también en el Triángulo de las Bermudas y en el Mar del Diablo. Es una amenaza que incumbe a las fuerzas militares más potentes. Un poder que supera nuestra ciencia y tecnología. Un enemigodespiadado que llevará a Eric Dane (y a todo el planeta) en una desesperada batalla final por la supervivencia.

Lectulandia

Donegan, Greg

Atlantis

La ciudad prohibida

ePUB v1.2

Seoman 10.07.11

más libros en lectulandia.com

Primera parte

- El pasado -

La sequía

- Angkor Kol Ker -

Estaba muy avanzado el primer mes de la estación de las lluvias, y aún no había caído una gota. La preocupación de la primera semana había dado paso al miedo en la cuarta. A medida que descendía el nivel del agua en el profundo foso, se debilitaba la determinación de los habitantes de la capital. La ansiedad se propagaba como una enfermedad, de persona a persona y de madre a hijo.

Habían tardado quinientos años en construir la ciudad, y toda su riqueza, sus recuerdos y las tumbas de diez generaciones de antepasados estaban protegidos por sus defensas acuáticas. Era la ciudad más avanzada y hermosa de la faz de la Tierra.

Miles de kilómetros al oeste, en la Ciudad Eterna, Carlomagno era coronado emperador del Sacro Imperio Romano en la Ciudad Eterna. Sin embargo, en comparación con este lugar enclavado en lo más profundo de la selva del Sudeste asiático, hasta Roma parecía pequeña. Era el centro de un imperio que limitaba al sur con los imperios de Srivijaya, en Sumatra, y Sailendra, en Java. Al nordeste, en China, gobernaba la dinastía Tang, mientras que al oeste, en Oriente Medio, subía la marea del Islam.

En Angkor Kol Ker, capital y corazón del imperio Khmer, dominaba una arquitectura que Europa aún tardaría medio siglo en conocer. Pero en el imperio había una Sombra, una oscuridad, que impedía viajar a la India y más allá.

Los antepasados del pueblo Khmer habían recorrido medio mundo para evitarla, y durante muchas generaciones parecían haber burlado la fuerza que había destruido su tierra natal. Ese lugar había visto nacer a los Predecesores, que conocían los secretos de la Sombra, secretos que sus descendientes habían olvidado o sólo recordaban como mitos. Pero hacía dos generaciones el mito y la leyenda habían vuelto a formar parte de la vida de los Khmer. En la montañosa selva del noroeste había aparecido la Sombra, unas veces acercándose y otras casi disipándose, pero siempre deteniéndose ante el agua. Ahora el agua estaba evaporándose.

El emperador y sus consejeros miraron hacia la selva cubierta de niebla al otro lado del foso, conscientes de que la Sombra los había dejado sin opciones tan deprisa como el sol evaporaba el agua. En la torre de vigilancia situada en la cima de una montaña del norte que asomaba por encima de la niebla avistaron un fuego. Ardió durante dos noches, luego se apagó y no volvieron a verlo.

El emperador supo que había llegado el momento. Miles de años atrás, los Predecesores habían dejado escrito cómo habían abandonado su tierra. Era consciente

del sacrificio que supondría el abandono de la ciudad. Los Predecesores habían tomado una decisión difícil para salvar a su pueblo. A la mañana siguiente, el emperador dio la orden de abandonar la ciudad.

Cargaron los carros hasta los topes, se ataron fardos a las espaldas y, en grupos, los habitantes de la ciudad cruzaron el solitario paso elevado y se encaminaron hacia el sur.

Se quedaron cincuenta hombres fornidos. Guerreros provistos de lanzas, espadas y arcos, habían decidido representar a todo el pueblo Khmer. Se enfrentarían a la Sombra para que la ciudad no muriera sola. Destruyeron el paso elevado y esperaron en el extremo norte de la ciudad, observando la oscura niebla que se aproximaba. Ésta se acercó aún más, pese a sus oraciones para que el cielo se cubriera de nubarrones y la lluvia llenara el foso.

Estos hombres habían sido puestos a prueba en el campo de batalla en numerosas ocasiones. Contra el pueblo Tang, al nordeste, y el pueblo del mar, en la costa meridional, habían librado muchas batallas y ganado la mayoría, extendiendo el imperio Khmer. Pero los guerreros Khmer nunca se habían internado en las selváticas montañas del noroeste. Nunca habían ido, que ellos recordaran, en aquella dirección, ni había llegado ningún intrépido viajero de las tierras del otro lado.

Estos guerreros eran hombres valientes, pero hasta el espíritu más valeroso temblaba cada mañana al comprobar que la niebla se había acercado aún más y que el nivel de agua había bajado. Una mañana distinguieron el fondo de piedra del foso. Sólo quedaban charcos evaporándose bajo el implacable sol. El foso medía trescientos metros de ancho y rodeaba todo el rectángulo de edificios y templos, extendiéndose seis kilómetros de norte a sur, y ocho de este a oeste.

Tras el foso, una alta muralla de piedra rodeaba la ciudad. En Angkor Kol Ker habían vivido más de doscientas personas, y su ausencia reverberaba por la ciudad, un peso pesado sobre las almas de los últimos hombres. Los pasos de los guerreros calzados con sandalias sobre el suelo de piedra resonaban en las paredes de los templos. Habían cesado los gritos alegres de los niños jugando, los cantos de los sacerdotes, los gritos de los vendedores en sus puestos. Hasta los ruidos de la selva desaparecían a medida que los animales huían.

En el centro de la ciudad se alzaba el templo principal, Angkor Ker. La torre central o prang del templo, construida en piedra, tenía una altura de cincuenta metros, treinta más que la Gran Pirámide de Gizeh. Había llevado dos generaciones construirlo, y su larga sombra se proyectaba sobre la ciudad cuando el sol salía por el este, fundiéndose con la Sombra que se acercaba sigilosa por el oeste.

Al secarse el último charco, unos zarcillos de niebla espesa cruzaron el foso. Los guerreros rezaron en voz alta, para que sus voces demostraran a la amenazante Sombra que era una ciudad muy querida. Angkor Kol Ker y los cincuenta hombres

esperaron, pero no por mucho tiempo.

Escuadrilla 19

- 1945 D.C. -

Base aérea de Fort Lauderdale

—Señor, solicito permiso para no asistir al vuelo de entrenamiento de esta tarde.

El capitán Henderson levantó la mirada de los papeles que cubrían su escritorio. El joven que tenía ante él llevaba un almidonado uniforme caqui con la insignia de cabo de Infantería de Marina cosida en las mangas cortas. En el pecho lucía unos galones que se remontaban a la batalla de Guadalcanal.

—¿Algún motivo, cabo Foreman? —preguntó Henderson. Se calló que el teniente Presson, que estaba al mando de la Escuadrilla 19, acababa de presentarse en su oficina con la misma petición. Henderson se la había denegado al instante, pero Foreman era otro caso.

—He acumulado suficientes puntos de servicio como para ser licenciado la próxima semana, señor. —Foreman era un hombre corpulento, ancho de espaldas. Tenía el pelo oscuro y lo peinaba hacia atrás en gruesas ondas, flirteando con las regulaciones. Pero la guerra había terminado hacía pocos meses y con la euforia de la victoria se habían relajado algunas normas.

—¿Qué tiene que ver eso con el vuelo? —preguntó Henderson.

Foreman hizo una pausa, y la posición de firmes que había adoptado después de saludar se relajó levemente.

—Señor...

-¿Sí?

No me encuentro bien, Señor. Creo que es posible que este enfermo.

Henderson frunció el entrecejo. Foreman no parecía enfermo. De hecho, su bronceada piel rebosaba salud. Ya había oído esa clase de excusas, pero sólo antes de una misión de combate, no de un vuelo de entrenamiento. Miró los galones que Foreman llevaba en el pecho y, al reparar en la Cruz de la Armada, contuvo la apresurada respuesta que empezaba a formularse en sus labios.

—Necesito algo más —dijo, suavizando el tono.

—Tengo un mal presentimiento acerca de ese vuelo, señor.

—¿Un mal presentimiento?

—Sí, señor.

Henderson dejó que el silencio se prolongara.

—Tuve un presentimiento parecido en otra ocasión —continuó Foreman por fin—. Estando en acción. —Guardó silencio como si no hiciera falta añadir más.

Henderson se recostó en su silla, dando vueltas a un lápiz entre sus dedos.

—¿Qué pasó en esa ocasión, cabo?

—Iba en el Enterprise, señor. En febrero. Teníamos órdenes de atacar la costa de Japón, destruir todo lo que flotara. Yo iba en esa misión.

-¿Y?

—Se perdió todo mi escuadrón.

—¿Se perdió?

—Sí, señor. Todos desaparecieron.

—¿Desaparecieron?

—Sí, señor.

—¿No hubo supervivientes?

—Sólo la tripulación de mi avión, señor.

—¿Cómo regresó?

—Mi avión tuvo problemas en el motor, y el piloto y yo tuvimos que saltar en paracaídas. Nos recogió un destructor. El resto del escuadrón nunca regresó. Ni un solo avión. Ni un solo hombre.

Henderson sintió un escalofrío en la nuca, debajo de su corte de pelo reglamentario. El tono desapasionado de Foreman y su falta de detalles le inquietaron.

—Mi hermano iba en mi escuadrón —continuó Foreman—. Nunca volvió. Me sentí mal antes de ese vuelo, capitán. Como ahora.

Henderson miró el lápiz que tenía en las manos. El teniente Presson le había dicho que se sentía intranquilo, y ahora lo hacía él. El primer impulso de Henderson fue dar a Foreman la misma orden que al joven aviador. Pero dirigió una última mirada a sus galones. Foreman había cumplido muchas veces con su deber. Presson, en cambio, nunca había estado en la línea de fuego. Además, Foreman era artillero. Su presencia no cambiaría nada.

—Está bien, cabo. Quédese en tierra. Pero quiero que permanezca en la torre de observación. ¿Se encuentra lo suficientemente bien para ello?

Foreman se puso en posición de firmes. Su rostro no reflejó una expresión de alivio; era la misma mirada estoica de la Infantería de Marina.

—Sí, señor.

—Puede retirarse.

El teniente Presson dio unos golpecitos a su brújula, luego apretó el botón del intercomunicador.

—Deme la posición —ordenó al radiotelegrafista, sentado detrás de él.

—Este chisme se ha vuelto loco, señor. Gira sin parar.

—Maldita sea —murmuró. Apretó un interruptor de su radio—. ¿Alguno de vosotros puede darme la posición, amigos?

Los pilotos de los otros cuatro bombarderos TBM Avenger informaron que tenían el mismo problema con sus brújulas. Presson advirtió la irritación y el miedo subyacente en algunas voces. La Escuadrilla 19 había tenido dificultades desde el momento del despegue, y los miembros de las restantes tripulaciones en prácticas tenían en su haber muy pocas horas de vuelo.

Presson miró hacia fuera desde la cabina de mando y sólo vio el océano. Era un día despejado y visibilidad ilimitada.

Ya deberían estar de vuelta en la base. Hacía dos horas que habían dejado atrás un pequeño grupo de islas, que había tomado por los cayos de Florida, pero ya no estaba tan seguro. Era su primer ejercicio de navegación fuera de la base aérea de Fort Lauderdale. Había sido trasladado recientemente de Texas y, mientras observaba cómo la aguja de la brújula giraba enloquecida, deseó haber prestado más atención a la ruta de vuelo.

No había querido hacer ese vuelo. De hecho, había solicitado al comandante del escuadrón que lo sustituyera, pero había denegado su petición porque no le había dado una buena razón. No le había dicho la verdadera razón: volar ese día era una mala idea.

Bueno, pues había sido una mala idea, pensó. Y ahora empezaba a poner en duda su criterio. Creyendo que habían sobrevolado los cayos, había ordenado a la escuadrilla girar al nordeste, hacia la península de Florida. Pero durante los últimos noventa minutos sólo habían visto océano a sus pies. ¿Se había equivocado? ¿Habían sobrevolado otras islas y estaban ahora mucho más allá del Atlántico, en lugar de en el golfo de México como había supuesto? ¿Dónde estaba Florida?

Les quedaban poco más de dos horas de combustible. Tenía que decidir inmediatamente si debían dar media vuelta, pero no podía contar con la brújula para dirigirse al oeste. Echó un vistazo al sol, que se ponía por encima de su hombro, y supo que el oeste quedaba ligeramente a su espalda. Pero si se desviaban unos grados en cualquier dirección, y si Florida estaba detrás de ellos, pasarían por el sur de los cayos y terminarían, en efecto, en el Golfo. Si su razonamiento era correcto, Florida debía estar al otro lado del horizonte.

Se mordió el interior de la boca hasta hacerse sangre mientras se enfrentaba al problema, pero no sintió el dolor, consciente de que si tomaba la decisión equivocada, acabarían todos en el mar. Ordenó a su radiotelegrafista que tratara de ponerse en contacto con alguien, quien fuera, para averiguar su posición. Mientras esperaba, con el ruido del motor zumbándole en los oídos, comprobó el indicador del combustible, cuya aguja había bajado y se acercaba a la banda de vacío. Casi podía sentir cómo el combustible de alto octanaje era absorbido por los carburadores y los depósitos se vaciaban por segundos.

—Tengo a alguien —informó por fin el radiotelegrafista—. Parece Fort

Lauderdale, pero lo recibo entrecortado y distorsionado.

—¿Pueden orientarnos? —preguntó Presson.

—Se lo estoy pidiendo, pero no estoy seguro de que nos reciban con claridad, señor.

Trece vidas, además de la suya, pesaban sobre Presson. Deberían de haber sido catorce, pero el cabo Foreman se había liberado del vuelo. Se preguntó cómo lo había logrado.

—Vamos. ¡Dame una posición! —gritó por el intercomunicador, intentando concentrarse en el presente.

—Lo estoy intentando, señor, pero ya no recibo nada.

Presson profirió una maldición. Miró una vez más el mar, esperando ver algo más que agua. Y vio algo: un remolino de niebla que unos segundos antes no estaba allí. Salía hirviendo del cielo y se extendía a lo largo de varios kilómetros sobre la superficie del océano, extrañamente brillante en un cielo cada vez más oscuro con la llegada de la noche. Algo parecía brillar con fuerza en su interior. La niebla era blanco amarillenta, atravesada por unas oscuras vetas que el resplandor hacía destacar aún más. Tenía varios cientos de metros de lado a lado y aumentaba a gran velocidad.

Al principio, Presson creyó que podía tratarse del humo de un barco, pero nunca había visto ningún barco que produjera humo de un color tan extraño, ni un humo más brillante que el mar circundante. Al aumentar la niebla rápidamente de tamaño, Presson supo que no procedía de ningún barco. Fuera lo que fuese, estaba justo en su ruta de vuelo.

Su intuición le dijo que girara y la rodeara, pero con las brújulas estropeadas temía perder el rumbo. Claro que no estaba seguro de si, manteniéndolo, se acercaba o alejaba más de la base y la seguridad.

Esos segundos que Presson malgastó debatiendo mentalmente, llevó a la Escuadrilla 19 a menos de un kilómetro y medio de la niebla blanca que aumentaba rápidamente. De pronto, ésta se convirtió en un muro y se puso a su altura, al tiempo que aumentaba a un ritmo que desafiaba todo fenómeno natural o provocado por el hombre que Presson hubiera visto jamás.

Se quedó mirando fijamente la niebla, que se arremolinaba alrededor de su centro. Dentro del resplandor distinguió un círculo negro como el carbón, más oscuro de lo que jamás había visto. Era como el centro de un remolino, y la niebla giraba a su alrededor y era absorbida por él.

—Vamos a sobrevolarla —ordenó Presson por la radio, pero no obtuvo respuesta. Miró alrededor. Los otros cuatro aviones estaban en formación. Movié la palanca de mando hacia atrás para ganar altitud, esperando que los demás pilotos siguieran su ejemplo, pero le bastó con volver a mirar al frente para saber que era demasiado tarde.

Llegó al borde de la niebla y, de repente, se vio dentro.

En Fort Lauderdale, el cabo Foreman había observado en la pantalla de radar a la Escuadrilla 19 desde el momento del despegue. Después de cruzar varias de las islas occidentales de las Bahamas próximas a la isla de Bimini, la Escuadrilla había girado inexplicablemente hacia el nordeste, en dirección al mar abierto. Los aviones habían logrado pasar entre el sur de la Gran Bahama y el norte de Nassau, sin otra cosa que mar abierto ante ellos, con las Bahamas como única tierra a su alcance muy al nordeste.

Al principio, el cabo no había advertido nada raro en el vuelo. Tal vez el teniente Presson quería ofrecer a los pilotos nuevos la oportunidad de volar más tiempo sobre mar abierto. Los jefes de las escuadrillas de vuelo tenían total libertad a la hora de entrenar a las tripulaciones a su mando.

Pero al ver que la escuadrilla se alejaba cada vez más de tierra firme, sin regresar ni dirigirse a la Gran Bahama, Foreman había reaccionado intentando establecer contacto por radio. Había recibido varias llamadas de preocupación de los pilotos, pero no había logrado comunicarse con ellos. Les había transmitido su posición, pero los aviones habían seguido volando hacia el nordeste, alejándose de tierra firme, lo cual indicaba que no lo recibían.

—Escuadrilla 19, aquí la base aérea de Fort Lauderdale —dijo Foreman por enésima vez—. Se están dirigiendo al nordeste. Deben dar la vuelta ahora mismo. Sus coordenadas son... —Se interrumpió en mitad de la frase cuando desapareció la imagen de la pantalla de radar. Parpadeó, mirando fijamente la pantalla. Estaban a demasiada altura para haberse estrellado. Observó la pantalla mientras seguía llamando por la radio. Con la mano libre descolgó el auricular del teléfono y llamó a la oficina del capitán Henderson.

Al cabo de diez minutos, Henderson y otros oficiales estaban en la torre de control, escuchando cómo el silencio despedía a la Escuadrilla 19 hacia un destino desconocido. Foreman los puso al corriente de lo ocurrido.

—¿Cuál ha sido su última posición? —preguntó Henderson.

—Ésta. —Foreman señaló un punto en el mapa—. Exactamente al este de las Bahamas.

Henderson se acercó a un teléfono y ordenó que salieran dos aviones en busca de la Escuadrilla desaparecida. Al cabo de unos minutos Foreman vio en la pantalla de radar dos puntos de luz que correspondían a los dos aviones de reconocimiento Martin Mariner.

—¿Qué tal tiempo tienen, cabo? —preguntó Henderson.

—Bueno y despejado, señor —informó Foreman.

—¿No hay tormentas locales?

—Despejado, señor—repitió Foreman.

Los hombres reunidos en la torre de control se quedaron callados, tratando cada uno de imaginar qué podía haber sido de los cinco aviones. Sabían que a esas alturas habrían caído por falta de combustible. Todos sabían que hasta con el mar en calma, sobrevivir a un amerizaje forzoso era como mínimo arriesgado.

Menos de treinta minutos después de que comenzara la misión de rescate, el punto de luz en la pantalla de radar que correspondía al Martin situado más al norte, el más próximo a la última posición de la Escuadrilla 19, desapareció bruscamente de la pantalla.

—¡Señor! —exclamó Foreman, pero Henderson había estado observando por encima de su hombro.

—¡Póngase en contacto con ellos por radio! —ordenó.

Foreman lo intentó, pero como había ocurrido con la Escuadrilla 19, no obtuvo respuesta. Sin embargo, el otro avión de rescate informó.

Henderson ya había tenido suficiente.

—Ordene al último avión que regrese.

Muchas horas más tarde, después de que los desconcertados oficiales hubieran abandonado la torre de control, preocupados por las comisiones de investigación y por sus carreras, Foreman se inclinó sobre el mapa y lo estudió con atención. Marcó con un punto la última posición de la Escuadrilla 19, y con otro punto el lugar donde había desaparecido el Mariner. Luego trazó una línea entre ambos y, a partir de cada punto, otra línea hasta las Bermudas, donde habían comenzado los problemas de la Escuadrilla 19. Miró fijamente el triángulo que había dibujado, luego levantó la cabeza para mirar hacia el océano oscurecido.

Después de que lo hubieran rescatado, hacía ocho meses, había tratado de averiguar qué le había ocurrido a su hermano y a sus compañeros de escuadrón. Había averiguado que la zona del océano donde se había hundido su escuadrón era conocida entre los pescadores japoneses del lugar como el mar del Diablo, y en ella se habían producido muchas desapariciones inexplicables.

Después de la rendición incluso había bajado a tierra y viajado hasta uno de los pueblos situados en esa zona. Por un viejo pescador se había enterado de que en el mar del Diablo se pescaba, pero sólo cuando el chamán del pueblo les decía que podían hacerlo sin peligro. Cómo lo sabía el chamán, el pescador no se lo había sabido decir. Mirando fijamente el mar, Foreman se preguntó si el chamán del pueblo había tenido, sencillamente, un mal presentimiento.

Se llevó la mano al bolsillo del pecho y sacó una fotografía. Era de una familia, dos chicos adolescentes, a todas luces gemelos, junto a un hombre corpulento de barba poblada y una mujer menuda y sonriente, con la cabeza ligeramente ladeada mirando a su marido. Cerró los ojos y tardó largo rato en volverlos a abrir.

Recogió el mapa de la mesa, lo dobló y lo guardó en el bolsillo de la camisa,

luego salió de la torre de control y bajó a la playa. Miró fijamente el agua, escuchando el ritmo del mar, tratando de penetrar con la mirada el horizonte hasta el triángulo que temía. Ladeó la Cabeza como si escuchara, como si alcanzara a oír las voces de la Escuadrilla 19 y algo más, algo más profundo, más oscuro y más antiguo, mucho más antiguo.

Allí afuera acechaba el peligro, lo sabía. Era algo más que la desaparición de la Escuadrilla 19. Miró una vez más la foto de su familia y se concentró en sus padres, que hacía seis años no habían hecho caso de las advertencias de peligro y habían acabado engullidos en el infierno de Europa durante el oscuro reinado de Hitler.

Seguía allí cuando la luz del amanecer empezó a teñir el horizonte.

Agua y selva

En un extremo del mundo, un avión secreto, capaz de volar a una velocidad varias veces superior a la del sonido, se estabilizaba a gran altitud; en el otro extremo, un submarino nuclear, el orgullo de la flota y equipado con las últimas innovaciones tecnológicas y el armamento más sofisticado, abría los tanques de lastre para iniciar la inmersión. Ambos estaban conectados electrónicamente con un lugar en Oriente Medio.

El puesto de escucha se encontraba en las escarpadas montañas del norte de Irán para controlar el sur de la Unión Soviética. Pero esta vez se trataba de una misión diferente: coordinar el avión espía SR-71 Blackbird, que había despegado de Okinawa, y el Scorpion, un submarino de ataque rápido que se había desligado de las operaciones normales del Atlántico para realizar esa misión secreta.

El hombre que estaba al mando de la operación llevaba unos auriculares especiales. Por el izquierdo escuchaba los informes transmitidos desde el Scorpion, que subían por un cable aislado que se desenrollaba de una jarcia en la cubierta trasera del submarino, hasta una boya transmisora que daba brincos en las olas por encima del submarino. Por el derecho, escuchaba al piloto del SR-71 identificarse como Blackbird, sin rodeos. Él utilizaba su propio nombre, Foreman, sin molestarse en ocultar su identidad con un nombre en clave porque no tenía otra vida que su trabajo. En la Agencia Central de Inteligencia se había convertido no tanto en una leyenda como en un anacronismo, de quien se cuchicheaba como si no existiera en la vida real.

Ante él tenía tres papeles: uno era una carta de navegación del océano al nordeste de las Bermudas, donde en esos momentos operaba el Scorpion; el otro, un mapa del Sudeste asiático que sobrevolaba el SR-71; y el tercero, una carta de navegación de la costa este de Japón. En ellos había trazados tres triángulos: el de la carta de navegación del Atlántico en rotulador azul; el del mapa, en verde; y el último, el de la carta del Pacífico, en rojo.

La puerta del Triángulo de las Bermudas, como prefería llamarla él, cubría una zona que se extendía de las Bermudas a Key West y cruzaba las Bahamas hasta San Juan, en Puerto Rico. No se conocía con este nombre cuando él había contemplado la desaparición de la Escuadrilla 19, pero con la publicidad sobre el incidente la leyenda había cobrado impulso, y un periodista había designado la zona con ese nombre a falta de otro mejor. A Foreman no le interesaban las leyendas, sino los hechos.

Llamaba a esos lugares puertas porque eran entradas, de eso estaba convencido, pero los perímetros nunca eran estables, y aumentaban y disminuían a distintos

ritmos. A veces casi desaparecían, otras alcanzaban unos límites en forma de triángulo. Si el centro de cada puerta estaba fijado geográficamente, el tamaño dependía más del momento, unas veces abriéndose de par en par y otras cerrándose aparentemente del todo.

Las leyendas sobre la puerta de Angkor eran más lejanas y vagas. Se apartaban del camino trillado de la civilización moderna y localizaban la puerta en medio de un país conocido como el campo de minas más extenso del mundo, consecuencia de décadas de guerra civil e internacional. Foreman había tardado varios años en oír siquiera rumores sobre ese lugar, y muchos más en aceptar que, en efecto, había otro lugar en el planeta que merecía su atención. De mayor importancia para él era el hecho de que la puerta de Angkor estuviera en tierra firme, y no escondida en el océano. La había llamado puerta de Angkor porque las leyendas mencionaban una antigua ciudad en la región, Angkor Kol Ker.

Según sus cálculos, la puerta de Angkor se hallaba al noroeste de Camboya, limitando al norte con el acantilado de Dangkret que separa Camboya de Tailandia, y al sur con las tierras inundadas del Tonle Sap, el lago de agua dulce más extenso del Sudoeste asiático. Los vértices máximos de la puerta de Angkor, que con tanto esfuerzo había logrado fijar a partir de distintas fuentes, se hallaban situados de modo que en el territorio circunscrito no había carreteras ni ciudades, y estaba delimitado toscamente por corrientes y ríos. Esta puerta era mucho más pequeña que la del Triángulo de las Bermudas, pero en lo que a Foreman respectaba, tenía un potencial mucho mayor no sólo por hallarse en tierra firme, sino porque la actividad era más constante.

La puerta del mar del Diablo se llamaba así porque delimitaba el mar del mismo nombre. Dado que, al igual que el Triángulo de las Bermudas, comprendía agua, Foreman había preferido centrarse en este último. De vez en cuando recibía informes de profundo y encubierto interés por parte de los japoneses en la zona de la puerta del mar del Diablo. Todas estas puertas estaban intercomunicadas de alguna manera, y Foreman sólo vivía para descubrir su verdadera naturaleza, cuál era su causa y qué había al otro lado de ellas.

—Sobrepasados los trescientos metros de profundidad —informó el hombre al mando del Scorpion, el capitán Bateman—. Rumbo nueve-cero grados. Cruce de línea de partida previsto en cinco minutos. Estado óptimo.

—Nivel a sesenta mil —dijo el piloto de SR-71—. Llegada prevista en cinco minutos.

Foreman no dijo nada. Había dado instrucciones personalmente al piloto y al capitán del Scorpio la semana anterior. Les había dejado muy claro que la sincronización y la posición debían ser exactas. Echó un vistazo al gran reloj del puesto de escucha y observó cómo el segundero daba una vuelta. Y otra.

—Tres minutos —dijo Scorpion—. Todo listo.

—Tres minutos —oyó decir a Blackbird al mismo tiempo por el otro auricular—. Todo despejado.

Foreman bajó la vista hacia la carta de navegación, donde una línea trazada en lápiz representaba el curso del Scorpion. Sabía que esos tres minutos significaban que el submarino estaba a menos de un metro del borde actual de la puerta del Triángulo de las Bermudas, a lo largo de la línea occidental trazada desde las Bermudas hasta Puerto Rico. En el mapa del Sudeste asiático, otra línea trazaba la ruta de vuelo del SR-71, y Foreman sabía que éste estaba a ciento cincuenta metros de la línea verde, y regresaba al sur, pasando en esos momentos por encima del lago Tonle Sap. Había esperado años para hacerlo, observando hasta que las dos puertas, la de Angkor y la del Triángulo de las Bermudas, estuvieran simultáneamente activas.

Otra vuelta del segundero.

—Transmitiendo por alta frecuencia —informó Scorpion, indicando que el transmisor especial de alta frecuencia que había sido conectado a la cubierta delantera del submarino la semana anterior estaba encendido.

—Eh, Foreman, aquí Blackbird.

Foreman se irguió en su asiento al advertir un cambio en la voz normalmente lacónica del piloto del SR-71.

—Hay algo delante y debajo de nosotros.

—Especifique —ordenó Foreman, hablando por primera vez.

—Una nube de color blanco amarillento. Una especie de niebla, pero que aumenta rápidamente.

—¿Puedes sobrevolarla? —preguntó Foreman.

—¡Oh, sí! No hay ningún problema. Tengo suficiente cielo despejado. Entrando en el espacio aéreo de la puerta de Angkor.

—Estamos dentro —informó a su vez el capitán Bateman—. Seguimos transmitiendo. Empezamos a tener problemas eléctricos con los sistemas, pero nada serio. El sonar informa que el océano está despejado hasta sus límites.

—¿Qué hay del transmisor de alta frecuencia? —preguntó Foreman, para saber si el SR-71 recibía la señal del submarino y viceversa. Normalmente no había forma de que las señales de alta frecuencia llegaran al SR-71, situado en el otro extremo de la Tierra. Pero la palabra clave en esa frase, como Foreman sabía bien, era «normalmente». No había nada normal en ninguna de las posiciones a las que se dirigían las dos naves, y el objetivo de ese ejercicio era demostrar que existía un vínculo entre las dos puertas.

—Señal positiva en el transmisor de alta frecuencia. Estoy recibiendo la señal del Scorio.

Foreman golpeó el escritorio con el puño en un gesto triunfal. Las dos puertas

estaban conectadas y de un modo que era imposible conseguir utilizando la física conocida. Apretó un botón de la radio.

—Capitán Bateman, ¿recibe el repetidor de alta frecuencia del SR-71?

—No entiendo cómo, pero sí. Alto y fuerte.

Siguió un breve silencio, interrumpido por un grito de sorpresa del piloto.

—¿Qué demonios?

Foreman se echó hacia adelante, con los ojos cerrados. La sensación de triunfo se desvaneció.

—Blackbird—dijo—. ¿Qué ocurre?

—¡Uf, esta niebla! Estoy sobre ella, pero aumenta muy deprisa. No tiene buen aspecto. Empiezo a tener problemas electrónicos.

—¿Crees que estarás fuera antes de que alcance tu altitud? —preguntó Foreman.

—¡Uf, sí! —Hubo una larga pausa—. Creo que sí.

—¿Qué hay de las señales de alta frecuencia del Scorpion? —insistió Foreman.

—Sigo recibéndolas. Qué extraño. Sí, es... ¿Eh?

Foreman escuchó unos parásitos indescifrables por el auricular derecho.

—¿Blackbird? ¡Informa!

—¡Mierda! Tengo problemas serios. —La voz del piloto era angustiada—. La brújula no funciona. El ordenador de a bordo se está volviendo loco. Estoy... ¡Mierda! Sale luz de la nube. ¡Rayos de luz! ¡Dios! ¿Qué demonios es eso? ¡Por los pelos! Justo en el centro hay algo oscuro. ¡Mierda! Lo estoy... —La voz se desintegró en parásitos ininteligibles. Luego silencio.

Foreman apretó el botón para transmitir.

—¿Blackbird? ¿Blackbird? —No perdió más tiempo y apretó el otro botón—. Scorpion, aquí Foreman. Evacua la zona. Inmediatamente.

—Estoy girando —respondió Bateman—. Pero hay un montón de interferencias electrónicas. Y varios fallos en el sistema. Todo es muy extraño.

Foreman sabía que el submarino tenía que completar un amplio giro para salir de la puerta del Triángulo de las Bermudas. También sabía cuánto tardaría en hacerlo. Consultó el reloj.

—Estamos detectando algo raro por el sonar —anunció de pronto Bateman.

—¡Especifica! —ordenó Foreman.

—Parece casi como si alguien tratara de ponerse en contacto con nosotros a través de él —informó el capitán del Scorpion—. Enviándonos una señal metálica. La estamos copiando. ¡Oh, no! —exclamó de pronto—. Tenemos problemas con el reactor.

Foreman lo oyó gritar órdenes, manteniendo la comunicación todavía abierta, pero con el micrófono lejos de los labios. Luego regresó.

—Tenemos una avería grave en el reactor. Los cables refrigerantes se han

estropeado. También estamos detectando algo por el sonar. ¡Algo grande! ¡No estaba ahí hace un momento!

Foreman se echó hacia adelante, escuchando las débiles voces del capitán y sus hombres hablando en la falsa torre.

—Jones, ¿qué demonios es eso? Has dicho que estaba despejado. ¡Vamos a tenerlo encima en un par de segundos!

—¡No lo sé, señor! Es enorme, señor. ¡Nunca había visto nada tan grande moviéndose!

—¡Maniobras para eludir el ataque! —ordenó el capitán a voz en grito.

—¡Señor, el reactor se ha desconectado! —exclamó otra voz de fondo—. No...

—¡Maldita sea! —lo interrumpió el capitán—. Sácanos de aquí, número uno! Vacía todos los tanques. ¡Ahora mismo!

La voz del hombre del sonar, Jones, sonó débilmente en el auricular izquierdo de Foreman.

—Señor, está aquí mismo. ¡Dios mío! Es enorme. ¡Es real...!

Hubo un crujido, un pocos alaridos ininteligibles y luego se produjo un brusco silencio. Foreman se recostó en la silla. Se metió una mano en el bolsillo y sacó unos cacahuetes. Partió despacio la cáscara del primero e hizo una pausa antes de introducirse el contenido en la boca. Se miró la mano. Le temblaba. Sintió unas dolorosas punzadas en el estómago, y tiró la cáscara y el cacahuete al suelo.

Esperó una hora, tal como habían acordado. No había vuelto a escuchar ningún otro sonido por ninguno de los dos auriculares. Finalmente se los quitó y se acercó a la radio que lo comunicaba con un miembro del Consejo de Seguridad Nacional. Había descubierto un vínculo entre las puertas del Triángulo de las Bermudas y de Angkor, pero al parecer había pagado un alto precio por la información.

El comando

- Sudeste asiático -

La selva se apretujaba contra los bordes del campamento, un oscuro muro de ruidos escalofriantes y vaga amenaza a las últimas luces vespertinas. Habían despejado el terreno prendiendo fuego a todo lo que había en cien metros a la redonda, pero más allá no había ojo humano o bala que pudiera penetrar la espesura.

—Soy tan bajo que podría jugar a balonmano en la cuneta —dijo el jefe del equipo a los otros tres hombres reunidos en la pequeña cabaña que hacía las veces de casa. Se besó los dedos y los acercó con ternura a la foto de una joven clavada en la pared, a la derecha de la puerta—. Hasta pronto, nena. —Con la otra descolgó un CAR-15 y, tras meterlo en la cintura, salió al exterior. Una versión en miniatura del M-16, su arma automática, tenía un brillo que hablaba de muchas limpiezas y mucho uso.

—Imagino que Linda sabe muy bien lo bajo que eres —dijo con voz grave y resonante el segundo hombre que salió de la cabaña, haciendo reír a los otros dos.

—No hables así de mi prometida—replicó el primer hombre.

Pero en su voz no había ninguna amenaza. Se detuvo, dejando que el resto del grupo lo alcanzara. El jefe del equipo y el mayor de los cuatro, el primer sargento Flaherty, tenía veintiocho años, pero un desconocido les hubiera echado más años a todos. La guerra había envejecido sus caras y sus corazones surcándolos de arrugas, que eran los recuerdos físicos del miedo, el cansancio y el estrés. Llevaban uniforme con rayas, sin remiendos ni distintivos. Cada uno utilizaba un arma diferente, pero todos tenían la misma mirada: la mirada atormentada de los hombres que han conocido de cerca la muerte y la violencia.

Aquella tarde, la cara de Flaherty estaba surcada de arrugas de preocupación, como correspondía a su cargo de jefe del equipo. Alto y flaco, tenía el pelo pelirrojo cortado casi al rape y llevaba un pañuelo verde alrededor del cuello. Debido al pelo corto, el gran bigote rojo encendido sobre su labio superior parecía fuera de lugar. En las manos acunaba su CAR-15. Y encajado a una montura llevaba un lanzagranadas M-79. Le gustaba cargarlo con munición flechette en lugar de con los proyectiles explosivos de alta potencia normales de 40 milímetros, convirtiendo el lanzagranadas en una gran escopeta. Lo había heredado del que había sido el jefe de su equipo en su primer período de servicio, y desde entonces lo había llevado siempre consigo. Lo llamaba arruina-emboscadas.

A la espalda llevaba su mochila, verde y maltrecha, llena de agua, munición, minas y comida. Lo había acompañado en las dieciséis misiones fronterizas en las que había participado desde que se había unido a ese equipo especializado. Formaba

parte de él tanto como el arma que tenía en las manos.

El siguiente miembro más antiguo, el sargento segundo James Thomas, había participado en catorce de esas misiones, lo cual le permitía bromear con impunidad sobre la prometida de Flaherty. Thomas era el radiotelegrafista, y su mochila, tan voluminosa como la de Flaherty, incluía los mismos pertrechos, además de la radio del equipo y baterías de repuesto. Pese a su gran tamaño, parecía pequeña en la espalda de Thomas, que medía más de dos metros y era muy musculoso. Tenía su piel negra perlada de sudor incluso allí, a mil doscientos metros de altitud y con el aire frío de la noche arremolinándose a su alrededor. La broma continua entre los miembros del Equipo de Reconocimiento Kansas era que Thomas sudaría hasta en el polo Norte. En sus manos, el M-2203, una combinación de rifle M-16 y lanzagranadas de 40 milímetros, parecía un juguete.

El tercer miembro más antiguo del ER Kansas era el sargento Eric Dane, y tanto Flaherty como Thomas estaban encantados de tenerlo entre ellos. Dane era experto en armas y llevaba una ametralladora M-60 capaz de escupir más de mil balas de 7,62 milímetros por segundo. Pero no era el arsenal que acarrea consigo lo que había conquistado el corazón de sus compañeros, sino su habilidad para avanzar con sigilo a la cabeza del grupo e impedir que cayeran en emboscadas. En sus tres años de servicio en Vietnam, Flaherty no había conocido a nadie tan bueno. Dane les había librado de caer en cuatro emboscadas, y Flaherty sabía que cualquiera de ellas habría sido el fin del ER Kansas.

Dane era de estatura mediana, y tenía el pelo negro y abundante. Llevaba unas gafas reglamentarias cuya gruesa montura de plástico estropeaba una cara muy atractiva. Era delgado y musculoso, capaz de manejar sin problemas los diez kilos que pesaba su ametralladora.

Como llevaba la ametralladora, según las tácticas convencionales se suponía que no debía ir a la cabeza, pero su potencia de fuego no era nada comparada con su insólito don. Además, nunca se quejaba, nunca creía que le tocaba a otro ocupar la posición más peligrosa de la patrulla. No la había abandonado desde la segunda operación «al otro lado de la alambrada», en la que le había correspondido ocuparla. Una noche que Flaherty se quedó a solas con él le habló de ello, y le dijo que podían reanudar los turnos. Pero Dane había respondido que ése era su sitio, y por eso Flaherty le estaba agradecido. Dane era un hombre callado y reservado, pero Flaherty se sentía tan unido a él y a Thomas como nunca lo había estado a nadie.

El cuarto hombre, el especialista Tormey, era nuevo en el equipo. Los demás ni siquiera sabían su nombre de pila. Se había incorporado hacía dos días y se habían dedicado a tareas más importantes que hacerse colegas, como enseñarle los ejercicios de acción inmediata. Tormey tampoco pertenecía a las Fuerzas Especiales, y eso también lo diferenciaba de los demás. Era un indicio de lo que se avecinaba. Las

Fuerzas Especiales habían perdido a demasiados hombres en la máquina de picar carne de Vietnam. La fábrica humana de Fort Bragg sólo producía un número limitado de reemplazos entrenados cada año. El Quinto Grupo había empezado a reclutar de las unidades de infantería regular del país a voluntarios como Tormey para sustituir a los miembros muertos o que iban rotando.

Tormey había combatido, pero nunca había estado en una misión al otro lado de la alambrada. Llevaba un AK-47, un arma que debía de haber adquirido en alguna parte con su anterior unidad.

A Flaherty no le importaba que la llevara, ya que los malos podrían confundir su estampido con el de sus propias AK-47. Tormey sólo tenía veintiún años, y miraba alrededor en busca de indicios sobre cómo comportarse. Los otros tres hombres sabían cómo se sentía, preparándose para emprender su primera misión fronteriza, pero no dijeron nada porque se sentían igual que él, por muchas misiones que tuvieran en su haber. Más misiones significaba que eran mejores en lo que hacían, no que tuvieran menos miedo.

Los cuatro hombres se abrieron paso a grandes zancadas entre la hierba que les llegaba a la rodilla, en dirección a la zona de aterrizaje donde estaba previsto que su helicóptero tomara tierra. Estaban a medio camino cuando Dane silbó de improviso y levantó un puño. Flaherty y Thomas se quedaron inmóviles donde estaban y, tras un breve titubeo, Tormey siguió su ejemplo.

Dane alargó el brazo y sacó del lado derecho de su mochila un machete. A continuación avanzó despacio, más allá de Flaherty y Thomas, moviéndose con sigilo a través de la hierba.

El machete destelló bajo el sol poniente cuando Dane lo blandió. Se agachó y recogió del suelo el cuerpo de una cobra real de metro y veinte centímetros. Tenía la cabeza limpiamente cortada.

—¡Por Dios! —exclamó Thomas, relajándose—. ¿Cómo diablos sabías que estaba ahí?

Dane se limitó a encogerse de hombros, limpiando la hoja del machete en la hierba antes de guardarlo.

—Simplemente lo sabía. —Ésta había sido su respuesta al prevenirlos contra las emboscadas. Ofreció la serpiente a Flaherty sonriendo—. ¿Quieres llevársela a Linda? Sería un bonito cinturón.

Flaherty la cogió y la arrojó lejos. Tenía un nudo en el estómago. La habría pisado si Dane no le hubiera detenido.

—Me estoy haciendo viejo para esta mierda —murmuró.

—Se acerca un helicóptero —dijo Dane ladeando la cabeza.

—Vamos —ordenó Flaherty, aunque no oía el helicóptero.

El terreno que sobrevolaban no se parecía a nada que hubiera visto ninguno de los

miembros del ER Kansas. Era mucho más escarpado y tenía un aire primitivo, de tierra que no reconocía el tiempo o el predominio del hombre en otras partes del globo. De la espesa alfombra verde de la selva se alzaban montañas puntiagudas cuyas cimas se recortaban contra el sol poniente. Los ríos serpenteaban por las tierras bajas, rodeados por cada lado de altas paredes de piedra caliza o fértiles orillas. Allí abajo había pocos indicios de presencia humana, y uno hubiera creído que la tierra había permanecido así durante milenios.

El helicóptero se dirigía al norte, y cada uno de los cuatro hombres que ocupaban la cabina sabía que habían cruzado la «alambrada», la frontera entre Vietnam y Laos, hacía mucho tiempo.

—¿Alguna idea de adonde vamos? —preguntó Tormey a gritos para hacerse oír por encima del ruido de los rotores y los motores de turbina situados justo detrás de la pared contra la que estaban apoyados.

Flaherty tenía la vista clavada en el territorio que sobrevolaban, siguiendo el recorrido de su avance. Thomas parecía dormido, con la cabeza apoyada en el hombro. Dane miró a Tormey y esbozó una tenue sonrisa.

—No sé adonde vamos, sólo sé que esto ya no es Kansas. Era una broma del grupo. Cada equipo de reconocimiento que operaba fuera del Control de Combate del Norte (CCN), el Mando de Asistencia Militar de Vietnam (MACV) y el Grupo de Estudios y Observación (SOG), recibía el nombre de un estado. El jefe del equipo anterior a Flaherty había sido de Kansas, de ahí el nombre. Como el ER Kansas no había perdido a ningún hombre desde que había recibido tal nombre, no lo cambiaron, ya que todos creían que traía buena suerte. Los soldados eran unos tipos muy supersticiosos; el pañuelo verde alrededor del cuello de Flaherty le había acompañado en cada misión y lo consideraba como su talismán de la buena suerte. Últimamente, sin embargo, él y Thomas habían considerado a Dane su amuleto de la buena suerte.

Flaherty miró a Dane con preocupación y éste le devolvió la mirada. Tormey había hecho una buena pregunta. Ninguno había estado antes en una misión de estas características. Se habían limitado a decirles que se prepararan y subieran al helicóptero. No les habían informado de su destino o acerca de su misión; en la pista de aterrizaje de su base en Vietnam, su comandante no les había dicho nada aparte de las habituales palabras de despido y la orden de obedecer ciegamente a quien los recibiera al otro lado. ¿Y dónde podía estar ese otro lado, ahora que ya habían cruzado la frontera?

Además, a bordo no había ningún «hombrecillo», término cariñoso que los boinas verde norteamericanos utilizaban para referirse a los nativos de Montagnard y que componían la otra mitad del ER Kansas. Su comandante no había podido darles más detalles acerca de esa misión. Y ni a Flaherty ni a los demás les había gustado dejar a

la mitad del equipo en la base de operaciones. Nunca habían acometido una misión sin sus compañeros indígenas.

La segunda señal preocupante había sido el helicóptero que había aterrizado en la pista de aterrizaje del CCN. No era del ejército, eso estaba claro. Y Flaherty lo sabía. Todo pintado de negro y sin marcas distintivas, pertenecía a Air America, la compañía aérea privada de la CÍA. Los pilotos no habían dicho una palabra a los pasajeros, limitándose a despegar y tomar rumbo noroeste. Las melenas de los pilotos ondeando bajo sus cascos pintados, así como sus largos bigotes, indicaban que eran de la CÍA o tal vez formaban parte de los Ravens, un grupo de oficiales de las Fuerzas Aéreas que había sido prestado secretamente a la agencia para la guerra aérea en Laos.

—Long Tiem —gritó Dane al oído de Flaherty.

El jefe del equipo hizo un gesto de asentimiento, dándole a entender que estaba de acuerdo con su hipótesis sobre su inmediato destino. Había oído hablar de la pequeña ciudad y la pista de aterrizaje al norte de Laos, donde los Ravens tenían su cuartel general y la CÍA coordinaba su guerra secreta. El ER Kansas había estado antes en Laos, pero mucho más cerca de la frontera, comprobando la ruta de Ho Chi Minh y ordenando ataques aéreos. Que ellos supieran, nunca se habían adentrado tanto, ni ellos ni ningún otro equipo del CCN. Se preguntó para qué necesitaba la CÍA un equipo de reconocimiento de las Fuerzas Especiales. La agencia solía contratar los servicios de los nungs u otros mercenarios orientales para cualquier operación terrestre tan adentro, poniendo a uno de sus propios hombres paramilitares al mando de los indígenas.

Sin embargo, se presentían cambios, y tal vez fueran éstos la razón de esa extraña misión. Flaherty y los otros dos miembros más antiguos del equipo sabían que la guerra fronteriza secreta con Camboya tarde o temprano se haría oficial. Corría el rumor de que los santuarios del ejército de Vietnam del Norte y el Vietcong de Camboya iban a ser atacados, y duramente, por el ejército regular y las Fuerzas Aéreas norteamericanas. Nixon iba a permitir que los militares cruzaran la frontera y destruyeran las bases desde las cuales el ejército de Vietnam del Norte y el Vietcong habían estado lanzando sus ataques todos esos años. Suponían que ese viaje tal vez tenía algo que ver con eso.

—¿Qué crees tú? —preguntó Flaherty a Dane. A su lado, Thomas movió ligeramente la cabeza, acercando más la oreja para oír la respuesta, fingiendo que dormía.

—No tiene buena pinta. —Dane sacudió la cabeza—. Nada buena.

Thomas hizo una mueca y Flaherty sintió que se le encogía el estómago. Si Dane decía que no tenía buena pinta, es que no la tenía.

El helicóptero pasó casi rozando una gran montaña y a continuación descendió

rápidamente. Flaherty distinguió una pista de aterrizaje junto a una pequeña ciudad. Había muchos aviones de observación OV-1, OV-2 y OV-10 pintados de negro, así como varios helicópteros y aviones de combate de hélice. De Air America. Estaban en Long Tiem, tal como había predicho Dane.

El helicóptero tomó tierra y desde la rejilla metálica, un hombre les indicó por señas que bajaran. Iba vestido con pantalones con rayas, camiseta negra y gafas de sol, y llevaba una pistola y un cuchillo en la pantorrilla derecha. Tenía el pelo largo y rubio, y parecía estar en un campo de fútbol universitario en lugar de en medio de una guerra secreta.

—¡Por aquí! —les gritó. Luego dio media vuelta y empezó a andar.

Los miembros del ER Kansas cargaron las mochilas a la espalda y lo siguieron hasta un edificio de paredes de madera contrachapada y tejado de chapa de cinc.

—Me llamo Castle —se presentó el hombre, sentándose en una pequeña mesa de campaña mientras los demás dejaban caer las mochilas al suelo y se acomodaban en las sillas plegables—. Y dirigiré esta misión.

—Y yo me llamo Foreman —la voz salió de las sombras. Un hombre de más edad, de cincuenta y tantos años, dio un paso al frente. Su rasgo más llamativo era el pelo. Lo tenía completamente blanco y lo llevaba peinado hacia atrás en gruesas ondas. Tenía la cara chupada, con dos ojos de acero a cada lado de su fina nariz—. Estoy al mando de esta misión.

Flaherty presentó a los miembros del equipo, pero a Foreman no parecía importarle cómo se llamaban. Se volvió hacia los mapas colgados en la pared detrás de él.

—Su misión es acompañar al señor Castle a este lugar en una operación de rescate. —Señaló con un dedo esbelto el nordeste de Camboya, a lo largo del río Mekong—. Recibirán todas las órdenes del señor Castle. La infiltración y exfiltración se realizarán por el aire desde este punto. Yo controlaré todas las comunicaciones.

Flaherty y los demás hombres siguieron mirando fijamente el mapa.

—Eso es Camboya, señor—dijo Flaherty.

Foreman no respondió. Metió una mano en el bolsillo, sacó un puñado de cacahuetes y empezó a partir las cáscaras e introducir el contenido en la boca tan pronto como las partía. Dejó caer las cáscaras vacías al suelo.

—Tengo todos los nombres de identificación y las frecuencias —dijo Castle, aclarándose la voz—. Será una misión sencilla. Volaremos directamente hasta la zona de aterrizaje, recorreremos a pie un par de kilómetros hasta nuestro objetivo, llevaremos a cabo el rescate y luego recorreremos unos cuantos kilómetros más hasta la zona de recogida.

—¿Qué hay de la cobertura aérea? —preguntó Flaherty.

—No la habrá —respondió Foreman, partiendo otra cáscara—. Como han

advertido —añadió sin rastro de sarcasmo—, van a entrar en Camboya. Aunque este teatro de operaciones no está reconocido oficialmente como tal, no tardará en estarlo. —Se encogió de hombros—. Si estuviera más cerca de la frontera, podríamos introducir a unos cuantos soldados rápidos y alegar que se habían equivocado al interpretar los mapas, pero ustedes tendrán que adentrarse bastante.

—¿Qué vamos a rescatar? —preguntó Dane.

Flaherty se sorprendió, ya que Dane raras veces hablaba o hacía preguntas durante las sesiones de instrucciones de las misiones.

—Un avión espía SR-71 cayó en Camboya la semana pasada —respondió Foreman—. La misión del señor Castle es entrar y retirar de entre los restos ciertas piezas del equipo secreto. Castle ha sido bien instruido. Ustedes se limitarán a proporcionarle protección.

—¿Cómo cayó el avión? —preguntó Flaherty.

—No necesita saberlo —replicó Foreman.

—¿Qué ha sido del piloto y del oficial de reconocimiento? —preguntó Thomas.

—Suponemos que la tripulación ha muerto —respondió Foreman.

—¿Mantuvieron contacto por radio con ellos antes de que se estrellaran? —inquirió Flaherty.

—No —respondió Foreman de forma tajante.

—¿Cómo se estrelló?

—No lo sabemos —respondió Foreman—. Por eso van ustedes allí. Para recuperar la caja negra.

—Ha dicho que cayó la semana pasada. ¿Por qué se ha esperado tanto tiempo? —preguntó Flaherty.

—Porque así han salido las cosas —se limitó a decir Foreman. Su inexpresiva mirada les dio a entender que no quería más preguntas.

—¿Con qué exactitud se conoce la localización de los restos del avión siniestrado?

—Con exactitud —repuso Foreman.

—¿Quién es el enemigo? —preguntó Flaherty—. ¿Disparamos a todo el que se nos cruce en el camino o los evitamos y nos escondemos? ¿Cuáles son nuestras normas de combate?

Camboya era una pesadilla de partidos enfrentados, con aliados cambiantes. Estaban los Khmer rojos, el Ejército Real Camboyano y, por supuesto, el ejército de Vietnam del Norte y el Vietcong.

—No combatirán —dijo Foreman.

—Eso es lo más estúpido que he escuchado jamás —repuso Flaherty mirando fijamente al hombre de la CÍA, sorprendido, y poniéndose de pie—. Soy responsable de estos hombres y no voy a enviarlos a una misión imprudente como ésta.

—Siéntese, sargento —ordenó Foreman con voz lacónica y fría, señalando a Flaherty con un dedo—. Irán adonde yo les ordene. Éstas son sus órdenes y ustedes van a obedecerlas. ¿Está claro?

—No está claro —replicó Flaherty, obligándose a calmarse—. Recibo órdenes del CCN, el MACV y el SOG, no de la CÍA.

Foreman se llevó una mano al bolsillo del pecho y sacó una hoja de papel que arrojó a Flaherty.

—Se equivoca. Está a mis órdenes en esta misión. Así lo han decidido los de arriba.

Flaherty desdobló la hoja y la leyó. Luego volvió a doblarla, y se disponía a guardársela en el bolsillo, cuando Foreman chasqueó los dedos.

—Devuélvame la —dijo.

—Yo guardaré esta copia —replicó Flaherty.

Foreman se llevó una mano a su cadera derecha, donde guardaba la pistola. Pero Dane ya estaba de pie, apuntándole a la frente con su arma.

—¡Eh! —exclamó Flaherty, más sorprendido por la acción de Dane que por la de Foreman.

—Diga a su hombre que retroceda —dijo Foreman, controlando la voz.

—Dane —dijo Flaherty con tono expresivo.

Dane bajó de mala gana su arma.

Foreman dio unos golpecitos a Flaherty en el pecho donde éste se había guardado la copia de las órdenes.

—Estarán a mis órdenes mientras dure esta misión. No habrá más preguntas. Su helicóptero saldrá dentro de diez minutos. Diríjense a la pista de aterrizaje.

Castle, que había permanecido inmóvil durante el enfrentamiento, señaló la puerta.

—Vamos. —Recogió su mochila y se la echó al hombro.

Flaherty indicó con el pulgar que todo iba bien y los miembros del equipo salieron. Flaherty sentía cómo las correas de la mochila se clavaban en sus hombros cuando se acercó a Dane.

—¿A qué ha venido eso?

—Esto está jodido —dijo Dane—. Foreman nos oculta algo y Castle está asustado.

—Mierda, y yo —repuso Flaherty.

—Castle está más asustado que si fuéramos a una simple misión fronteriza.

—Tal vez sea novato.

Dane se limitó a hacer un gesto negativo.

Flaherty sabía que Foreman estaba hasta arriba de mierda, pero el que Castle estuviera asustado le cogió de nuevas.

Dane se detuvo y señaló. Dos mercenarios nungs, de aspecto fornido y armados hasta los dientes, los observaban desde el borde de la pista de aterrizaje y hacían gestos precisos en dirección a ellos.

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó Flaherty.

—¿Te has preguntado por qué han tenido que escogernos a nosotros cuando la CÍA suele utilizar a hombres como ellos? —preguntó Dane.

—Sí, me lo he estado preguntando —respondió Flaherty—. Pero ahora supongo que es por el SR-71. Tal vez no quieran que nadie se entere de que han perdido uno y están manteniendo el asunto entre nosotros. Por eso hemos tenido que dejar atrás a nuestros hombrecillos.

—Nunca he visto que un nung se asuste por nada —repuso Dan—, pero estos tíos están muy asustados. Esos gestos son para ahuyentar los malos espíritus.

—¡Dios mío! —exclamó Flaherty mientras se acercaban al helicóptero—. Lo que nos faltaba. Malos espíritus.

—Y ni siquiera vienen con nosotros —advirtió Dane.

Los esperaba el Huey negro reabastecido de combustible y con los rotores girando despacio. Los miembros del ER Kansas, junto con Castle, subieron a él, y el helicóptero se elevó al instante con rumbo sudeste.

Flaherty buscó en su mapa el lugar donde Foreman había dicho que había caído el avión. Estaba cerca del río Mekong, a unos cien kilómetros de donde el río cruza la frontera de Laos con Camboya. El mapa presentaba una masa verde oscuro con cotas topográficas. No había en él ningún indicio de civilización.

Dirigió una mirada a Dane. Estaba tenso y agarraba con fuerza su M-60. Flaherty ignoraba cómo sabía lo que le había dicho sobre Foreman, Castle y los nungs, pero no le cabía la menor duda de que era cierto. Sencillamente sabía cosas, como había sabido lo de la cobra en el campamento base.

Flaherty sabía muy poco de Dane, sólo lo que había leído en el exiguo expediente que había llevado consigo hacía seis meses, cuando se enroló en el CCN. Dane nunca recibía correspondencia y era muy reservado, y nunca se unía a los demás cuando se desahogaban emborrachándose en el bar del CCN. Pero a Flaherty le había gustado instintivamente ese hombre más joven en cuanto lo vio, y con los meses esa primera impresión se había confirmado y transformado en respeto mutuo.

Flaherty desplazó su mirada de Dane al terreno que sobrevolaban. Volaban alto, por encima de los seis mil pies, y el paisaje estaba bañado por la brillante luz de la luna. Trató de orientarse, pero no era fácil a la velocidad que volaba el helicóptero. No le cupo la menor duda, sin embargo, cuando sobrevolaron el Mekong. En el ancho río se reflejaba la luna, y alcanzó a ver varios rápidos. Sobrevolaron el río durante una hora, luego el helicóptero se ladeó de pronto y se dirigió hacia el oeste.

Flaherty sintió una mano en el brazo. Era Castle.

—Nada de mapas —dijo.

—¿Adonde demonios vamos? —preguntó Flaherty, mientras el Mekong desaparecía por el este—. El lugar del accidente que ha señalado queda al sur.

—Limítese a cumplir las órdenes. Habremos salido de aquí en veinticuatro horas.

Flaherty dejó el mapa. Al enrolarse en las Fuerzas Especiales había confiado en dejar atrás eso: obedecer estúpidas órdenes que podían acabar con tu vida por razones que nunca te decían. Ahora sabía que Castle y la CÍA tenían secretos. No querían que supieran dónde había caído el SR-71. Que él supiera, podían estar adentrándose en China, pero eso requeriría otro giro a la derecha y un largo vuelo hacia el norte.

Volaron hacia el oeste durante una hora. Flaherty tuvo que encogerse de hombros cuando Dan y Thomas preguntaron por qué habían dejado tan atrás el Mekong. No había nada que él pudiera hacer. Habían recibido unas órdenes y estaban a bordo de un pájaro de la CÍA.

—Un minuto —dijo Castle, volviéndose por fin hacia ellos y levantando un dedo—. Preparen y carguen las armas.

Flaherty miró hacia fuera. El terreno que sobrevolaban era una selva de tres capas con montañas asomando aquí y allá. No había señales de presencia humana. No había carreteras, ni pueblos. Nada. Sacó de su bolsa de munición un cargador lleno de cartuchos de 5,56 milímetros y lo colocó en el hueco de la parte inferior de su CAR-15. Le dio una palmada para asegurarse de que estaba bien encajado, luego tiró hacia atrás de la palanca de la parte superior del arma y dejó que se desplazara hacia adelante. Colocó el arma entre sus rodillas, con la boca mirando hacia abajo. A continuación sacó la munición flechette de 40 milímetros y cargó su M-79. Observó cómo Dane cargaba con cuidado su ametralladora M-60 con su cinta de cien balas de 7,62 milímetros, asegurándose de que la primera bala entraba en su sitio, y cómo a continuación enganchaba al lateral de la ametralladora la bolsa de lona que contenía el resto de la cinta, cerciorándose de que el arma se cargaba libremente sin dejar de estar cubierta. Flaherty había visto a muchos soldados inexpertos acarrear las cintas en bandolera o colgadas del hombro; también había visto muchas de esas armas atascarse al entrar una bala sucia. Los demás miembros del ER Kansas indicaron con el pulgar que estaban listos.

El helicóptero redujo la velocidad y a continuación descendió rápidamente. Flaherty miró hacia adelante. Los pilotos parecían discutir sobre algo, señalando el tablero de mandos, pero descendieron. En el lado de una cresta, un pequeño claro apareció por delante y por debajo de ellos. El helicóptero descendió aún más, y el piloto maniobró para acercarlos, golpeando el patín de aterrizaje derecho contra el lado de la montaña mientras el otro quedaba suspendido en el aire. Castle hizo un gesto a Flaherty y éste saltó, seguido del resto del equipo y de Castle.

El helicóptero se había alejado tan deprisa como había llegado, en dirección este.

Flaherty permaneció arrodillado detrás de su mochila, con el arma preparada, hasta que dejó de oírse y escucharon el ruido de la selva. Sintió lo que siempre sentía al infiltrarse en un territorio después de que el amistoso ruido del helicóptero desapareciera: abandonado en territorio indio. Le confortaba la presencia de Dane y Thomas. Thorney no le inspiraba mucho ni en un sentido ni en otro. Tendría que ganarse su sitio.

Estaban todos apiñados en la escarpada ladera de la montaña, al resguardo de los árboles que bordeaban el claro. Castle silbó débilmente y los hombres se apretujaron más.

—Vamos a seguir a lo largo de estas crestas, luego bajaremos a un río y lo cruzaremos. El lugar del accidente está justo al otro lado. Seguiremos el río durante cuatro kilómetros hacia el norte, volveremos a cruzarlo y nos dirigiremos de nuevo al este durante otros seis kilómetros hasta el lugar de recogida.

Flaherty sacó la brújula y miró la brillante aguja. Abrió mucho los ojos. La aguja daba vueltas.

—Sus brújulas no funcionan —dijo Castle, advirtiendo lo que hacía.

—¿Por qué no?

—Larguémonos de aquí —dijo Dane—. Esto se pone feo.

—¿Qué está pasando? —preguntó Flaherty a Castle agarrándolo por el cuello de la camisa.

—Ya se lo han dicho —respondió Castle—. Vamos a recuperar los restos del SR-71. —Arrancó las manos de Flaherty de su camisa.

—¿Cómo sabe que las brújulas no funcionan? —preguntó Flaherty, intentando dominarse.

—Es lo que han dicho los pilotos mientras entrábamos —respondió Castle, encogiéndose de hombros, pero sin lograr parecer despreocupado—. Que sus mandos se estaban volviendo locos. Tal vez haya cerca un importante campo magnético. No lo sé.

—Pide un Fuego de la Pradera —dijo Dane. No había oído lo que había dicho Castle, pero miraba alrededor con expresión preocupada.

Flaherty se frotó la mano en el pañuelo verde que llevaba alrededor del cuello, como si considerara las palabras de Dane. Fuego de la Pradera era la contraseña para una exfiltración de emergencia en el cuartel general del CCN. El pájaro de la CÍA podía haberlos llevado allí, pero la mejor baza de Flaherty era que el CCN cuidaba de sus hombres. Sabía que si pedía un Fuego de la Pradera, enviarían un helicóptero, si la meteorología no lo impedía. O deberían hacerlo. Se habían adentrado tanto en territorio enemigo que el CCN tal vez no autorizara el vuelo. ¡Mierda!, exclamó Flaherty para sí; ni siquiera sabía dónde estaban.

Miró el ruedo de caras. El miedo de Dane era palpable. Thomas era el de siempre,

con su cara inescrutable, pero las palabras de Dane estaban produciendo su efecto en el corpulento negro porque hizo un gesto de asentimiento, aprobando la sugerencia de Dane. Tormey también parecía asustado, pero era su primera misión al otro lado de la alambrada. El problema era Dane. Habían estado juntos en tiroteos, y el sargento de armas siempre había cumplido sobradamente con su deber.

—Saca la radio y pide un Fuego de la Pradera —dijo Flaherty, dando un golpecito a Thomas en el brazo—. Quiero una exfiltración lo antes posible. Podemos guiarlos hasta aquí mediante las ondas de la radio de nuestro equipo.

—No pueden hacerlo —respondió Castle perplejo—. Tenemos que recuperar la caja negra de ese SR-71.

—Comprobemos el perímetro de la zona —continuó Flaherty, sin prestarle atención—. Dane, tú quédate aquí. Tormey, cubre la pendiente.

—Tenemos que entrar en el valle y llegar hasta el avión —insistió Castle, apuntándolos con su CAR-15.

Dane miraba fijamente la cresta como si pudiera ver el valle al otro lado.

—Vaya allí y no vivirá para contarlo. —¿De qué demonios está hablando éste? —preguntó Castle. —No lo sé, pero me fío de él —repuso Flaherty. Trataba de pasar por alto el CAR-15 de Castle, pero éste parecía a punto de perder los estribos.

—Ustedes no son más que muías de carga y protección para llevar de vuelta el equipo —dijo Castle—. Tenemos imágenes de la zona, y no hay rastro del Vietcong ni del ejército de Vietnam del Norte.

—Baje el arma —ordenó Flaherty. Dane apuntaba con su M-60 al estómago del hombre de la CÍA.

—Foreman se ocupará de ustedes —dijo Castle, bajando de mala gana su arma.

—Que lo haga —dijo Flaherty. ¡Mierda!, iba a volver a casa en menos de una semana y a cambiar el uniforme por ropa de civil. No necesitaba esa mierda. ¿Qué podía hacerle Foreman? ¿Darle de baja con deshonor?

Thomas había sacado la radio. Susurró unos instantes por el micrófono, luego se concentró en la radio, girando los diales y moviendo la antena.

—¡Maldita sea! —exclamó por fin, quitándose los auriculares—. No recibo nada en FM.

—¿Interferencias? —preguntó Flaherty.

—Nunca he visto nada igual. Como si estuviéramos en el lado oscuro de la luna. No recibo la radio de las Fuerzas Armadas y cubren esta parte del mundo de Vietnam a Tailandia.

—¿Está estropeada? —preguntó Flaherty.

—Funciona —respondió Thomas con convicción—. Algo se interfiere, pero no sabría decir qué.

—Las radios de FM tampoco funcionan aquí —comentó Castle.

—¿También se lo han dicho los pilotos del helicóptero? —preguntó Flaherty.

—Sí.

—¿Alguna otra información que pueda darnos con cuentagotas?

—Nuestro pájaro de exfiltración se dirige en estos momentos al lugar de recogida —repuso Castle, señalando hacia el oeste—.

Tenemos que entrar en el valle para llegar allí, así que sugiero que nos pongamos en marcha si queremos llegar a tiempo. Como las radios no funcionan, no hay otra manera de salir de aquí, a menos que quieran caminar quinientos kilómetros por territorio hostil.

—En marcha —ordenó Flaherty profiriendo una maldición. No tenían otra opción—. Todos alerta. Dane, ve tú primero.

El ER Kansas subió la cuesta con las armas preparadas. En cuanto abandonaron el pequeño claro, se encontraron bajo el triple dosel de la selva. Estaba oscuro como boca de lobo, ya que no entraba ni la débil luz de la luna. Dane avanzaba con cautela, a tientas. Los demás lo seguían con la mirada clavada en el puntito brillante de la parte posterior del sombrero de campaña del hombre que les precedía.

Flaherty echó un vistazo a la esfera luminosa de su reloj. Al menos no faltaba mucho para que amaneciera. Luego lo sacudió. Que él supiera, tampoco funcionaba.

Avanzaron despacio a lo largo de las crestas, y transcurrieron dos horas antes de que llegaran a la cumbre. Empezaba a clarear por el este cuando salieron de la selva al filo rocoso que dominaba el valle del río. En ese momento Flaherty confirmó que su reloj se había parado.

Bajó la vista. No veía el río, porque estaba demasiado oscuro. Al otro lado, el terreno ascendía pero de forma menos pronunciada. Todo lo que distinguió a la luz de la luna fue una meseta accidentada que se extendía hasta donde alcanzaba la vista por el lado oeste del río. Dane dio unos golpecitos a Flaherty en el hombro y señaló a la derecha, donde las crestas se elevaban aún más. Allí había algo grande que les cortaba el paso.

—Ruinas —dijo Dane.

—Diez minutos —ordenó Flaherty, y los miembros del equipo se arrojaron al suelo y esperaron, con las mochilas delante de ellos y las armas preparadas.

Se hacía de día rápidamente. Flaherty vio que Castle buscaba algo en su mochila.

—Nunca había visto nada parecido —susurró Dane, contemplando las ruinas.

Unos bloques gigantescos de piedra formaban una construcción de tres pisos, con aberturas a lo largo de la parte superior para los centinelas. De diez metros de altura y más de doce por lado, la torre dominaba el valle. La selva había invadido la piedra y las plantas trepadoras cubrían los lados, pero seguía siendo una construcción imponente.

—Echemos un vistazo —dijo Castle. —¿Forma parte de la misión? —preguntó

Flaherty, mirándolo—. ¿Explorar ruinas?

—Ofrece una buena vista del valle —respondió Castle. Se levantó y se acercó a las piedras, que se hallaban a unos veinte metros de distancia.

Flaherty indicó por señas a Thomas y Tormey que se quedaran donde estaban y, llevándose consigo a Dane, siguió a Castle. Cuanto más se acercaban a la construcción, más impresionante era. Cada uno de los bloques de piedra medía casi dos metros de alto y de ancho. La piedra estaba limpiamente cortada, y los bloques estaban tan perfectamente encajados que Flaherty dudaba de que pudiera deslizar el filo de un cuchillo entre ellos. Pensó en lo mucho que debía de pesar cada uno y el esfuerzo que tuvieron que realizar para llevarlos hasta ese lugar.

En un lado había una entrada, y Castle desapareció por ella. Flaherty lo siguió. Dane se detuvo un momento antes de entrar. El interior era pequeño, con unas escaleras de piedra que rodeaban la pared exterior y conducían a lo que había sido un tejado de madera, pero que ahora estaba abierto. Los tres hombres subieron por las escaleras hasta el rellano superior, donde había un pequeño antepecho de piedra de metro veinte de ancho, que servía de parapeto para los centinelas. Ofrecía una perspectiva de muchos kilómetros en todas direcciones.

No había más que selva y montañas hasta donde alcanzaba la vista. La niebla de primera hora de la mañana descendía por el valle, cubriendo el río y sus orillas. Castle había vaciado su mochila y miraba dentro.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Flaherty.

—Organizar mi mochila.

Flaherty imaginó que el hombre de la CÍA llevaba en ella una especie de repetidor que le decía dónde estaba el SR-71. No comprendía por qué no lo comprobaba abiertamente.

Dane contempló el valle y el terreno que se extendía más allá, oculto en la neblina de la mañana. Luego retrocedió un paso y miró las ruinas en las que se encontraban.

—Esto es viejo —dijo a Flaherty apoyando una mano en el parapeto—. Viejísimo.

—¿Qué crees que es? ¿Un puesto de avanzada o de vigilancia? —preguntó Flaherty. Nunca había visto nada parecido en Vietnam o Laos. Había oído decir que había enormes ruinas en Camboya, y si ese edificio solitario era algún indicio, el rumor era cierto.

—Un puesto de guardia —dijo Dane, haciendo un gesto de asentimiento—. Pero la pregunta es, ¿de qué se protegían? —Señaló un gran montón de piedras en la esquina sudoeste del piso superior—. Parece que las hubieran utilizado para hacer señales de fuego. Tal vez fuera un puesto de avanzada para detectar la llegada de invasores. —Bajó la voz para que Castle no lo oyera—. No debemos bajar allí, Ed.

—¿El Vietcong? —preguntó Flaherty—. ¿El ejército de Vietnam del Norte? —No

había descubierto ningún indicio que delatara la presencia de un ser viviente, pero tal vez Dane sí lo había hecho.

—No, ninguno de los dos —respondió Dane—. Sólo algo malo, muy malo.

Señaló los muros de las ruinas, en los que había dibujos muy viejos y descoloridos de guerreros. Las figuras tenían lanzas y arcos en las manos, y varias iban a lomos de elefantes. En el cielo, a su alrededor, aparecían círculos alargados, que representaban tal vez el sol o la luna, según supuso Flaherty. Sólo que había más de uno. A través de cada dibujo habían trazado líneas y algunas se cruzaban con los guerreros. Alrededor de los dibujos había también toda clase de símbolos; escritura, supuso Flaherty, aunque nunca había visto nada parecido. En cada esquina de la muralla se alzaba una escultura de piedra de una serpiente con siete cabezas, una figura que Flaherty había visto en otras partes del Sudeste asiático. Sabía que tenía algo que ver con la religión de la región. Las esculturas le preocuparon y, sacudiendo sin querer los hombros, retrocedió un paso.

—Cosas raras —murmuró Flaherty.

—Murieron todos —dijo Dane.

—¿Quiénes?

—Los guerreros que defendían este puesto y aquellos a quienes protegían. Todos. Fueron importantes en otro tiempo. Los más grandes de su tiempo.

—¡Eh, Dane! —Flaherty le dio una palmada en la espalda—. Vuelve, tío.

Dane se estremeció. Luego intentó sonreír.

—Estoy aquí, Ed. No quiero, pero estoy aquí.

Entre Castle y su misteriosa mochila, la brújula y la radio que no funcionaban, y las advertencias de Dane, Flaherty estaba impaciente por ponerse de nuevo en camino hacia el lugar de recogida.

—Salgamos de aquí, ¿de acuerdo? —dijo Flaherty a Dane. Pero vio que sus palabras habían caído en saco roto.

Castle, que había terminado de hacer lo que estuviera haciendo, seguía mirando hacia la selva.

—Vamos —dijo Flaherty.

El hombre de la CÍA cerró su mochila y se la cargó a la espalda.

—¿No podemos seguir avanzando por terreno elevado? —preguntó Flaherty—. Desde aquí arriba vemos todo.

—Tenemos que bajar al río —respondió Castle—. El avión estrellado está al otro lado.

Ya era de día, pero la niebla seguía cubriendo el terreno de abajo. Parecía estar disipándose a ese lado del río, pero seguía igual de espesa al otro lado.

—Qué raro —comentó Flaherty. No le gustaba el aspecto de esa niebla. Era gris amarillenta con vetas más oscuras. Nunca había visto nada parecido en todos sus años

de servicio. Se volvió hacia Castle—. Mi hombre —dijo, señalando a Dane— cree que van a hacernos saltar por los aires si bajamos allí. Hasta ahora nunca se ha equivocado al anunciar emboscadas. Sugiero que le haga caso.

—No hay ningún Vietcong ahí abajo —insistió Castle.

—No sé lo que hay ahí abajo, pero si Dane dice que hay algo malo, es que lo hay.

A Castle se le ensombreció el rostro. Como si estuviera resignado, pensó Flaherty sorprendido.

—Tenemos que bajar —se limitó a decir Castle—. Cuanto antes lleguemos allí, mejor. No es negociable. Es demasiado tarde para todos. Nos hemos alistado y hemos de hacer aquello por lo que nos pagan. No tenemos elección.

Los tres permanecieron de pie en la antigua rampa de piedra, absortos en sus propios pensamientos, asimilando la verdad que encerraban esas palabras. Habían llegado hasta allí por distintos caminos, pero en esos momentos estaban juntos, piezas de un mecanismo al que no le preocupaba demasiado la calidad o duración de sus vidas.

—Vamos entonces —dijo Flaherty, aceptando que las palabras de poco servían allí.

Se reunieron con los otros dos hombres y empezaron a bajar, con Dane a la cabeza. Dejaron atrás las rocas escarpadas y volvieron a encontrarse bajo el manto de vegetación. Estaba oscuro a pesar del sol. Flaherty ya estaba acostumbrado a ello. La luz no penetraba del todo a través de las copas de los árboles. A mitad del descenso en dirección al río, unos zarcillos de niebla empezaron a abrirse paso furtivamente entre los árboles, hasta que no vieron más allá de doce metros.

Siguieron adelante. Era como si caminaran sin avanzar, los árboles y el paisaje, los animales, todo era igual, el terreno en pendiente, la niebla arremolinándose a su alrededor. Luego oyeron el ruido de agua corriendo, cada vez más cerca, hasta que Dane, a la cabeza del grupo, vio el terreno que descendía ante él.

Se detuvo y miró hacia el río. Era poco profundo y corría deprisa. La niebla se abría de vez en cuando mostrándoles la otra orilla, una línea verde oscura de selva a cuarenta metros de distancia. Pero no podía ver más allá. La niebla era mucho más espesa al otro lado, ya que una mancha grisácea se extendía por encima de la vegetación verde. Pero hasta los árboles tenían un aspecto extraño, casi enfermizo. Hacía frío, y el sudor de los hombres se unió al aire húmedo, poniéndoles la carne de gallina y haciéndolos tiritar.

Castle pasó junto a Dane y se metió en el agua hasta que le cubrió las rodillas. Sacó de la mochila una jarra y la llenó de agua, luego volvió a taponarla y la guardó.

—Tenemos que cruzar —dijo, mirando a los cuatro hombres que permanecían arrodillados en la orilla, con las bocas de sus armas apuntando en la dirección en que Castle había avanzado.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Flaherty. La muestra de agua le inquietó.

—No estoy autorizado para decírselo.

—Entiendo, sólo está autorizado para conseguir que nos maten —murmuró Flaherty. Hizo un ademán—. Thomas y Tormey, cruzaréis con Castle. Dane y yo os cubriremos y luego vosotros nos cubriréis.

Thomas bajó sin decir una palabra o mirar atrás. Tormey miró a Flaherty al otro lado del río varias veces antes de seguirlo. Flaherty pensó que nunca había sentido tan intensamente la responsabilidad del mando como en el instante en que la cara de Tormey reflejó su profunda resignación.

Dane sacó los pies de la M-60 y se tendió en la orilla detrás de un tronco. Levantó la culata y colocó el hombro debajo. Flaherty se reunió con él. Los otros tres hombres avanzaban en un triángulo. Castle a la cabeza, Thomas a la izquierda y Tormey a la derecha, separados treinta metros entre sí.

—Diles que vuelvan —dijo Dane de pronto, cuando los hombres estaban a medio camino.

—¿Cómo?

—Diles que vuelvan. ¡Es una emboscada! —Dane habló en voz baja pero insistente.

Flaherty silbó y Thomas se detuvo, a nueve metros de la orilla. Miró hacia atrás y vio que Flaherty le indicaba por señas que regresara. Silbó para llamar la atención de Tormey, que también se detuvo. Castle miró por encima del hombro, irritado, y siguió andando hasta la otra orilla.

Thomas retrocedía, balanceando su M-203 y apuntando por encima de la cabeza de Castle. Tormey estaba paralizado, sin saber qué hacer. Flaherty apretó los dientes, esperando ver la explosión de fuego bajo los árboles de la otra orilla y los cuerpos acribillados a balazos. Castle salió del agua y desapareció, pero no pasó nada. Parecía haberse desvanecido, engullido por la niebla y la selva.

Flaherty parpadeó, pero Castle había desaparecido. Si se trataba de una emboscada, se habría producido mientras los hombres estaban en la parte del río donde pudieran matarlos.

—No hay ninguna emboscada —dijo Flaherty.

—Allí hay algo —insistió Dane.

Castle apareció de pronto en la otra orilla cuando la niebla se abrió brevemente, y les hizo señas furioso para que lo siguieran.

—Tenemos que cubrir a Castle —dijo Flaherty, poniéndose de pie e indicando a Thomas que esperara. —Puso una mano en el brazo de Dane—. Además, es el único que sabe dónde está el lugar de recogida.

Dane se levantó de mala gana y bajó hasta la orilla detrás de su jefe. Cruzaron el río rápidamente, reuniéndose con Thomas y Tormey.

—¡Escucha! —insistió Dane, sujetando a Flaherty del brazo cuando salían del agua.

—No oigo nada —respondió Flaherty deteniéndose y aguzando el oído, mientras Thomas y Tormey llegaban a lo alto de la orilla..

—La voz.

—¿Qué voz? —Flaherty ladeó la cabeza, pero no oyó nada.

—Una advertencia —susurró Dane, como si no quisiera que los demás lo oyeran—. Hace tiempo que la oigo, pero ahora es clara. Oigo las palabras. Tenemos que largarnos de aquí.

Flaherty miró al frente. Castle no estaba y no se oía nada. El silencio en medio de la selva era tan desconcertante como Dane diciendo que oía una voz.

—Alcancemos a Castle —ordenó, sin querer que el hombre de la CÍA permaneciera más tiempo oculto.

Subieron. Al llegar arriba, los cuatro se detuvieron.

Dane dio un traspie y, cayendo de rodillas, vomitó el parco desayuno que había tomado. Sentía como si le hubieran vuelto el estómago al revés. Le palpitaban las sienes y púas de dolor las recorrían en todas direcciones. Y la voz seguía allí, en su cabeza, diciéndole que diera media vuelta, que retrocediera.

Flaherty se estremeció. La niebla era diferente, más fría, y en el aire flotaba un olor que nunca había percibido antes. El aire parecía arrastrarse por su piel y tenía dificultades para respirar.

—¿Estás bien? —preguntó a Dane, que respondió con un gesto de negación.

—¿Lo sientes?

—Sí, —Flaherty asintió despacio—. ¿Qué es?

—No lo sé, pero nunca he sentido nada igual. Este lugar es distinto de todo lo que he visto. Y hay una voz, Ed. La oigo. Me está advirtiendo que no siga adelante.

Flaherty miró alrededor. Hasta la selva era extraña. Los árboles y la flora no tenían un aspecto normal, aunque no habría sabido decir cuál era el elemento extraño. Dane trató de levantarse.

—¿Puedes moverte? —preguntó Flaherty—. Alcancemos a Castle y larguémonos de aquí.

Dane respondió con un gesto de asentimiento.

Se internaron unos cincuenta metros en la selva, nerviosos por el escalofriante silencio. Flaherty temblaba, no tanto de frío como por la sensación de la niebla en la piel. Era pegajosa, y habría podido jurar que sentía las moléculas de la humedad ondulándose como aceite contra su piel.

De pronto se oyó un ruido, un sonido que perforó a cada hombre como una piqueta. Un largo y escalofriante grito de agonía delante de ellos. Los cuatro hombres se detuvieron, apuntando sus armas en dirección al lugar de donde había procedido el

grito. Algo se abría paso con estrépito hacia ellos, oculto por la vegetación y la niebla. Los dedos se doblaron alrededor de los gatillos. De pronto Castle se acercó a ellos tambaleante, aferrándose con la mano izquierda el hombro derecho y la sangre brotando entre sus dedos. Cayó de rodillas a tres metros de distancia y alargó una mano sangrienta hacia los miembros del equipo. Su brazo derecho había desaparecido diez centímetros por debajo del hombro, y de la arteria brotaba la sangre con cada latido del corazón.

De pronto, de la niebla a su espalda salió algo que paralizó a los cuatro miembros del ER Kansas. Era un objeto verde elíptico, de unos tres metros de largo por sesenta centímetros de diámetro. Se movía medio metro por encima del suelo, sin apoyarse aparentemente en nada. Dos extrañas bandas oscuras entrecruzaban su superficie en diagonal, de atrás hacia adelante. Parecían palpitar, pero los hombres no comprendieron lo que eran hasta que las bandas alcanzaron a Castle. El extremo delantero, donde las bandas se cruzaban, avanzó despacio hacia el hombre de la CÍA, que se apartó a gatas. El extremo le tocó el brazo izquierdo, y cuando él lo levantó para protegerse la cara, estalló en una explosión de músculos, sangre y huesos. A falta de una mejor comprensión, los hombres vieron que las bandas eran como hileras de dientes negros y afilados moviéndose a gran velocidad sobre una cinta transportadora. De la parte más ancha de la esfera alargada se extendió de pronto una fina lámina verde semejante a una vela, que se deslizó hacia adelante recogiendo los restos del brazo izquierdo de Castle. Luego el objeto verde retrocedió, llevándose consigo la carne y la sangre.

El ER Kansas reaccionó por fin. La ametralladora M-60 de Dane escupió una ráfaga por encima del cuerpo de Castle hacia la esfera, que volvió a fundirse en la niebla. Dane levantó el arma y se abrió paso entre la maleza hacia lo que se ocultaba a lo lejos. Tormey vació toda la recámara de su AK-47. Thomas disparó un cargador, se apresuró a cambiarlo y a continuación disparó tres proyectiles explosivos de alta potencia de 40 milímetros en tres direcciones ligeramente diferentes hacia el frente tan deprisa como pudo recargar el arma. Flaherty los apoyó con los treinta cartuchos de 5,56 milímetros de su CAR-15. En cuanto cesó el fuego, se produjo el silencio. El olor a cordita flotaba en el aire, y el humo de las armas se mezcló con la niebla.

Castle seguía vivo, milagrosamente, y avanzaba a gatas hacia ellos empujándose con las piernas, dejando a su paso un espeso reguero de sangre.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Thomas, recorriendo rápidamente la selva con la mirada.

—Ayudémoslo —ordenó Flaherty. Él y Dane corrieron hacia el hombre de la CÍA y, cogiéndolo por las correas de su mochila, lo arrastraron hasta donde los esperaban Thomas y Tormey.

Flaherty abrió el botiquín rasgándolo. Castle estaba en estado de shock. Flaherty

había visto a muchos hombres heridos en sus años de servicio y conocía los síntomas. Castle estaba pálido por la pérdida de sangre; no le quedaba mucho tiempo. Aun cuando hubieran dispuesto de un helicóptero para evacuarlo, no habría modo de que lo lograra.

—¿Qué era eso? —preguntó Flaherty, inclinándose y acercando su cara a la de Castle.

—Angkor Kol Ker—susurró Castle, sacudiendo la cabeza de forma casi imperceptible, con la mirada extraviada y la vida apagándose en ella—. La puerta de Angkor.

—¿Cómo? —Flaherty levantó la vista hacia Dane—. ¿Qué demonios ha dicho? —Cuando se volvió de nuevo hacia Castle, ya estaba muerto.

—Angkor Kol Ker —repitió Dane—. Eso es lo que ha dicho. —Y miró fijamente al hombre muerto, sorprendido.

—Sigamos... —empezó a decir Flaherty, pero se interrumpió al oír un ruido. Algo se movía en la selva.

—¿Qué es eso? —susurró Thomas, a medida que el ruido se hacía más fuerte.

Cada vez estaba más cerca, y fuera lo que fuese, era grande, más que lo que había alcanzado a Castle. A juzgar por el estrépito, avanzaba derribando los árboles que se interponían en su camino; el ruido de madera astillándose iba acompañado del de los árboles al estrellarse contra el suelo.

Y ahora oían más ruidos, muchos objetos se movían invisibles en medio de la niebla. El ruido los rodeaba por todas partes, pero no era el ruido natural de la selva, sino sonidos extraños, algunos casi mecánicos. Mientras, en alguna parte a su izquierda, avanzaba hacia ellos algo de un tamaño descomunal.

—Vamos a ser presas fáciles —dijo Flaherty mirando por encima del hombro.

—Si nos quedamos aquí moriremos —replicó Dane—. Tenemos que salir de esta niebla ahora mismo. Sólo estaremos a salvo de esas cosas al otro lado del río. Lo sé.

Tormey gritó y los otros tres hombres se volvieron hacia la derecha. El cuerpo del recién incorporado al equipo había abandonado el suelo y se elevaba rápidamente hacia las copas de los árboles rodeado de un aura dorada que emanaba de un rayo de unos treinta centímetros de ancho que perforaba la niebla.

Mientras apuntaban sus armas, Tormey se vio arrastrado hasta la niebla y desapareció.

—¡Mierda! —exclamó Thomas. Luego retrocedió tambaleante, con una expresión de sorpresa dibujada en su cara, cuando una fuerza invisible lo alcanzó. Dejó caer el arma y se llevó las manos al pecho, y entre ellas brotó sangre. Un nítido agujero redondo del tamaño de una moneda de diez centavos le había perforado el uniforme, alcanzándole en el pecho.

—¿Qué pasa? —preguntó Flaherty, acercándose al radiotelegrafista.

Pero se quedó inmóvil cuando de la niebla salieron media docena de cuerdas increíblemente largas, que rodearon a Thomas y lo arrastraron hacia su fuente invisible.

Dane disparó su M-60 apoyándola en la cadera, y las balas trazadoras desaparecieron en la misma dirección que lo que controlaba las cuerdas. Los disparos sacaron a Flaherty de su estado de shock, y dio un paso hacia a Thomas, cuando un movimiento a su izquierda atrajo su atención. Algo avanzaba a cuatro patas hacia él. La imagen se le quedó grabada en la mente: la cabeza de una gran serpiente con la boca completamente abierta y tres hileras de dientes brillantes, sobre un cuerpo de león con largas patas provistas de garras, que terminaba en una cola con el aguijón de un escorpión.

Flaherty disparó su CAR-15 y los cartuchos se estrellaron contra el pecho de la criatura, deteniéndola y derribándola, mientras de las heridas salía un líquido negro. Vacío el cargador aunque la criatura ya había dejado de moverse.

De la selva, a la derecha de donde las cuerdas rojas arrastraban a Thomas, salió un haz de luz dorada que alcanzó a Flaherty en el hombro. Éste sintió un dolor instantáneo y olió su propia piel chamuscada. Rodó por el suelo hacia adelante y hacia la derecha, interponiendo entre él y el rayo un árbol. El tronco quedó bañado en luz dorada un segundo antes de estallar, esparciendo por toda la selva astillas que se clavaron en su costado. Flaherty se volvió sobre el otro costado y miró a su alrededor.

Thomas seguía gritando, agitando los pies en el aire, mientras trataba de cortar con su cuchillo una de las cuerdas que lo sujetaban.

La M-60 de Dane tenía la boca al rojo vivo, cuando de pronto se atascó. La arrojó al suelo, sacó la pistola y disparó hasta vaciar la recámara. Flaherty empezó a acercarse de nuevo hacia Thomas, que había dejado caer el cuchillo, abrazándose a un árbol. Flaherty arrojó su CAR-15 a Dane y echó a correr hacia adelante, mientras desenganchaba el lanzagranadas M-79 de su montura.

Algo de color escarlata cayó de arriba, y cuando Flaherty lo esquivó, serpenteó hacia adelante tratando de alcanzarlo. Pero no lo consiguió. Llegó hasta el árbol y, asomándose detrás del tronco, disparó su M-79 a lo largo de las cuerdas. Los proyectiles flechette escupieron su carga mortal, pero no parecieron producir efecto alguno. Sacó de su bolsa de munición los proyectiles explosivos de alta potencia de cuarenta milímetros.

—No permitas que me coja —suplicó Thomas.

Dane ya estaba allí, disparando sin cesar a las cuerdas con la CAR-15. Flaherty disparó a la niebla los proyectiles explosivos de alta potencia y oyó el ruido sordo de una explosión, amortiguada como si se hubiera producido bajo sacos de arena.

De pronto la niebla cambió, fundiéndose y volviéndose más oscura, y salieron de la nada unas formas. Varias esferas, como la que había alcanzado a Castle, flotaron en

la oscuridad, e hileras de dientes negros se arremolinaron a su alrededor. Flaherty y Dane dejaron de ayudar a Thomas para ponerse ellos a salvo, y retrocedieron esquivando los agudos objetos que cambiaban bruscamente de dirección.

Los objetos arrancaron las manos de Thomas del tronco del árbol, dejando una capa de piel y sangre, y luego desapareció en medio de la niebla, con sus gritos resonando en toda la selva. El griterío se interrumpió en mitad de un alarido, como si se hubiera cerrado de golpe la puerta de una mazmorra.

De la niebla salió un destello de luz azul que alcanzó a Flaherty en el pecho. A continuación se extendió por todo su cuerpo, hasta que se encontró dentro de una segunda y brillante piel. Miró a Dane, que por el momento parecía inmune a las formas que les atacaban.

—¡Corre! —gritó Flaherty con voz apagada—. Corre, Dane.

Dane rodó hacia la derecha, pasando por debajo de una de las figuras y se quedó de rodillas. Entonces vació el resto del cargador del CAR-15 a lo largo del rayo de luz, y sacó el cuchillo.

—¡No! —gritó Flaherty mientras se elevaba en el aire—. ¡Sálvate tú! —Y se vio arrastrado hacia la fuente del rayo de luz azul.

Lo último que Dane vio del jefe del equipo fue su rostro, con la boca abierta y torcida gritando a Dane que saliera corriendo, las palabras ya lejanas y débiles. Luego se vio rodeado por un rayo de luz azul brillante y desapareció en la niebla.

Un haz de luz dorada perforó la niebla y alcanzó a Dane en el antebrazo derecho, dejándole la carne chamuscada y haciendo que se le cayera el cuchillo de las manos. Otro haz de luz azul rodeó el cuchillo, lo levantó y lo dejó caer de nuevo al suelo para continuar su búsqueda.

La voz se oía más fuerte ahora, más insistente, gritándole dentro de la cabeza, diciéndole que se largara de allí, que huyera.

Dio media vuelta y empezó a correr hacia el río.

Segunda parte

- El presente -

CAPÍTULO 1

El avión se hallaba a doce kilómetros de Bangkok y volaba en dirección este con sus cuatro turbo reactores TF33-P-100A Pratt & Whitney funcionando a plena potencia. El amanecer teñía el cielo por el este, saliendo del mar de la China Meridional y extendiéndose desde Vietnam hacia Camboya y Tailandia.

Era un Boeing 707 modificado, que había sido fabricado ex profeso para el ejército estadounidense hacía más de veinte años. Tras su entrega, habían pintado en él la insignia de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos, y todo el fuselaje era de color negro mate menos el nombre del avión, escrito en la parte delantera en letras rojas: Lady Gayle. Por fuera, el cambio más llamativo respecto a un 707 corriente era una gran antena radar a modo de cúpula giratoria de diez metros de diámetro, situada justo detrás de las alas. Tampoco tenía ventanas laterales, ocultando el interior de miradas indiscretas.

Michelet Technologies, después de comprar el avión al gobierno por veinte millones de dólares, había dedicado dos años a readaptarlo. Había invertido 40 millones en adecuar el interior del 707 modificado a sus necesidades. Pero la compañía había recuperado con creces la inversión en los tres primeros años de servicio del avión. Recientemente, su misión en el norte de Canadá había ayudado al equipo especial de reconocimiento de tierra de Michelet a localizar ocho posibles yacimientos de diamantes: dos habían proporcionado diamantes, tres habían dado resultados negativos y en los otros tres seguían trabajando equipos de reconocimiento. Los dos yacimientos activos ya habían producido más de ochenta millones de dólares de ganancias en diamantes, y estaba previsto triplicar la producción en los dos próximos años. Mientras que el equipo de reconocimiento de tierra hubiera tardado años en localizar estos yacimientos y en realizar las exploraciones iniciales, el avión lo había hecho en un solo día tras sobrevolar una vez la zona.

El Lady Gayle, el avión más avanzado en exploración geológica, era capaz de realizar los más variados trabajos, desde localizar yacimientos de diamantes hasta encontrar petróleo profundamente enterrado. Por supuesto, no era el avión en sí lo que había permitido tales descubrimientos, sino los cuarenta millones de equipo de alta tecnología para la observación y toma de imágenes. El avión era la plataforma que sustentaba el sofisticado equipo y a los científicos, y su información era enviada al cuartel general de la compañía Michelet en Glendale, California.

En ambos lugares había un miembro de la familia Michelet, la tercera más rica de Estados Unidos según los medios especializados. Desde Glendale, el miembro de más

edad, Paul Michelet, que tenía sesenta y cuatro años pero no aparentaba más de cincuenta, dirigía la multinacional Michelet. El Centro de Interpretación de Imágenes (CII), de cuatro pisos subterráneos bajo el Edificio Michelet de cromo y cristal negro, era su lugar preferido. También tenía un vínculo personal con la tripulación del Lady Gayle, así llamado en memoria de su difunta esposa, una mujer lejanamente emparentada con la monarquía británica. A bordo del 707, y al frente de todo, estaba su única hija, Ariana.

No se trataba de un caso de nepotismo infundado, y todos los que iban a bordo del Lady Gayle lo sabían. Ariana Michelet era doctora en geología y había hecho un master en informática. No sólo entendía las máquinas, sino lo que conseguían. Y había pasado los últimos diez años haciendo trabajos de campo para Michelet Technologies antes de ser ascendida el año anterior a jefa de reconocimiento de yacimientos. Además de su competencia técnica, tenía un asombroso don de gentes, algo que a su padre no le había pasado desapercibido.

En ese momento, cada miembro de la tripulación comprobaba el correcto funcionamiento del equipo y del sistema de transmisión de datos al CCI en Glendale. Todo estaba conectado a un ordenador central llamado Argus, instalado a bordo del avión y a otro de similares características en el CII.

De principio a fin, el avión había sido diseñado para una tarea específica. No había hileras de asientos ni ventanas. Justo detrás de la puerta de la cabina de mando estaba el área de comunicaciones, un compartimiento independiente con dos asientos mirando hacia la parte trasera y encima de una plataforma elevada. Estaba lleno de centralitas de radio, y más allá había un pequeño pasillo que llevaba a un único asiento rodeado de pantallas. Era la oficina desde la que Ariana supervisaba todo. Una pared la separaba de la habitación contigua, la sala de las consolas, donde había seis asientos frente a dos hileras de ellas. Alrededor de las consolas había mucho espacio y hasta una mesa de conferencias, donde celebraban reuniones durante el vuelo.

Cada operador ocupaba un asiento diseñado especialmente para casos de emergencia y montado sobre rieles, lo que les permitía desplazarse hasta cualquier consola si era necesario y fijar el asiento al riel en cualquier parte. La luz era tenue, una débil fosforescencia que les permitía concentrarse en las pantallas de los ordenadores.

El espacio que había detrás de la sala de las consolas, por encima de las alas y hacia la parte trasera, estaba ocupado por mesas llenas de ordenadores y otros aparatos de alta tecnología. Detrás de los ordenadores, en la cola del avión, había ocho literas, una pequeña cocina, una ducha y varios aseos. Cuando utilizaban el equipo, la tripulación del Lady Gayle dormía a bordo, porque la seguridad era primordial.

El piloto tenía a sus espaldas más diez mil horas de vuelo en aviones 707, y su copiloto no le iba a la zaga. Los instrumentos eran de lo más avanzado y tan buenos como cualquiera de los que salían en esos momentos de las cadenas de montaje Boeing.

El personal científico estaba integrado por ocho personas especialmente entrenadas. Con la ayuda de Argus, el equipo responsable de la toma de imágenes era capaz de hacer el trabajo de muchos más. De hecho, Argus era tan sofisticado que Ariana prácticamente podía pilotar el avión desde su puesto en la parte trasera, mediante el ordenador central, el piloto automático y el sistema de seguimiento automático. El personal de Michelet del CII de Glendale también podía pilotar el avión desde el otro extremo del mundo, utilizando su propio ordenador central y enviando las órdenes al piloto automático vía satélite.

Ariana supervisaba todas las operaciones desde su pequeña oficina, mediante cámaras de vídeo y sensores. Aún más importante, estaba rodeada de una docena de pequeñas pantallas de ordenador, y cada una le mostraba los datos de las pantallas situadas en la sala de las consolas. Detrás de ella, su analista de sistemas y asesor principal, Mark Ingram, supervisaba las consolas del equipo de toma de imágenes. Sabía tanto sobre los sistemas como cualquier operario del equipo. Entre Ariana y la cabina de mando, y rodeado de sus radios, estaba el experto en comunicaciones, Mitch Hudson.

Ariana tenía treinta y cuatro años, y los dioses no habían escatimado en su aspecto físico para dotarla del don de la inteligencia. Era alta y esbelta, con una tez entre aceitunada y oscura. Y aunque los colores vivos le sentaban muy bien, se inclinaba por los pantalones flojos caqui y los tejanos, y las camisetas holgadas y cómodas que ocultaban eficazmente sus amplias caderas y sus generosos pechos. Era plenamente consciente de sus aptitudes como científica, y su apariencia física, aunque importante para algunos, carecía de importancia para ella.

Tenía los ojos castaños, y cuando la sonrisa desaparecía de sus labios, reflejaban desaprobación. En ese preciso instante miraban a Hudson, que estaba en la puerta de su oficina, después de haberle informado de que el cable del equipo de toma de imágenes y de la radio tenía dificultades para desenrollarse. El cable se recogía dentro de una caja situada debajo de la cola del avión, y se desenrollaba a medida que el Lady Gayle ganaba altitud, hasta que éste arrastraba más de tres kilómetros de cable, una antena muy eficaz. Menos en esos momentos, que no funcionaba correctamente porque se había atascado tras desenrollarse tan sólo cuatrocientos metros.

—¿Puedes arreglarlo? —preguntó Ariana.

—Voy a enrollarlo de nuevo —respondió Mitch—. Tal vez sea un nudo la causa del atasco.

—Arréglalo. Sólo nos queda una vuelta y haremos el último intento en la frontera camboyana, que... —consultó su pantalla numérica— sólo está a seis minutos de distancia.

—Estoy en ello —dijo Hudson, desapareciendo por el pasillo que conducía a su estación.

Ariana se recostó en su asiento y examinó las pantallas del ordenador. No le habían informado de otros problemas, y sabía que la tripulación le pondría al corriente enseguida. Era el ambiente de trabajo que ella fomentaba. Creía en la sinceridad por ambas partes, de modo que decía a la tripulación todo lo que podía y esperaba que ésta la tuviera informada de todo lo que ocurría. A diferencia de muchos jefes, tampoco arrancaba las entrañas a los portadores de malas noticias, a menos, claro está, que fueran consecuencia de su incompetencia. En cuyo caso el empleado era expulsado de inmediato de Michelet Technologies. Con billones de dólares y un imperio corporativo en juego, no había lugar para la incompetencia.

—Podemos dar la vuelta sin el cable, si es necesario —dijo Ingram, que apareció de improviso en el pasillo que comunicaba con la parte trasera. Tenía unos cuarenta y cinco años y presentaba los síntomas del estrés de haber trabajado para su padre desde que salió del MIT hacía más de veinte años. Tenía el pelo prematuramente canoso y un cuerpo poco en forma, con catorce kilos de sobrepeso sobre un esqueleto de metro ochenta y dos, pero su mente seguía siendo tan aguda como siempre.

Al principio no había dejado de vigilarla, supervisando todo lo que hacía, pero el último año se había convencido de que sabía lo que se hacía y había vuelto a concentrarse en sus propias responsabilidades. Eso había librado a ambos de mucha presión, aunque seguía existiendo cierta tensión ya que, de facto, había sido degradado al ocupar Ariana su puesto. Sí, le habían aumentado el sueldo, pero Ariana sabía que a veces echaba de menos estar al frente.

—Sé muy bien lo que podemos hacer sin cable —replicó.

Ingram hizo un gesto de asentimiento y se marchó. Ariana advirtió su frustración. Durante años ése había sido el sitio de Ingram, y no trabajaba a gusto en el área de las consolas. Él no tenía por qué comprobar los sistemas de Hudson. Por una parte, ella le agradecía su meticulosidad, pero por otra lamentaba que se entrometiera. Decidió quedarse con lo primero y concentrarse en la misión que tenía entre manos.

Cogió unos pequeños auriculares sin cable y se los puso. Luego apretó el botón de un cambiador de frecuencia que llevaba en el cinturón de sus pantalones caqui. Cambió de canal sin mirar y habló:

—Glendale, aquí Lady Gayle. ¿Cómo me recibes?

—La recibimos alto y claro —respondió una voz al instante—. El señor Michelet quiere hablar con usted, señorita Ariana.

Se recostó en su asiento mientras le ponían con su padre.

—¿Cómo va todo, Ariana?

—Tenemos un pequeño problema con el cable —respondió ella sin vacilar—, pero por lo demás todos los sistemas funcionan.

—¿Puedes pasar sin el cable?

—Sí.

—Bien.

—Te llamaré en cuanto sintonicemos —dijo ella, que tenía una docena de tareas esperándola. Su padre lo comprendió y cortó.

En el CII de Glendale, Paul Michelet procuraba no estorbar a sus subordinados. A diferencia de su hija, no comprendía para qué servían las máquinas de la sala situada debajo de él. Por eso pagaba generosamente a quienes se ocupaban de ellas. Su éxito a lo largo de los años se había basado en su capacidad para comprender a la gente y el cuadro general, y tomar decisiones difíciles. Los detalles los dejaba para los demás.

Paul Michelet se encontraba en esos momentos en una pequeña sala de conferencias que comunicaba con el Centro de Interpretación de Imágenes. Lo separaba de los técnicos una pared que era de cristal sólo por el lado de la sala, de modo que podía ver y oír todo lo que ocurría allí, mientras que ellos nunca sabían si había alguien o no en la sala de conferencias. Michelet hacía tiempo que había descubierto que tal medida aumentaba su eficiencia. Si nunca sabían cuándo miraba el jefe, tenían que suponer que lo hacía en ese momento y obrar en consecuencia.

En la sala había dos hombres aparte de Michelet. Uno estaba de pie tan inmóvil que habría pasado desapercibido a quien echara un vistazo. Era Lawrence Freed, el jefe de seguridad y experto en resolver cualquier tipo de problemas. Era un negro esbelto, de metro setenta y cinco de estatura, que daba la impresión de que podía llevarse un fuerte viento. A Michelet le había costado aceptar su expediente cuando tres años atrás lo había entrevistado para el puesto. El hombre descrito en él era un ex comando de la Fuerza Delta, cinturón negro en cinco artes marciales y brillante oficial de operaciones. No sólo engañaba su aspecto físico, sino que también era tan silencioso y tenía una voz tan suave que a uno le costaba imaginar que fuera capaz de realizar un acto de violencia. Michelet había albergado sus dudas, pero Freed iba recomendado por uno de sus contactos en Washington, y decidió probar suerte. Y en los tres años que llevaba a su servicio, no le había dado motivos para lamentarlo. Al contrario, había probado suficientemente su eficacia.

El tercer hombre de la sala era el polo opuesto de Freed. Rolando Beasley no había parado quieto desde que había entrado en la habitación. Era un gran oso, con la frente pálida y una poblada barba gris. Michelet lo había contratado hacía poco. También había llegado muy recomendado. Beasley todavía tenía que demostrar su valía.

Michelet dio la espalda al CII. Sobre la mesa de madera de teca, en el centro de la

habitación, había un mapa extendido.

—He tardado siete meses en sobornar a los oficiales camboyanos pertinentes para que me permitieran sobrevolar la zona. —Quería que Beasley supiera que no se trataba de un asunto académico, sino de una empresa seria en la que había mucho en juego. Había tratado en otras ocasiones con expertos «académicos» y sabía lo importante que era hacerles comprender que ya no estaban en sus aulas.

—Debería ser de lo más interesante —dijo Beasley. Hablaba con un ligero acento británico, pero en su expediente no constaba ninguna estancia significativa en Inglaterra, y su lugar de nacimiento era Brooklyn. Michelet supuso que lo había adquirido en los círculos académicos. Era arqueólogo e historiador especializado en el Sudeste asiático.

Freed no dio muestras de haber oído ninguno de los dos comentarios. Por supuesto, como sabía Michelet, él se había encargado de organizar todos esos sobornos a través de su intermediario en Camboya. También había reunido el material del expediente de Beasley.

—Michelet Technologies, y todos los interesados en temas geológicos —continuó Michelet—, saben que el Sudeste asiático posee vastos recursos minerales. Bangkok es el centro mundial del negocio de gemas y Tailandia es el mayor exportador de piedras preciosas sin tallar del planeta. Pero creemos que Camboya puede superar a Tailandia.

—Está hablando de una gran inversión de dinero —apuntó Beasley—. ¿Merece la pena?

Michelet lo miró fijamente, como si acabara de pronunciar una sarta de blasfemias.

—Los rubíes y los zafiros son los distintos colores de un elemento llamado corindón, que es la forma cristalina del óxido de aluminio. Los oligoelementos contenidos en el corindón son lo que da a las gemas su color. Para los rubíes, el oligoelemento es el cromo. Para los zafiros, el titanio. Los rubíes tal vez sean las gemas que menos se ven, vendiéndose a cuatro veces el precio de los diamantes del mismo peso.

—Sé que algunos hombres de negocio tailandeses —dijo Beasley con el entrecejo fruncido— han estado dirigiendo una operación minera clandestina en el sudoeste de Camboya, extrayendo varias gemas preciosas bajo la protección de los Khmer rojos, a los que sobornan. Pero no creo que haya sido un negocio lucrativo.

—No, si considera que cuarenta millones de dólares anuales en el mercado negro no es lucrativo —dijo Michelet, estudiando a Besley. Era evidente que no había levantado la cabeza de los libros de texto en toda su vida—. Pero creemos que están trabajando un yacimiento pobre. —Dio un golpecito en el mapa de Camboya, extendido sobre la mesa de conferencias—. La zona que está sobrevolando el Lady

Gayle es la que, según las imágenes obtenidas por satélites y lanzaderas espaciales, guarda importantes yacimientos de gemas y cristal, nada menos que diez veces mejores que los de Tailandia. Son las altas tierras de Camboya, situadas al norte de Tonle Sap. Nadie se ha adentrado jamás en esa zona para echar un vistazo.

»El problema siempre ha sido doble. Primero, adentrarse en la escabrosa región de selva montañosa para reconocer el terreno en busca de gemas. Segundo, vigilar las distintas facciones en lucha y las más de diez millones de minas desparramadas por Camboya. Estos dos factores han impedido cualquier reconocimiento por tierra. Pero también ha sido un problema la ausencia de un gobierno estable en Camboya.

—Lo más cerca que he estado de esa zona —dijo Beasley— es en la antigua ciudad Angkor Thom, donde se encuentra el templo Angkor Wat, justo al norte del lago Tonle Sap. Nunca intenté ir más al norte ni sé de nadie que lo haya hecho. Habría sido muy imprudente. Si no te capturaban los Khmer rojos o los bandidos, como usted ha dicho, lo hacían las minas, o la jungla de tres capas en un terreno muy escarpado, o las bestias salvajes de la región. No hay carreteras, ni pueblos. Nada. Es una zona muy peligrosa.

Michelet sacó una carpeta y la abrió. Dentro había varias fotografías, todas tomadas a gran altitud.

—El año pasado, la lanzadera espacial Atlantis tomó varias fotografías de Camboya. Hice que mis contactos en el Laboratorio de Propulsión por Reacción me enviaran los datos básicos.

—¡Asombroso! —exclamó Beasley, examinando las fotos con interés. Luego recorrió una de ellas con los dedos—. Fíjense en el Angkor Thom. Casi pueden verse los fosos. Conozco arqueólogos que pagarían bastante por esto.

No lo suficiente, pensó Michelet. Le había costado seiscientos mil dólares conseguir esas fotografías. Sabía mejor que nadie que todo tenía un precio, y la lealtad solía ser lo peor pagado.

—Los datos de estas fotos indicaron a mis especialistas que la zona merecía un examen más minucioso. Las lecturas iniciales sugieren muchas posibilidades de encontrar el tipo de formaciones geológicas que contienen piedras preciosas en cantidades dignas de explotar.

—Camboya posee vastos recursos que nunca se han explotado en medio de todo el alboroto —repuso Beasley, haciendo un gesto de asentimiento—. Hay zonas que los blancos nunca han visto. Corren rumores de que durante años existió una gran ciudad, pero el primer explorador que llegó a Angkor Thom no lo hizo hasta 1860. Y en mi opinión Angkor Thom no era la ciudad de la leyenda, sino una posterior y más pequeña.

Michelet había hecho varias comprobaciones con otras fuentes y sabía que la zona que quería que el Lady Gayle reconociera era aún más remota. Señaló la zona

en el mapa.

—Esta región, las tierras altas de Banteay Meanchey, está prácticamente deshabitada y no aparece en ningún mapa.

—Hay una razón —dijo Beasley, examinándola—, aparte de lo escarpado del terreno, las minas y los Khmer rojos.

—¿Cómo dice? —Michelet estaba sorprendido. Eso le cogía totalmente de nuevas—. ¿Y puede saberse cuál es esa razón?

—Angkor Kol Ker —respondió Beasley.

—¿Y eso qué es? —preguntó Fred, dando un paso hacia él.

—Como les decía, hay una leyenda sobre la existencia de una antigua gran ciudad en Camboya. Cuando el naturalista francés Henry Mouhot descubrió Angkor Thom en 1860, todos creyeron que había resuelto el misterio de la leyenda. Pero siempre ha habido, y sigue habiendo, rumores sobre la existencia de ruinas al norte y este de esta zona. De una ciudad aún más antigua y suntuosa que Angkor Thom y su templo, Angkor Wat, llamada Angkor Kol Ker. Muchas leyendas hablan de esas ruinas, pero se conocen muy pocos detalles. Una expedición francesa trató de llegar allí en los años cincuenta, pero no volvió a saberse nada de ella. Supusieron que se había topado con guerrillas hostiles, los precursores de los Khmer rojos. Desde entonces nadie más lo ha intentado. Ni siquiera se sabe si existió la ciudad. Podría ser un mito. Una especie de Shangri-la pero en la selva. Algunas de las leyendas relacionadas con ella son bastante fantásticas. —Beasley se retorció el extremo del bigote—. Si creemos las leyendas, anuncian un horrible fin a quien entre en Angkor Kol Ker o se acerque a sus inmediaciones. De modo que, en términos míticos, esa zona está condenada.

Michelet le dio la espalda al oír la última frase. Fred se había acercado con sigilo y miraba también el mapa.

—Esperemos que el Lady Gayle nos dé datos precisos —dijo—. Esa región tiene más de cuarenta mil kilómetros cuadrados. Eso es una extensa selva para explorar.

—Con las imágenes obtenidas por el Lady Gayle —repuso Michelet sonriendo—, los intérpretes podrán determinar con precisión los posibles yacimientos en un radio de medio kilómetro.

—¿Tan bueno es? —preguntó Beasley impresionado.

—Sí.

—Me preguntó si podríamos encontrar Angkor Kol Ker a partir de esos datos —comentó Beasley excitado. Examinó con los ojos entrecerrados las fotografías tomadas por la lanzadera espacial—. Caramba, apuesto a que nadie ha examinado estas fotografías en busca de ruinas.

—Las ruinas no dan dinero —replicó Michelet.

—A Schliemann no le fue tan mal después de descubrir las ruinas de Troya —repuso Beasley—. Y no olvide que la gente creía que Troya era una leyenda, como

Angkor Kol Ker.

—¿Qué hay sobre la maldición? —preguntó Freed—. ¿No le preocupa?

—No he dicho que yo crea en las leyendas —respondió Beasley—. Sencillamente, creo que merece la pena investigar. Algunas son leyendas basadas en leyendas, incluida la de que los que se establecieron en esa región hace más de diez mil años eran refugiados de la Atlántida. Del mismo modo que hay quienes creen que los antiguos egipcios, los constructores de la esfinge y la Gran Pirámide, eran también refugiados de un reino más grande.

Michelet estaba concentrado en el gran mapa electrónico del CII, donde el pequeño punto que representaba el Lady Gayle había cruzado la frontera de Camboya y se acercaba al objetivo, delimitado con una luz azul.

—¿Cree que existe Angkor Kol Ker? —preguntó Freed, mirando directamente a Beasley.

—Personalmente, creo que en las leyendas hay mucha más verdad que lo que la mayoría de los científicos admiten —respondió Beasley, abriendo sus gruesas manos—. Pero para convencerles de ello tendría que tener en la mano una piedra de la ciudad en ruinas y arrojársela a la frente. Tal vez entonces lo creyeran. Hasta que eso no ocurra, para ellos sólo es un mito y, por lo tanto, también para mí.

—Las piedras que estamos buscando son mucho más valiosas que cualquiera de las que podrían encontrarse en una vieja ciudad —afirmó Michelet.

—Yo no estaría tan seguro —repuso Beasley, cogiendo la fotografía y estudiándola con detenimiento.

A quince mil pies, el Lady Gayle volaba a seiscientos kilómetros por hora y empezaba a virar hacia el norte, en dirección al objetivo. Ariana tenía su posición fijada en un radio de diez metros y actualizada cada milésima de segundo mediante el receptor de posicionamiento global, GPR, instalado en la antena de radar giratoria. El GPR funcionaba a partir de los satélites del sistema de posicionamiento global, los GPS, con los que Estados Unidos había cubierto el mundo; recibía una señal transmitida por los tres más próximos y, a continuación, el ordenador del GPR determinaba la posición mediante triangulación. Se acercaban al objetivo, y el interior del 707 bullía de actividad mientras los controladores preparaban su equipo.

—Ajustad la velocidad a la de las imágenes —ordenó Ariana, y los pilotos redujeron la velocidad hasta que el 707 voló sólo treinta y siete kilómetros por hora por encima del mínimo posible.

Ariana se sabía de memoria los pasos, pero consultó la lista sujeta con celo en su consola.

—Abrid puertas.

A lo largo de lo que había sido la bodega de equipaje del avión, unos brazos hidráulicos abrieron unas puertas a la derecha. En el interior estaban montados los

ojos del Lady Gavie. Eran cámaras y videocámaras normales con distintos tipos de teleobjetivos, sensores térmicos y aparatos para captar imágenes a través de todo el espectro de infrarrojos a ultravioletas. Aunque desde el espacio cerrado del avión no se veía el mundo exterior, los analistas contemplaban el mundo que se abría a sus pies a través de la magia de sus aparatos.

Ariana recibió a través de los auriculares informes verbales que confirmaban los datos de su consola: estaban listos.

—Mark —dijo a Ingram—, deja que Argus te releve y danos el circuito previsto sobre la zona.

Ingram habló con los pilotos y el avión pasó a ser pilotado por el ordenador central a lo largo de una ruta preestablecida. Se ladeó a la derecha, alineando todos los sensores con el suelo, y empezó un largo y lento giro.

—Estamos sufriendo interferencias en FM —informó Mitch Hudson por los auriculares.

—Cambiad de frecuencia —ordenó Ariana.

—Tenemos problemas de navegación. —Ingram observaba la señal del repetidor que le llegaba de la cabina de mando.

—Especifica —ordenó Ariana, echándose hacia adelante mientras sus dedos volaban por el teclado del ordenador más próximo, escribiendo la información relacionada con la navegación.

—Nuestras brújulas se han vuelto locas.

—¿Sigue funcionando el GPR?

Las manos de Ingram volaban sobre su tablero de mandos.

—Roger. Seguimos contando con el GPR y las comunicaciones por satélite, pero hemos dejado de recibir en FM y UHF. —¿Y la radio de alta frecuencia?

—Todavía funciona.

—Ariana, ¿qué está pasando? —La voz de su padre crujió en el auricular—. Aquí abajo, en el CII, se están volviendo locos.

—Estamos sufriendo algunas interferencias, papá —respondió Ariana. Echó un vistazo a los datos de Ingram y le preguntó por encima del intercomunicador—: ¿Podemos hacer el pase, Mark?

—Las imágenes que estamos captando son buenas. He pasado de la transmisión de datos normal a la de vía satélite, y hasta ahora todo va bien. Pero si perdemos el satélite y las señales de alta frecuencia, no tendremos refuerzos. Lo que suele hacerse en estos casos es abandonar.

—Es nuestra única oportunidad —dijo Ariana—. Si no lo hacemos ahora, Syn-Tech vendrá, si no lo ha hecho ya, y nos tomará la delantera.

—Me limito a recordarte las normas, Ariana. —La voz de Ingram era imperturbable.

—Papá, creo que debemos abandonar —dijo Ariana, tras reflexionar un instante, apretando un botón de la radio.

—¿Cómo dices? —La voz de su padre se oía de pronto lejana y entrecortada—. Oigo... dices. Repite...

—Estamos sobre el objetivo —interrumpió Ingram por el intercomunicador—. Todo va bien, pero la transmisión vía satélite se está dispersando.

—De acuerdo —dijo Ariana, dando una palmada en el brazo de su silla—. Vamos a... —Se interrumpió cuando el avión se inclinó bruscamente hacia la derecha y se dispararon las alarmas.

—¡Tengo los mandos! —La voz del piloto era serena y controlada—. El piloto automático se ha estropeado. El sistema de ayuda a la navegación y el GPR han dejado de funcionar, y Argus se ha desconectado.

—¿Puedes manejarlo? —preguntó Ariana. Sintió que el estómago se le encogía y amenazaba con vomitar el desayuno.

—Lo estamos intentando —respondió el piloto.

—Abandonad —ordenó Ariana—. Volvemos a Bangkok. —Y se vio obligada a tragar un poco de vómito ácido que le había subido por la garganta.

—¡Oh, mierda! —exclamó el piloto por el intercomunicador—. Estamos perdiendo el control. Fuera hay una niebla extraña.

—Las alas y la cola están controladas por la radio —llegó la voz de Ingram desde la zona de las consolas—. Nosotros estamos perdiendo todos los espectros, y los pilotos no consiguen controlar el avión manualmente.

—¡Carpenter! —gritó Ariana, llamando a la mujer responsable del ordenador central—. ¿Qué pasa con Argus?

—No lo sé —respondió Carpenter por el intercomunicador—. ¡Se ha vuelto loco, arrojando basura!

—¡Desconéctalo de todos los sistemas! —ordenó Ariana—. Activa el equipo de refuerzo.

Sintió una sacudida en el estómago cuando el avión se volcó por el morro, y cayeron tazones y papeles al suelo. No pudo evitar inclinarse hacia la izquierda y vomitar. Se irguió de nuevo y tecleó rápidamente el código correspondiente para ver a través de la cámara de vídeo delantera lo mismo que los pilotos. Todo lo que vio fue una niebla amarillenta con vetas negras. La visibilidad era inferior a quince metros. Si los pilotos habían perdido el control... Se estremeció.

—Estamos pilotando manualmente —dijo el piloto, como si le hubiera leído el pensamiento—. Intentamos mantenernos nivelados y estables, pero todos nuestros instrumentos son una porquería.

Ariana sabía que eso significaba que intentaban pilotar el gran avión a pulso, cogiendo la palanca de mandos con las dos manos, sus músculos ondulándose

mientras trataban de imponer sus órdenes a través del sistema hidráulico de refuerzo.

—¡Estoy recibiendo una débil transmisión FM de tierra! —exclamó Hudson por el intercomunicador.

—Grábala y envíala al CII —ordenó Ariana.

—Roger —respondió Hudson.

El avión giró a la izquierda. En la parte trasera, uno de los controladores que no había fijado su asiento, rodó por los rieles hasta la cola.

—¡No podemos mantenerlo en el aire! —gritó el piloto—. No tenemos un altímetro, de modo que no sé a qué altura estamos. No tengo ni instrumentos ni visión. Los mandos no responden. ¡Prepárense para un aterrizaje forzoso!

—Tu padre te está llamando —gritó Hudson a Ariana.

Por la radio llegó una voz débil.

—Ariana... yendo...

Ariana no tuvo tiempo de responder a su padre. Se quitó los auriculares y gritó en dirección al pasillo para que todos pudieran oírla.

—¡Fijad los asientos! ¡Preparaos para un aterrizaje forzoso!

Miró hacia las pantallas de vídeo, que mostraban lo que veían los pilotos. Nada salvo la extraña niebla. A la derecha de la pantalla apareció un destello de luz dorada.

—¡Qué demonios! —exclamó el piloto.

Otro destello dorado, esta vez a la izquierda, y la pantalla se apagó.

—No puedo creerlo. —La voz del piloto era casi un susurro al oído de Ariana—. ¡Dios mío, sálvanos!

—¿Qué está pasando? —preguntó Ariana. Sintió la presión del cinturón de seguridad cuando fue arrojada hacia adelante. Conocía la sensación: gravedad cero. Eso significaba un descenso en picado irreversible.

—Hemos perdido nuestros dos... —empezó a decir el piloto, pero el intercomunicador calló de repente.

Luego todo se volvió negro, mientras el avión parecía detenerse de forma brusca, y Ariana se vio arrojada con fuerza contra las correas que le sujetaban los hombros, y se golpeó la cabeza contra el reposacabezas.

En Glendale, Paul Michelet salió por la puerta de la sala de conferencias y subió de dos en dos los escalones que llevaban al CII, seguido de Freed.

—¿Qué está pasando? —preguntó irrumpiendo en la sala de control.

—Estamos perdiendo el contacto con el Lady Gayle —respondió el técnico más veterano.

—Eso es imposible —balbuceó Michelet.

—¿Qué hay del repetidor del avión? —preguntó Freed.

—Recibimos el repetidor de alta frecuencia de forma intermitente —repuso el técnico. Luego señaló el tablero—. Tenemos la posición, pero está perdiendo altitud

rápidamente. —Comprobó la pantalla de su ordenador—. Ocho mil y sigue descendiendo. —Se quedó mirándola fijamente—. Es extraño.

—¿Qué? —preguntó Michelet.

—Está descendiendo en picado, sin velocidad hacia adelante. Como si se hubiera parado en el aire. Eso no es posible. Y el descenso... —El hombre hizo una pausa, sin poder dar crédito a lo que indicaban sus instrumentos.

—¡Sigue! —ordenó Michelet.

—Ya no es irreversible. Es como si estuviera siendo controlado, pero eso es físicamente imposible a la velocidad que va el avión.

—Conecta el Lady Gayle al altavoz —dijo Michelet.

Se oyó un estallido de parásitos y a continuación la voz del piloto.

—Lady Gayle... altitud... dos... cuatro... poder... Llamada de socorro... hay... Dios... extraño... ¡Dios! -De pronto los parásitos dejaron de oírse.

—Ha caído —dijo el técnico.

El satélite espía KH-12, situado a doscientos ochenta kilómetros de altura sobre el sudoeste del Pacífico, empezó a recibir órdenes de la Dirección Nacional de Seguridad (NSA) de Fort Meade, Maryland. Todo lo que sabía Patricia Conners, la operadora de imágenes que transmitía las órdenes, era que la persona que acababa de pedir la nueva misión tenía suficiente autorización de la CÍA y se hacía llamar por el nombre en clave de Foreman. Lo que le extrañó de la petición fue que Foreman sólo quisiera una toma a gran escala de una sección del centro norte de Camboya.

Le parecía que una petición de esta naturaleza desaprovechaba el equipo avanzado. El KH-12 que ella operaba era uno de los seis satélites en órbita. Estaban equipados con la tecnología más avanzada y llevaban a bordo una colección de sensores. Para mantener los satélites en órbita y preparados para tareas como ésa, cada uno era repostable, operación que las tripulaciones de las lanzaderas espaciales llevaban a cabo en secreto cada equis misiones.

Encima de una estantería de libros en una pared de su oficina había un modelo del KH-12. Se parecía al telescopio espacial Hubble, con un gran motor incorporado para proporcionarle maniobrabilidad. El cuerpo del satélite medía casi cinco metros de diámetro y quince de largo, y encajaba en el interior de la lanzadora espacial. Una vez puesto en órbita el satélite, y a fin de obtener energía, se extendían dos paneles solares, cada uno de más de catorce metros de largo y diez de ancho.

Desde su oficina situada dos pisos bajo tierra, debajo del edificio principal de la NSA en Fort Meade, Conner no sólo podía rectificar la órbita del KH-12, sino también obtener del satélite imágenes en tiempo real y enviarlas a cualquier lugar del planeta. Lo hacía a través del ordenador de gran pantalla que tenía en el centro de su escritorio.

A la izquierda del ordenador había una gran foto enmarcada de sus nietos —una instantánea de la última reunión familiar—, seis en total, dos de su hija y cuatro de sus dos hijos. A la derecha del ordenador, un modelo de peltre del Enterprise de la serie televisiva original. A un lado del monitor había pegadas varias pegatinas para parachoques de los congresos de ciencia ficción a los que asistía religiosamente cada año, desde una que certificaba que su poseedor había estudiado en la academia Star Fleet hasta otra que advertía que el conductor sólo frenaba por aterrizajes de extraterrestres.

Connors se concentró en la pantalla del ordenador. La observó mientras, con el estallido de un booster, el KH-12 que ella había dirigido cambió su recorrido orbital y se desplazó hacia el noroeste. Los satélites estaban colocados de forma que pudiera verse cualquier lugar de la Tierra a los veinte minutos de recibir instrucciones. Calculó que en doce minutos estarían sobre el objetivo.

Se emocionaba cada vez que lo hacía, sabiendo que era una de las pocas personas del planeta que realmente pilotaba una nave espacial, aunque fuera desde la seguridad de su oficina. De hecho tenía unas alas de piloto de nave espacial que le había hecho su difunto marido. Las llevaba prendidas en la gorra de béisbol que él se ponía cuando iba pescar. La gorra estaba en esos momentos sobre el monitor de su ordenador.

Durante los minutos de espera verificó dos veces todos los sistemas. Mientras el KH-12 descendía en picado a través de Camboya, unas cámaras de infrarrojos obtuvieron varias imágenes con otros aparatos, registrando sus propios datos espectrales. El telescopio del satélite tenía una resolución electro-óptica inferior a siete centímetros, pero no iba a necesitarlo en esa toma.

Tecléo rápidamente unos nuevos códigos y cambió de pantalla. Miró el mapa de la región que abarcaba el objetivo. Sabía que con la cámara de espectro normal, la alta resolución no serviría de mucho en la selva impenetrable. Los mejores resultados se obtendrían con las imágenes térmicas y de infrarrojos. Por supuesto, ignoraba el objetivo de la búsqueda.

En su opinión, saber qué buscaba incrementaría notablemente su eficiencia. Era una experta en KH-12 y en los demás sistemas de satélite de la NSA controlados, y le constaba que ella era la más cualificada para juzgar cómo utilizarlos. Pero no solía tener «necesidad de saber» y, por lo tanto, no lo hacía. Uno de sus pasatiempos preferidos era revisar las imágenes que le pedían e intentar adivinar qué buscaba quien se las pedía.

Recogió los datos transmitidos por el KH-12, hizo una copia para el banco computerizado de la NSA —todos los datos transmitidos por un satélite estaban en alguna parte del sistema de la NSA— y envió otra a la dirección de MILSTARS indicada por Foreman en sus instrucciones.

Intrigada, Connors recopiló los datos transmitidos y los imprimió. No debía hacerlo, ya que no tenía «necesidad de saber», pero creía que ésa era una norma estúpida. Después de todo, era un ser humano, no un engranaje de una máquina carente de curiosidad. Además, cuanto más supiera, mejor haría su trabajo, se dijo a sí misma.

Se preparó una taza de té mientras la impresora zumbaba débilmente, expulsando tres páginas. Bebió un sorbo y examinó la primera. Lo primero que pensó fue que la impresora se había estropeado. Era una imagen térmica, y en el centro como una especie de neblina blanca difusa en forma de triángulo.

—¡Diantre! —exclamó al hojear las imágenes infrarrojas y ópticas. Todas mostraban el mismo triángulo en el centro norte de Camboya—. Esto es imposible —dijo en voz alta. Ninguna condición climática podía bloquear los tres tipos de imágenes.

Se sentó ante su escritorio y comprobó la impresora, que en esos momentos imprimía un texto. Funcionaba bien. Se mordió el labio inferior. El problema podía estar en el ordenador instalado a bordo del KH-12. Lo comprobó. El satélite se dirigía al sur, hacia Malasia. Tecleó unos códigos para que los aparatos hicieran varias tomas. Cuando los datos aparecieron en la pantalla, no vio ningún borrón triangular en ellos. Los envió a la impresora y las imágenes quedaron impresas claramente sobre el papel.

Se recostó en su asiento y estudió las tres imágenes que Foreman le había pedido. Ninguna clase de interferencia provocada por el hombre era capaz de hacer eso, que ella supiera. Examinó las tres imágenes una vez más. Pero algo lo había provocado.

CAPÍTULO 2

El perro labrador de color dorado observó cómo el frisbee pasaba por encima de su cabeza, lo siguió con la mirada y esperó a que aterrizara antes de ir de mala gana a buscarlo, muy despacio.

—Perezosa —dijo Dane riendo—. Me acuerdo de cuando saltabas para atraparlo.

La perra lo miró, diciéndole con sus ojos dorados y su morro blanco que era demasiado vieja para maniobras tan juveniles, pero meneando la cola para darle a entender que le gustaba el juego.

Estaban los dos solos en una explanada de césped estropeada por las huellas del equipo pesado. A la derecha seguía elevándose humo de la fábrica en ruinas. Alrededor de los escombros se apiñaban coches de bomberos, bulldozers, máquinas excavadoras y grúas. Reinaba un ambiente de desolación, y el ruido de los martillos perforadores interrumpía el zumbido continuo del resto de la maquinaria pesada que desgarraba el acero retorcido y el cemento resquebrajado. Era por la mañana, y Dane se alegró de ver el sol después de haber trabajado casi toda la noche a la luz de los grandes reflectores colocados alrededor de la zona.

Se arrodilló y sostuvo la cabeza de la perra entre sus manos callosas, rascándole detrás de las orejas.

—Así me gusta, Chelsea. Así me gusta. —Se sentó cansinamente a su lado y contemplaron juntos la fábrica destruida con tristeza. Chelsea apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Cómo es capaz? —gritó una voz aguda a su izquierda. Una mujer de unos cincuenta años, con los ojos escocidos de llorar, apareció ante ellos. Se había vestido con prisas y tenía el pelo enredado—. ¡Mi marido atrapado ahí dentro y usted jugando aquí con su perro! ¡No tiene vergüenza!

Dane se levantó lentamente y habló despacio, como si ya lo hubiera dicho pero lo repitiera en consideración al dolor y la cólera de la mujer.

—Señora, Chelsea se ha pasado toda la noche trabajando —dijo acariciando la cabeza de la perra dorada—. No lo creerá, pero se deprime mucho cuando trabaja. Tengo que levantarle la moral para que pueda continuar. En estos momentos los bomberos están despejando otra sección para que podamos entrar. Siento mucho lo de su marido, y espero que lo encontremos vivo, pero no hay nada que yo pueda hacer en estos momentos, aparte de preparar a Chelsea para que pueda continuar.

La mujer no había dejado de mirarlo fijamente, oyendo las palabras pero sin escucharlas. Dane lo había visto otras veces. En la ciudad de Oklahoma, después de que colocaran una bomba en el Federal Building, un consternado agente del FBI de la

oficina local lo había amenazado con un arma y obligado a entrar en el edificio en busca de sus colegas después de sorprenderlo jugando con Chelsea cerca del edificio. Ésa había sido la peor experiencia de su vida, con tan pocos supervivientes y tantísimos muertos. Dane no había respondido a ninguna otra llamada en los seis meses siguientes.

—Señora, tiene que esperar detrás de la barrera —dijo un agente de policía, cogiendo a la mujer del brazo—. Están haciendo todo lo posible.

Se llevó a la mujer y Dane volvió a sentarse. Percibía la tristeza de Chelsea. En Oklahoma, todos los rescatadores no sólo habían tenido que jugar con los perros para animarlos, sino que algunos habían representado simulacros de rescates. Entraban en una sección despejada y «encontraban» a un rescatador que fingía ser una víctima. Dane se contentaba con arrojar el frisbee a Chelsea; era demasiado lista para tragarse la técnica del simulacro de rescate.

Dane no podía con su alma. Hacía diez horas que buscaban entre los escombros, con sólo un descanso de treinta minutos para tomar un café. No había comido nada; nunca lo hacía durante los rescates.

—¿El señor Eric Dane? —preguntó una voz débil a su espalda.

Volvió la cabeza sin levantarse y vio acercarse a ellos a un negro esbelto, vestido con un traje caro.

El hombre se detuvo y examinó el mono cubierto de sudor y polvo que llevaba Dane, en busca de una chapa de identidad, pero no llevaba ninguna.

—¿Es usted Eric Dane?

—Sí.

—Me llamo Lawrence Freed. Trabajo para Michelet Techonologies.

Freed miró por encima de él, hacia las ruinas. Hasta la noche anterior éstas habían sido una fábrica de pintura; en esos momentos eran un cementerio. Algo había ido mal con un lote de sustancias químicas y se había producido una explosión masiva. La estructura de tres pisos, mal construida en los años treinta y mal mantenida desde entonces, se había venido abajo hasta quedar reducida a una montaña de escombros de tres metros de altura. Como parte de su trabajo, Dane había estudiado la construcción de los edificios, y sabía que unas fuerzas inesperadas aplicadas en una dirección no prevista podrían haber tenido consecuencias devastadoras sobre cualquier construcción.

—Nunca he oído hablar ni de esa compañía ni de usted —respondió Dane. Había vuelto a concentrarse en las ruinas. Una grúa levantaba un enorme bloque de cemento reforzado con acero. Reinaba un ambiente de excitación.

—Me gustaría hablar con usted para contratar sus servicios.

—Mis servicios, ¿para qué? —preguntó Dane.

Una pareja de bomberos con largos abrigos amarillos y cascos se acercaba a ellos.

—Un rescate.

—Como puede ver, no me falta trabajo —replicó Dane.

—Es otra clase de... —Freed hizo una pausa cuando llegaron los dos bomberos y Dane se levantó.

—Dane, vamos al lado sudeste —dijo el primero de los bomberos.

Dane hizo un gesto de asentimiento. Se alejó sin volver la vista atrás y se perdió entre las ruinas. Freed se dispuso a seguirlo, pero los bomberos lo detuvieron.

—Es peligroso estar aquí. Sólo se admite personal autorizado.

Todo podría moverse y tendríamos que desenterrarle a usted también —dijo uno de ellos.

Dane subió a lo que había sido la pared exterior de la fábrica, abriéndose paso con cuidado entre el ladrillo hecho añicos. Por lo menos no había mucho cristal en el edificio. Siempre le preocupaba que Chelsea pudiera cortarse las patas. La perra lo seguía con destreza, sorprendentemente ágil para su peso.

Dane dejó atrás zonas que ya había registrado y se adentró aún más en el edificio. Se encontraba a cielo abierto y seguía el sendero que habían abierto los operarios de la maquinaria pesada, partidarios unos de entrar sin perder tiempo en el edificio y temerosos otros de mover algún escombros y matar a alguien que hubiera quedado atrapado en un espacio vacío.

El enfrentamiento con la mujer fuera del edificio había demostrado las paradojas del trabajo de Dane y Chelsea, aunque todos los presentes trabajaban bajo dobles presiones en conflicto. Hizo una pausa y se llevó las manos a la cabeza. Sentía un dolor intenso en el ojo izquierdo y el párpado le temblaba de forma incontrolable. Siempre le ocurría lo mismo. En su segunda operación de rescate había tomado analgésicos, pero había descubierto que disminuían su capacidad de trabajo. Desde entonces había aceptado el dolor como el precio que debía pagar.

Un grupo de bomberos se reunía alrededor de una cavidad oscura. Se volvieron cuando Dane apareció con Chelsea. El jefe sostenía en la mano un cable de acero y señaló la cavidad.

—He bajado. Llegas al primer piso y a continuación te desplazas horizontalmente, durante unos nueve metros. Hay espacios vacíos a lo largo, que eran pasillos. Una pared interior sigue en pie y parece sólida. Pero no se ve muy bien.

Por su larga experiencia Dane sabía que los rescatadores rezaban por encontrar los espacios vacíos. Zonas abiertas en medio de escombros donde podía haber algún superviviente. A lo largo de los años había visto muchas construcciones derruidas, y en todas había habido varios espacios vacíos.

—¿Qué hay en los planos? —preguntó Dane, arrodillándose y alumbrando hacia el interior del hoyo con una linterna que le había pasado uno de los bomberos.

—Ahí abajo está la primera planta, la sección administrativa. —Un bombero dejó

un juego de planos sobre un trozo de cemento—. Es el último lugar en el que nos queda entrar, pero también es donde estaban la mayoría de los empleados en el momento de la explosión. Todo lo que hemos averiguado es que allí había siete u ocho personas.

Dane cerró los ojos cuando se agudizó el dolor. Siete u ocho. En el resto de la fábrica habían encontrado ocho cadáveres esparcidos entre la maquinaria. Esto iba a ser diferente. Siete u ocho juntos. Había visto algo parecido, o peor, antes.

—¿Han bajado un micrófono?

—Sí y no se oye nada —respondió el bombero—. Hemos gritado, pero no hemos obtenido respuesta. También hemos dejado caer fibra óptica,

Dane echó un vistazo a Chelsea, que se había acomodado entre los polvorientos restos de un conducto de la calefacción, con la cabeza entre las patas. Parecía reacia a entrar. A Dane tampoco le entusiasmaba la idea, pero siempre cabía la posibilidad de que hubiera alguien inconsciente allí abajo.

—Vamos —dijo, levantándose. Encendió la linterna del casco y se ajustó la correa de la barbilla.

El bombero enganchó el cable de acero al arnés de Dane y a continuación al de Chelsea, y el rescatador enganchó ambos con una correa para mayor seguridad. Luego miró una vez más el hoyo. Cerró los ojos un segundo y se concentró antes de deslizar las piernas dentro. Chelsea ya estaba en pie y le pegó el morro a la cara mientras bajaba.

—Así me gusta —dijo Dane.

Buscó donde apoyar los pies y extendió los brazos. Los bomberos le pasaron a la perra y él gruñó bajo su peso.

—Gorda —susurró con cariño—. Voy a tener que ponerte a régimen.

Chelsea gruñó y pegó la cabeza a su axila. Con torpeza y gran dificultad, Dane bajó hasta la planta baja y dejó a Chelsea en el suelo. Alumbró a su alrededor con la linterna. A su derecha había un muro de carga hecho de bloques de hormigón ligero, la razón de que existiera ese espacio vacío. El túnel se extendía unos nueve metros y empezaba a estrecharse hasta convertirse en un pasadizo de medio metro.

Apagó la linterna y la luz de su casco. Esperó a respirar con normalidad y no hizo caso del dolor en su ojo izquierdo. Se quedó completamente inmóvil un minuto, luego volvió a encender las luces y miró a Chelsea.

—Busca —le susurró al oído.

La perra se precipitó hacia adelante, yendo de un lado a otro con la cabeza gacha, y la cola recta y levantada. Dane la observó con expresión resignada. Al cabo de dos metros, la perra se detuvo, volvió la cabeza a la izquierda y levantó una pata. Dane sacó de su mochila una pequeña bandera roja y señaló el lugar. Había otro cadáver enterrado bajo los escombros.

Siguieron por el pasillo y pusieron otras tres banderas rojas. Al colocar la última, Dane levantó de pronto la cabeza y miró a su derecha. El muro de hormigón ligero era sólido por ese lado. Apretó la mayor parte del cuerpo contra él y empujó, mientras Chelsea lo observaba con curiosidad. Al cabo de treinta segundos se apartó con brusquedad.

—Espera —ordenó a Chelsea. La perra se sentó obediente mientras él retrocedía hasta la base del hueco.

—¡Necesito un martillo perforador! —gritó.

—En seguida.

Diez minutos después descolgaron una cuerda con la herramienta. Dane la arrastró por el pasillo, asegurándose de que la manguera de aire no se enredaba con los escombros. Volvió adonde Chelsea esperaba.

Colocó el extremo del martillo contra el muro de hormigón ligero y se puso manos a la obra. Los trozos de hormigón volaron por el aire, pero sus gafas de montura metálica le protegieron los ojos. Sacó con cuidado ocho bloques, de uno en uno, asegurándose de dejar intactos los que rodeaban el boquete, una técnica que había aprendido de un experto en rescates en Houston durante un trabajo.

Al retirar el último bloque, Chelsea corrió hacia adelante y se apretó contra él con el morro en el agujero, ladrando furiosa y golpeándole la pierna al menear la cola.

—Sí, sí, sí —dijo Dane, acariciándole la cabeza—. Así me gusta.

Dejó a un lado el martillo perforador y se deslizó a través del boquete que había abierto. El haz de luz de su casco atrapó el polvo suspendido y recorrió el borde de un escritorio sobre el que se había desplomado el techo. Dane vio un espacio diminuto donde la parte delantera metálica del escritorio no tocaba el suelo de baldosas. Deslizó una mano por él, buscando a tientas.

Toda su atención estaba concentrada en la punta de sus dedos mientras palpaba las baldosas, el polvo, el contorno del espacio debajo del escritorio, la pata astillada de una silla. De pronto sintió algo tibio y blando: piel. Piel viva, lo supo en cuanto la tocó.

Encendió por primera vez la pequeña radio FM.

—Tengo a uno vivo —susurró por el micrófono.

—¡Ahora mismo bajamos! —fue la respuesta inmediata de los bomberos que esperaban arriba.

Dane no apartó los dedos de la piel. Sabía que, fuera quien fuese, estaba inconsciente, pero también sabía lo importante que era el contacto humano aun para una mente inconsciente.

El pequeño espacio al otro lado del muro de hormigón ligero se llenó de hombres y maquinaria. Dane se quedó donde estaba mientras abrían más el boquete con cuidado y lo atravesaban. A continuación apuntalaron el techo desplomado para

poder retirar el escritorio sin que se les cayera todo encima.

Por último, se dedicaron a desmontar el escritorio con unas tenazas gigantescas, sacando con cuidado las piezas hasta que dejaron a la vista a la persona que estaba al otro lado. Un bombero enfocó la linterna en esa dirección y alumbró a una joven con la cara cubierta de polvo y sangre. La sacaron con cuidado y Dane la soltó. Rodó por el suelo y se quedó tendido de espaldas mientras ataban a la mujer a una camilla y la llevaban rápidamente por el pasillo para subirla a la superficie.

—¿Quieres subir? —preguntó el jefe del equipo de rescate.

Dane negó con la cabeza. Quería quedarse donde estaba y que todos se fueran y lo dejaran tranquilo.

—Faltan tres o cuatro. Tal vez lo haya conseguido alguien más. —Pero sabía que no había más supervivientes, ni siquiera inconscientes. En ese edificio no quedaba vida. Lo sabía, pero tenía que cumplir con las formalidades.

Se puso de pie y se encorvó bajo el techo hundido.

—Vamos, Chelsea. Sólo un poco más.

La perra gimió con desaprobación, pero lo siguió. Sabía lo que él pretendía hacer, pero al menos podían localizar los demás cuerpos. Recorrieron despacio lo que quedaba del pasadizo y antes de llegar al final, había colocado tres banderas más donde Chelsea había señalado con la pata.

Por fin Dane dio media vuelta y la sacó de allí, pasándosela a los rescatadores, que los ayudaron a salir del hoyo.

—La mujer se recuperará —dijo uno de ellos, dándole unas palmaditas en la espalda—. Un par de huesos rotos y un golpe en la cabeza, pero se pondrá bien.

Dane hizo un gesto de asentimiento. Había un ambiente más animado. Quince cadáveres y un superviviente, pero por ese uno habían trabajado. La realidad de los muertos la asimilarían todos más tarde, cuando, acostados en sus camas, volvieran a visualizar los cuerpos aplastados y mutilados.

Dane estrechó varias manos y salió de las ruinas. Aceptó agradecido una taza de café de un colaborador de la Cruz Roja, pero sólo después de conseguir un bol de agua para Chelsea y observar cómo la bebía con ruidosos lametazos.

—Señor Dane.

—Señor Freed —respondió Dane, sin volver la cabeza.

—No estoy seguro de que me haya escuchado antes de entrar en el edificio.

—Quiere que trabaje para usted en un rescate —dijo Dane.

—No parece muy preocupado —añadió Dane, mirándolo por fin—. Ni con mucha prisa.

—El tiempo es esencial —replicó Freed, algo sorprendido por los comentarios de Dane.

—¿No lo es siempre? —Chelsea apretó la cabeza contra la pierna de Dane, que

empezó a rascarle detrás de las orejas—. Trabajo a través de la FEMA —añadió, refiriéndose a la Agencia Federal para el Manejo de Emergencias—. Ellos se ponen en contacto conmigo, me llevan en avión al lugar de la tragedia y nos ponemos a trabajar.

—Esto no está dentro de la jurisdicción de la FEMA —repuso Freed.

—Todo lo que ocurre en Estados Unidos lo está... —Dane hizo una pausa—. Está bien, ¿por qué no me describe la situación y por qué necesita mis servicios?

—Se ha estrellado un avión y necesitamos su ayuda para encontrar a los supervivientes.

—No he oído mencionar ningún accidente aéreo en las noticias. —Dane frunció el entrecejo—. Además, Chelsea es un perro de rescate, no un perro rastreador.

—El avión cayó en el Sudeste asiático —añadió Freed— y no es a Chelsea a quien queremos, sino a usted.

Dane se apoyó despacio en una rodilla y recorrió la espalda de Chelsea con una mano, del cuello a la cola. Le reconfortaba tanto como a ella, y en esos momentos lo necesitaba.

—El avión se estrelló ayer —continuó Freed—. No tenemos mucho tiempo.

—Estoy seguro de que tienen a gente más cerca —dijo Dane.

—Tengo una limusina esperando y un avión privado en el aeropuerto —insistió Freed, ignorando el comentario—. Todo lo que le pido es que me acompañe a California y escuche una oferta. Si la rechaza, le llevaré de vuelta a donde usted quiera. Además, recibirá diez mil dólares sólo por ir a California.

—No lo entiendo. ¿Por qué me necesitan a mí? —inquirió Dane tras una pequeña pausa.

—Creo que sí lo entiende, señor Dane. Porque es la única persona que ha salido de allí con vida, que nosotros sepamos.

—¿Dónde...? —empezó a decir Dane, pero Freed respondió a la pregunta antes de que la formulara.

—En Camboya. El centro norte de Camboya.

El avión a reacción Lear hacía dos horas que había salido de Washington. En el compartimiento de pasajeros sólo había un hombre, repantigado en una silla de cuero. Salvo por una sola luz que brillaba sobre su cabeza, estaba a oscuras. Su pelo largo y ondulado se había vuelto completamente blanco; su rostro bronceado estaba surcado de profundas arrugas, como talladas en piedra. Sin embargo, todavía se reconocía en él al joven artillero de la marina que había visto desaparecer la Escuadrilla 19 hacía cincuenta y cuatro años, que había oído cómo desaparecían el Scorpion y el SR-71 y que había enviado a Camboya un comando de reconocimiento de las Fuerzas Especiales hacía treinta años.

Al lado de Foreman había un aparato de fax conectado a la antena parabólica del

avión. La luz verde de la parte superior empezó a parpadear y a continuación salió con suavidad una hoja de papel. Foreman la cogió y la estudió mientras salía otra hoja, seguida de una tercera.

A diferencia de Patricia Conners, no se sorprendió al ver el triángulo borroso en el centro de la toma, ni sospechó que había un problema en el equipo.

Introdujo una mano en un maletín y sacó varias imágenes similares. Colocó la nueva sobre una anterior y acercó las dos a la luz.

En su envejecida frente apareció una arruga. Bajó la mano y descolgó el auricular del teléfono por satélite que tenía en el brazo de la silla. Apretó el botón de marcado automático. Al segundo timbrado respondió una voz femenina.

—¿Sí? —El acento de la mujer era extraño, difícil de ubicar.

—Sin Fen, soy yo. Aterrizaré dentro de doce horas.

—Estaré esperándolo.

—¿Alguna actividad?

—Todo está como usted dijo. Sigo vigilando.

—¿Camboya?

—Aún no.

—Sin Fen, está cambiando —dijo Foreman, echando otro vistazo a la imagen impresa.

—¿Más pequeño o más grande?

—Esta vez más grande, y las fluctuaciones son importantes. Nunca había visto nada igual.

No hubo respuesta, aunque él tampoco la esperaba.

—Sin Fen, voy a probar el láser orbital. También voy a comprobar las demás puertas.

—Ya lo hemos discutido —dijo Sin Fen. Era toda la aprobación que iba a obtener de ella.

—¿Percibes... —Foreman hizo una pausa, y luego añadió—: ... algo?

—No.

Foreman echó un vistazo a otra hoja impresa. Un informe.

—Michelet se ha puesto en contacto con Dane.

—Eso también lo hemos discutido —repuso Sin Fen.

—Te veré pronto.

La comunicación se cortó. Foreman abrió el maletín y sacó un delgado ordenador portátil. Conectó a él el cable del teléfono por satélite, y a continuación accedió a la NSA y tecleó unos códigos.

Cuando terminó, marcó el número de su superior en Washington. Siempre era partidario de actuar primero y obtener autorización después, sobre todo cuando se trataba con mentes estrechas. Contestaron a la llamada al segundo timbre.

—Consejo de Seguridad Nacional.

—Aquí Foreman. Necesito hablar con el señor Bancroft.

—Un momento.

Foreman oyó el ruido de los parásitos. Odiaba tener que hablar con alguien más sobre su proyecto. En la Sociedad del Presupuesto Negro de Washington se le consideraba un anacronismo, un hombre poderoso que se enfrentaba a una entidad desconocida. Como tal, suscitaba una fuerte hostilidad. Con más de sesenta billones de dólares anuales invertidos en ella, la Sociedad del Presupuesto Negro contaba con muchas pequeñas células extrañas explorando en distintas áreas, desde los sistemas de defensa de la guerra de las galaxias hasta el organismo secreto de control de ovnis de las Fuerzas Aéreas, pasando por el programa de las puertas de Foreman.

—Adelante —dijo una voz distinta.

—Señor Bancroft, le habla Foreman. Voy a utilizar el Bright Eye para investigar Camboya.

—¿Es necesario? —inquirió el asesor del presidente en asuntos de seguridad nacional, sin poder disimular su irritación.

—Las fluctuaciones son graves. Por encima del cuarenta por ciento. Otro veinte por ciento más y la puerta de Angkor alcanzará varias zonas habitadas.

—¿Y? Es Camboya, por el amor de Dios. A nadie le importa un rábano.

—Recuerde que está relacionado con lo que hay en nuestra costa —replicó Foreman.

—La única relación con lo que cree usted que hay en nuestra costa está en su cabeza —intervino Bancroft—. Intentó relacionarlo hace mucho tiempo, y murieron muchos hombres y se hundieron un montón de carreras tratando de echar tierra encima.

—Esos hombres demostraron que existía una conexión.

—Una transmisión de radio de alta frecuencia —dijo Bancroft—. No es lo que se dice concluyente.

—Algo está ocurriendo —insistió Foreman.

—Sí, algo está ocurriendo. —La voz de Bancroft era áspera—. Paul Michelet ha perdido su avión y a su hija al sobrevolar ese maldito lugar. ¿Ha olvidado ponerme al corriente de ese pequeño detalle?

—La decisión fue suya —replicó Foreman, sin sorprenderse de que Bancroft ya estuviera informado de la caída de Lady Gavie.

—Pero no contaba con toda la información cuando tomó tal decisión —dijo Bancroft—. No querrás que alguien como Michelet se enfade con usted. Tiene mucho poder. El presidente no se va a sentir satisfecho.

A Foreman le importaba tanto Paul Michelet como a Bancroft los aldeanos camboyanos que vivían cerca de la puerta de Angkor.

—El Bright Eye podría permitirnos ayudar a Michelet. Si logramos localizar el avión, podremos darle esa información.

—¿Y? —Bancroft resopló—. ¿Qué puede hacer con la información? ¿Entrar allí y sacarlos? Por lo que dice usted, nadie puede hacerlo.

—Michelet se ha puesto en contacto con alguien que podría hacerlo. Además, con la fase de cambio, tal vez podrían entrar y salir cuando el avión no esté cubierto. —Si lo está alguna vez, pensó Foreman—. Pero antes tenemos que averiguar la posición exacta.

—Por Dios, Foreman. ¿Tan importante es?

—Señor, creo que es de vital importancia —respondió Foreman, conteniendo la primera respuesta que acudió a sus labios.

—Yo no lo veo así —replicó Bancroft—. En todos estos años no nos ha dado ninguna prueba consistente. ¿No conoce el cuento del niño que gritaba que viene el lobo?

—Lo conozco, señor, y deberíamos recordar que al final el niño tenía razón. Había lobos —respondió Foreman, fijando su mirada en la borrosa imagen triangular.

—¿Lobos en Camboya? —dijo Bancroft—. ¿A quién demonios le importa?

—Creo que va más allá de Camboya. —Foreman controló la voz.

—Cree, cree. Habla como esos malditos tipos de los ovnis del Área 51 a los que tengo que escuchar todo el tiempo, que están preocupados porque unos hombrecillos grises aparezcan y hagan estallar la Tierra. ¿Sabe cuánto nos cuesta esa gente? ¿Y sabe cuántos hombrecillos grises hemos encontrado? Hay problemas reales aquí y ahora de los que el presidente y yo tenemos que preocuparnos.

Foreman guardó silencio.

—Adelante, utilice el Bright Eye —dijo Bancroft por fin—. Pero le hago a usted responsable.

La comunicación se cortó. Siempre era él el responsable, pensó Foreman mientras colgaba el auricular de la horquilla.

CAPÍTULO 3

Ariana Michelet nunca había sido tan consciente del simple acto de respirar. Fue lo primero que sintió: el aire deslizándose en su garganta, llenándole los pulmones. La textura del aire era extraña, casi aceitosa y espesa; no podía comprender que el aire fuera espeso, pero lo era. Todavía sentía en la boca y en la parte posterior de la garganta el sabor a vómito.

Al ser consciente de que estaba respirando, de pronto recordó. El avión cayendo, estrellándose. Abrió los ojos, pero no vio nada. Oscuridad total. ¿Estaba ciega? ¿Muerta? Esa inquietante segunda pregunta aplastó la primera.

Cerró los ojos y logró controlar la respiración, como le había enseñado a hacer su entrenador particular. Sintió en el pecho algo que la inmovilizaba. Se dio cuenta de que era el cinturón de seguridad y se sintió al instante aliviada al comprobar que seguía sentada en su asiento. Estaba viva y dentro del avión. No se oían los motores ni le llegaban sus vibraciones, por lo que supo que habían caído.

Volvió a abrir los ojos y esta vez distinguió el débil resplandor de una pequeña luz de emergencia que funcionaba con pilas. Parpadeó mientras sus ojos se acostumbraban poco a poco a la penumbra.

Se echó hacia adelante y, colocando las manos sobre el teclado, tecleó algo en la oscuridad. Hizo una pausa, pero no pasó nada. Recordó que había ordenado a Carpenter que desconectara Argus. Apretó un botón al lado de la consola y accedió al ordenador auxiliar para casos de emergencia. Pulsó una de las teclas y se vio recompensada con el resplandor de su pantalla. Funcionaba, y eso significaba que llegaba corriente de las baterías de la bodega de equipaje.

Se apresuró a acceder al programa de emergencia. El ordenador funcionaba, aunque más lento que Argus, y el programa de emergencia acabó apareciendo en pantalla. Apretó la tecla para encender las luces de emergencia y el interior del avión se vio bañado al instante en una débil luz roja. Consultó el reloj y parpadeó. Según el ordenador auxiliar habían transcurrido más de quince horas desde que se habían estrellado.

¡Quince horas! Ariana asimiló despacio el hecho. ¿Cómo podía haber permanecido inconsciente tanto tiempo? ¿Y por qué no había llegado aún el equipo de rescate? Se desabrochó con torpeza el cinturón de seguridad. Al levantarse, advirtió que el avión estaba ligeramente inclinado a la derecha y adelante. Si se habían estrellado, había sido una caída muy controlada, ya que el cuerpo del avión parecía intacto.

Cruzó tambaleándose el pasillo hasta la sala de las consolas. Nada más entrar oyó

a su derecha una respiración entrecortada. Alargó una mano y palpó carne tibia. Era Mark Ingram, sujeto todavía a su asiento.

Recorrió con la mirada todo el avión y vio que la caída había tenido otras consecuencias. Se acercó rápidamente a un hombre que yacía contra los paneles que soportaban los ordenadores. Era un operario del equipo de imágenes y estaba muerto. No debía de haberse abrochado el cinturón de seguridad y se había partido el cuello al golpearse contra la pared después de que su silla cayera al suelo.

Ariana lo miró, recordando lo que sabía de él. Recordó un picnic que la compañía había organizado hacía menos de dos meses; tenía familia. Echó un vistazo a su consola. Una foto de una mujer y dos niños estaba sujeta con celo a un lateral. Ariana recogió del suelo una cazadora de aviador y le cubrió la cara con ella.

Todos los que estaban allí seguían inconscientes, pero algunos empezaban a moverse. Ella volvió sobre sus pasos y cruzó de nuevo su oficina en dirección al área de comunicaciones.

Al doblar la esquina de la oficina escuchó un gemido de las radios. Mitch Hudson, sujeto a su asiento, estaba apretujado contra una consola. Le había caído encima un gran estante lleno de radios, sobre la parte inferior del cuerpo, y lo había aprisionado en su asiento.

—Mitch, ¿estás bien? —preguntó Ariana inclinándose sobre él.

—Mis piernas —respondió Mitch, abriendo los ojos.

Ella bajó la vista. El borde afilado de un receptor le había cortado el traje de vuelo. Sujetó el metal y tiró de él, pero no se movió. Luego probó con la silla, pero por la forma brusca en que inhaló aire al moverla otro milímetro comprendió que era mejor dejarlo inmovilizado, al menos por el momento.

—Voy a buscar ayuda.

Hudson asintió débilmente, cerrando los ojos.

Ella volvió a la sala de las consolas. Intentó recordar, pero la última imagen que tenía era la suya propia ordenando a todos que se abrocharan los cinturones y se prepararan para un aterrizaje forzoso. Cogió a Mark Ingram por el hombro y lo sacudió. El analista de sistemas no tardó en parpadear, mirando alrededor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mientras se desabrochaba el cinturón y se levantaba.

—No lo sé —respondió Ariana—. Nos hemos estrellado, pero no parece que nos haya ido mal.

—Los pilotos deben de haber conseguido llegar a una pista de aterrizaje —sugirió Ingram. Luego vio el cuerpo bajo la cazadora.

—Es John. Está muerto —dijo Ariana—. Y Mitch está inmovilizado contra una consola en la parte delantera. Está herido.

Otros empezaban a levantarse, y se estiraban e intentaban orientarse, agradecidos

de estar vivos. Ariana envió a dos hombres a la parte delantera para ayudar a Hudson.

—¿Dónde estamos? —preguntó George Craight, técnico de cámaras, acercándose a ella y a Ingram.

Ariana había estado reflexionando sobre el comentario de Ingram acerca de la pista de aterrizaje. Si ése era el caso, ¿por qué no se había abierto paso un equipo de rescate? Por una vez deseó que hubiera ventanas en el avión. Según su posición cuando habían empezado los problemas, sabía que no había pistas de aterrizaje señaladas en el mapa en un radio de cien kilómetros. Lo último que recordaba era al piloto gritando algo, pero no le había entendido.

—Vamos a averiguarlo —dijo, dirigiéndose a la parte delantera del avión.

Ingram y Craight la siguieron a través de su oficina hasta la zona de comunicaciones. Ya habían liberado las piernas de Hudson y lo llevaron a la parte trasera para vendarlo. Ariana giró el pomo de la puerta que comunicaba el área de comunicaciones con la cabina de mando. Parecía reacio a ceder, pero giró con un repentino chasquido cuando Craight empujó junto con ella. Penetró una corriente de aire espeso. Ariana retrocedió involuntariamente al ver que la mitad superior de la cabina estaba arrancada, dejando a la vista los bordes metálicos y los cables. Más allá se arremolinaba una espesa niebla gris amarillenta. Creyó ver en la niebla, justo delante del avión, lo que parecían ser las débiles siluetas de unos árboles muy altos, pero costaba distinguirlos. Recordó la escena que le había mostrado la cámara delantera justo antes de que dejara de funcionar: la misma niebla. Bajó la vista hacia los asientos.

—¡Dios mío! —Retrocedió otro paso, tambaleante. Sujeto al asiento estaba el cuerpo del piloto o, mejor dicho, lo que quedaba de él. Había desaparecido la mitad superior, dejando sólo las piernas y el comienzo de un torso que terminaba en un revoltijo rojo y viscoso donde debería haber estado el estómago. Las entrañas se arrastraban por el metal desgarrado y desaparecían por encima del borde. El asiento del copiloto estaba vacío, pero la tapicería estaba cubierta de salpicaduras de sangre roja brillante. Los cinturones habían sido arrancados de cuajo.

Craight y Ariana dieron un tímido paso hacia la cabina, seguidos de Ingram. Éste señaló a la derecha, en silencio. El navegante tampoco estaba en su asiento. Ariana siguió el dedo de Ingram con la mirada. El navegante debía de haber intentado escapar de lo que había atacado al piloto y al copiloto, porque estaba acurrucado bajo la consola, agarrado a las radios de vuelo. Tenía un brazo alrededor de un montante, con los dedos rígidos. El otro brazo y la mitad de su pecho habían desaparecido, cortados limpiamente como por un bisturí de cirujano. Tenía el rostro crispado, con una expresión de auténtico terror.

—¿Qué les ha pasado? —preguntó Ariana, más para apartar de sí el horror que para obtener una respuesta.

—Debió de ocurrir durante la caída —dijo Craight.

Ariana no opinaba lo mismo. El resto del avión seguía relativamente intacto. ¿Cómo podía haber sido arrancada la parte superior de la cabina? Miró más de cerca el borde de metal: estaba cortado limpiamente como con un soplete, no como consecuencia de la caída. Era como si alguien hubiera arrancado la parte delantera del avión para echar un vistazo dentro. ¿Qué podía haber cortado el metal de ese modo?, se preguntó. No la fuerza del impacto, ya que era en la parte superior del avión. Pero no había otra explicación lógica.

Se tambaleó como si la hubieran golpeado en la nuca y un dolor agudo le recorrió la cabeza. Por un segundo creyó haber recibido un golpe, pero cuando se volvió no vio a nadie. Se dio cuenta de que el dolor estaba dentro de su cabeza.

—Salgamos de aquí.

Craight siguió avanzando hacia donde había estado el parabrisas delantero, para ver dónde estaban. Ingram retrocedió con ella hasta la puerta.

—¡Craight! —gritó Ariana. Él se volvió a medias, dejando que ella alcanzara a ver la expresión de su cara cuando un haz de luz dorada lo alcanzó por detrás. La luz se extendió hasta cubrirle todo el cuerpo. Él se agarró con la mano izquierda al borde del asiento del piloto y la luz alcanzó el metal, lo dobló y rodeó con él su muñeca, cortándole limpiamente la mano.

Gritó al ver brotar sangre de la herida, pero Ariana observó que era contenida por el campo que rodeaba a Craight y fluía de una forma extraña hacia arriba, como si sobre la herida hubiera una tapa dorada transparente. Se fijó en los ojos de Craight, y vio el dolor y el shock reflejados en ellos. La luz se elevó, levantándolo hasta que quedó suspendido a metro y medio del suelo. A continuación se vio arrastrado rápidamente fuera de la cabina hacia la niebla. Ariana advirtió que tenía la boca abierta y la movía como si gritara, pero no consiguió articular ningún sonido. Luego desapareció. Ella volvió a mirar dentro. La mano de Craight seguía agarrada a la parte superior del asiento del piloto.

Ingram retrocedió tambaleante hacia ella, y Ariana lo sujetó y tiró de él cuando otro haz de luz estuvo a punto de alcanzarlo. Regresaron de un salto a la zona de comunicaciones y el viento cerró de golpe la puerta a su espalda, pero en lugar de quedarse allí, cruzaron la oficina y entraron tambaleándose en la sala de las consolas, donde los demás estaban reunidos.

Todos levantaron la mirada cuando un fuerte ruido recorrió el interior del avión. Sonó como si por encima de él se deslizara algo de un tamaño inverosímil.

—¿Dónde demonios estamos? —preguntó Ingram.

Patricia Connors tenía una desbordante imaginación —su marido siempre le había tomado el pelo por ello—, pero también era muy concienzuda en su trabajo. No había podido apartar de su mente los borrones en las tres fotografías de Camboya mientras

trabajaba en otros proyectos y tareas. Una vez vacía su bandeja, decidió comprobarlo todo una vez más. Tal vez se le había pasado algo por alto.

Ejecutó un diagnóstico de su ordenador y de la impresora. Todo funcionaba correctamente. Comprobó el KH-12, tanto el equipo de toma de imágenes como el ordenador instalados a bordo del satélite. Ninguno de los dos presentaba problemas.

Cogió un cuaderno y en la parte inferior de la hoja dibujó un círculo en el que escribió la palabra Camboya. A continuación, dibujó otro círculo más pequeño en la mitad de la página y escribió en él KH-12. Después trazó una línea de la parte inferior al centro. Era la ruta que seguían las imágenes. Era procesada por el ordenador de a bordo, que acababa de comprobar. Dibujó otro pequeño círculo en la parte superior de la hoja y escribió «yo». Unió con una línea el círculo del centro y el de la parte superior, pero sabía que esa línea estaba compuesta de varios elementos. Se volvió hacia su ordenador para averiguar cuáles eran.

—El KH-12 ha transmitido los datos al MILSTARS 16 —murmuró, trazando la ruta.

Consultó una carpeta. El MILSTARS 16 era uno de los numerosos satélites puestos en órbita geoestacionaria por el ejército para proteger su red de comunicaciones. Este satélite permanecía fijo sobre el mar de China Meridional, y cubría todo el Sudeste asiático y Filipinas.

Connors era plenamente consciente tanto del potencial como de las especificaciones de los satélites y del sistema de comunicaciones que integraban. Los satélites estaban diseñados para ser seguros y resistentes a las interceptaciones y a la saturación. Eran capaces de saltar de una antena a otra, pasar de una frecuencia a otra y transmitir de golpe. Estaban protegidos asimismo contra los ataques nucleares y las pulsaciones electromagnéticas (EMP).

Sabía que era una posibilidad muy remota, pero decidió comprobar el MILSTARS 16 para asegurarse de que no había distorsionado los datos del KH-12. Pidió un autodiagnóstico al ordenador del satélite, y dos minutos después aparecieron en la pantalla los datos. Los leyó, interpretando las cifras y códigos como sólo era capaz de hacerlo alguien que había pasado muchos años leyendo los códigos matemáticos de los aparatos espaciales.

Todo era correcto... Se detuvo y los revisó una vez más. Los datos del KH-12 habían sido transmitidos sin alteraciones, pero en el diagnóstico del MILSTARS había algo que le preocupaba. Trató de averiguar qué era, pero se le escapaba, quedándole la incómoda sospecha de que algo no funcionaba en otra parte del sistema. Una hora más tarde decidió rendirse, y se tomó dos comprimidos de Tylenol para combatir un espantoso dolor de cabeza.

CAPÍTULO 4

Lawrence Free se había negado a responder a las numerosas preguntas de Dane. Estaba particularmente interesado en saber cómo Freed y Michelet Technologies se habían enterado de que había logrado escapar de Camboya hacía treinta años. Freed tampoco le dio más información sobre el avión que se había estrellado. Aparte de la falta de respuestas, Freed fue un escolta cortés aunque distante. Dane sabía que había tenido que ver con el ejército en el pasado. En su conducta había demasiados pequeños indicios que apuntaban en esa dirección.

A bordo del avión privado, Dane se había lavado e incluso había dado un baño rápido a Chelsea, cuyo pelo había atascado el desagüe de la pequeña ducha, pero pensó que quien podía permitirse el lujo de tener un avión como aquél, también podría desatascar la ducha. Freed le había preparado ropa limpia que parecía hecha a medida; un discreto conjunto de pantalón caqui y camisa negra. Dane estaba impresionado con la eficiencia y riqueza de Michelet Technologies, una compañía de la que nunca había oído hablar, aunque tampoco sentía ningún interés por tales temas.

La única conversación que habían mantenido en el avión la había iniciado Freed.

—Tengo entendido que estuvo con las Fuerzas Especiales durante la guerra del Vietnam —dijo.

—Sí. —Dado que Freed no era lo que se dice una mina de información, Dane no se sintió obligado a revelar nada.

—¿El MACV-SOG? —preguntó Freed.

—Sí.

—Una unidad dura.

Dane miró al negro menudo y reparó en su anillo, con el símbolo triangular tallado en piedra que indicaba que había servido en la unidad de élite del ejército Fuerza Delta, un símbolo que sólo podía reconocer una persona versada en el tema.

—Mucho.

Y eso fue todo. El resto del viaje transcurrió en silencio, aunque Dane sospechaba que había roncado la mayor parte del vuelo, con Chelsea durmiendo también a sus pies. Se despertó cuando el avión aterrizó en el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles. En la pista de aterrizaje los esperaba una limusina.

Mientras cruzaban Los Ángeles en dirección norte, Dane reflexionó sobre la insólita situación. Sabía que no era el dinero lo que lo había llevado a California, sino el deseo de obtener información. Freed y Paul Michelet sabían cosas de él, y necesitaba saber hasta dónde habían llegado. Al mencionar Camboya, Freed había abierto una tapa que él había mantenido herméticamente cerrada durante tres décadas. El agotamiento del rescate había contenido sus emociones, pero en esos momentos sintió cómo se desbordaban. Había intentado olvidar lo ocurrido en aquella última

misión fronteriza, y de pronto aquella misión parecía haberse acordado de él.

El prestigioso psiquiatra que lo había tratado hacía diez años le había dicho que nadie podía romper con el pasado mientras no se enfrentara a él y resolviera el problema, pero Dane había creído que hablaba metafóricamente. Por lo visto no era así, pensó mientras contemplaba la autopista. Salieron de ella en Glendale y se detuvieron ante un gran edificio de cromo y negro, en cuya fachada se leía en grandes letras Michelet.

Freed llevó a Dane y a Chelsea hasta el ascensor de ejecutivos tras pasar los controles de seguridad. Subieron veinte pisos hasta llegar al superior, donde se detuvieron. Las puertas de acero inoxidable se abrieron suavemente y entraron en una antesala donde había tres secretarias ante sus escritorios. A continuación pasaron a una enorme oficina dominada por un gran escritorio, seguidos por una de las secretarias.

Un hombre de aspecto distinguido se apartó de la cristalera desde la que se dominaba toda la ciudad y se acercó a ellos con una mano extendida.

—Señor Dane, soy Paul Michelet.

Dane se la estrechó, sorprendido por el fuerte apretón. Michelet se inclinó hacia adelante y acarició la cabeza de Chelsea.

—Y ésta debe de ser Chelsea. —Luego se irguió y señaló la mesa de conferencias situada a la izquierda de la habitación. Ya estaba sentado otro hombre—. Permítame presentarle al profesor Beasley.

Dane estrechó la mano del profesor. Advirtió que Chelsea no parecía alarmada por ninguno de los presentes, lo cual era una buena señal. En cuanto a él, cada hombre le producía oleadas de emociones distintas y era difícil saber qué sentía exactamente.

—Sentémonos. —Michelet se había acercado a la cabecera de la mesa—. ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Café, agua de soda, un refresco? —La secretaria estaba cerca, preparada para recibir instrucciones.

—Café —dijo Dane sentándose.

Advirtió inmediatamente los mapas sujetos con celo al tablero de la mesa, cubiertos de transparencias de acetato. Todo era verde, los contornos, los ríos, el lenguaje. Camboya.

—Señor Michelet, me gustaría saber qué está pasando —dijo—. Su hombre —señaló a Freed, sentado frente a él— no me ha dicho gran cosa.

—Tenía autorización para decirle lo justo para traerlo hasta aquí, no más —repuso Michelet. Hizo un ademán y la secretaria salió, cerrando la puerta a sus espaldas.

—Tal vez debería haberme resistido más —dijo Dane—. Así sabría algo más.

—Por favor. —Michelet parecía cansado. Tenía unas ojeras muy marcadas—.

Lamento la forma en que nos hemos visto obligados a actuar, pero están en juego varias vidas y mucho dinero.

—¿Qué es más importante para usted? —preguntó Dane.

—Una de esas vidas es la de mi hija —respondió Michelet.

—No ha respondido a mi pregunta.

Michelet se ruborizó.

—Un 707 modificado de nuestra compañía, en el que viajaba la hija del señor Michelet y un sofisticado equipo de reconocimiento se estrelló ayer en Camboya —explicó Freed, echándose hacia adelante—. La última vez que mantuvimos contacto con él mientras caía lo situamos aquí. —Levantó una lámina de acetato y la colocó sobre el mapa.

Dane examinó la zona. Como había esperado, se hallaba en la misma región de su última misión.

—¿Han recibido señales del repetidor?

—No hemos recibido nada. —La voz de Michelet era áspera—. Ni señales ni contacto por radio. Nada.

—¿No hay un repetidor automático a bordo del avión?

—Sí, pero no hemos recibido nada —respondió Michelet.

—¿Cuánta gente hay a bordo? —siguió preguntando Dane, sin mostrarse sorprendido.

—Mi hija, tres miembros de la tripulación y ocho del equipo científico.

—¿Cómo sabe que no murieron en el accidente?

—No lo sé, señor Dane —respondió Michelet—. Pero mientras haya alguna posibilidad de que alguno de ellos esté con vida, haré todo lo que esté en mi mano para rescatarlos.

—¿Qué hay del gobierno de Camboya? —preguntó Dane—. Con su dinero no debería serle difícil conseguir que organicen una expedición de rescate.

—¿Qué gobierno? —respondió Michelet, con un resoplido burlón.

Freed fue más explícito.

—En estos momentos en el gobierno de Camboya hay una gran confusión. Además, acudimos a uno de nuestros contactos del ejército y se negó tajantemente a adentrarse en esa región del país.

—No me extraña —respondió Dane, mirando al hombre de edad, sentado al otro lado de la mesa—. Dice que yo fui la última persona que salió de allí con vida. ¿Cómo lo sabe?

—Sabemos por fuentes fidedignas —repuso Freed, eludiendo la pregunta— que estuvo en esa región, en una misión secreta, durante la guerra de Vietnam.

—Ni siquiera sé con certeza si es allí donde estuve. —Dane señaló el mapa con el dedo—. La CIA estuvo al frente de esa misión y supongo que siguen manteniéndolo

en secreto. ¿Cómo saben que es allí donde estuve?

—Tengo muchos contactos en el gobierno —dijo Michelet.

—La CÍA no le daría esa información sin una razón —respondió Dane sin tragarse el anzuelo.

—Les he proporcionado datos de mis reconocimientos en el pasado —repuso Michelet—. Por lo tanto, no es raro que ellos me den información a cambio.

—Eso fue hace mucho tiempo —insistió Dane—. ¿Nadie ha estado allí desde 1968?

—Hay informes de que algunas personas han entrado en esa zona —intervino Beasley—. Uno de ellos habla de un batallón de Khmer rojos que se refugió en esa región huyendo de las fuerzas del gobierno. Desapareció hasta el último hombre del batallón.

Ese comentario hizo que Beasley recibiera una mirada reprobatoria de Michelet.

—Sigo sin entenderlo. —Dane se recostó en su asiento—. ¿Por qué yo? Con todos sus contactos y su dinero, aunque los camboyanos no cooperen, ¿qué le impide fletar un avión con un equipo de rescate e ir usted mismo?

—Como le he dicho, usted ya ha estado allí. No soy partidario de ir a ciegas a ese lugar.

—Es una selva —replicó Dane—. Montañas, ríos. Hay mucha gente que ha estado en esa clase de terreno.

—Pero no en esa región —repitió Michelet.

—¿No ha estado nadie allí en los últimos treinta años? —volvió a preguntar Dane, creyéndolo pero negándose a admitirlo.

—Que nosotros sepamos, nadie ha regresado con vida de ella aparte de usted —dijo Freed—. Hemos hecho una investigación exhaustiva.

—¿Qué tiene de especial esa región? —preguntó Dane, pensando en las pesadillas que lo despertaban en mitad de la noche empapado en sudor.

—No lo sabemos. —Michelet hizo un ademán a Beasley—. El señor Beasley es un experto en culturas antiguas y especializado en Camboya, su historia, su geografía y sus gentes. Según él, esa región podría haber formado parte de un antiguo reino que tenía su capital en un lugar llamado Angkor Kol Ker, en alguna parte de esas montañas.

—¿Qué tiene eso que ver con un accidente aéreo? —preguntó Dane, pero las palabras resonaron como un eco en su cerebro. Volvió a ver a Castle tendido en el suelo de la selva, y lo recordó murmurando esas palabras con su último aliento. Con los años había hecho sus comprobaciones, pero todo lo que había averiguado era que Angkor Kol Ker era una ciudad legendaria sobre cuya existencia historiadores y arqueólogos albergaban serias dudas.

—Esa región de Camboya es muy extraña. —Beasley se acarició la barba—. Los

aviones de las Fuerzas Aéreas que la sobrevolaron durante la guerra en misiones entre Tailandia y Vietnam del Norte tuvieron bastantes problemas con los instrumentos de navegación. Tanto es así que las Fuerzas Aéreas establecieron rutas alternativas al norte o al sur, y prohibieron sobrevolar la región. Eso fue después de que dos B-52 y un avión espía SR-71 desaparecieran en la zona sin dejar rastro.

Dane controló su respiración. Foreman no había mencionado la caída de unos B-52. Ni tampoco que se hubiera prohibido sobrevolar la zona. Pero tal vez Angkor Kol Ker era el nombre que las Fuerzas Aéreas y la CÍA habían utilizado para denominar esa zona, tomándolo de las leyendas, y eso explicaba por qué la había susurrado Castle. Pero recordó su cara y supo que había mucho más que eso. Además, también estaba lo último que había dicho antes de morir: la puerta de Angkor.

—Tengo entendido que su equipo, el ER Kansas, entró allí en busca de un SR-71 estrellado —dijo Freed.

—Eso es lo que nos dijeron —respondió Dane, consciente de que no tenía sentido hacerse el tonto con esa gente.

—¿Lo encontraron?

—No.

—Desde que acabó la guerra —continuó Beasley—, se han perdido otros aviones en esa zona. Nunca se ha vuelto a saber nada de ellos. Un helicóptero del Ejército Real de Camboya que buscaba un avión comercial extraviado también desapareció. Las dos expediciones de rescate que se enviaron nunca regresaron. El gobierno camboyano ha tenido otros muchos asuntos de que preocuparse en las últimas décadas y ha puesto la zona bajo una informal pero estricta cuarentena.

—Comprenderá mi reticencia a enviar a hombres allí sin saber cuál es exactamente la situación —observó Michelet.

—¿Qué le hace pensar que yo sé cuál es la situación? —preguntó Dane—. Han pasado treinta años.

—Usted entró y salió de allí —respondió Freed—. Eso le convierte en un experto.

—¿Experto? —Dane hizo un gesto de negación.

—Usted es todo lo que tenemos —insistió Michelet.

—Entonces están jodidos —respondió Dane, esbozando una irónica sonrisa—. No puedo decirles lo que está pasando ahora, pero ¿quieren saber cuál era la situación cuando me fui? Era otro mundo. Como si ya no estuviéramos en Camboya. —Su mirada se encontró con la de Michelet y la sostuvo—. Había monstruos. Así era la situación entonces y seguramente sigue siéndolo ahora. Monstruos que ni siquiera podrían imaginar en sus peores pesadillas. Y había algo más aparte de monstruos. Algo todavía peor. Algo inteligente y poderoso. Eso fue lo que aniquiló a los miembros de mi equipo. No sé qué está inutilizando los aviones, pero son monstruos los que matan a las expediciones de rescate por tierra. —Se levantó y retiró la silla—.

¿Puedo irme ya?

Chelsea se levantó, gimiendo. Los otros tres hombres guardaron silencio, atónitos.

—En ese avión iba mi hija —dijo Michelet por fin— y necesito saber si está viva o muerta.

—Entonces se lo diré —respondió Dane— Está muerta. Si tuvo suerte, murió rápidamente al estrellarse el avión.

—¡Pero usted está vivo! —exclamó Michelet—. Usted entró y salió. ¡Ella también podría salir!

Dane respondió con un gesto de negación. No había forma de hacérselo entender a esa gente. Chelsea daba vueltas a su alrededor contrariada, meneando la cola de forma incontrolable. Gimió débilmente.

—Allí hay alguien con vida —dijo Freed. Miraba a Michelet, y Dane leyó su expresión con claridad. Freed no quería que Dane se mezclara en el asunto, y que hablara de monstruos fortalecía su postura.

—¿Cómo lo sabe? Creía haberle entendido que no habían tenido noticias del avión desde que desapareció.

—Justo antes de que cayera, el Lady Gayle (así es como se llamaba el avión) estaba enviando todo lo que recogían sus numerosos equipos a nuestro CII, el centro de interpretación de imágenes situado en el sótano de este edificio. —Freed apretó un botón que tenía ante sí en el tablero de la mesa—. Recibieron una transmisión FM por tierra justo antes de que perdiéramos el contacto con el equipo.

Se oyó un crujido de parásitos, seguido de una voz poco comprensible en una transmisión muy entrecortada: «Aquí... Romeo... Verificad... No... Kansas.... más... Pradera... Repito... Fuego».

—Tengo entendido que el nombre de su equipo de reconocimiento era Kansas —añadió Freed innecesariamente.

Dane se miró las manos. Le temblaban. Después de todos esos años, era imposible. Pero ésa era la voz Flaherty. No había ninguna duda.

—Ya no estamos en Kansas —susurró Dane.

—¿Cómo dice? —Freed se echó hacia adelante.

—Era nuestra verificación para la SFOB, la Base de Operaciones de las Fuerzas Especiales. Para verificar que éramos nosotros y que estábamos en F y E.

—¿F y E? —preguntó Beasley.

—Fuga y evasión después de una llamada de Fuego de la Pradera. —Dane levantó la mirada—. Pero no puede ser. Eso fue hace treinta años.

—El mensaje no tiene ni dos días.

Dane miró a Michelet. Sabía que el anciano le ocultaba muchas cosas, pero también sabía que esa transmisión de radio era auténtica. No encontraba una

explicación lógica, pero lo era.

Se puso de pie.

—¿Cuándo salimos? —preguntó.

En las entrañas de la Dirección Nacional de Seguridad, Patricia Connors volvió a leer el correo por satélite que había llegado a su ordenador. El código de autorización era correcto, pero seguía preocupándole tanto la petición como la orden que la acompañaba de destruir cualquier impresión y copia de seguridad de las imágenes de Camboya pedidas al KH-12. Además de las extrañas manchas en las imágenes originales de Camboya y la molesta sospecha de que había algún problema con el MILSTARS 16, aquel día se estaba convirtiendo en un infierno para ella.

Imprimió la petición y salió de su oficina para dirigirse a la de su supervisor, el jefe de imágenes remotas, George Konrad. La puerta estaba abierta, y Connors entró y deslizó la hoja sobre el escritorio mientras se sentaba frente a él.

Konrad se puso sus gafas de lectura y la leyó, luego la miró por encima de la montura.

-¿Y?

—¿Quién o qué es Foreman? —preguntó ella.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque me está ordenando que me olvide del modo de proceder habitual y destruya la copia de seguridad.

—Hazlo —dijo Konrad, encogiéndose de hombros—. Esta orden tiene la autorización debida. Sabes que ya se ha hecho en otras ocasiones.

—¿Y qué hay de lo que nos pide? —insistió Connors, al no recibir la respuesta que buscaba.

—¿A qué te refieres?

—Nos está pidiendo que consumamos un montón de combustible y energía.

—Ésa no es la verdadera razón por la que te preocupa la petición —repuso Konrad, dedicándole una sonrisa indulgente.

—Está bien —concedió Connors, profiriendo un suspiro—. ¿Y si te digo que no me gusta utilizar el Bright Eye en una misión real? Creía que era un mero banco de pruebas. ¿Y cómo demonios se ha enterado ese tal Foreman de la existencia del Bright Eye?

Konrad cogió el fax y volvió a leerlo.

—Bueno, supongo que está enterado porque tiene la máxima autorización posible; por encima de la tuya y de la mía.

—La cuestión no es la autorización —arguyó Connors—, sino la necesidad de saber. —Señaló el papel—. Hace unas horas este tipo me ha pedido una toma a gran escala del centro norte de Camboya utilizando un KH-12. Ha sido una pérdida de tiempo y de recursos, y quiere que me deshaga de todas las pruebas de su petición. Y

ahora pretende que el Bright Eye explore la misma región.

—¿Me ha pedido? —Konrad se recostó en su asiento.

—Está bien, nos ha pedido. —Conners se ruborizó.

—Te lo tomas todo demasiado a pecho —dijo Konrad—. No puedes hacerlo, trabajando para el gobierno.

—No dejas de recordármelo.

—¿Qué había en esas tomas del KH-12 para que quiera utilizar el Bright Eye?

Ésa era la pregunta que Conners había esperado. Sacó de una carpeta las tres imágenes y se las dio a su jefe.

Konrad se recostó en su butaca mientras las examinaba despacio, una por una. Finalmente las dejó en la mesa.

—No deberías tenerlas.

—No me las habrías pedido si no supieras y aceptaras tácitamente que hago una copia de todas las imágenes —repuso Conners.

—¿Y bien? —Konrad señaló las manchas.

—No tengo ni idea de lo que las ha causado —repuso Conners—. He ejecutado diagnósticos en el KH-12 y en mi sistema, y todo está en orden. —No añadió sus sospechas acerca del MILSTARS 16. Vayamos por pasos, pensó. Además, ese satélite es competencia del Pentágono, no de la NSA.

—En fin —dijo Konrad, encogiéndose de hombros—. Viendo estas imágenes, no me extraña que Foreman quiera utilizar el Bright Eye. Si algo puede penetrar en esa mancha, es el Bright Eye.

—Lo que nos lleva de nuevo al problema de utilizar el Bright Eye para una misión —insistió Conners.

—No es ningún problema —replicó Konrad—. No creerás que hemos gastado ochocientos millones de dólares sólo para poner allí arriba un prototipo, hacer unas cuantas pruebas y dejar que flote en el espacio, ¿no? —Le devolvió la hoja—. Ponlo en marcha.

—¿Tienes alguna idea de lo que ha causado esas manchas en esas tomas? —preguntó Conners levantándose y cogiendo la hoja, pero sin moverse.

—No tengo ni idea —respondió Konrad con una sonrisa.

—¿Has visto algo así antes? —preguntó ella, frunciendo el entrecejo.

Konrad miró hacia la puerta abierta. Parecía preocupado.

—Has visto esa clase de interferencia antes, ¿verdad, George? —presionó Conners.

—Sí —murmuró él.

Conners se volvió y cerró la puerta sin que él se lo pidiera. Luego se acercó al escritorio y se inclinó sobre él.

—¿Dónde?

—Vas a creer que estoy loco —dijo Konrad, riendo con nerviosismo.

—¿Dónde?

—Junto a la Costa Este. Al sur de las Bermudas, en una línea que va de Puerto Rico a Key West y que sube hasta las Bermudas.

—¿El Triángulo de las Bermudas? —inquirió Conners, tras procesar mentalmente la información.

—Ya te he dicho... —empezó a decir él, pero ella lo interrumpió.

—Te creo. ¿Cuándo lo has visto?

—Lo captamos de vez en cuando al utilizar los satélites para hacer una predicción meteorológica para la NOAA. Una bruma que tapa toda la imagen y cubre una zona en forma de triángulo. El tamaño varía desde cero hasta el triángulo que he delimitado. Nunca la enviamos. —Señaló el papel que ella tenía entre las manos—. Ordenes de Foreman.

—¿Cuándo? —quiso saber Conners.

—Por Dios, no lo sé. —Konrad se echó a reír—. De vez en cuando. La interferencia no dura mucho, tal vez un par de horas cada equis años. Al final siempre logramos obtener buenas tomas de ambos lados, de modo que nadie se ha dado cuenta en realidad. Lleva ocurriendo desde que estoy aquí.

Conners parpadeó. Konrad llevaba más de veinticinco años en la NS A.

—¿Quieres decir que la orden de Foreman ha permanecido vigente todo ese tiempo?

—Eso es.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé, y dado que Foreman quiere utilizar el Bright Eye, diría que él tampoco lo sabe aún y está desesperado por saberlo.

—El Bright Eye lleva ahí arriba un año. ¿Por qué ahora?

—Vete tú a saber —respondió él, encogiéndose de hombros.

—¿Tienes alguna idea de quién es Foreman?

—Por Dios, Pat. —Konrad levantó las manos hacia el techo en un gesto de impotencia—. ¿Sabes cuánto gasta este gobierno cada año en proyectos clasificados? ¿Y sabes lo compartimentados que están todos esos proyectos? Recibimos continuamente instrucciones de distintas organizaciones con un nombre en clave que no nos da ninguna pista sobre sus intenciones. Foreman es uno más. Sólo sé que es de la CÍA.

—Que da la casualidad que está interesada en el Triángulo de las Bermudas. Y en un triángulo parecido en Camboya. —Conners reflexionó un momento—. ¿Algún lugar más? —Esperó—. ¿George?

—Ha pedido otras fotos durante estos años. He visto algo parecido a lo que tienes aquí en unas fotos tomadas en la costa de Japón.

—¿La costa de Japón? —Conners lo consideró—. ¿Dónde más?

—En otras partes. —Konrad señaló la puerta—. Sugiero que empieces a cursar esa petición. Ya te he dicho demasiado.

CAPÍTULO 5

Evaluar la situación sólo había servido para aumentar el miedo y el pesimismo en el interior del Lady Gayle. Ariana había reunido a los seis miembros de la tripulación supervivientes alrededor de la consola de Ingram, después de asegurar la puerta que comunicaba con la cabina de mando con una mesa y varias sillas. Fuera del avión no habían vuelto a escuchar ruidos ni habían percibido actividad alguna, pero el estar ciegos al mundo exterior aumentaba su ansiedad.

Ariana había explicado lo mejor que había podido lo ocurrido al personal de vuelo y a Craight. Para evitar preguntas sobre cosas que no podía explicar, había ordenado hacer un inventario de los suministros que había en el avión.

En la cocina de a bordo quedaba algo de comida, la suficiente tal vez para una semana si comían con moderación. El agua era lo más crucial. Había suficiente para unos cuatro días si la racionaban. Había dos hachas de bomberos, y contaban asimismo con tres botiquines de primeros auxilios, uno de los cuales ya lo habían utilizado para curar las piernas de Hudson. Tenían dos armas, dos Berettas de 9 milímetros. Ariana cogió una y la otra se la dio a Mark Ingram.

Sabía que el factor más crítico era el humano. A algunos los conocía bastante bien, pero otros eran nuevos. Mark Ingram estaba a su lado, y le reconfortaba su sólida presencia. Habían vendado las piernas a Mitch Hudson, que se había quedado sentado ante una consola, con la cara crispada de dolor a pesar de las pastillas que le habían dado. Era hábil con los radios, uno de los mejores, pero fuera de eso, ignoraba por completo sus aptitudes.

Los otros cuatro supervivientes formaban un grupo variopinto: Mike Herrín era el geólogo de más edad. A sus cincuenta y cinco años, llevaba tiempo trabajando para Michelet, pero Ariana temía que fuera el primero en sufrir una crisis nerviosa. Había guardado un silencio impropio de él, pasándose las manos por su pelo canoso que empezaba a clarear. Era bajo y rechoncho, y en opinión de Ariana demasiado blando física y emocionalmente para reaccionar positivamente ante una situación imprevista.

Daniel Daley era el geólogo más joven y recién incorporado al equipo. Tenía unos veinticinco años, y su voluminosa presencia destacaba entre los demás. Tenía el pelo rubio y el aspecto sano de un surfista de Los Ángeles, y lo estaba, ya que había hecho su doctorado en la UCLA. A Ariana le pareció que estaba un poco asustado, pero bastante entero.

Lisa Carpenter también era nueva. Era experta en ordenadores y en la localización de problemas electrónicos. Una mujer de color de treinta y pocos años, tenía una constitución robusta y atlética, y llevaba el pelo cortado casi al rape. Estaba sentada

detrás de su consola justo debajo de Ariana, con la mirada levantada, sin permitir que su rostro reflejara sus verdaderos sentimientos, esperando instrucciones.

El último miembro era Peter Mansor, especialista en imágenes. Era uno de los que había vendado las piernas de Hudson, utilizando la experiencia adquirida en dos períodos de servicio en el ejército, donde había sido piloto de helicóptero. Mansor había acompañado a Ariana en varias misiones y ella sabía que era una persona estable, pero carente de imaginación.

—Muy bien —dijo, sintiendo los seis pares de ojos clavados en ella—. ¿Qué tenemos aquí aparte de comida, agua y botiquines de primeros auxilios?

—Un montón de ordenadores y equipos de radio y de toma de imágenes —respondió Ingram secamente.

—Que sólo funcionarán mientras haya electricidad —añadió Lisa Carpenter.

—¿De qué nos sirven? —preguntó Herrín, irritado—. Los ordenadores no van a sacarnos de aquí.

—Los equipos de radio tal vez sí —dijo Hudson.

—¿Cómo está el tema? —preguntó Ariana.

—En estos momentos no tengo nada —repuso Hudson—. He intentado enviar un mensaje, pero en la caída hemos perdido la antena de alta frecuencia. Estaba sobre la cabina de mando. Y no puedo acceder a la antena parabólica del SATCOM que está sobre la antena de radar giratoria. Las pruebas indican que el cable que conecta mi radio a la antena parabólica está cortado.

—¿Cortado? —repitió Ariana.

—Probablemente se cortó al estrellarnos. —Hudson levantó la vista hacia el techo de la cabina—. Por Dios, la antena de radar y la parabólica podrían no estar ahí arriba.

—¿Qué más? —preguntó Ariana, sin querer detenerse en el estado externo del avión.

—La FM de poco nos sirve porque está limitada por el horizonte —dijo Hudson, llevándose una mano a sus piernas heridas y haciendo una mueca de dolor—. Si alguien se acercara, podría funcionar. La antena de FM parece que continúa en su sitio.

—Hay equipos de rescate buscándonos —dijo Ariana—. De modo que ten dispuesta la FM y transmite de vez en cuando.

Hudson hizo un gesto de asentimiento.

—Tal vez deberíamos salir al encuentro de las partidas de rescate —sugirió Daley.

Ariana miró a Mansor, que había sido entrenado para tales situaciones en el ejército.

—No. —El ex piloto sacudió la cabeza con energía—. Nos quedaremos en el

avión. Es una norma básica de supervivencia. Siempre hay que permanecer en el avión. Es la mejor forma de que te encuentren, porque es mucho más fácil localizar un avión que a un reducido grupo de personas deambulando por la selva.

—Yo no salgo ahí. —dijo Herrín con una risa histérica y señalando con la cabeza la cabina de mando—. Acabaremos como Craight.

—¿Qué le ha pasado a Craight? —preguntó Hudson.

Ariana dirigió una mirada a Ingram, que en esta ocasión guardó silencio.

—No sabemos más de lo que ya os hemos dicho. —Ariana no quería que la conversación tomara ese rumbo, pero sabía que no podría evitarlo eternamente—. Ahora debemos preguntarnos qué pasa aquí dentro. Y de momento parece que estamos fuera de peligro.

No tenía ningunas ganas de volver a abrir la puerta que comunicaba con la cabina de mando. Contaban con la puerta normal, a la izquierda de la parte delantera, y las esclusas de emergencia sobre las dos alas y en el techo, pero no quería abrir ninguna mientras no fuera absolutamente necesario.

—No tiene ni idea, ¿verdad? —preguntó Herring—. No sabe lo que ocurre, ¿no?

—Vayamos por pasos —repuso Ariana.

—¿Por pasos? ¡Nos hemos estrellado, maldita sea! —exclamó Herring—. Craight está muerto, con la mano amputada, y según usted se lo ha llevado una especie de rayo extraño. John ha muerto al estrellarnos, se ha roto el cuello. Y el piloto y el copiloto están muertos. No sabemos dónde estamos ni cómo hemos llegado hasta aquí. ¡Ahí fuera hay algo! ¡Algo que va por nosotros!

—Calla, Mike —dijo Peter Mansor en voz baja, pero con un tono que pareció surtir efecto—. Correr por ahí gritando y chillando no va a servirnos de nada.

Herrín se sentó con un gemido y ocultó la cabeza entre las manos.

Ariana sabía que tenía que mantenerlos ocupados, aunque sólo fuera para distraerlos.

—¿Alguien tiene una idea de lo que pudo ocurrir para que nos estrelláramos? —preguntó.

—Los pilotos informaron de que perdían potencia y los mandos no respondían —respondió Ingram.

—¿Por qué? —preguntó Ariana.

—Pudo ser un fallo del ordenador de a bordo —respondió Ingram, encogiéndose de hombros.

—¿Puedes repasar los datos del ordenador central y comprobarlos? —preguntó Ariana mirando a Carpenter.

—El ordenador central dejó de funcionar justo antes de que cayéramos —repuso Carpenter—. Voy a tener que cargarlo de nuevo. No puedo estar segura de que no se haya estropeado el soporte físico y ni de que Argus se vuelva a cargar.

—Inténtalo, Lisa —ordenó Ariana.

Carpenter se volvió hacia el ordenador y se puso a trabajar.

—¿Cuánto suministro eléctrico nos queda en las baterías del avión? —preguntó Ariana.

—Si sólo utilizamos los ordenadores y las luces —respondió Ingram—, puede quedarnos para unas quince horas. Si reducimos las luces a niveles de emergencia, podemos alargarlo hasta cincuenta o sesenta horas.

—Reducelas a nivel de emergencia —ordenó Ariana. —Tendré que revisar los sistemas para asegurarme de que ningún otro aparato consume electricidad —dijo Ingram. —Hazlo.

Ingram apretó un interruptor de la consola ante la que estaba sentado y la sala se quedó a oscuras, salvo por varias luces rojas colocadas a tres metros unas de otras. Ariana miró alrededor.

—Que cada uno vuelva a su puesto. Quiero saber la causa de la caída. Y quiero hacerme una idea de lo que está pasando fuera de este avión sin salir de él. ¿Entendido?

Nadie respondió, pero todos regresaron a sus puestos. Mansor acompañó a Hudson hasta la zona de comunicaciones y Ariana los siguió. Una vez que Mansor se hubo marchado, ella ocupó el otro asiento y habló en un tono muy bajo para que sólo él la oyera. —Si conseguimos conectar un cable a la antena parabólica del satélite, ¿podrás ponerte en contacto con el CII?

—No lo sé —respondió Hudson, encogiéndose de hombros—. Perdí el contacto con el SATCOM antes de que nos estrelláramos, así que aunque pasáramos un cable de mi radio a la antena parabólica, si es que aún sigue allí, podría no funcionar. Y ¿quién va a subirse ahí —señaló el tejado del avión— para pasarlo?

—Es posible que tengamos que hacerlo —repuso Ariana—, pero aún no. Sólo quiero saber las opciones que tengo. Sigue vigilando la FM. Ahí fuera hay equipos de rescate.

—Dejamos de recibir en FM mucho antes de estrellarnos —objetó Hudson.

—Que lo hiciéramos no significa que no funcione ahora, ¿no? —repuso Ariana inclinándose aún más hacia él.

—Bueno... —empezó a decir Hudson, pero ella lo interrumpió. —Eres el experto en comunicaciones. La única forma de salir de aquí es establecer comunicación con alguien, de modo que no quiero oír hablar de lo que no podemos hacer. Quiero saber lo que sí podemos hacer. ¿Entendido?

A Hudson le tembló la mandíbula y apoyó las manos en sus piernas heridas.

—Entendido —respondió entre dientes.

—Bien. —Ariana le puso una mano en el hombro—. Sé que estás dolorido, pero te necesitamos, Mitch. Aguanta.

—Sí —respondió Hudson, volviéndose.

Ariana lo dejó y se dirigió a la sala de las consolas.

—Aquí ocurre algo raro —dijo Carpenter en cuanto la vio entrar. Ariana y Mark Ingram se acercaron rápidamente a su puesto.

—¿Qué es? —preguntó Ariana.

—Has activado el programa de emergencia para encender las luces —respondió Carpenter mirando fijamente la pantalla—. Lo ejecuta un ordenador auxiliar más pequeño, independiente de la unidad central para impedir que los dos sistemas se contaminen mutuamente en caso de que uno se vea afectado por un virus o se estropee.

—Ya lo sé —dijo Ariana.

—Apagué Argus poco antes de que nos estrelláramos, pero... —Carpenter se interrumpió, mirándolos a los dos.

—Pero ¿qué?

—Pero no se ha apagado. Ha estado encendido todo el tiempo.

—¿Y? —inquirió Ariana, frunciendo el entrecejo.

—Bueno, en primer lugar, debería estar apagado. Estoy segura de que lo apagué. Pero eso es sólo la primera cosa rara. —Carpenter señaló con un dedo el enorme estante en el que descansaba el soporte físico de Argus—. Está encendido y no puedo acceder a él.

—No lo entiendo —dijo Ingram—. ¿Qué está haciendo?

—No lo sé.

—Pero ¿qué crees? —preguntó Ariana.

—Bueno, es como si alguien se hubiera hecho con el control —respondió Carpenter con el entrecejo fruncido—. Tal vez introdujo un virus tipo Caballo de Troya que se ha activado, o, no sé, le envía códigos por otro medio.

—Maldito Syn-Tech —murmuró Ariana—. ¿Pudieron ser ellos quienes provocaron el accidente?

—No lo sé —dijo Carpenter—. No lo creo, pero es posible.

—Apágalo —ordenó Ariana, señalando el ordenador.

—Ya te he dicho que no puedo acceder a él desde mi consola. La única forma de apagarlo es cortando la electricidad que alimenta la unidad base de Argus. Es decir, desenchufándolo.

—Hazlo.

Mientras Carpenter se acercaba a los estantes, Ariana acompañó a Ingram a su puesto.

—¿Qué tienes?

—Estoy reuniendo los datos que grabamos antes de que se estropearan las cintas —dijo Ingram con la mirada clavada en la pantalla—. Como sabes, perdimos poco

antes el SATCOM, el GPR y la FM. Tengo nuestras últimas transmisiones y nuestra última posición del GPR. Después... —Se interrumpió, entrecerrando los ojos.

—¿Qué? —inquirió Ariana.

—Hay algo raro en los datos del GPR.

Ariana frunció el entrecejo. El GPR se limitaba a conectar el avión a los tres satélites del sistema de posicionamiento global más próximos que les informaba de su posición. Esperó a que Ingram tecleara algo en su ordenador.

—Alguien interceptó la señal del GPR —dijo él por fin.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que un miembro de nuestra tripulación estuvo enviando un mensaje secreto del que se supone que no estamos enterados —explicó Hudson—. Alguien envió nuestros datos a otra parte a través de los satélites GPS justo antes de que nosotros los enviáramos al CII. —Levantó la vista hacia ella—. Tenemos un espía a bordo.

—Estupendo —murmuró Ariana.

—¡Oh, no! —El grito llegó del ordenador.

Ariana corrió hacia allí seguida de los demás. Carpenter tenía en la mano un panel gris, pero estaba paralizada, mirando los voluminosos rectángulos metálicos que contenían el núcleo de Argus.

Ariana vio inmediatamente lo que había causado la reacción de Carpenter: un haz de luz dorada de unos veinte centímetros de diámetro había perforado el revestimiento del avión por debajo de la consola del ordenador central. A treinta centímetros del soporte físico del ordenador, el haz se dividía en cuatro rayos más pequeños de cinco centímetros de diámetro, y cada uno se introducía en un panel diferente. Los rayos dorados palpitaban y se ondulaban mientras ellos observaban cómo un nuevo rayo de cinco centímetros se separaba del haz principal y se abría paso a ciegas hacia la izquierda, alcanzando otra parte de Argus. Se oyó un breve siseo y el rayo penetró en su interior. El haz de luz dorada principal se ensanchó otros cinco centímetros.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Ariana.

—No tengo ni idea —respondió Carpenter—. Pero ahora ya sé por qué no puedo acceder a Argus. Eso lo controla.

—¡Desenchúfalo! —ordenó Ariana.

—Ya lo he hecho —dijo Carpenter, señalando un cable negro que había en el suelo—. Sea lo que sea, no sólo controla la unidad principal, sino que también suministra electricidad a Argus.

Hacía más de veinte minutos que Connors había dado la orden para que el satélite equipado con el Bright Eye cambiara de órbita. Dado que estaba en una órbita polar rápida, la ejecución de la orden requería lanzar cohetes booster para maniobrar el

ángulo del vuelo por encima del objetivo. El ordenador le informó que pasarían veintidós minutos antes de que el Bright Eye hiciera el pase, lo cual le dio tiempo para reflexionar sobre la historia secreta del equipo que se disponía a utilizar.

Sabía que el Bright Eye había sido puesto en órbita hacía poco más de un año. Aunque la guerra de las galaxias se había interrumpido oficialmente al ocupar los demócratas la Casa Blanca, como parte de su contribución a la paz, Connors sabía qué había ocurrido en realidad. Los del Presupuesto Negro se habían limitado a conservar la guerra de las galaxias, rebautizándola con el nombre de programa Odysseus, y a mantener en funcionamiento el ochenta por ciento de los programas financiados, envueltos en un halo de misterio que había existido en la burocrática Washington desde finales de la Segunda Guerra Mundial.

Connors sabía ahora que el complejo industrial-militar, contra el que Eisenhower había despotricado al dejar su cargo, sólo había sido la punta del iceberg. Muy poco de lo que ocurría estaba a la vista del público. Cada año se gastaban billones y billones en operaciones secretas.

Lo que Connors también sabía, después de haber trabajado en la Dirección Nacional de Seguridad y afiliarse a la NRO, la Oficina Nacional de Reconocimiento que supervisaba casi dos tercios de las operaciones del Presupuesto Negro, era que muchos de esos proyectos eran intentos de seguridad nacional válidos y no un despilfarro de dinero. De hecho, se había progresado mucho en distintos campos científicos a través de los programas Odysseus; los resultados llegaban gradualmente al resto de la comunidad científica, para no levantar sospechas.

Una gran parte del trabajo con láser del proyecto Bright Eye había ayudado a otros científicos en el campo de la medicina. Pero fuera de los agentes de los servicios de inteligencia, nadie tenía ni idea de que algo como el Bright Eye hubiera pasado de la fase conceptual y estuviera realmente en órbita.

El Bright Eye se había desarrollado a partir de un programa de la marina para resolver un problema. Con el creciente aumento de la amenaza de los submarinos, sobre todo los lanzadores de misiles, la marina de guerra había empezado a poner cada vez mayor énfasis en la capacidad de rastrear los submarinos enemigos, sobre todo los lanzadores de misiles balísticos.

El primer paso se había dado entre los años cincuenta y sesenta, cuando la marina de guerra había desarrollado un sistema sónico de defensa con el nombre en clave de SOSUS para rastrear submarinos. Los primeros sistemas SOSUS se distribuyeron por la costa atlántica. Luego la marina de guerra instaló a lo largo de la costa del Pacífico un sistema SOSUS con el nombre en clave de Colossus. Después, con los avances tecnológicos, trasladó parte del sistema a Rusia para sorprender los submarinos soviéticos en cuanto salían al mar, y los colocó junto a los dos mayores puertos de submarinos rusos, Polyarnyy y Petropavlovsk.

Con los años, la marina de guerra incrementó el sistema SOSUS y puso en el Pacífico, junto a Hawai, una hilera de hidrófonos. Cada uno de esos aparatos de escucha, del tamaño de un tanque de petróleo, era trasladado a remolque al lugar designado, sumergido hasta el fondo del océano y conectado mediante un cable enterrado con el siguiente aparato de escucha de la hilera, hasta llegar al final de la costa de Hawai; un proyecto caro e intrincado.

Una vez alcanzada la capacidad de escuchar cualquier actividad en los dos grandes océanos, la marina de guerra dio un paso adelante y conectó los distintos sistemas. Si antes el sistema SOSUS sólo era capaz de señalar vagamente la posición de un submarino, al conectar los distintos sistemas, la marina pudo determinar la posición exacta de cualquier emisor de sonido en el océano utilizando la triangulación de los distintos sistemas SOSUS. Conectó todos los sistemas SOSUS utilizando el FLTSATCOM —el Sistema de Comunicaciones vía Satélite de la Flota—, que enviaba todos los datos a un ordenador del cuartel general de la flota.

En resumen, se trataba de un sistema muy eficaz, salvo por un problema grave que la marina de guerra no había conseguido resolver: era posible determinar dónde estaban los submarinos, pero no si el submarino detectado era aliado o enemigo. La primera vez que Connors oyó mencionar el problema se había preguntado dónde estaba el problema, ya que, como la mayoría de la gente, había supuesto que la marina sabía dónde estaban todos sus submarinos: si no era suyo, era de los otros. Se sorprendió al enterarse de que la marina no conocía la posición exacta de sus submarinos, y por una razón: afianzar su seguridad.

Los boomers, como los llamaba la marina, patrullaban a criterio de sus capitanes dentro de una amplia zona designada. De ese modo, nadie podía localizarlos. Sin embargo, después de conectar los sistemas SOSUS, se dieron cuenta de que era preciso distinguir sus submarinos de los enemigos, si no querían acabar hundiendo sus propios submarinos en tiempos de guerra.

Fue la solución a este problema lo que dio origen al Bright Eye. Un joven prodigio del laboratorio de la marina dio con la respuesta, que al principio fue recibida con incredulidad. Cada submarino de Estados Unidos y la OTAN recibiría un código de identificación que llevaría pintado en la cubierta superior en grandes letras y números, utilizando una pintura especial reflectante de láser. La marina leería los códigos al determinar la posición de un submarino mediante los SOSUS y, a continuación, utilizaría uno de los satélites FLTSATCOM para disparar un láser. Utilizando una luz verde azulada de gran intensidad, el láser penetraría en las profundidades del océano hasta llegar al submarino. La pintura reflejaría el láser, y el satélite captaría el reflejo y enviaría el código al cuartel general de la flota. Si no había ningún código, eso significaba que era del enemigo.

Los científicos del Odysseus estudiaron los resultados de este programa de láser.

El factor clave de la guerra de las galaxias siempre había sido localizar y seguir los aviones y misiles del enemigo. Era imposible alcanzarlos si previamente no eran localizados. El punto decisivo era la vigilancia, y se pusieron a buscar el paso siguiente a las imágenes térmicas e infrarrojas utilizadas a bordo del K.H-12. Los láser, que operaban a la velocidad de la luz y tenían una gran potencia, parecían el siguiente paso lógico, y así fue como nació el Bright Eye.

El Bright Eye consistía en un amplio círculo de emisores láser. Al variar la longitud focal de los emisores, los operadores podían variar el color del rayo emitido. Si se utilizaba un ordenador especial, los láser podían recorrer un espectro de colores en rápida sucesión. En función de los colores que se reflejaran y de la velocidad a que se hiciera, se podía obtener una imagen exacta de lo que enfocaba el Bright Eye. La ventaja de los láser sobre los demás emisores residía en su poderoso rayo, que era capaz de salvar las condiciones meteorológicas más adversas. También eran efectivos por la noche. El tener en órbita un suministro de energía lo suficientemente potente para disparar los láser a la Tierra se resolvía lanzando un pequeño reactor nuclear al espacio, una maniobra que se hacía con el mayor secreto. Cabía, por supuesto, la posibilidad de un desastre nuclear si el vehículo de lanzamiento estallaba al entrar en órbita. Por fortuna, no se había producido ningún accidente.

El segundo problema también era importante. Los láser eran tan potentes que eran capaces de cegar a cualquier ser humano que se hallara en la zona y levantara la vista hacia ellos; de ahí que el uso del Bright Eye fuera limitado.

Por ese motivo Connors había acudido a Konrad. No quería ser responsable de la ceguera de cientos e incluso miles de camboyanos.

El ordenador emitió un pitido, haciendo saber a Connors que el Bright Eye se acercaba rápidamente al objetivo. Hizo las últimas comprobaciones. Advirtió que Konrad estaba con ella y miraba por encima de su hombro, esperando a ver qué pasaba.

A casi doscientos kilómetros de altura, la combinación de dos satélites surcaba a toda velocidad el espacio de norte a sur por encima del globo, con China deslizándose rápidamente a su paso. El reactor funcionaba correctamente, un gran cilindro que carecía de la protección de sus primos de abajo, sobre la superficie del planeta. A su lado, el satélite circular que transportaba el Bright Eye también funcionaba perfectamente. La puerta redonda de seis metros que cubría la hilera de láser se abrió con suavidad, revelando los extremos de los emisores. Un gran panel plano, el receptor de láser, estaba extendido en un brazo mecánico a la derecha de la hilera, desplegándose hasta alcanzar los cien metros de largo y cincuenta de ancho, con las células preparadas para captar un láser.

Del reactor a los láser fluía energía, que se acumulaba en condensadores cuando la cuenta atrás estaba por debajo de los veinte segundos. Cuando el Bright Eye pasó

por encima del centro norte de Camboya, el ordenador de a bordo se puso en hiperdrive. Los láser se activaron de golpe, y dispararon una y otra vez mientras el ordenador alteraba tanto la frecuencia del láser como la dirección en que apuntaba el extremo del emisor, haciendo pequeños ajustes en la base de cada uno. Estos pequeños ajustes, cuando se multiplicaba por los doscientos kilómetros a los que viajaba cada láser, permitía al Bright Eye obtener una imagen exacta de una extensa zona.

Viajando a la velocidad de la luz, los primeros rayos descendieron y alcanzaron el objetivo.

—Estamos recibiendo algo —dijo Connors leyendo en la pantalla de su ordenador los datos transmitidos en tiempo real por el Bright Eye, que mostraban lo que recibía el panel receptor—. Creo que tenemos un... —Se interrumpió cuando apareció un gran resplandor en el centro de la pantalla—. ¡Qué demonios es eso!

Una acumulación de energía, en forma de una gran esfera dorada de más de cincuenta metros de diámetro, salió de la niebla perforándola, cubrió el triángulo y se elevó a gran velocidad a través de los láser disparados hacia tierra, desviándolos en todas direcciones.

A medida que ganaba altitud, el diámetro de la esfera disminuyó poco a poco de tamaño, pero cubría rápidamente la distancia que la separaba del Bright Eye.

—¡Desconéctalo! —gritó Konrad.

Ambos veían la gran esfera dorada en la pantalla que mostraba el campo de visión del Bright Eye. La imagen láser se había desintegrado.

Los dedos de Connors volaban sobre el teclado, desconectando los láser, pero la esfera seguía ganando altura hacia el Bright Eye, hasta que llenó toda la pantalla con un destello de luz dorada. La pantalla donde habían aparecido los datos se apagó.

—¿Estás conectada? —preguntó Konrad.

A Connors se le encogió el estómago al asimilar lo que había visto.

—No. ¡El Bright Eye ha desaparecido!

—¡Mierda! Tengo que llamar al director —dijo Konrad, saliendo de la oficina a todo correr.

—¡Dios mío! —susurró Connors.

CAPÍTULO 6

—¿Monstruos? ¿A qué se refiere exactamente?

Dane había esperado esa pregunta, y tal como había supuesto, fue Freed quien la formuló. No había habido tiempo para que se la hicieran antes. Desde que Dane aceptó la misión, habían estado ocupados, preparándose para partir y dirigiéndose al aeródromo.

Estaban a bordo del avión privado de Michelet, el mismo 707 modificado que había llevado a Dane y a Chelsea del lugar del desastre a Los Ángeles. En esos momentos sobrevolaban el Pacífico oriental y se dirigían al oeste a la máxima velocidad. Paul Michelet y Roland Beasley estaban sentados en mullidos asientos de cuero al otro lado de una pequeña mesa. Freed estaba junto a la ventana a la derecha de Dane, y, tumbada en el pasillo, al otro lado de éste, dormía Chelsea.

—Si la CÍA les ha hablado de mí —dijo Dane—, seguramente habrán leído el informe de esa misión. Les dije la verdad.

—Nunca hemos visto ninguna copia de ese informe —replicó Michelet haciendo un gesto de negación—. Pero si dijo a la CÍA que la misión había fracasado a causa de unos monstruos, eso explica muchas cosas.

—¿Como que me dieran de baja del ejército basándose en un test psicológico? —preguntó Dane.

—Sí —dijo Freed, sosteniéndole la mirada—. Sabíamos lo de su baja, pero todo lo que pudimos averiguar es que fue debida al estrés provocado por el combate.

—Estaba en mi segundo período de servicio y llevaba seis meses realizando misiones de reconocimiento en la frontera. —Dane rió con amargura—. Había sufrido más estrés de combate del que me correspondía, pero cuando di el parte de mi misión en Laos al representante de la CÍA, éste no respaldó una palabra de lo que dije y se limitó a pasarme a su contacto en el ejército, que pensó que estaba loco.

A Dane no le había preocupado abandonar su carrera militar. No, después de lo que había visto. Curiosamente, Foreman lo había escuchado con atención, haciéndole muchas preguntas, sin expresar ninguna opinión en un sentido u otro. Pero el ejército había reaccionado de forma negativa, y sin el respaldo de Foreman se habían deshecho rápidamente de él.

—¿Qué clase de monstruos? —preguntó Freed, siempre profesional, intentando evaluar al contrincante por extraño que fuera.

Dane se preguntó por qué le creían. Claro que tal vez no lo hacían y sólo le seguían la corriente, se dijo a sí mismo.

—Si vamos a entrar allí —dijo, señalando el mapa siempre extendido en la mesa

que tenía ante él—, es preciso que sepan lo que ocurrió en esa misión.

Contó la historia desde que abandonaron el campamento del CCN en Vietnam y atravesaron la base de la CÍA en Laos, el vuelo de ida, la zona de aterrizaje y cómo se habían desplazado y cruzado el río. No le interrumpieron ni una sola vez, ni siquiera cuando hizo todo lo posible por describir lo que se habían encontrado al otro lado del río. Cuando terminó de describir cómo Flaherty había sido arrastrado hacia la niebla por un rayo de luz azul, tuvo que hacer una pausa. Nunca había contando a nadie toda la historia desde que dio el parte a Foreman hacía treinta años.

Se había preguntado muchas veces si no había sido todo una pesadilla, pero la realidad de su recuerdo siempre se reflejaba en la cicatriz de su antebrazo.

—¿Cómo escapó? —preguntó Freed.

—Huí.

Esperaron a que diera más detalles, pero Dane no añadió ninguno.

—¿Cómo salió de la zona inmediata y escapó de los monst..., lo que acabó con la vida de sus compañeros?

Dane no podía saber lo que Freed pensaba por el tono de su voz.

—Tuve suerte. —La voz que oía en su cabeza era mejor guardarla para sí, decidió. En los años que llevaba trabajando con Chelsea, había aprendido a callar acerca de las voces y las cosas que oía y veía, y los demás no. Desde que era muy niño había sabido que él era diferente. Había aprendido pronto lo que la gente temía y desconfiaba.

—¿Suerte? —repitió Michelet.

—Me persiguieron hasta el río —respondió Dane, encogiéndose de hombros—. Una vez que llegué a la otra orilla y salí de la niebla, no tuve ningún problema.

—¿No había monstruos? —preguntó Freed con voz inexpresiva.

—No había monstruos.

—¿Ni rayos de luz?

—No.

—¿Cómo salió de Camboya? —insistió Freed—. Ha dicho que no sabía dónde estaba la zona donde debía recogerlos la CÍA.

—Me orienté por el río. Sabía que fluía en dirección este hasta desembocar en el Mekong. Luego seguí el Mekong hasta Vietnam del Sur, donde me recogieron fuerzas aliadas y me llevaron inmediatamente a Laos para que informara.

—Hace que suene sencillo, pero hay más de quinientos kilómetros desde donde estaba hasta Vietnam del Sur —dijo Freed, dando unos golpecitos en el mapa—. A través de un territorio totalmente copado por el Vietcong y el ejército de Vietnam del Norte.

Dane se encogió de hombros, pero no dio más detalles. No sentía necesidad de compartir ese viaje infernal con esos hombres cómodamente sentados en el jet de la

compañía Michelet. Las noches que pasó abriéndose camino en la selva; los días que permaneció escondido, cubierto de hojas, sintiendo cómo los insectos corrían por su cuerpo; los gusanos que había comido para alimentarse; la sensación de estar completamente solo, sintiendo que no había nadie en muchos kilómetros a la redonda, escuchando los ruidos de la selva, sumiéndose en un sueño agitado, despertándose sobresaltado por las pesadillas, oyendo los gritos desgarrados de sus compañeros de equipo.

—¿Qué cree que les quemó a usted y a Flaherty? —preguntó Freed, volviendo a las posibles amenazas—. ¿El haz de luz?

A Dane le pareció interesante que, de todo lo que había descrito, fuera esa amenaza lo que había interesado a Freed. Notó la cicatriz en su antebrazo.

—No tengo ni idea. Sólo vi un haz de luz.

—¿Un láser? —preguntó Michelet.

—No lo sé.

—Ha dicho que la luz era de dos colores. ¿Dorada y azul? —preguntó Michelet.

—Sí.

—Tal vez las otras criaturas..., los monstruos que vio, fueran hologramas —sugirió Michelet—. Una de mis sucursales ha estado trabajando en ello para la industria cinematográfica. Muy realista. De hecho, esa extraña niebla de la que ha hablado constituiría una notable ayuda para el rodaje.

A Dane no le sorprendió esa respuesta.

—No fue ningún holograma lo que mató a los miembros de mi equipo. La criatura a la que Flaherty disparó murió. No creo que puedan hacerlo con unos hologramas. Las balas los habrían atravesado. Además, eso fue hace casi treinta años. No creo que nadie tuviera la tecnología necesaria para producir esas criaturas entonces e incluso ahora.

—¿Se le ha ocurrido alguna vez pensar que podría haber imaginado todo el episodio? —preguntó Freed en voz baja.

—Sí —respondió Dane, mirándolo fijamente—. Se me ha ocurrido.

—La CÍA ha trabajado bastante con alucinógenos —insistió Freed—. Tal vez usted formara parte de un experimento. Tengo entendido que en algunas de esas misiones fronterizas utilizaron agentes de guerra química, algunos en la vanguardia de la tecnología.

—Si cree que todo lo que les he contado es una alucinación, comete un grave error trayéndome aquí —respondió Dane encogiéndose de hombros—. A menos, claro está, que también usted haya sufrido una alucinación sobre la caída de su avión.

—Lo dudo —replicó Freed—. Sólo estoy haciendo mi trabajo.

—Lo sé, pero recuerde que fue usted quien vino a buscarme.

—Tengo entendido que el MACV y el SOG repartían drogas a sus hombres —

insistió Freed, ignorando su respuesta.

—A veces tomábamos anfetaminas en las misiones, cuando llevábamos varios días fuera, pero no había tomado ninguna en esa misión. No habíamos estado el tiempo suficiente.

—¿Llevaban con ustedes algún agente químico para utilizarlo contra el enemigo? —preguntó Freed. —No.

—Pero... —empezó Freed.

—Escuche —lo interrumpió Dane, señalando el magnetofón de la mesa—. Fue usted quien me dijo que ese mensaje de mi viejo compañero era auténtico y que sólo tenía dos días. Y que llegó de aquella zona. —Golpeó el mapa con el puño—. Por lo tanto, a menos que me esté mintiendo, tiene que creer que lo que les he dicho es la verdad.

—Un momento... —Beasley atrajo la atención de todos—. ¿Podría describir un poco mejor la criatura a la que el jefe de su equipo disparó?

Dane pasó por alto la mirada irritada de Freed y dio tantos detalles como le fue posible.

Cuando terminó, Beasley sacó de su maletín una carpeta y pasó hojas hasta detenerse en una.

—¿Se parecía a esto?

Dane estudió la fotografía de una figura tallada en piedra y levantó la vista hacia el profesor.

—Era exactamente igual.

—Hummm... —fue el único comentario de Beasley.

—¿Dónde se tomó esa fotografía? —preguntó Freed.

—En Angkor Wat —replicó Beasley—. De la pared de un templo.

—¿Qué es? —preguntó Freed, cogiendo la carpeta y examinando la fotografía con más detenimiento.

—Una criatura de un mito camboyano —explicó Beasley—. Parece ser que la leyenda está resucitando.

Dane hojeó la carpeta, y estudió los otros relieves fotografiados. No había representaciones de los objetos cilíndricos que habían alcanzado a Castle. Se detuvo en una página.

—¿Qué es esto?

—Un naga —respondió Beasley bajando la vista.

—En cada esquina de la torre de vigilancia que encontramos había una escultura igual —dijo Dane.

—Es bastante frecuente —dijo Beasley, asintiendo—. Naga significa «serpiente» en sánscrito. En esa parte del mundo el naga es una serpiente sagrada. Juega un papel importante en la mitología del Sudeste asiático y el hinduismo. De hecho,

probablemente sea el símbolo más importante en esa parte del mundo. En la mitología hindú, el naga está enrollado debajo de Vishnu y lo soporta en el plano cósmico. La serpiente también traga las aguas de la vida, que son liberadas cuando Indra la alcanza con un rayo, rasgándole la piel.

»Lo interesante —continuó Beasley— es que la palabra se utiliza también en otros lugares donde no se habla el sánscrito. En Egipto, e incluso en Centroamérica y Sudamérica, se usa la palabra naga, pero para referirse al que es sabio. En China, la palabra naga significa dragón y está asociada al emperador o el "hijo del cielo".

»Hay varios grupos marginales que creen que naga es una de las pocas palabras de un lenguaje anterior y universal que han sobrevivido en el lenguaje "moderno". El lenguaje de la Atlántida. —Pasó por alto las expresiones que produjo tal afirmación—. Por supuesto, el mito de la serpiente es más amplio que el simple término sánscrito naga. Hasta en el mito más viejo de la Cristiandad aparece una serpiente.

—¿Dice que ésta es la criatura a la que disparó? —Freed miraba fijamente la primera fotografía.

—Sí.

—Quiero un informe completo sobre Angkor Wat antes de que aterricemos —ordenó Michelet—. Quiero saber todo lo que se sepa sobre él.

—Lo tendrá en diez minutos, porque no se sabe gran cosa —respondió Beasley, encogiéndose de hombros.

—Limítese a prepararlo —dijo Freed con un tono cortante antes de volverse de nuevo hacia Dane.

Lo interrogaron con más minuciosidad, pero a pesar de las pesadillas que había tenido a lo largo de los años, no fue capaz de aportar muchos más detalles. Le pareció que Freed pensaba que se guardaba algo, pero les dijo todo lo que necesitaban saber. Lo que se refería a él, creyó que podía callárselo.

—Tengo una pregunta —dijo durante una de las breves pausas en el interrogatorio—. ¿Cómo sugieren que lleguemos a la zona?

Freed sacó de debajo del mapa una lámina de acetato y la colocó encima.

—Éste es el perímetro de la zona que las Fuerzas Aéreas prohibieron sobrevolar durante la guerra de Vietnam. —Mostraba un triángulo invertido que cubría varios cientos de kilómetros cuadrados del centro norte de Camboya.

Dane la examinó. El ángulo oriental del triángulo corría a lo largo del río que había cruzado hacía tantos años.

—¿Dónde cayó exactamente su avión? —preguntó.

Freed utilizó un rotulador para señalar un lugar en la transparencia. Se hallaba en el interior del triángulo, a unos cinco kilómetros de su límite oriental.

—Por aquí.

—¿Cuándo empezó a tener problemas el avión?

Freed marcó otro lugar a unos diez kilómetros al este del último punto, justo fuera del triángulo.

—Es mayor —observó Dane.

—¿Qué es mayor? —preguntó Michelet.

—El triángulo —respondió Dane—. Si afectó tan pronto a su avión, ha cruzado el río.

Los otros tres miraron fijamente el mapa.

—Ese viejo cuartel que encontraron... —dijo Beasley.

-¿Sí?

—¿Dónde estaba?

—Si es aquí donde dice usted que yo estaba —respondió Dane, mirando el mapa—, entonces fue en terreno montañoso, al este de este río. —Dejó que su mente proyectara el contorno del mapa sobre una imagen mental de tres dimensiones—. Justo aquí.

—Sería un buen lugar para empezar a buscar —dijo Freed, anotando la posición.

—Ése es su cometido, señor Freed —dijo Michelet. Se volvió hacia Beasley—. Ha llegado el momento de que se gane usted su sueldo. Hábleme de Angkor Wat y de ese relieve de la criatura a la que disparó el jefe del equipo de Dane.

—Para que pueda entender lo que voy a decirle sobre Angkor Wat, antes debo darle una visión de conjunto de la historia de Camboya, porque es posterior. —Beasley recorrió el mapa con su gruesa mano—. Cerca del 800 D.C. toda esta zona estaba bajo el dominio del imperio Khmer. Casi todo el mundo ha oído hablar de Angkor Wat, que es el gigantesco templo construido en la antigua ciudad de Angkor Thom, justo aquí. Pero el templo de los Khmer estaba en Angkor Kol Ker.

—Creía que había dicho que era una leyenda —lo interrumpió Michelet.

—A veces todo lo que tenemos son leyendas —repuso Beasley—. Y en ellas a menudo hay algo de verdad. Después de todo, no surgen de la nada.

—¿De dónde vienen los Khmer? —preguntó Dane.

—Si pudiera responderle, pondría fin a uno de los mayores debates sobre esa parte del mundo. Nadie lo sabe. Históricamente, los Khmer parecen haber salido de la nada, y un milenio después su reino desapareció y abandonaron la ciudad. De los siglos V al XV el imperio Khmer fue el más importante del Sudeste asiático, y la ciudad de Angkor Thom, donde se halla el templo de Angkor Wat, fue una de las más grandes del mundo.

»Pero al principio del imperio —continuó Beasley—, antes de que se fundara Angkor Thom, la capital Khmer estaba, según dicen, en Angkor Kol Ker. En el 800 D.C. abandonaron la ciudad y el rey se trasladó al sur para fundar Angkor Thom. Entre los expertos en la historia de Camboya siempre se ha debatido la razón de ese traslado y la ubicación de Kol Ker.

—¿Cuándo se fundó Angkor Kol Ker? —preguntó Dane.

—La primera vez que aparece mencionado el imperio Khmer es en las historias chinas del siglo V, por eso dije antes que el imperio había durado un millar de años. Pero incluso esas historias dicen que el imperio Khmer existió mucho antes, lo que es bastante singular si uno lo piensa. De hecho —Beasley parecía disfrutar con su papel de experto—, en un antiguo texto chino sobre el estado Xia, que solía considerarse el primer estado chino unificado en el ni milenio A.C., hay una oscura referencia a un imperio situado muy al sur, cuyos habitantes procedían del otro lado del gran mar.

—¿Qué gran mar? —preguntó Dane con el entrecejo fruncido.

—Supongo que el Pacífico —repuso Beasley—, dada la geografía de esa parte del mundo. Aunque en esos tiempos hasta el mar de China se habría considerado una extensión muy grande de agua.

—Si era el Pacífico, eso significa que los Khmer llegaron del continente americano tres mil años antes del nacimiento de Cristo.

—Posiblemente mucho antes que eso.

—Pero... —Dane sacudió la cabeza—. Pero creía que en esos tiempos no era posible cruzar el Pacífico debido a las condiciones de la navegación y los barcos.

—No sólo son los barcos. —Beasley se encogió de hombros—. Lo que conocemos como civilización se supone que no comenzó hasta 3000 A.C. en China y Mesopotamia. ¿Cómo es posible que ese pueblo que evidentemente procedía de un lugar con una avanzada civilización, cruzara el Pacífico y se estableciera en Camboya cuando los historiadores nos dicen que ni siquiera ha existido? Todo un misterio, ¿no?

»Todos ustedes me han mirado con asombro cuando he mencionado la Atlántida, pero puede que haya algo de verdad en la leyenda si uno empieza a relacionar los puntos por todo el mundo. No puedo estar seguro con los datos que poseo en estos momentos, pero no descartaría la posibilidad de haya existido realmente un lugar así, y que los fundadores de Angkor Kol Ker fueran refugiados llegados de allí.

—¿Dónde se supone que estaba Angkor Kol Ker? —preguntó Dane, recordando las palabras del hombre de la CÍA antes de morir y queriendo concentrarse en el problema inmediato.

—Nadie lo sabe con exactitud. —Beasley abarcó el mapa con un amplio ademán—. Calculamos que al nordeste de Angkor Thom y de los últimos palacios construidos en esa región. Lo más probable es que en la zona adonde nos dirigimos, la remota región de Banteay Meanchey. La selva puede sepultar por completo un lugar en pocos años y, por supuesto, nunca ha habido mapas muy detallados de la zona.

—¿Por qué abandonaron Angkor Kol Ker? —preguntó Dane.

—Sea lo que fuere lo que ahora esté pasando allí, sin duda fue motivo suficiente

para abandonarla entonces, ¿no le parece? —respondió Beasley, echándose hacia adelante en su silla—. El fortín que usted ha descrito parece haber sido construido para vigilar este triángulo.

—¿Cuánto tiempo fue Angkor Kol Ker el centro espiritual del imperio Khmer? —preguntó Michelet.

—No lo sé —respondió Beasley—. Nadie lo sabe. La única historia oficial y aceptada que tenemos de los Khmer empieza con la fundación en el 802 D.C. de Angkor Thom. Como he dicho, podrían haber estado en Angkor Kol Ker durante cientos, si no miles, de años antes que eso. Y a saber dónde estuvieron antes.

—Todo esto es absurdo. —Michelet se levantó y empezó a pasear—. Está hablando de sucesos que ocurrieron hace más de un millar de años. ¿Qué ha podido permanecer allí durante un millar de años?

—¿Ha visto alguna vez mapas antiguos? —continuó Beasley, esbozando una forzada sonrisa—. ¿Mapas de cuando el hombre todavía tenía que aventurarse y adentrarse en lo desconocido, donde, que ellos supieran, no había estado nadie antes que ellos? —No esperó a que respondiera—. En esos mapas solía haber, grandes espacios en blanco, zonas de las que nadie sabía nada o de las que nunca habían regresado quienes habían ido a explorarlas. A falta de otra cosa, en esos espacios en blanco los cartógrafos escribían: «Aquí hay monstruos». Bueno, pues creo que aquí... —dio unos golpecitos en el mapa y miró a Dane— hay monstruos. Si hubiera algún lugar en la faz de la Tierra donde podrían seguir escondiéndose monstruos, sería allí, en medio de la selva camboyana, un lugar prácticamente inaccesible.

—Pero no cree que haya monstruos, ¿verdad? —preguntó Dane.

—Creo que todo tiene una explicación científica —respondió Beasley—. Durante años la gente creyó que había un monstruo en el lago Ness. Hasta le hicieron una foto, o eso afirmaron los defensores de esa teoría. Pero era una fotografía trucada. Allí no había ningún monstruo.

—En el lago Ness no desaparecieron ni personas ni aviones —observó Freed.

—Sí, ése es un detalle alarmante —repuso Michelet.

—Creo que vale la pena que lleve un poco más lejos la analogía —repuso Beasley—. En los mapas antiguos, los espacios en blanco aparecen poblados de monstruos y demonios. A medida que exploraban esas zonas, se representaban con lo que había realmente en ellas. —Dio un golpecito en el mapa—. Tal vez todo lo que tenemos aquí sea un fenómeno natural que se nos escapa.

—Tiene que ir allí para estudiarlo —replicó Dane—. Y hasta hoy nadie ha conseguido hacerlo.

—¡Pero imagínese! —exclamó Beasley—. ¡Si encontráramos Angkor Kol Ker, podríamos demostrar la existencia de una civilización que es anterior al punto de partida comúnmente aceptado de la civilización! ¡Y si la leyenda china es cierta, esa

civilización hasta podría haber cruzado el Pacífico procedente de alguna parte del continente americano, o incluso de más lejos! Eso daría al traste con el curso, que hemos aceptado, de la historia de la civilización. Abre toda clase de emocionantes posibilidades.

Freed se echó hacia adelante, pasando por alto el entusiasmo del científico y concentrándose en Dane.

—Las cosas que usted ha descrito, ¿cómo pudieron afectar a un avión, e interferir en los instrumentos de navegación y la radio?

—No lo sé —respondió Dane—. Ese haz de luz que levantó a Flaherty del suelo. Está claro que poseía una gran energía. La cosa a la que él disparó era un monstruo o alguna clase de criatura, tal vez hasta —miró a Beasley— una clase de animal que había permanecido todos esos años escondido en la selva. Pero lo otro... —Hizo una pausa—. Bueno, la esfera que alcanzó a Castle es otro tema. No creo que fuera natural, pero tampoco una máquina.

—Yo sólo quiero sacar de allí a mi hija —repuso Michelet—. Todas estas hipótesis no nos llevan a ninguna parte.

—Nos dan una idea de que nos encontramos en una situación sin precedentes —intervino Freed.

—Tal vez haya un precedente —observó Beasley—. Hay otro lugar en el planeta donde desaparecen personas, aviones y barcos, y donde se ha denunciado la presencia de monstruos. Estoy seguro de que han oído hablar del Triángulo de las Bermudas.

—¡Dios mío! —murmuró Freed, abandonando su coraza profesional y revelando por fin sus sentimientos.

—¡Piénsenlo! —exclamó Beasley excitado—. El Triángulo de las Bermudas está encerrado en agua. ¿Y si hubiera algo así en tierra firme?

—¿Qué es exactamente el Triángulo de las Bermudas? —preguntó Dane, interesado en esa nueva teoría. Nunca había pensado en tal conexión.

—Nadie lo sabe en realidad —respondió Beasley encogiéndose de hombros—. Pero se han documentado un montón de sucesos extraños en esa zona. Cada vez que han intentado adentrarse en esta zona de Camboya, también han ocurrido cosas extrañas. Además —añadió—, las dos tienen forma de triángulo.

—Caballeros —interrumpió Paul Michelet—. Ciñámonos a lo que sabemos y no nos salgamos del tema. —Miró el reloj de la pared—. Llegaremos a Tailandia dentro de seis horas.

—Todavía no nos ha hablado de Angkor Wat —insistió Dane, intrigado por el hecho de que una de las criaturas que habían atacado a su equipo apareciera en un relieve de un templo de esta antigua ciudad. Era la primera prueba consistente, además de la cicatriz, de que su recuerdo no era una pesadilla producida por el combate. También era un vínculo con la cordura en otro sentido: tal vez esas criaturas

de la leyenda habían existido en la realidad y algunas habían sobrevivido al paso de los siglos, ocultas en lo más profundo de esa tierra prohibida a la que se dirigían.

—Angkor Wat es el templo principal de la ciudad de Angkor Thom —dijo Beasley—. Angkor Thom era la capital del conocido imperio Khmer establecido en el 802 D.C. En esa época el imperio se extendía de las montañas Dangrek, en el oeste, a las Cardomon, en el este y sur, hacia la costa.

»Cuenta la leyenda de Camboya que hubo un tiempo en que toda la zona formaba parte del golfo de Siam, pero un príncipe se enamoró de la hija de una serpiente de siete cabezas, el rey naga, como ya he dicho. La serpiente se bebió toda el agua para hacer sitio a su hija, y así nació Camboya. —Hizo una pausa al advertir la falta de interés de Michelet y Freed—. Caballeros, conviene recordar que detrás de cada leyenda hay una parte de verdad.

—¿Una serpiente de siete cabezas? —gruñó Michelet—. Lo único que me preocupa es sacar a mi hija de allí.

—Continúe —apremió Dane.

—De acuerdo —repuso Beasley—, sólo los hechos. Además de las montañas que la rodean, los dos rasgos geológicos más importantes de Camboya son el lago Tonle Sap y el río Mekong. Tonle Sap es el mayor lago de agua dulce del Sudeste asiático. Se comunica con el Mekong por medio del río Tonle Sap, que durante la estación de las lluvias, cuando el Mekong se desborda, invierte su curso y fluye de nuevo hacia el lago, duplicando su tamaño. Este fenómeno, que es muy interesante, ha hecho que una enorme cantidad de tierra, parte de la cual se encuentra dentro de su triángulo —añadió, mirando a Michelet a la cara—, permanezca anegada la mitad del año. Cuando el Tonle Sap se desborda, llega a unos kilómetros de Angkor Wat. No creó que la situación del templo ni de la ciudad fueran una coincidencia. —Se echó hacia adelante—. El agua es la clave. No sólo el Tonle Sap y el Mekong, sino la forma en que los Khmer construyeron sus ciudades y templos. —Abrió su maletín de cuero y sacó varias fotografías—. Éstas son las imágenes de Angkor Thom y Angkor Wat obtenidas en 1994 por una lanzadera espacial. Fíjense en los fosos. En ningún otro lugar del planeta el hombre se ha esforzado tanto en construir unas estructuras tan gigantescas, con semejantes barreras de agua como parte integral.

»En la mitología Khmer, los fosos separaban el mundo sagrado del exterior. Fíjense en cómo rodean totalmente el templo de Angkor Wat.

Dane comprendió lo que Beasley quería decir. Una banda oscura muy ancha rodeaba el templo.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando dos grandes rectángulos que flanqueaban la ciudad.

—Más agua —respondió Beasley, asintiendo—. Son barays o presas, un elemento interesante si tenemos en cuenta que en esa región no se necesitan presas para la

agricultura, ya que suele haber suficiente agua. Esas barays, de más de dieciséis kilómetros cuadrados, servían para llenar los fosos que rodeaban tanto Angkor Thom como Angkor Wat. Mantener llenos esos fosos debía de ser importantísimo para los Khmer. —Señaló con un dedo grueso el cuadrado que representaba el Angkor Wat.

»El templo se considera una de las principales maravillas arquitectónicas del mundo. De haberse construido fuera de las selvas de Camboya, sería tan famoso como las grandes pirámides de Egipto.

»De hecho, se calcula que en la construcción de Angkor Wat se utilizó la misma cantidad de piedra que en la Gran Pirámide de Gizeh. El templo cubre un kilómetro cuadrado, y la torre central oprang se eleva sesenta y cinco metros por encima de los fosos. Es el templo más grande del mundo, y a su lado las grandes catedrales de Europa parecen pequeñas.

»Sin embargo, a diferencia de las pirámides, las superficies del templo no son de piedra lisa. Los Khmer adornaban toda superficie aprovechable con hermosos bajorrelieves y esculturas.

Dane advirtió que hasta Michelet y Freed se habían sentido cautivados por la voz de Beasley y lo escuchaban con atención.

—Se supone que Angkor Wat se construyó con una idea muy concreta: ser una interpretación esquemática del universo hindú. El prang del centro representa el mítico monte Meru, mientras que los fosos de alrededor se supone que representan el océano.

—¿Por qué dice se supone? —preguntó Dane.

—No debemos olvidar que el hinduismo y el budismo llegaron a Camboya después de que se construyeran estos templos, de modo que estas explicaciones de la arquitectura y el trazado, que son comúnmente aceptadas, podrían no haber sido el factor que motivó el diseño o la construcción del edificio, sino haberse sumado al hecho, algo que muchos de mis colegas rechazan. Lo que ellos interpretan como consecuencia de un mito, en realidad podría ser el origen de ese mito.

»Es esta motivación, caballeros —concluyó Beasley—, lo que creo que es esencial para resolver este misterio.

—No tenemos que resolver ningún misterio —replicó Michelet—. Sólo tenemos que sacar de allí a mi hija y a los demás.

—Creo que se equivoca, señor Michelet —repuso Beasley haciendo un gesto de negación—. Creo que este misterio es lo que ha atrapado a su hija... y a los miembros de su equipo —añadió, dirigiéndose a Dane—. Y no podremos alcanzar nuestros objetivos hasta que tengamos una idea más clara de a qué nos enfrentamos.

Bangkok era conocida en Oriente como la Ciudad del Pecado. Desde sus orígenes, abasteciendo de comida a las divisiones de soldados norteamericanos que llegaban de permiso de Vietnam, hasta los actuales batallones de hombres de

negocios japoneses que disfrutaban de viajes sexuales pagados, Bangkok se había convertido en un semillero del crimen, la prostitución y la corrupción que, la verdad sea dicha, satisfacía a los hombres poderosos de Tailandia. El vicio había sido una importante fuente de divisas, y como no era probable que Disney montara un parque temático en las fangosas orillas del río Cho Prang que cruzaba la ciudad, había que resignarse con la industria sexual. En Tailandia el cuerpo humano no valía gran cosa, y a pesar de tener tal vez el índice más alto del mundo de infectados por el sida, el gobierno no estaba demasiado interesado en detener el tráfico de carne pese a los ocasionales ataques de la prensa.

En las más oscuras profundidades del barrio de la prostitución junto a la calle Patpong, la «calle de los mil placeres», entre bares, prostíbulos y salones de masajes, había un hotel de dos pisos renovado cuya última capa de pintura ya estaba desconchada y sucia. Por la entrada lateral de la planta baja entraban hombres, que eran recibidos por chicas y chicos que los llevaban por oscuros pasillos para satisfacer sus deseos.

El piso de arriba era diferente. Sólo había una forma de acceder a él, una escalera en la parte trasera del edificio. En las sombras de la escalera esperaban varios hombres vestidos de negro, con sus armas automáticas en bandolera. Se aseguraban de que sólo subieran por la escalera quienes habían sido invitados y ahuyentaban a los borrachos tambaleantes.

La escalera daba a una antesala de paredes de acero y una gran puerta acorazada al fondo. Al cruzar la pesada puerta, el visitante se encontraba con un escenario que podría haber sido fácilmente montado debajo del Pentágono, al otro lado del mundo.

A lo largo de una pared había una hilera de radioteléfonos vía satélite último modelo, cuyas antenas parabólicas estaban escondidas entre los palomares y las barracas de madera contrachapada del tejado. En otra pared había un mapa electrónico del Sudeste asiático de dos metros y medio de ancho y metro ochenta de alto. Frente al mapa, tres hileras de ordenadores manejados por diligentes jóvenes. En el fondo de la habitación, al otro lado de la puerta, había una pequeña estancia con una tarima alta y rodeada de cristal oscuro, a prueba de balas e insonorizada. Dentro había una sola silla, de cara a la pantalla de un ordenador.

En esos momentos ocupaba la silla un anciano que partía despacio un cacahuete entre sus dedos arrugados, dejando caer la cáscara al suelo. Sujetas con celo al cristal había tres imágenes que habían llegado por fax durante su vuelo a Tailandia.

Se volvió cuando se encendió una luz roja en el auricular de uno de los teléfonos de su cabina. Lo descolgó.

—Foreman... —La voz al otro lado del hilo era brusca, con cólera contenida—. Foreman, soy Bancroft. Debo comunicarle que hemos perdido el Bright Eye.

—¿Perdido? —Una ceja blanca se arqueó en el rostro de Foreman.

—Ha desaparecido, Foreman —repuso Bancroft con tono cortante—. Destruído. Se disponía a adquirir las imágenes que usted había pedido cuando algo lo alcanzó y lo destruyó. Una especie de arma energética. ¿Qué demonios está ocurriendo allí? —Elevó la voz en la última frase.

—No lo sé —respondió Foreman—. Por eso utilicé el Bright Eye. ¿Obtuvo algún dato?

—Aún no tengo la información —respondió Bancroft—. Haré que la NSA se la envíe en cuanto la tenga. Pero la cuestión ahora es que tengo encima a una serie de gente muy poderosa, porque hemos hecho estallar un reactor nuclear de tamaño considerable puesto en órbita a doscientos kilómetros de altura. ¿Sabe lo que eso significa? ¿Tiene alguna idea de lo que eso significa?

—Significa que hay algo en la puerta de Angkor que no soporta las fotografías —replicó Foreman—. También significa que por primera vez ha salido algo de una de las puertas. —Y añadió—; Que nosotros sepamos.

—¡Al demonio sus puertas! —gritó Bancroft—. No deberíamos haber tenido ese reactor en órbita. Se supone que no hemos de tener ningún reactor nuclear en órbita. Eso viola cualquier tratado que este país haya firmado sobre la explotación del espacio. Por no hablar del hecho de que el reactor haya estado conectado a un láser. Ese pequeño detalle viola todos los acuerdos sobre armamento espacial que hemos firmado.

—No he sido yo quien ha hecho estallar su satélite —respondió Foreman con ecuanimidad—. Pero voy a averiguar quién lo ha hecho.

—Maldita sea, más le vale.

Foreman se recostó en su silla y trató de controlarse.

—Señor Bancroft, le sugiero que olvide lo que la prensa pueda decir si se entera y que piense en que no tenemos ninguna arma capaz de disparar a un satélite en órbita a doscientos kilómetros de altura y destruirlo. Sin embargo, dentro de la puerta de Angkor hay alguien, o algo, que sí la tiene. Creo que eso es lo que debe preocuparnos en estos momentos.

—Está bien, Foreman —respondió Bancroft tras un breve silencio—. Le volveré a llamar. Tengo que dar parte al viejo y no se va a poner muy contento.

La comunicación se cortó. Foreman hubiera sonreído si no fuera por la gravedad de la situación; llevaba veinticinco minutos tratando de hablar con el presidente, pero se lo habían impedido Bancroft y otros burócratas tan atolondrados como él, que no se habían tomado en serio la amenaza. Bien, pues ahí estaba.

Se volvió hacia la figura que había aparecido sin hacer ruido a su derecha. Apenas susurró al dirigirse a la mujer que se había detenido ante él.

—Sin Fen.

Era una mujer despampanante, tanto por su estatura como por su belleza. Medía

un metro ochenta y dos, y tenía facciones orientales. El pelo negro azabache enmarcaba unos pómulos altos, y tenía sus ojos almendrados y oscuros clavados en el hombre sentado en la silla.

—Michelet aterrizará en el aeropuerto dentro de dos horas —dijo.

—¿Y Dane? —preguntó el hombre.

—Subió al avión en Estados Unidos. Es lógico que siga a bordo.

—¿Puedes sentirlo ya? —preguntó Foreman.

—Viene hacia aquí —respondió Sin Fen—. Lo siento cada vez mejor.

—¿Y a los demás?

—¿Los de aquí o los que han ido allí? —preguntó la mujer enigmáticamente.

Pero Foreman entendió la pregunta.

—Los de aquí.

—Están vigilados. Creo que intentarán detener a Michelet antes incluso de que empiece.

—¿Y los que han ido a Camboya?

—Tal como usted supuso. Ésa es la razón por la que el anciano Michelet ha recurrido a Dane.

—¿Tienes algún dato sobre su desaparición?

—Un equipo de rescate coordinado por un hombre llamado Lucían, que representa los intereses de Michelet en esa ciudad, cruzó la frontera de Tailandia con Camboya tres horas después de que cayera el Lady Gayle —dijo Sin Fen—. La expedición iba a bordo de un helicóptero CH-53. —Miró, por encima de Foreman, los papeles sujetos con celo en el cristal—. En cuanto el helicóptero cruzó la frontera, se perdió el contacto con él. Desde entonces no se ha sabido nada de ellos.

Foreman puso rápidamente al corriente a Sin Fen de lo ocurrido al Bright Eye, Su cara no reveló ninguna emoción al recibir la noticia. Cuando él terminó, del fax salieron varias hojas de papel.

Foreman cogió la primera y la estudió. Al parecer, el Bright Eye había funcionado, pero sólo durante un breve período. Examinó la hoja con los ojos entornados, intentando encontrarle sentido. Luego se la dio a Sin Fen.

—Al menos tenemos la posición del Lady Gayle.

—Lo ocurrido a ese avión es muy extraño —respondió Sin Fen, levantando la vista de la hoja.

—Eso es quedarse corto.

—Debe de haber una explicación —dijo ella, sosteniendo la imagen en alto.

—Eso es exactamente lo que me temo.

—¿Se la doy a Michelet?

—En el momento adecuado —respondió Foreman. Cogió la segunda hoja y cerró brevemente los ojos antes de pasársela a ella.

—¿De dónde es esto? —preguntó Sin Fen.

—De la puerta del Triángulo de las Bermudas. En el Triángulo de las Bermudas.

—Se está activando otra vez —dijo ella. Era una afirmación, no una pregunta.

Foreman hizo un gesto de asentimiento. Del fax salieron otras hojas y las miró; luego se volvió hacia ella.

—Hay alteraciones en las ocho puertas. Aún no se ha abierto ninguna, pero a este paso no tardarán en hacerlo. Hay dos cerca de Estados Unidos. Algunas están cerca de zonas pobladas.

—¿Cómo puede ser? —preguntó ella.

—No lo sé, pero tenemos que averiguarlo.

—Tal vez deba informar de ello al señor Bancroft.

—Lo haré. Creo que hemos logrado que nos preste atención. O tal vez debería decir que la puerta de Angkor ha captado su atención.

—¿Qué va hacer respecto a los otros lugares?

—Mi principal preocupación es la puerta del Triángulo de las Bermudas, cerca de Miami. Colocaré a varias unidades cerca de la zona, pero como no sabemos realmente a qué nos enfrentamos, es difícil saber cómo responder. Espero obtener algunas en la puerta de Angkor.

—¿Qué hay de la del mar del Diablo? —preguntó Sin Fen—. ¿Cómo están reaccionando los japoneses?

—Los informes del servicio de inteligencia indican que los japoneses están enviando submarinos y barcos a la zona con órdenes de estar preparados. He estado en contacto con el profesor Nagoya, y hemos acordado intercambiar cualquier información que obtengamos.

—¿Y los rusos?

—Están vigilando sus dos puertas. En Chernobyl, naturalmente, sólo pueden trabajar a distancia. Y en el lago Baikal están desplegando su equipo de reconocimiento in situ. También estoy en contacto con ellos, pero creo que serán menos comunicativos que Nagoya si descubren algo. —Foreman hizo una mueca—. Las antiguas costumbres son difíciles de desterrar. Hay demasiada desconfianza, y para cuando empecemos a trabajar juntos, podría ser demasiado tarde.

La mujer dio media vuelta para marcharse, pero él volvió a llamarla.

—Sin Fen.

Ella se quedó inmóvil y volvió la cabeza lo justo para mirarlo con el rabillo del ojo.

—¿Sí, señor Foreman?

—Mantente cerca de ellos.

—Sí, señor Foreman.

—No queda mucho tiempo. —Foreman recogió los papeles.

—No, señor Foreman. No queda mucho tiempo.

—Sin Fen —dijo él una vez más—. Creo que éste es el comienzo de la peor pesadilla de la humanidad, y somos los únicos que tenemos conciencia de ello.

—Sí, pero recuerde también lo poco que sabemos.

—Eso es lo que realmente me preocupa —reconoció Foreman.

CAPÍTULO 7

—¿Alguna idea sobre quién puede ser el espía? —preguntó Ariana en voz baja. Ingram llevaba más de una hora descifrando datos.

—No —respondió—. Una vez que la señal llega al satélite GPS, se dispersa. Cualquiera que tenga un receptor GPR puede recibirla en cualquier parte del mundo.

—¿Qué hay del mensaje? ¿No haría eso que nuestros datos fueran accesibles a todo el mundo?

—Como he dicho, alguien tiene que estar al tanto para recibirlo. Además, los datos están codificados. Serían un galimatías para quien no conozca la clave o los datos originales para cotejarlos con la clave. Es la única forma que se me ocurre. Realmente hábil.

—¿Alguna idea?

—Lo más probable es que sea Syn-Tech —respondió Ingram—. Tienen la tecnología y el dinero necesarios para acceder al transmisor GPS.

—Estupendo —murmuró Ariana—. Justo lo que necesitamos. ¿No podría ser Syn-Tech quien ha saboteado el vuelo?

—No sería muy inteligente por su parte, con un espía a bordo —repuso Ingram, haciendo un gesto de negación—. Supongo que querrían recuperar a su espía. Además, no ganarían nada con este sabotaje. Desean obtener los datos tanto como nosotros. No olvides que nos estrellamos antes de que estuviéramos sobre el objetivo. —Le dio un disquete—. Obtuvimos cerca de un veinticinco por ciento de lo que queríamos.

Ariana cogió el disquete y lo guardó en el bolsillo de la camisa.

—Tal vez el espía metió la pata. Syn-Tech quiere los datos, pero no quiere que nosotros los consigamos. Tal vez el espía apuró demasiado.

Ambos miraron a los demás miembros de la tripulación que estaban en sus puestos, iluminados por el débil resplandor rojo de las luces de emergencia, el destello de las pantallas de sus ordenadores y el brillo dorado que salía da» alrededor del marco principal de Argus.

—El espía puede haber muerto —advirtió Ingram.

—Tal vez esté muerto, pero no lo sabemos —replicó Ariana—. ¿Alguna idea sobre quién sabría enviar y codificar este tipo de mensajes a este lado?

—Cualquiera con el entrenamiento adecuado. Y cualquiera que tenga acceso al ordenador central.

—Maldita sea —murmuró Ariana—. Eso nos incluye a todos.

—Deben de haber untado la mano a alguien de la NSA para que sus mensajes

sean enviados aprovechando la señal del GPS —dijo Ingram.

—Pueden permitírselo —dijo Ariana—. Nosotros pagamos cuarenta millones por este equipo y otros tantos en sobornos para llegar aquí. Ellos podrían pagar una buena suma para robarnos los datos y ahorrarse todo el trabajo.

—¿No crees que tenemos problemas más urgentes en este momento —dijo Ingram con delicadeza, mirando hacia atrás, donde Carpenter observaba cómo el rayo dorado penetraba cada vez más en el soporte físico de Argus— que formular hipótesis sobre quién es el espía?

Ariana no respondió, lo que era su forma de darle la razón. Se ocuparía del espía una vez que hubieran salido de allí.

—¿Tienes alguna idea de qué puede ser eso? —preguntó a Ingram, señalando a Argus.

—Basándome en lo que veo —respondió él con un suspiro—, parece energía pura en forma de láser atómico.

—¿Láser atómico? —preguntó Ariana.

—El láser óptico opera emitiendo fotones, que no tienen masa y se mueven a la velocidad de la luz —se apresuró a explicar Ingram—. El láser atómico emite átomos, que no sólo tienen masa, sino una naturaleza semejante a una onda. Me consta que algunos han realizado experimentos con ellos como parte de un superordenador, pero que yo sepa no han pasado de la fase teórica.

—Lo de ahí atrás no es una teoría —replicó Ariana.

—El problema de desarrollar un láser atómico —continuó Ingram, frotándose la frente— siempre ha sido que tienes que enfriar los átomos para que actúen de forma coherente al entrar en un estado cuántico colectivo.

—¿Cómo puede alguien enfriar átomos aquí, en mitad de Camboya? —preguntó Ariana.

—No lo sé. Sólo dos laboratorios en Estados Unidos cuentan con el equipo necesario para hacerlo. Y no es lo que se dice portátil.

—¿Qué ventajas tiene el láser atómico sobre el óptico?

—No lo sé exactamente. —Ingram se encogió de hombros—. Las posibilidades son ilimitadas, desde un superordenador a vete a saber qué.

—¿Crees que se ha conectado a Argus con algún propósito?

—Estoy seguro de ello —respondió Ingram—. La forma en que ese rayo se está extendiendo por el hardware del ordenador no es fortuita.

—¿Por qué?

—Ése es el quid de la cuestión, junto con quién —respondió Ingram.

—¿Por qué alguien con un láser atómico iba a perder el tiempo con Argus? —preguntó Ariana en voz alta—. ¿Por nuestros datos? Pero tú mismo has dicho que apenas pudimos reunir algunos antes de estrellarnos.

—El mismo problema tiene nuestro espía —repuso Ingram, mesándose su pelo ralo—. No estoy muy seguro de que se trate del reconocimiento que queríamos hacer. Creo que es algo completamente distinto.

—¿Como qué...?

—Yo...

—No lo sabes —terminó Ariana por él—. Repasa lo que ya tenemos y trata de darme ideas.

—De acuerdo.

Ariana se dirigió al área de comunicaciones, donde estaba Hudson.

—¿Tienes algo?

Hudson parecía cansado. Entre el estrés y las heridas, empezaba a flaquear.

—¿Recuerdas que recibimos una transmisión justo antes de estrellarnos?

Ariana hizo un gesto de asentimiento.

—Aquí la tienes —dijo Hudson, apretando un interruptor.

Se oyeron parásitos y a continuación una voz entrecortada.

«Este... Romeo... verificad... no... Kansas... más... Pradera... Repito... Fuego.»

—Lo recibimos en el espectro inferior de la banda FM —dijo Hudson—. Suele estar reservada al ejército.

—¿Alguna idea de lo que significa?

—No... Está demasiado entrecortada para que se entienda.

—¿Algo más? —preguntó Ariana.

—Mi ordenador está escaneando la banda de frecuencia FM. Creo que la radio funciona, pero no recibimos nada. Creo que si hubiera equipos de rescate en el aire, se concentrarían en la última posición de la que informamos y estarían transmitiendo. Ya llevamos aquí más de veinte horas.

Hudson había tocado un tema que preocupaba a Ariana. Un helicóptero de Phnom Penh habría llegado a su posición en un par de horas. Estaba segura de que su padre sabía que el avión se había estrellado. Que no hubiera ni rastro de un equipo de rescate podía significar varias cosas, y ninguna buena.

—Está bien. Sigue a la escucha —dijo Ariana, y regresó a la sala de consolas con los demás—. ¿Alguna idea de lo que nos hizo caer? —preguntó a Ingram al entrar en ella.

—Por lo que veo en estos datos —le tendió unos papeles que tenía en la mano—, nuestros sistemas sufrieron varios fallos en cadena justo antes de que cayéramos. Puedo darte el orden exacto en que se produjeron, pero básicamente todos los aparatos que operaban en el espectro electromagnético fallaron uno tras otro. No tengo ni idea de por qué, salvo que debió de haber una especie de interferencia masiva. —Se acercó a una mesa donde había un mapa extendido—. Tengo nuestra última posición antes de que se estropeará el GPR.

Ariana se acercó, junto con los demás, y examinó el mapa sujeto a la mesa. Ingram señaló con el dedo.

—Éste es el último punto trazado. El ordenador central se desconectó cinco segundos después. Calculo que, aproximadamente, caímos unos treinta minutos después de su desconexión. El ordenador auxiliar me ha dado nuestro último rumbo. —Cogió un lápiz y trazó una breve línea—. Creo que es aquí donde estamos. En alguna parte de este sector.

—Dios mío —exclamó Mansor—. ¡Fijaos en el terreno! Es imposible que el avión esté intacto después de estrellarse en esas colinas en medio de la selva.

—Tal vez los pilotos encontraron una pista de aterrizaje —sugirió Daley.

—¿Dónde? —preguntó Mansor. Abarcó el mapa con una mano—. No hay ninguna ciudad en un radio de cien kilómetros, y no digamos una pista de aterrizaje. Deberíamos estar esparcidos en pequeños trocitos por el campo.

—Pero el hecho es que nos encontramos relativamente intactos —dijo Ariana—. ¿Cómo?

—Tendría que salir y echar un vistazo —respondió Mansor.

—¡De ninguna manera! —exclamó Herrín, con la mirada extraviada—. Ahí fuera hay algo. ¿No lo sentís? Ahí fuera hay algo esperándonos. Algo que ahora está dentro de Argus, obteniendo información sobre nosotros. ¡Si salís os cogerá, como cogió a Craight!

—Aquí dentro no vemos nada —repuso Mansor—. Quiero saber qué demonios está pasando fuera.

—Creo que ha llegado la hora de... —empezó a decir Ariana, pero de pronto se oyó la voz de Hudson por el intercomunicador.

—¡Estamos recibiendo algo en FM!

Los otros seis supervivientes se precipitaron hacia el puesto de Hudson, que se había puesto unos auriculares mientras manejaba los mandos de su radio.

—Es en morse —susurró, tratando de escuchar y garabateando con la mano izquierda guiones y puntos, mientras los otros se apiñaban en el pequeño espacio.

Con la mano izquierda revolvió en un cajón de un armario situado debajo de su consola y sacó un aparato extraño que se sujetó al muslo, encima de la herida. Puso encima la mano izquierda y empezó a teclear una respuesta.

Esperaron casi un minuto antes de que Hudson se quitara los auriculares y la llave de la rodilla.

—Se ha interrumpido.

—¿Qué decían? —preguntó Ariana—. ¿Quiénes eran?

—Aún no lo sé. Tengo que descifrar el morse. Hace mucho que no lo hago.

—¿Qué has respondido, si no sabes qué mensaje enviaban ni quién lo enviaba? —preguntó Ariana.

—Un SOS internacional. Pero no creo que lo hayan reconocido. El mensaje que yo he recibido no ha parado de repetirse y luego se ha interrumpido.

—Mierda —exclamó Ariana. Señaló el bloc—. ¿Qué pone?

Hudson había estado escribiendo con grandes letras mayúsculas. Comprobó el mensaje una vez, luego sostuvo en alto el bloc de notas:

M-A-R-C-H-A-0-S-O-M-O-R-I-D D-O-C-E-H-O-R-A-S M-A-R-C-H-A-O-S-O-M-O-R-I-D D-O-C-E-H-O-R-A-S

—Ése es el mensaje. No paraba de repetir lo mismo —dijo Hudson.

—Marchaos o morid, doce horas —leyó Ariana, consultando sin querer su reloj, que no funcionaba.

—No suena muy amistoso —observó Ingram.

—¿Quién lo envía? —preguntó Ariana.

—Vete tú a saber.

—¿Podría ser el mismo tipo que nos transmitió algo justo antes de que nos estrelláramos?

—Tal vez —repuso Hudson—. Podría estar transmitiendo ahora en morse porque tiene mayor alcance que la voz y consume menos energía.

—El quid de la cuestión es: ¿iba dirigido a nosotros? —preguntó Ariana, tras leerlo una vez más.

—Diría que sí —repuso Hudson—. No hay nadie más en esta zona.

—Tenemos que averiguar qué está pasando aquí y hacer algo —dijo Ariana examinando el revestimiento del avión—. Ha pasado demasiado tiempo desde que nos estrellamos. No podemos quedarnos aquí, esperando a que alguien nos encuentre.

No añadió su temor de que quien hubiera enviado el mensaje, sabía algo que ellos ignoraban, y que el avión les daba una falsa sensación de seguridad. Lo que había arrancado la cabina de mando podía hacer lo mismo, con la misma facilidad, en el lateral del avión. Y luego estaba el haz de luz que perforaba Argus. No tenía ni idea de qué era, o por qué hacía lo que hacía, pero tenía el presentimiento de que no era nada bueno. Su mente analítica había almacenado demasiados datos que no comprendía, y estaba dispuesta a seguir su intuición.

—Está bien —dijo. Los miró uno por uno, sosteniendo su mirada unos segundos antes de pasar al siguiente—. Lo que vamos a hacer...

De pronto se oyó un ruido susurrante a la derecha del avión. Todos se volvieron para mirar. De repente, a la altura de sus rodillas, apareció un pequeño agujero de unos cinco centímetros de diámetro, y un haz de luz dorada cruzó la sala de las consolas, alcanzó el borde de un escritorio en el que había un ordenador y lo partió en dos, para a continuación dirigirse hacia el otro extremo del avión, donde siseó un segundo antes de perforarlo y salir. El haz permaneció en el aire como una barra, atravesando el compartimiento.

—¡Dios! —Herrín se deslizó detrás de su consola, interponiéndola entre él y el haz—. ¡Vienen por nosotros!

—¡Calma! —gritó Ariana. Había visto los láser más avanzados, pero, al igual que el otro rayo dorado, éste era diferente. Cada pocos segundos creía detectar un cambio en el flujo de la luz, pero era difícil estar seguro.

—¿Otro láser atómico? —preguntó a Ingram cuando éste llegó a su lado.

—Seguramente, pero no supe decirte lo que era el otro, así que no estoy seguro —respondió Ingram—. ¿Alguien tiene alguna idea de lo que puede ser esto?

Carpenter cogió un trozo de papel y lo deslizó debajo del rayo. El papel se cortó pulcramente y desapareció.

—No lo sé, pero, sea lo que sea, no me gustaría tropezarme con él.

—Tal vez sea de un equipo de rescate que intenta entrar—sugirió Daley.

—Sería mucho más fácil abrir la escotilla —replicó Mansor con un bufido. Señaló la puerta de emergencia situada justo encima del ala y añadió—: O derribar esa puerta.

—Creo... —empezó a decir Ariana cuando el ruido de algo deslizándose que habían oído poco antes, cuando Craight había sido arrastrado, llenó de pronto la cabina, como si algo de un tamaño descomunal reptara por el techo del avión.

Mientras Ariana observaba, el haz dorado se apagó un par de segundos, y de pronto un ruido le perforó el cráneo. Era un chillido agudo pero a un volumen tremendo, como si el mismo aire estuviera siendo desgarrado en varias frecuencias distintas.

El ruido dejó de oírse tres segundos después, y lo siguió otro siseante.

—¡Cuidado! —gritó Ariana, pero era demasiado tarde.

Un haz dorado perforó la esquina superior izquierda de la sala de las consolas y alcanzó a Daley en la mitad superior izquierda de su pecho. La carne no frenó la velocidad del haz cuando le salió por la parte inferior derecha de la espalda, para a continuación perforar de nuevo el revestimiento del avión en el lado derecho de la parte delantera de la sala.

Daley abrió mucho los ojos a causa del shock, y gritó al perder el equilibrio y caer. El haz le había cortado la carne como si se tratara de papel. Estaba muerto, y el grito cesó antes de que cayera al suelo partido en dos.

—¡Quedaos quietos! —ordenó Ariana.

El interior del avión estaba silencioso. Todos se volvieron hacia el lateral izquierdo del avión, esperando ver otro agujero. Al cabo de un minuto, Ariana se acercó despacio al cuerpo de Daley y lo cubrió con una tela, esquivando el haz dorado.

Hubo un prolongado silencio durante el cual todos observaron cómo la sangre de Daley empapaba la tela.

—¿Funcionará la radio del SATCOM si volvemos a conectar el cable a la parabólica? —preguntó Ariana a Hudson, situado al otro lado del haz.

—Debería hacerlo.

—Yo lo conectaré —se ofreció Peter Mansor.

—¡Estáis locos! —gritó Herrín—. ¿No habéis oído a esa criatura que ha atravesado el avión? ¿No creéis que os pillaré el haz si salís?

—¿Por dónde pasa el cable? —preguntó Mansor, sin hacer caso.

—Acompáñame y te lo enseñaré.

Si se movían hacia la izquierda y se agachaban, podrían pasar por debajo del haz a la parte delantera.

—La cosa no es tan grave como parece —dijo Hudson, metiendo una mano en el cajón y sacando una tarjeta—. Es posible que el cable se haya estropeado antes de llegar a la antena de radar. Eso significa que se ha cortado a lo largo del pasillo de acceso situado en la parte superior del avión, y en tal caso no tendrás que salir.

—La suerte no parece abundar aquí —repuso Mansor.

—Eh, estamos vivos —replicó Ariana, consciente de que los demás escuchaban—. Deberíamos haber muerto al estrellarnos, pero por alguna razón seguimos con vida. De modo que mantengamos el optimismo. Haremos funcionar el SATCOM y nos pondremos en contacto con mi padre, y él nos sacará de aquí, tarde lo que tarde.

Herrín soltó una carcajada discordante, pero no dijo nada. Las miradas de los demás impidieron que las palabras acudieran a sus labios.

—Por aquí subes al pasillo de acceso —dijo Hudson, señalando un pequeño panel en el techo, encima de su terminal de trabajo.

Mansor se subió al escritorio y retiró el panel. Metió la cabeza en la oscuridad, encendió una linterna y miró alrededor.

—¿Ves unos cables a tu derecha? —preguntó Hudson.

—Sí.

—Son los cables de comunicación que llevan a la antena de radar. Los de alta frecuencia pasan por delante, de modo que lo que tienes allí son los del SATCOM y FM. Los de FM bajan a la antena de FM de la base. Los que llegan hasta la parte trasera son los cables del SATCOM. Límitate a seguirlos.

—Esto es muy estrecho —dijo Mansor, bajando la vista.

—Puedes hacerlo —lo tranquilizó Hudson—. Cuando los cables desaparezcan, estarás justo debajo de la antena de radar. Esperemos que encuentres antes el corte.

—Está bien —dijo Mansor, y, agarrándose a los bordes de la pequeña abertura, se subió.

La última que Ariana y los demás vieron de él fueron sus botas, que desaparecieron en dirección a la parte trasera del avión. Le oyeron moverse despacio sobre sus cabezas y lo siguieron dentro del avión, justo debajo de él, todos tensos,

atentos a oír un ruido siseante.

La puerta del cubículo de cristal estaba cerrada, aislando a Foreman del personal destinado en el centro de operaciones. Movi6 una palanca para conectar a los altavoces la llamada por sat6lite que acababa de recibir.

La voz que retumb6 en las paredes de cristal traslució incredulidad ante lo que Foreman acababa de decir.

—¿Lleva haciéndolo desde 1946 y no tiene ni idea de con qué se las está viendo?

—Señor presidente, tengo una idea sobre ello —replicó Foreman con voz serena. Había esperado hacía mucho este momento y sabía que no iba a ser agradable, pero no le preocupaba.

Al otro lado del hilo se oyó ruido de papeles.

—Tengo aquí el informe de 1968. Dice que perdimos un submarino nuclear que estaba comprobando... ¿cómo la llama, la puerta del Triángulo de las Bermudas?

—Eso es, señor. El Scorpion.

—Esta puerta del Triángulo de las Bermudas es el Triángulo de las Bermudas, ¿verdad? —El presidente no esper6 una respuesta—. Un mito, por el amor de Dios.

—No, señor, no lo es. A la tripulación del Scorpion no los mat6 ningún mito.

—¿Qué los mat6?

—No lo sé, señor.

El estallido al otro lado del hilo hizo que Foreman se pusiera rígrado en su sientto de respaldo recto.

—¡Vamos, hombre! ¿Cincuenta años y no lo sabe? ¿Un submarino desaparecido con toda su tripulación y no lo sabe? ¿Y qué más? Aquí dice que también se perdió un avión espía que trabajaba para usted. Y el comando de las Fuerzas Especiales que envi6 para recuperar la caja negra del avión espía nunca logró salir de allí.

—Un miembro de ese comando consigui6 salir con vida, señor—respondió Foreman, echándose hacia adelante.

-¿Y?

—Parece ser que se dispone a entrar otra vez, señor.

—¿Y? —La voz del presidente era áspera—. Acabamos de perder un sat6lite y un reactor nuclear. Que Dios nos ayude si parte del material radiactivo cae sobre una zona poblada.

Foreman ech6 un vistazo a los papeles sujetos con celo en el cristal de su cubículo.

—Señor, tenemos un problema más serio.

Hubo una larga pausa, antes de que el presidente volviera a hablar, controlando la voz.

—¿Cuál?

—Nuestros sat6lites espías están detectando alteraciones radiactivas y

electromagnéticas en varios lugares del globo. —Foreman hizo una pausa, pero nadie lo interrumpió, de modo que continuó—: Tales anomalías son las mismas que siempre anuncian una activación en las puertas de Angkor, el mar del Diablo o el Triángulo de las Bermudas, pero están produciéndose en una cantidad inusual y en lugares donde sospechábamos que había puertas, pero no estábamos seguros.

—¿Cuántos? —preguntó el presidente.

—Dieciséis, señor.

—¿Dónde?

—Por todo el globo.

—¿En qué lugar de Estados Unidos? —preguntó el presidente.

—Las mediciones no son exactas, señor, pero la del Triángulo de las Bermudas parece a punto de abrirse otra vez. Si se extienden un veinte por ciento del perímetro más amplio registrado, llegará a Miami. Pero también hay dos lugares nuevos, uno en la península de Baja California, al sur de San Diego, y el otro justo en la costa de Alaska, cerca de Valdez, la estación del sur de la Alaska Pipeline. También hay otro en Canadá, al norte de Calgary. Según las mediciones, las puertas que podrían abrirse en cada uno de estos lugares serían vagamente triangulares y medirían más de trescientos veinte kilómetros por lado.

Hubo un silencio antes de que el presidente volviera a hablar.

—Volviendo al comienzo de nuestra conversación, señor Foreman, ¿puede darme una idea de qué son esas puertas, aparte de que quien las atraviesa nunca sale? Llamarlas puertas me da a entender que conducen a alguna parte. ¿Adonde?

—Señor, los mejores cerebros han estudiado los datos disponibles que, por desgracia, no son muchos debido a los hechos que acaba de mencionar. Hasta donde hemos podido determinar, creemos que las puertas del mar del Diablo, el Triángulo de las Bermudas y Angkor podrían ser varias cosas.

»Una posibilidad es que sean una puerta a otra dimensión que no reconocemos aún con nuestro actual nivel de la física. Otra es que se abran a algún universo alternativo que coexiste con el nuestro. La tercera, que sean el intento de una cultura extraña de abrir una puerta interestelar desde su posición en la Tierra. La cuarta, que se trate simplemente de una anomalía física de nuestro planeta que aún no hemos desentrañado. O algo que sobrepase nuestra capacidad de comprensión.

—Eso no ayuda mucho —repuso el presidente.

—Yo no he sido el único que se ha interesado en este fenómeno, señor. Los rusos y los japoneses también lo han estudiado. De hecho, durante años, los rusos han estado mucho más interesados que nosotros. Tienen dos puertas dentro de sus fronteras.

—¿Y qué han descubierto?

—No mucho más que nosotros, señor. Aparte de investigar sus dos puertas, sé

que han perdido dos submarinos que investigaban la puerta del Triángulo de las Bermudas y varios aviones que sobrevolaban la puerta de Angkor. También creo que enviaron a la puerta de Angkor de Camboya dos expediciones de reconocimiento por tierra, uno en 1956 y otro en 1978. Ambos desaparecieron sin dejar rastro.

—¿Qué hay de sus puertas? —preguntó el presidente.

—Como es natural, no dispongo de mucha información sobre ellas. Una está en el lago Baikal. La otra... —Foreman hizo una pausa antes de lanzarse—: La otra está situada justo alrededor de Chernobyl. Los rusos creen que el desastre ocurrido en esa planta está relacionado con ella.

—Ya les gustaría —se mofó el presidente—, pero la realidad es que no han sido capaces de construir una central nuclear decente.

—No puedo hacer ningún comentario al respecto —repuso Foreman—. Pero sé que los japoneses también han perdido algunos barcos y submarinos en la que yo llamo la puerta del mar del Diablo y ellos, el mar del Diablo. Según el último informe del servicio de inteligencia, el gobierno mantiene una célula activa vigilando la puerta del mar del Diablo, como yo estoy haciendo. —Advirtió la creciente frustración en el otro extremo del mundo y continuó—: Pero los rusos tienen una teoría, señor, y muchos de los nuevos datos que están recogiendo nuestros satélites, estos nuevos lugares, la apoyan en algunos aspectos.

—¿Qué creen que es? —preguntó el presidente.

—En los años sesenta, tres científicos rusos publicaron en el Khimiyai Zhizn, el periódico de la vieja Academia de Ciencias soviética, un artículo bajo el título: «¿Es la Tierra un gran cristal?».

No hubo ningún comentario. Foreman sabía que por fin estaban asimilando la gravedad de los hechos, y que después de una afirmación de tal naturaleza estaba justificado un silencio.

—Los tres científicos rusos poseían una sólida formación en historia, electrónica e ingeniería; un grupo bastante ecléctico. Empezaron con la teoría de que en el interior de nuestro planeta había una matriz de energía cósmica desde el principio de los tiempos, y que hoy día todavía veíamos los efectos de esa matriz en lugares como la puerta de Angkor o el Triángulo de las Bermudas.

—Dios mío —exclamó una nueva voz—. Nunca había oído tantas tonterías.

—Es el profesor Simmons, mi asesor científico —informó el presidente—. Acaba de llegar y le he pedido que escuche nuestra conversación.

—¿Continúo? —preguntó Foreman—. ¿O tal vez el profesor Simmons tiene una teoría mejor que ofrecer?

—Hablaré con él cuando haya acabado con usted —respondió secamente el presidente—. Continúe.

—La teoría rusa divide el mundo en doce bloques pentagonales, encima de los

cuales hay veinte triángulos equiláteros. Los rusos sostienen que estos triángulos han ejercido una gran influencia en el mundo en muchos sentidos: a lo largo de ellos hay líneas de fallas que pueden provocar terremotos; existen anomalías magnéticas; y a lo largo de algunos de ellos tendieron a agruparse las antiguas civilizaciones.

»En nuestra situación actual, lo que más nos interesa es que en la intersección de esos grandes triángulos se hallan los denominados Vértices Perversos. Uno de ellos es la puerta del Triángulo de las Bermudas, conocido también como el Triángulo de las Bermudas. Otro es la puerta de Angkor, en Camboya, cuyo centro creemos que se halla en una antigua ciudad llamada Angkor Kol Ker. Y el tercero es la puerta del mar del Diablo, llamada el mar del Diablo, junto a la costa oriental de Japón. Chernobyl fue construido junto a uno de esos lugares, y el lago Baikal también se encuentra en una de esas intersecciones. Las nuevas puertas que ahora presentan alteraciones magnéticas también están situadas en los Vértices Perversos.

—¿Por qué se están activando ahora estos lugares? —preguntó el presidente.

—No lo sé, señor. Con los años he visto todo un flujo y reflujo en el mar del Diablo, el Triángulo de las Bermudas y Angkor, hasta el extremo de que en ciertos períodos desaparecen sin dejar rastro. Los rusos creen que en toda esta estructura cristalina hay una armonía matemática interna, y eso explica la naturaleza rítmica de las alteraciones.

—¿Cree usted en la teoría rusa?

—No la descartaré, señor, mientras no conozca la causa.

—¡Bah! —exclamó el profesor Simmons en tono despectivo.

—Adelante, profesor—dijo el presidente.

—La teoría de que la Tierra es un gran cristal es una bobada —repuso Simmons—. La litosfera, la superficie exterior del planeta, que es donde están situadas estas puertas, lleva millones de años moviéndose. De modo que cualquier formación de cristal estaría tan desfigurada por el movimiento de los continentes como para volver irreconocibles tales patrones. Además, no hay pruebas de que el planeta tenga una estructura cristalina masiva.

—¿Algo que objetar, Foreman? —preguntó el presidente.

Foreman imaginó al presidente sentado en su oficina con su asesor; un hombre que no había nacido siquiera cuando Foreman volaba en misiones de combate en la Segunda Guerra Mundial, sentado entre otros hombres que no habían conocido las luchas de un conflicto mundial.

—Nadie ha demostrado de forma concluyente la teoría del movimiento de los continentes ni...

—¿En qué está licenciado? —preguntó el profesor Simmons.

—No estoy licenciado en nada —respondió Foreman—. Sólo comentaba una teoría, y quiero que el presidente sepa que eso mismo está haciendo usted, comentar

una teoría. Creo que damos por descontado un hecho que, aunque la mayoría de las pruebas apuntan en esa dirección, podría no ser un hecho. Llevo más de cincuenta años estudiando esas puertas, profesor Simmons, pero al menos reconozco que no es mucho lo que sé.

—Es evidente que usted sabía que ocurría algo extraño en esta zona de Camboya antes de que Michelet Industries enviara su avión a la puerta de Angkor —comentó el presidente.

—Sí, señor. Así es.

—¿No le pareció aconsejable prevenir al señor Michelet?

—¿Cómo iba a hacerlo, señor? Usted ha visto cómo han sido destruidos los datos del Bright Eye y sigue dudando de lo que le estoy diciendo sobre estos lugares. Dimos a Michelet los datos sobre la zona de la puerta de Angkor: los aviones derribados y el comando de las Fuerzas Especiales desaparecido. Le prevenimos lo mejor que pudimos, pero él siguió adelante.

—¿Qué le ha ocurrido a su avión?

—Se estrelló, señor, dentro de las fronteras de la puerta de Angkor. El Bright Eye logró hacer una fotografía de ella y determinar su posición. Se la enviaré al señor Michelet para que le ayude a recuperar a su hija y el avión.

—No lo habrá preparado todo usted, ¿verdad, Foreman? —intervino Bancroft, asesor de Seguridad Nacional, tras un breve silencio.

—¿Preparado qué?

—Que el señor Michelet enviara su avión de reconocimiento a la puerta de Angkor.

—Señor, Michelet Technologies lleva muchos años interesada en esta zona. Era inevitable que acabara haciendo alguna clase de reconocimiento. Como he dicho antes, no hubo manera de disuadir a Michelet. Le envié suficiente información para que fuera consciente del peligro.

—Una respuesta muy bien formulada —advirtió el presidente—. ¿Y si estas puertas aparecen en otra parte? ¿Qué ocurrirá?

—Sólo puedo ofrecerle una conjetura, señor, basándome en el mar del Diablo, el Triángulo de las Bermudas y Angkor. Existe una leyenda de una antigua ciudad que era la capital del imperio Khmer, una ciudad llamada Angkor Kol Ker. Al parecer, la puerta de Angkor la invadió en el 800 D.C.

—¿Y? —preguntó el presidente, impaciente.

—Y la ciudad quedó destruida. Un imperio que tal vez era el más poderoso de la Tierra en su tiempo desapareció de la noche a la mañana, y su capital sólo se conoce como una leyenda.

»Y eso sólo fue una puerta, no las dieciséis que tenemos ahora. También tengo la sospecha de que lo que está sucediendo ahora es anterior incluso a ese trágico suceso

ocurrido hace tanto tiempo. He hablado con el profesor Takato Nagoya, director del equipo japonés que se ocupa de investigar la puerta del mar del Diablo. Basándose en distintos datos, sostiene que lo que está ocurriendo ahora ya ha ocurrido una vez en la historia de la Tierra.

—¿Cuándo?

—Hace diez mil años. Nagoya cree que la leyenda de la Atlántida, tal como la relata Platón en *Timeo* y *Critias*, dos de sus diálogos, cuenta una historia real sobre lo que ocurrió cuando todos esos Vértices Perversos se convirtieron en puertas y trataron de conectarse. Cree que una civilización humana muy desarrollada fue destruida, hasta el extremo de quedar reducida a una mera leyenda. Que uno de los Vértices Perversos, conocido ahora como la puerta del Triángulo de las Bermudas o el Triángulo de las Bermudas, se abrió debajo de la Atlántida y la arrasó.

—Tonterías —estalló Simmons.

—El doctor Nagoya si tiene varios doctorados, profesor Simmons; de hecho, es uno de los científicos más reputados de Japón. Señor presidente, creo que nos estamos enfrentando a una grave amenaza, y no sólo afecta a esas zonas concretas, sino a toda la humanidad. No fueron tonterías ni bobadas lo que destruyó el *Bright Eye*, hizo desaparecer el *Scorpion* hace tantos años o ha derribado el avión de Michelet.

»Creo que nos están invadiendo a través de esas puertas, señor, y no podemos justificar nuestro nivel actual de conocimientos científicos insistiendo en que no es posible, cuando de hecho ya está ocurriendo. No podemos silenciar intelectualmente esta amenaza. Está ocurriendo algo, señor, y no creo que tengamos ni el tiempo ni la libertad suficientes para esconder la cabeza y hacernos los locos. —Foreman advirtió que varias personas en la sala de control lo miraban, y se dio cuenta de que había gritado al pronunciar la última frase—. Señor, la historia cuenta con una larga lista de gobernantes, que son responsables de no haber reaccionado ante las amenazas hasta que era demasiado tarde. Recuerde a Chamberlain en 1939 con Hitler. Entonces tenían hechos que prefirieron pasar por alto o incorporar a sus fantásticas fantasías.

—Está pisando terreno peligroso. —La voz del presidente era gélida.

—Señor, si cree que me preocupa mi carrera, mi pensión, mi cargo o cualquier otra cosa que no sea esta amenaza, se equivoca. Esta invasión es real, y esta vez no habrá ningún lugar al que huir, y no dejarán tranquilo nuestro país.

Hubo un largo silencio.

—¿Y ahora qué? —preguntó por fin el presidente—. ¿Qué hacemos ahora?

—Señor, tan pronto como averigüe lo que hay al otro lado de la puerta de Angkor, formularé un plan de acción.

—¿Y cómo demonios va a hacerlo? Nadie ha regresado allí.

—Como antes le dije, hay un hombre que lo consiguió. En estos momentos está

con el señor Michelet. Cuando entró allí, algo o alguien se puso en contacto con él. Antes de que el avión de Michelet fuera derribado, hubo también una transmisión de radio dirigida a él, al parecer de uno de sus viejos compañeros que se encuentra dentro de la puerta de Angkor. No sé cómo pudo conseguirlo, pero es la mejor pista que tenemos. Ese hombre entró y salió de allí, y confío en que vuelva a hacerlo, pero esta vez con más información. Entretanto, tengo una lista de medidas que deberíamos adoptar para estar preparados para responder, una vez que averigüemos lo que está ocurriendo.

—¿Y si no lo averiguamos? —preguntó el presidente.

—Que Dios nos asista, señor presidente —respondió Foreman.

CAPÍTULO 8

Aunque eran las tres de la mañana, una ráfaga de aire caliente envolvió a Dane en cuanto salió a la corta escalera acoplada a la puerta del avión. Pero más que el calor, fue el olor lo que trajo a su memoria una maraña de recuerdos. Un olor a comida exótica, sudor humano y un débil rastro de enfermedad y polvo le hicieron creer por un instante que estaba de nuevo en Saigón treinta años atrás.

Contempló las luces que señalaban la pista de aterrizaje: el aeropuerto Don Muang no había cambiado mucho respecto al que había encontrado tres décadas atrás, cuando llegó de permiso para descansar y recuperarse. Sintió que le invadía la misma oleada de malos presentimientos que había tenido entonces. Era un lugar horripilante. Sólo había pasado un día en Bangkok, encerrado en una habitación de motel, antes de coger el primer vuelo de vuelta a Vietnam y, para él, la paz y seguridad del campamento base del MACV-SOG. En Bangkok había demasiada miseria humana, demasiada desesperación, y no podía quitársela de la cabeza.

—Aquí está nuestro hombre —dijo Freed, dándole un codazo y haciéndole volver al presente.

Dane vio la limusina blanca que los esperaba. Con Chelsea a su lado, siguió a Michelet, Freed y Beasley hasta el coche. Chelsea subió y se enroscó en el espacioso interior, entre dos amplios asientos de cuero colocados uno frente al otro.

Dentro los esperaba un hombre de edad.

—Me alegro de verte, Lucien —lo saludó Michelet, estrechándole la mano y sentándose a su lado.

Dane calculó que Lucien tenía por lo menos setenta años, si no más. Supuso que era uno de los primeros expatriados franceses expulsados de Vietnam cuando los comunistas se hicieron con el poder y que estaba trasladando sus negocios dos países más al oeste. Michelet hizo las presentaciones.

—Ya conoce al señor Freed. Y éstos son el profesor Beasley y el señor Dane.

Lucien clavó sus ojos azules en cada hombre y saludó inclinando su cabeza calva con manchas de la vejez, antes de volverse hacia Michelet.

—He informado al señor Freed acerca de lo que... —Se interrumpió cuando Michelet levantó ligeramente un dedo.

—¿Está preparado el equipo que le pedimos? —preguntó.

—El avión y el helicóptero esperan en el aeródromo, con combustible y preparados. Las tripulaciones los esperan en el avión. Es lo mejor que he podido conseguir en tan poco tiempo, de modo que es posible que no sean tan buenos como usted quisiera. —Lucien parecía a punto de añadir algo, pero cambió de opinión—.

La bomba que pidió ya está a bordo del avión. En cuanto al equipo especializado, he quedado con un hombre que podrá facilitárselo.

—No tengo tiempo para regatear —respondió Michelet. Su cara se ensombreció a la tenue luz del vehículo—. Te dije que lo hicieras por mí. ¡El equipo ya debería estar aquí!

—Nunca tocaré armas o drogas —replicó Lucien, sosteniéndole la mirada—. Así es como he conseguido sobrevivir en esta parte del mundo. Es posible que no me queden muchos más años de vida, pero quiero que acabe de forma natural. No supondrá un gran retraso. Es un hombre muy eficiente. Sólo tenemos que hacer un pequeño desvío para recoger el equipo.

Lucien dio unos golpecitos con un bastón en el grueso cristal que los separaba del conductor, y la limusina se puso en marcha.

Dane se agachó y enroscó los dedos en el pelo de Chelsea, masajeándole despacio sus músculos. Ella volvió la cabeza y le dedicó un débil gemido.

El anciano francés ocultaba algo, Dane estaba seguro de ello. Lo que había estado a punto de decir era importante, pero Michelet no quería que él lo supiera. Volvió a mirar por la ventana y se fijó en que los seguía una camioneta con tres hombres en la caja y una metralleta de grueso calibre montada en el techo de la cabina. Lucien tenía muchas ganas de conservar la salud.

Se abrieron paso por calles bordeadas de palmeras y atestadas de gente incluso a esa hora tan temprana. No había más coches, ni rastro de soldados norteamericanos por las calles, pero a Dane le recordó mucho a Saigón. El Sudeste asiático era un lugar donde el tiempo transcurría muy despacio. Dejaron atrás a granjeros que tiraban de carros cargados con productos de la tierra, camino de los mercados que pronto se abrirían.

La limusina dobló una esquina y se adentró en un callejón estrecho. Dane se puso tenso cuando lo invadió una sensación que hacía tiempo que no experimentaba.

—Es una emboscada —susurró a Freed.

El hombre de seguridad lo miró, y a continuación miró por las ventanas de cristal oscuro los edificios que se alzaban a cada lado. Deslizó una mano dentro de su cazadora, pero aparte de eso no hizo nada. Dane pensó brevemente en la reacción que habría producido tal afirmación en los miembros del ER Kansas, y se obligó a relajarse. Si eran víctimas de una emboscada, tendría que confiar en que los hombres de Lucien los protegerían; a menos, por supuesto, que fuera Lucien quien les tendía la trampa. Pero lo dudaba, estando con ellos en el coche.

Al final del callejón se abrieron de par en par las puertas de un almacén, y las cruzaron. Dane estaba tenso, listo para salir rodando por la puerta, pero, curiosamente, la sensación de amenaza disminuyó levemente en cuanto las puertas se cerraron detrás de ellos. Lucien bajó del coche, seguido de Michelet.

—¿A qué ha venido eso? —susurró Freed a Dane antes de salir.

Dane se limitó a sacudir la cabeza y pasó por delante de él.

—Espera —ordenó a Chelsea, que no pareció demasiado entusiasmada con la orden, pero obedeció, ocultando el morro entre las patas delanteras en la gruesa alfombra del interior del vehículo y frunciendo las cejas.

La camioneta con la pesada metralleta encima había entrado detrás de ellos, pero dio inmediatamente la vuelta en el reducido espacio que había detrás de la limusina, lista para salir la primera. El interior del almacén estaba iluminado por bombillas que colgaban bajas del techo, a seis metros de distancia una de otra. La pared del fondo estaba a unos quince metros de distancia y el interior estaba lleno de cajas.

Había cinco camboyanos esperando de pie detrás de una mesa larga, encima de la cual había dos grandes armarios para guardar el equipo. Lucien se acercó a la mesa y agitó el bastón por encima de los armarios.

—Su equipo —se limitó a decir.

—Compruébelo, Freed —ordenó Michelet.

—Primero el dinero —dijo el camboyano del centro, levantando una mano.

—Freed, compruebe el material —repitió Michelet al tiempo que deslizaba sobre la mesa el maletín metálico.

El camboyano cogió el maletín e intentó abrirlo mientras Freed abría el primer armario. Dane se acercó a Freed. Dentro había seis M-16A2, todavía en su envoltorio original. En las esquinas se amontonaban los cargadores de treinta cartuchos junto con varias cajas de munición de 5,56 milímetros. También había una docena de bolsas de lona verde que, según Dane reconoció al instante, eran minas Claymore.

—¡La llave! —rugió el camboyano enfadado, sosteniendo el maletín en alto.

Michelet se metió una mano en el bolsillo y sacó una pequeña llave metálica.

—Tiene el dinero en las manos. Le daremos la llave en cuanto terminemos de comprobar el equipo que le hemos comprado. Si intenta abrir el maletín sin la llave, le advierto que dentro hay una carga especial que incinerará el dinero.

—El dinero está dentro del maletín, Sihouk —terció Lucien, mirando a los hombres situados a cada lado de la mesa.

Sihouk siseó algo en camboyano, y los otros cuatro hombres se desplegaron con las manos cerca de las cinturas, de las que asomaban de forma destacada las empuñaduras de sus pistolas de grueso calibre.

—El dinero está dentro del maletín y os darán la llave —repitió Lucien—. Dejad que se aseguren de que tienen lo que necesitan.

Sihouk dijo algo más y sus hombres se detuvieron, preparados.

Freed abrió el segundo armario. Dentro había varios paquetes abultados junto con varias fundas de plástico. Dane introdujo una mano y sacó uno de los M-16. Cogió un cargador de treinta cartuchos, se aseguró de que estaba lleno y lo deslizó en el arma,

encajándolo con un clic audible que aumentó la tensión en el almacén.

—¿Qué demonios está haciendo? —preguntó Michelet.

—Jugando a lo mismo que usted —respondió Dane. No le preocupaban mucho Sihouk y sus hombres. Tenían su dinero, y sabía que Michelet les daría la llave. Lo que le inquietaba era el mal presentimiento que había tenido al entrar en el almacén—. No voy a quedarme aquí con las manos vacías mientras ustedes juegan a ver quién es más macho.

Dane sostuvo el M-16 con naturalidad a su costado, con la boca hacia el suelo. Sonrió a Sihouk. Éste le sostuvo la mirada, y luego sonrió despacio, enseñando dos dientes de oro. Dane advirtió la traición que se reflejaba en su mirada, pero sabía que nadie más podía hacerlo.

—Está todo —dijo Freed.

Michelet arrojó la llave a Sihouk, que la cogió al vuelo. Mientras Freed y Dane llevaban el equipo al maletero de la limusina, Sihouk abrió el maletín. Sonrió una vez más, siseó una orden y los cinco camboyanos desapareciendo en la oscuridad.

—Larguémonos de aquí —dijo Lucien—. Ni siquiera me gusta transportar esta clase de material.

Dane había sacado un segundo M-16 junto con varios cargadores al meter las armas en el maletero. Arrojó el arma a Freed cuando volvieron a subir a la limusina.

—Para que no diga que nunca le di nada —dijo, mientras le lanzaba cuatro cargadores—. Creo que va a ser más difícil salir de aquí que entrar.

Freed cargó el rifle mientras la limusina daba la vuelta. Las puertas se abrieron y la camioneta salió al callejón, seguida de cerca por la limusina.

Dane sintió la sensación de amenaza con mayor intensidad.

—¡Pare! —gritó justo cuando la parte delantera de la limusina se disponía a cruzar las puertas. El conductor reaccionó automáticamente, pisando los frenos.

Una granada propulsada por un cohete alcanzó la camioneta, que estalló en llamas. De los tejados adyacentes dispararon varias balas trazadoras, que acribillaron la calle y la furgoneta. Una segunda granada cayó al suelo justo delante de la limusina. Dane abrió la puerta de una patada con el rifle preparado, mientras Michelet, Beasley y Lucien se acuclillaban en el interior, protegidos por el blindaje y el cristal a pruebas de balas del coche, y Freed bajaba por el otro lado.

Dane utilizó el lateral del coche para cubrirse y disparó todo un cargador en rápidas ráfagas de tres cartuchos hacia el lugar de donde procedían las balas trazadoras. Freed estaba al otro lado del coche, disparando al otro lado de su área de fuego, cubriéndolo.

Dane reconoció el tableteo de los AK-47, un ruido que había oído muchas veces. Encajó otro cargador. En el tejado, un hombre con un lanzacohetes al hombro se levantó y apuntó hacia abajo. Dane disparó una rápida ráfaga y lo derribó.

Hizo una pausa al reconocer el ruido de un arma automática ligeramente distinta de las armas de los tejados. Allí arriba había alguien con un arma que no era un AK. Llevaba el M-16 al hombro, cuando de pronto cayó del tejado un cuerpo que aterrizó entre la parte delantera de la limusina y la furgoneta en llamas. Lo siguió otra ráfaga de la misma arma. Y dos más.

De pronto se hizo el silencio. Dane miró por encima del maletero a Freed, que arqueó las cejas con expresión interrogante.

—Larguémonos de aquí —fue todo lo que dijo Dane.

Mientras Freed se subía al coche por la puerta de su lado, Dane echó a correr hacia adelante y recogió el cuerpo del esbelto camboyano que había caído, lo cargó al hombro y lo arrojó en la parte trasera del coche, para consternación de Michelet, Lucien y Chelsea, que gimieron y se encogieron, apartándose todo lo posible de él.

—¡Adelante! —ordenó Dane.

El conductor no necesitó que le insistieran. Apartó con el parachoques los restos de la camioneta y aceleró.

—Tranquila —susurró Dane a Chelsea, arrodillándose junto al cadáver.

—¿A qué viene esto? —preguntó Michelet.

—Siempre es conveniente saber quién te está disparando —respondió Dane, registrando rápidamente los bolsillos del cadáver.

Todo lo que encontró fue un grueso fajo de dinero. No sabía a cuánto se pagaba el asesinato en Bangkok, pero aun con la inflación alta, ese fajo parecía satisfacer la tarifa de cualquier parte del mundo. Aparte de eso no había nada.

—Averigua quiénes son tus enemigos —continuó Dane, arrancándole la camisa— y los enemigos de tus enemigos. Porque podrían ser tus amigos, pero también podrían no serlo y ser aún peores enemigos.

—¿De qué demonios está hablando? —preguntó Michelet.

—Dígaselo usted —dijo Dane a Freed.

—Alguien ha detenido la emboscada —anunció Freed.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Michelet.

—Oímos un arma diferente de las que tenían quienes tendieron la emboscada en los tejados, y es imposible que nosotros los matáramos desde donde estábamos —dijo el hombre de seguridad.

Dane sacó un Leatherman de la funda que llevaba en la cintura y clavó la larga hoja del cuchillo alrededor de una de las heridas de bala del cadáver. La clavó bien y con la mano libre apretó con dos dedos el agujero. Sintió el bulto duro de una bala entre los dedos y la sacó con gran dificultad.

—Nueve milímetros —dijo, acercando una mano sangrienta a una de las pequeñas luces—. Los camboyanos disparaban AK de 7,62 milímetros. Alguien les disparó por la espalda con una ametralladora.

—¿Quién? —preguntó Lucien, todavía pálido por el sangriento incidente.

—Alguien que sabía que íbamos a ir al almacén y que sabía que iban a tendernos una emboscada. Alguien que debe de habernos seguido desde el aeropuerto —dijo Dane. Estaba cansado. El mal presentimiento se había difuminado, dejándolo exhausto. Se recostó en su asiento y cerró los ojos.

—¿Nos seguían? —preguntó Michelet. Se volvió hacia Lucien—. ¿Qué sabes de eso?

Lucien balbució una protesta, pero la voz cansina de Dane lo interrumpió.

—Sihouk nos ha vendido. Le ha sacado dinero a usted, y a otro por entregarnos. Para él no ha sido más que una buena jornada laboral, nada personal. ¿Tiene algún enemigo?

—Syn-Tech —respondió Freed.

—¿Qué es?

—Una firma competidora.

—¿Estarían dispuestos a matarlos? —preguntó Dane, abriendo mucho los ojos.

—Estamos hablando de cientos de millones, si no billones, de dólares en juego —dijo Michelet con una carcajada áspera—. Sí, matarían por eso. ¿Usted no?

—No —respondió Dane, lo que volvió a provocar la risa de Michelet.

—La verdad, creo que le pagaban bastante menos cuando estaba en el ejército.

Dane miró al anciano por encima de Chelsea. Sus miradas se encontraron, luego Dane se recostó y asintió.

—Tiene razón, me pagaban bastante menos entonces. —Volvió la espalda a los demás, puso las manos en el cuello de Chelsea y cerró los ojos para descansar.

Regresaron al aeródromo sin más incidentes, pero en lugar de subir al avión de Michelet, recorrieron la pista de aterrizaje principal hasta un viejo hangar. Dane abrió mucho los ojos una vez más cuando entraron. Dentro había un destartalado avión de transporte C-123 bimotor junto a un viejo helicóptero.

La limusina se detuvo. Lucien no bajó con ellos. Miró a Michelet.

—Aquí cerramos nuestro trato. Al contrario de lo que usted piensa, creo que hay muchas cosas que el dinero no puede reemplazar ni comprar. Por favor, no vuelva a llamarme nunca más.

Freed y Dane apenas tuvieron tiempo de sacar del maletero las armas antes de que se marchara la limusina. Una figura se separó de las sombras del C-123 y se acercó despacio.

—Buenas —dijo el hombre con marcado acento australiano—. O tal vez debería decir buenos días, ya que aún no se nos ha echado encima el día. Me llamo Porter y soy su piloto.

—¿Está listo el avión? —preguntó Michelet.

Dane advirtió que Michelet se había recuperado bien de los sucesos de las dos

últimas horas. Imaginó que nadie llegaba a su posición sin tener unos nervios de acero.

—Sí, está listo. —Porter miró por encima del hombro—. Pero esos tipos que ha contratado su amigo de la limusina... Si yo fuera usted, no me fiaría mucho de ellos.

—Pero no lo es —replicó Michelet con brusquedad.

De las sombras salieron más hombres. Eran cuatro, vestidos con uniformes verdes que habían visto mejores tiempos y estaban desprovistos de toda insignia. Llevaban botas cubiertas de barro y grandes cuchillos en la cintura. Cuchillos Rambo, advirtió Dane. Tales armas parecían muy impresionantes, pero eran poco prácticas tanto para degollar a un hombre, que requería un pequeño estilete, como para abrirse paso en la selva, donde lo más adecuado era el machete. Los hombres tenían barba de varios días y los ojos inyectados en sangre. Dane reconoció el olor a alcohol.

—Yo soy McKenzie —dijo el más corpulento de los cuatro—. El comandante McKenzie.

—Lo conozco, McKenzie, y ya no es comandante —repuso Freed, dando un paso adelante.

—Éstos son mis hombres —replicó McKenzie, mirando de arriba abajo al hombrecillo que tenía delante, intentando evaluar la situación.

Dane se acercó y se detuvo a la izquierda de Freed. Los dos hombres llevaban una boina roja descolorida, con una insignia prendida sobre el ojo izquierdo: un par de alas de paracaidista coronadas con una hoja de arce. Que Dane supiera, esos hombres habían pertenecido al Regimiento de Paracaidistas canadiense. También sabía por los periódicos que ese regimiento había sido disuelto acusado de graves atrocidades durante las misiones pacificadoras en Somalia y Bosnia.

—Nunca sabes por dónde va a salir la mierda —dijo Freed, lo que confirmó a Dane de dónde habían salido los mercenarios y sus circunstancias.

McKenzie le golpeó con la mano derecha, pero Freed ya se había movido, agachándose y propinándole cuatro puñetazos en su amplio estómago. El hombre más corpulento se dobló en dos, resollando.

—Quietos —dijo Dane, apuntando con su M-16 a los otros paracaidistas—. Creo que la lucha ya es bastante desigual como está.

McKenzie se erguía sin aliento, cuando Freed le propinó un doloroso golpe en la nariz que le hizo sangrar. Se colocó con agilidad detrás de McKenzie, le rodeó el cuello con una mano y se lo apretó, haciéndole respirar con dificultad.

—Ya no eres comandante —susurró a su oído—. ¿Entendido?

—Vete a la mierda, negro.

—Un error—dijo Freed. Le clavó en la sien los nudillos de la mano libre, haciéndole soltar un alarido de dolor. Luego los apretó con más fuerza, arrancándole las lágrimas.

Dane vio que McKenzie cogía con la mano izquierda el mango de su gran cuchillo. Mientras lo desenfundaba, Freed lo soltó y retrocedió, poniéndose fuera de su alcance. McKenzie intentó alcanzarlo dos veces, luego se acuclilló en la posición del luchador y observó con mayor cautela a su oponente.

—¡Escuchen! —exclamó Michelet adelantándose, pero Dane lo sujetó.

—No se meta.

McKenzie se irguió despacio de su posición acuclillada. El extremo del cuchillo tembló antes de bajar.

—Eh, no me gusta que vengas aquí a jodernos a mí y a mis hombres.

—Ya te has jodido tú solo —replicó Freed.

McKenzie se puso aún más colorado, algo que Dane había creído imposible.

—Estás a sueldo, ¿entendido? —dijo Freed.

—Claro —respondió McKenzie esbozando una torva sonrisa, que ninguno de los presentes se creyó—. Sólo ha habido un malentendido.

—Me llamo Freed. Señor Freed para ti. ¿Entendido?

—Entendido. —McKenzie guardó el cuchillo en su funda.

—¿Entendido qué?

—Entendido, señor Freed —respondió McKenzie, torciendo de nuevo los labios en una sonrisa. Miró fijamente al hombre más menudo, al tiempo que se llevaba una mano a la cabeza y se palpaba con cuidado el lugar donde le había apretado.

—Se os ha pagado por adelantado —dijo Freed—. Recibiréis la misma cantidad a la vuelta. Sólo tenéis que hacer lo que yo os ordene y cuando yo lo ordene. ¿Entendido?

Los cuatro hombres asintieron con resentimiento.

—Vais a tirar ahora mismo todo el alcohol que habéis traído con vosotros si no queréis que os tire del avión sin paracaídas. ¿Está claro? —Freed se acercó un paso—. No os veo mover la cabeza. ¿Está claro?

—¡Sí, señor!

—Ahora subid el equipo a bordo —ordenó Freed.

Mientras los canadienses subían las armas al C-123, Freed se volvió hacia Dane.

—Gracias por su ayuda en el almacén.

—La próxima vez que le diga que es una emboscada, le sugiero que me haga caso —replicó Dane. Luego hizo un gesto hacia los canadienses—. No me pagan para que le apoye. —Y añadió, deteniendo en seco a Freed, que se volvía, y a Michelet—: Quiero saber qué ha ocurrido con su primer equipo de rescate y cuál es su plan para rescatar el avión; quiero saber quién es el enemigo que nos ha atacado y quién lo ha atacado a él, o no voy a ninguna parte.

Toda una pared de la oficina de Patricia Connors estaba cubierta de un mosaico de imágenes de satélite. Había ido al Centro de Comunicaciones e Imágenes de la NSA y

recabado todas las peticiones de imágenes que Foreman había hecho en las últimas veinticuatro horas. No le sorprendió descubrir otras peticiones, además de las dos dirigidas a ella. Lo que le sorprendió fue la naturaleza de las peticiones: iban dirigidas a un colega de Connors, el experto en ELINT o inteligencia electrónica cuya oficina estaba en el mismo pasillo. La ELINT también incluía datos radiactivos y magnéticos, de modo que cubría mucho terreno.

Connors había impreso los resultados obtenidos por la cadena de satélites ELINT que Estados Unidos tenía dando vueltas alrededor del globo, y en esos momentos contaba con un mosaico que abarcaba todo el planeta. No tenía ni idea, por supuesto, de qué significaban los distintos colores y las líneas superpuestas a los datos geológicos básicos. Sabía que representaban distintos espectros del campo electromagnético, pero hasta ahí llegaban sus conocimientos sobre el tema.

Recorrió el pasillo y asomó la cabeza por una puerta.

—Jimmy, tesoro. —Sonrió.

—¿Sí? —respondió un joven de pelo largo y recogido en una coleta, levantando la vista de la pantalla de su ordenador.

—Necesito que me ayudes a interpretar algo.

Jimmy parpadeó. Iba vestido con una camiseta holgada y unos tejanos que habían visto tiempos mejores, y llevaba unas gafas cuya montura metálica casi se hundía bajo el peso de los gruesos cristales.

—¿Interpretar? ¿Interpretar qué?

—Ven a mi oficina. Te prepararé una taza de ese té especial que tanto te gusta.

Connors lo precedió. Tras atravesar la puerta, Jimmy se detuvo y silbó, contemplando el mosaico.

—Guau, Pat. ¿Cuándo lo has hecho?

—Ahora mismo.

Jimmy se acercó y empezó a trazar líneas con los dedos, estudiando las imágenes con atención.

—Estos datos son nuevos. He recibido la petición esta mañana y los he enviado todos. No deberías tenerlos.

—¿No los has mirado? —preguntó Connors, enchufando su pequeña kettle.

—No tenemos que hacerlo, salvo que recibamos instrucciones en ese sentido —respondió Jimmy, sorprendido—. Debemos enviarlos y archivarlos. —Hizo una pausa, pensativo—. ¿Miras todo lo que nos piden?

—Por supuesto, cariño.

El labio inferior de Jimmy se curvó como si se lo hubiera mordido. Alargó una mano y cerró la puerta de Connors de golpe.

—Yo también lo miro todo. Me refiero a qué sentido tiene hacerlo si no lo miras. Mierda, se supone que yo soy el experto. No es que...

—Jim —lo interrumpió Connors con amabilidad—. No tienes que justificarte ante mí. Recuerda que yo también lo hago. La cuestión es que eso quiere decir que ya has visto estos datos, ¿no?

—Sí. —Jimmy miró de nuevo hacia la pared—. Foreman. No sé quién demonios es ese tipo, pero está metido en una mierda muy rara. Perdón, asunto.

—¿Qué clase de mierda?

Jimmy volvió a llevar una mano al mosaico y recorrió varias líneas de colores, como si pudiera sentir con las puntas de los dedos lo que representaban.

—Estas líneas azules representan el flujo electromagnético. Las rojas son geomagnéticas y las verdes muestran la radiactividad.

—¿Y? —lo apremió Connors cuando Jimmy se quedó callado.

—Bueno, pues que esto no está bien —respondió dando unos golpecitos en el mosaico.

—¿Qué quieres decir con que no está bien?

—No son los patrones normales de cualquiera de estas imágenes. Está pasando algo. A escala global.

—¿Algo como qué? —preguntó Patricia Connors con forzada paciencia.

—Algo está trastornando el flujo normal de los campos electromagnéticos y geomagnéticos terrestres —respondió Jimmy, encogiéndose de hombros—. Ese algo también transporta una pequeña cantidad de radiactividad, aunque no tengo ni idea de cómo es posible.

—¿Radiactividad? —repitió Connors.

—Sí, pero nunca había visto nada parecido. Muy raro. Insólito. De hecho, completamente imposible.

—¿Se lo has dicho a alguien? —preguntó Connors, sorprendida por la información.

—¿Por qué? —Jimmy parecía a su vez sorprendido.

—Porque, según lo que acabas de decir, está ocurriendo algo anormal —respondió Connors exasperada.

—Sí, pero piensa que si se lo dijera a alguien, se enterarían de que he mirado datos que se suponía que no debía mirar —se limitó a decir Jimmy.

—Dios mío. —Connors sacudió la cabeza—. Hemos conocido al enemigo y somos nosotros.

—¿Cómo dices? —Jimmy frunció el entrecejo.

—Olvídalo. —Connors se concentró en las imágenes—. Está bien. ¿Cuál puede ser la causa?

—No tengo ni idea. Pero los patrones son muy regulares, y las líneas se cruzan y parecen concentrarse en varios lugares de la superficie terrestre. Por lo tanto, no es aleatorio.

—No es aleatorio —murmuró ella—. ¿Entonces algo lo está causando?

—Por supuesto que algo lo está causando.

—No. —Connors sacudió la cabeza, exasperada—. Me refiero a si alguien lo está causando.

—La verdad es que no —respondió Jimmy, frunciendo el entrecejo—. Nadie podría hacerlo. El patrón no es aleatorio, lo que indicaría que algo lo causa, pero nadie podría propagar algo así, así que... —Las palabras tropezaron unas con otras, y se interrumpió con torpeza.

—¿Qué efecto va a tener esto? —preguntó Connors acercándose y mirando las líneas.

—A los niveles actuales, poco. Pero parece estar aumentando de potencia.

—¿Y si sigue haciéndolo? —insistió Connors.

—Uf, no lo sé, Pat. —Jimmy se frotó la barbilla, donde unos pelos luchaban por crear el efecto de una barba—. Pero sería desastroso que aumentara, digamos, otros cuatro niveles. Esta cosa electromagnética destruiría las redes de suministro de energía, lo que dejaría sin funcionar determinados aparatos electrónicos. ¿Sabes por qué se pide al pasaje de un avión que apague sus ordenadores portátiles y walkmans cuando se va a iniciar el despegue? Bueno, en realidad estos aparatos no constituyen un problema, pero la compañía aérea no quiere correr el riesgo de que algo pueda interferir en los sistemas del avión. Ahora mismo, en el centro de cada uno de estos puntos, las interferencias son cuatro veces más fuertes que las de esos aparatos.

»El material radiactivo es otro tema. No veo cómo podría producirse este aumento, pero si sigue produciéndose a este ritmo durante varios días, dentro de nada habrá muchas personas gravemente enfermas y muchas otras muertas en las intersecciones de algunas de estas líneas de flujo. —Jimmy se animó—. Pero no puede seguir aumentando.

—¿Por qué no?

—Bueno, porque... —Jimmy hizo una pausa—. Quiero decir que acaba de ocurrir y... —Se interrumpió.

Pero Connors había advertido algo en el mapa. Abrió un carpesano de tres anillas que tenía sobre su escritorio y pasó algunas hojas.

—Dios mío —murmuró.

—¿Qué pasa? —Jimmy se alarmó aún más al ver la cara lívida de Pat Connors.

—Creo que sé cómo se está propagando —respondió Connors, metiendo un dedo en el carpesano—. Y creo que sé de dónde procede. —Arrancó una hoja, la acercó al mosaico y con un rotulador rojo empezó a marcar pequeñas X en el papel—. No son todos, pero algunos coinciden.

—¿Algunos qué?

—Los satélites MILSTARS. ¿Ves cómo éstos están situados a lo largo de las

líneas de propagación? En cada uno de esos puntos hay un satélite MILSTARS en órbita geoestacionaria. Quien sea, o lo que sea, está utilizando los satélites como medio de propagación. —Recordó los extraños datos en el satélite MILS-TARS-16 y por fin comprendió su significado.

—Pero ¿cómo es posible? Yo no podría hacerlo. Es técnicamente imposible.

—Me trae sin cuidado si es o no técnicamente posible —replicó Conners—, pero alguien lo está haciendo. Es demasiada coincidencia.

—Pero ¿por qué?

—No sé por qué, porque no sé quién lo está haciendo —respondió Conners—. Pero puedo decirte exactamente de dónde procede toda esta energía. —Puso una mano en un extremo del mosaico—. Justo aquí, en el centro norte de Camboya, donde el viejo señor Foreman quería que echara un vistazo con el Bright Eye. Y a alguien no le gustó que lo hiciéramos, porque lo quitó de en medio haciéndolo estallar.

—Pero ¿qué dices? ¿El Bright Eye ha estallado? —inquirió Jimmy, incrédulo.

—Maldita sea, sí.

—Pero estas líneas no parten de un solo punto —dijo Jimmy, haciendo un gesto de incredulidad—. Ya no. Lo hacían, pero ya no lo hacen.

—¿Qué quieres decir?

—Los colores. Las sombras indican... —Jimmy se interrumpió, como si buscara las palabras apropiadas para explicárselo—. Mira, Pat, fíate de mí en esto. Sé cómo leer esos colores y patrones, ¿de acuerdo?

Conners hizo un gesto de asentimiento. —Verás, al ver todo esto —continuó Jimmy—, empecé de nuevo para establecer a qué velocidad se incrementaba la energía. —Esbozó una sonrisa—. Y no sólo fui capaz de calcular el índice de crecimiento, sino también la ruta de la propagación. Comenzó, en efecto, en Camboya, pero ahora parece que está aumentando de energía desde otros lugares del planeta.

—¿Dónde? —preguntó Conners.

—Aquí, en las Bermudas; aquí, al oeste de Rusia, justo en el lago Baikal, y aquí, al oeste del Pacífico, junto a la costa japonesa. —Jimmy dio unos golpecitos en los lugares al nombrarlos—. Empezó en Camboya y es allí donde se está generando la fuerza más poderosa, pero las demás están aumentando en fuerza y capacidad de propagación, alimentándose de la de Camboya.

—Pero... —Conners se interrumpió. Había estado a punto de preguntar por qué, pero sabía que era una pregunta inútil—. Tal vez Foreman sepa qué es. Espero que así sea.

El submarino estadounidense Wyoming formaba parte de la Segunda Flota, cuyo cuartel general estaba en la base naval de Norfolk, en Virginia. No estaba previsto

que saliera antes de tres semanas según los turnos rotativos normales. Pero una llamada telefónica del jefe de Operaciones Navales (CNO) al capitán Rogers, al mando del submarino, trastocó los planes.

Los teléfonos de Norfolk y la base naval no habían dejado de sonar durante las dos últimas horas, alertando a los miembros de la tripulación y ordenándoles que se presentaran.

En lo alto del submarino, Rogers observaba la llegada de su tripulación en grupos, protestando por la extraña alarma. No le preocupaba la moral de sus hombres; los submarinos eran la élite de la marina, y sabía que podía contar con ellos. Sin embargo, le inquietaban las extrañas instrucciones que había recibido del CNO.

En primer lugar, se había saltado todos los escalones, y había muchos en la cadena del mando entre Rogers y el CNO. En segundo lugar, el CNO se había limitado a ordenar que zarparan lo antes posible, se dirigieran a toda máquina a una serie de coordenadas en el océano y esperaran nuevas instrucciones. Rogers había tenido la clara e inquietante sensación de que ni el mismo CNO estaba muy seguro de por qué daba tales órdenes y por qué él mismo las cumplía. Y para Roger eso quería decir que las órdenes sólo podían proceder de dos lugares: el ministro de Defensa o el presidente. Tanto si era uno como el otro, eso significaba que lo que ocurría era muy grave.

Pero Rogers había trazado en las cartas de navegación las coordenadas y se sintió desconcertado. Señalaban un punto a unos novecientos sesenta y cinco kilómetros de Norfolk, al sudoeste de las Bermudas.

Se frotaba su recién afeitada cara, cuando frente a la pasarela se detuvo otro autobús, del que bajaron un montón de marineros. Pero ¿por qué iba alguien a necesitar un submarino de misiles balísticos en esas coordenadas? Sintió la vibración de los motores a través de la plancha de acero bajo sus pies cuando el reactor se puso en marcha. Recorrió con la mirada la enorme cubierta del Wyoming, las veinticuatro escotillas herméticamente cerradas, distribuidas por pares hasta los timones de la cola. Dentro de esos silos había suficiente energía nuclear como para destruir el mundo, o al menos una buena parte.

—Ocho horas hasta situarnos en las coordenadas establecidas —informó su segundo de a bordo, el comandante Sills, que salió por la escotilla de la torre de mando.

—¿Estado de la tripulación? —preguntó Rogers.

—Se ha presentado el sesenta y siete por ciento.

—Pongámonos en marcha —ordenó Rogers.

—¿Y el resto de la tripulación, señor? —La cara de Sills reflejaba sorpresa.

Rogers introdujo un pie en la escotilla y buscó a tientas el travesaño.

—El CNO ha dicho lo antes posible, y el sesenta y siete por ciento nos permite

realizar la misión. Llama por radio al capitán del puerto y comunícale que saldremos dentro de cinco minutos.

CAPÍTULO 9

—Puedes seguir cualquiera de los dos caminos —dijo Hudson.

Ariana desplazó la mirada del experto en comunicaciones a Mansor, que acababa de bajar del techo después de haber fracasado en su búsqueda de un corte en el cable. Se hallaban los tres reunidos alrededor de una pequeña mesa sobre la que tenían extendidos los planos del avión.

Aparte de la misión de Mansor, la última hora había transcurrido sin incidentes, por lo que Ariana estaba agradecida. No habían cruzado el avión más rayos de luz, ni había llegado ningún ruido del exterior, pero nada de ello contribuyó a mejorar el ambiente del interior. Los cuerpos de Daley y el ingeniero muerto en el accidente estaban en la parte posterior del avión cubiertos con mantas, recordándoles continuamente su peligrosa situación, como si lo necesitaran.

Ariana miró al otro lado de la mesa. Mansor estaba cubierto de polvo, mugre y grasa, y no parecía muy contento. Había tardado más de una hora en cruzar a gatas el pasillo hasta la base de los dos puntales que sostenían la antena de radar rotatoria. Los cables del SATCOM estaban intactos hasta desaparecer en el puntal de la derecha. A Ariana se le estaban agotando las opciones, y sólo quedaba salir a comprobar la antena de radar. Que ella supiera, al estrellarse podía haberse partido todo el sistema y perdido la antena parabólica.

—Tienes la puerta de emergencia del ala o la escotilla de escape del techo. — Hudson las señaló en el plano, una en el ala derecha y otra en el techo del avión, justo detrás de la cabina de mando.

—¿Crees que la escotilla del techo puede haber sufrido daños? —preguntó Mansor.

Ariana recordó cómo habían cortado el metal.

—No lo creo, porque está ligeramente separada de la parte posterior de la cabina de mando.

—¿Qué hay de los rayos? —preguntó Ingram—. Y si los está disparando alguien desde fuera y en cuanto te ve... —Se interrumpió, ya que los demás sabían el final de la frase.

—No creo que nos encontremos en una situación estable —repuso Ariana—. Creo que tenemos que actuar y rápido. Estoy segura de que mi padre envió un equipo de rescate en cuanto perdió el contacto con nosotros. Si después del tiempo transcurrido no han dado con nosotros, debemos aceptar que no vamos a recibir ayuda del exterior. No sé por qué, pero ésta es la situación. Y el mensaje que hemos recibido nos ha dicho que sólo nos quedan doce horas, y ya hemos perdido algunas.

»El primer paso es tratar de restablecer las comunicaciones vía satélite para poder pedir ayuda. Si eso no funciona, tendremos que abandonar el avión. Propongo que probemos primero la radio.

Dadas las opciones, los demás hicieron un gesto de asentimiento. Mansor se puso de pie y se sacudió el polvo de la ropa.

—Iré contigo —dijo Ariana, cogiendo una pequeña linterna y metiéndola en el bolsillo.

—No es... —empezó a decir Mansor, pero ella lo hizo callar con la mirada.

—Adelante. Saldremos por la escotilla del techo —dijo Ariana—. Así no tendremos que subir desde el ala.

Mansor tenía en las manos un rollo de cable coaxial.

—Estoy listo.

Ariana se volvió y se dirigió a la parte delantera del avión. La escotilla de escape estaba en el techo de su oficina. Desengancharon su pesado escritorio de metal y lo colocaron debajo. Mansor se subió a él después de atar un extremo del cable coaxial a una pata, y giró el cierre de emergencia de la escotilla, que se abrió hacia abajo con gran estruendo y se quedó balanceándose, dejando a la vista un rectángulo negro como boca de lobo. No se veían estrellas, sólo una oscuridad total. Miró hacia abajo.

—¿Preparada?

—Preparada —respondió Ariana subiéndose al escritorio y acuclillándose a su lado.

Mansor se subió y salió a la oscuridad. Desapareció un segundo, luego reapareció su brazo. Ariana le cogió la mano, y él tiró de ella y la sacó del avión.

—Teníamos un equipo de rescate dispuesto para partir —dijo Freed—. Lucien lo había coordinado.

—¿Y? —preguntó Dane. Chelsea se frotó contra su pierna. Los cuatro mercenarios canadienses esperaban con el piloto junto al avión, fuera del alcance del oído.

Freed expuso los hechos.

—En cuanto a nuestro plan de rescate, Lucien envió al equipo, en cuanto se enteró del accidente a la última posición que teníamos del Lady Gayle.

—Y no han vuelto a saber nada de él —resumió Dane.

—Perdimos el contacto y no hemos vuelto a recuperarlo —repuso Freed.

—¿Quiénes fueron los afortunados cabrones? —preguntó Dane.

—Fuerzas Especiales camboyanas —respondió Freed—. Un equipo A de doce hombres, además de los dos miembros de la tripulación del helicóptero.

—Eso explica por qué el gobierno camboyano está tan impaciente por ayudarnos ahora —comentó Dane.

—A la mierda el gobierno de Camboya —repuso Michelet—. Quiero sacar a mi

hija de allí.

—Esos soldados camboyanos también eran personas —replicó Dane—. Y tenían una familia.

—Sus familias han sido generosamente compensadas —repuso Michelet—. Ése era su trabajo.

—¿Llevar a cabo misiones para norteamericanos ricos? —preguntó Dane.

—Aceptaron el dinero encantados.

—¿Por qué no me lo dijo? —preguntó Dane a Freed, mirándolo fijamente e ignorando al anciano.

—No sabemos lo que le ha ocurrido al equipo, de modo que no podía decirle gran cosa —respondió Freed. Al ver la mirada de Dane, suspiró—. Está bien. Creímos que no vendría si le decíamos que el equipo había desaparecido.

—La cinta. ¿Es auténtica?

—Sí —aseguró Freed—. El Lady Gayle recibió ese mensaje y nos lo envió antes de estrellarse.

—Tal vez alguien nos grabara en el sesenta y ocho y... —Dane se interrumpió.

—¿Y ha guardado la cinta durante treinta años antes de utilizarla? —preguntó Freed.

—¿Quién nos ha tendido la emboscada en el almacén? —preguntó Dane. Sabía que Freed y Michelet no mentían acerca de la cinta. Lo había advertido en cuanto la había oído. Pero sabía que los dos hombres le ocultaban otra información.

—Debe de ser gente contratada por Syn-Tech —dijo Freed.

—Tal vez fueran camboyanos cabreados por los tipos de las Fuerzas Especiales —sugirió Dane.

—No —replicó Freed, haciendo un gesto de negación—. No han tenido tiempo. Ha tenido que ser Syn-Tech. Además, pagamos generosamente a los camboyanos y a sus familias.

—¿Algo más que yo no sepa? —preguntó Dane.

—Ahora lo sabe todo —lo tranquilizó Freed.

—Eso suponiendo que ustedes lo sepan todo —Dane hizo una mueca—, y no creo que sea ése el caso.

Freed no hizo ningún comentario.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Dane.

—Saltaremos con ellos —respondió Freed señalando por encima del hombro a los canadienses.

—¿Quiénes? —preguntó Dane.

—Usted, yo y el profesor Beasley.

—¿Saltaremos? —preguntó Beasley, frunciendo el entrecejo en un gesto de preocupación.

—Ha aceptado el trato —replicó Freed—. Todo lo que tiene que hacer es saltar de la rampa. El paracaídas hará el resto.

—¿Saltar de la rampa? —repitió Beasley.

—¿Y usted? —preguntó Dane, volviéndose hacia Michelet.

—El señor Michelet —Freed respondió por su jefe— volará con nosotros, se asegurará de que bajamos sin problemas y despejará una zona de aterrizaje, luego volverá aquí, llevará el helicóptero de vuelta a la zona de aterrizaje y esperará a que nos pongamos en contacto con él para que nos recoja o a que lleguemos a la zona de aterrizaje.

—¿Dónde está la zona de aterrizaje? —preguntó Dane.

—La cima de la colina situada a cinco kilómetros de la torre de vigilancia de la que vamos a saltar —respondió Freed sacando su mapa.

Dane se puso rígido. Bajó la vista hacia Chelsea, que había vuelto la cabeza y miraba hacia un lado del hangar.

—Viene alguien —murmuró.

Freed levantó el cañón de su M-116.

—No, no hay peligro. —Dane ladeó la cabeza. Con los años había percibido las auras de mucha gente, pero quien se acercaba en esos momentos era diferente, muy diferente. Sintió un extraño escalofrío en la espalda. Chelsea también había percibido algo, porque tenía la cola levantada y la meneaba rápidamente, golpeándole la pierna.

—Tranquila —susurró. Pero sabía que la perra no lo prevenía de ningún peligro.

Por la esquina del hangar apareció una mujer. Alta y de rasgos orientales, tenía un rostro asombrosamente hermoso. Dane no supo adivinar de qué parte de Oriente procedía; advirtió que llevaba la sangre de varias razas, y tal vez de varios antepasados europeos también. Vestía pantalones negros, un cuello de cisne gris y una fina chaqueta entallada negra, y llevaba al hombro un bolso de nailon. Fue derecha hacia Dane y se detuvo a un palmo de él, mirándolo fijamente.

—¿Quién es usted? —preguntó Freed.

—Se llama Sin Fen —respondió Dane, con los ojos todavía clavados en ella. Esbozó una sonrisa—. ¿Tengo razón?

La mujer inclinó la cabeza hacia la izquierda, indicando que sí.

—¿La conoce? —Freed estaba confundido.

—Acabamos de conocernos —dijo Dane—. Pero sabe algo que necesitamos saber, ¿verdad?

De nuevo la ligera inclinación y el amago de una sonrisa en los labios de la joven. Ésta alargó la mano derecha, los esbeltos dedos de uñas puntiagudas y pintadas de rojo brillante extendidos.

Chelsea se adelantó y agachó la cabeza. La mujer se dobló por la cintura, como un árbol alto en un viento recio, y deslizó los dedos en su pelo.

—Una buena perra —dijo, hablando por primera vez. Dane no supo precisar su acento, pero advirtió que se había educado en Europa.

—Sí, una perra muy buena —respondió Dane. Echó un vistazo a Freed y a Michelet. Detrás de ellos, Beasley observaba. Dane escuchó maravillado las voces dentro de su cabeza, luego dijo en voz alta—: Fue Syn-Tech quien contrató a los hombres que nos han atacado en el almacén. Y están organizando un grupo para impedir que lleguemos al Lady Gavie.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Michelet.

—Me lo ha dicho ella. —Dane señaló a Sin Fen.

—Pero si ella no ha dicho nada —protestó Freed.

—El grupo de Syn-Tech ya ha hecho escala en Camboya, al norte de Angkor Wat —dijo Sin Fen, volviéndose hacia los demás—. Tienen un helicóptero y se dirigirá al norte en cuanto amanezca.

—No serán capaces de... —empezó a decir Michelet, pero Sin Fen levantó su mano libre.

—Puede que sepan dónde está exactamente el Lady Gayle. Entre la tripulación hay un espía.

—¿Un espía? —estalló Michelet.

—No queda mucho tiempo —dijo Sin Fen volviéndose de nuevo hacia Dane. Se llevó la mano izquierda al bolsillo de la chaqueta negra, sin dejar de acariciar con la otra el cuello de Chelsea, y sacó un trozo de papel satinado—. Una imagen obtenida por satélite. Su avión.

Michelet cogió el papel, con Freed a su lado y Beasley mirando por encima de su hombro.

—¡Dios mío! —exclamó. Levantó la vista hacia Sin Fen—. ¿Qué le ha ocurrido?

—No lo sé.

—Pero... —Michelet meneaba la cabeza—. No puede ser cierto. El fuselaje se habría partido si... —Se interrumpió confundido—. Jamás habría podido aterrizar así.

—Pero es cierto —replicó Sin Fen—. Y al pie están las coordenadas. No muy lejos de donde creo que tienen ustedes previsto saltar.

—¿Cómo sabe dónde vamos a saltar? —preguntó Freed.

—Sabe muchas cosas —dijo Dane.

—¿Cómo la ha conseguido? —preguntó Freed, refiriéndose a la fotografía que tenía en la mano.

—Un amigo común —respondió Sin Fen.

—Estabas en el tejado del almacén —dijo Dane. Era una afirmación.

—¿Fue ella quien acabó con la emboscada? —El tono de Freed dejó traslucir su incredulidad.

Michelet no escuchaba, concentrado en localizar las coordenadas en su mapa.

—Está cerca de donde pensábamos que había caído. ¡Todos a bordo! —ordenó a gritos, entregando la fotografía a Freed y dirigiéndose al avión.

Dane no se movió. Cogió la fotografía de las manos de Freed, que siguió a su jefe. Pero él se quedó esperando. Observó cómo Sin Fen recorría con los dedos el pelo de Chelsea. Luego Sin Fen se irguió. La perra pareció sobresaltarse, retrocedió hasta Dane y se frotó el costado contra su pierna.

—¿Quién eres? —preguntó en voz baja.

—Soy Sin Fen.

—Eso ya lo sé. ¿De dónde eres?

—De un lugar que no queda lejos de adonde vas ahora —respondió ella. Levantó una mano y añadió—: No. Dentro no, pero cerca. Yo también he sentido lo mismo que tú. Y he oído las mismas voces, no tan claras como tú, creo, pero lo suficiente para saber que son reales.

Los motores del C-123 tosieron al ponerse en marcha. Los demás ya habían embarcado, esperando.

—El avión —dijo Dane. Sostuvo en alto la fotografía—. ¿Cómo ocurrió? Es imposible físicamente.

—Ocurren muchas cosas imposibles en la puerta de Angkor —repuso ella, encogiéndose de hombros.

—¿La puerta de Angkor?

—Es como llamamos a ese lugar en Camboya.

—¿Por qué hablas en plural?

—Ya lo sabrás —respondió Sin Fen.

—Necesito más información —dijo Dane en voz alta. Luego se concentró en un pensamiento: Necesito saber cómo es posible que hablemos sin hablar.

Un amago de sonrisa apareció en los labios rojos de Sin Fen.

Teorías. Nada está demostrado.

Las palabras llegaron en una extraña mezcla de imágenes, pero Dane logró dar sentido a lo que ella intentaba transmitirle. Le hizo pensar en cuando iba en coche y una melodía se le metía en la cabeza, y entonces encendía la radio y tocaban esa canción. Las palabras de Sin Fen eran como la primera parte de eso, una melodía de palabras que llegaban de forma espontánea, pero que, si se concentraba, podía darles sentido.

—Me conformo con las teorías —respondió Dane en voz alta.

—Creo que deberíamos marcharnos —dijo Sin Fen—. Te diré lo que sé por el camino.

Foreman bajó la vista hacia la pantallita luminosa. No reconoció el nombre, pero sí la identificación: Dirección Nacional de Seguridad, Obtención de Imágenes por Satélite. Apretó un interruptor y conectó la llamada al altavoz de su cubículo

insonorizado y a prueba de balas.

—Aquí Foreman.

—Soy Patricia Conners. —La voz de una mujer llenó el cubículo—. Trabajo para...

—Lo sé —interrumpió Foreman—. Estoy muy ocupado, señora Conners. ¿Qué quiere?

—Un poco de educación sería lo adecuado.

Foreman suspiró y esperó.

—He revisado los datos que le hemos enviado —continuó Conners.

—Se supone que no debe hacerlo —advirtió Foreman.

—¿Quiere que juguemos o quiere averiguar lo que está pasando?

—¿Por qué no me dice lo que está pasando? —preguntó Foreman.

—Tiene imágenes electromagnéticas de todo el mundo. —Conners no esperó a que respondiera—. También tiene el patrón radiactivo que se superpone a ellas. Y sabe que proviene de la región de Camboya que me pidió que reconociera con el Bright Eye.

—Por favor, no me diga lo que ya sé. —Foreman alargó una mano hacia el interruptor para cortar la comunicación.

—¿Sabe cómo se están propagando las ondas electromagnéticas y la radiactividad?

—¿Por qué no me lo dice usted? —Foreman detuvo la mano.

—Una extraña señal energética está siendo transmitida a un satélite MILSTARS y a continuación difundida por toda la red de MILSTARS —explicó Conners—, utilizando los satélites situados a lo largo de unas líneas que discurren entre lo que parecen ser puntos críticos.

—Continúe. —Foreman retiró la mano.

—Se lo he consultado a un colega del Pentágono y hemos perdido todas las comunicaciones con la red de MILSTARS. No saben por qué, pero es así, ¿verdad, señor Foreman?

—¿Está segura de que la energía se transmite a través de los MILSTARS? —preguntó Foreman—. ¿Cómo sabe que los MILSTARS no la están recibiendo de lecturas de tierra?

—He comprobado la propagación, y sigue los satélites MILSTARS desde Camboya hacia fuera —respondió Conners—. Empezó allí, pero ahora parece haber conexiones más débiles en las Bermudas, al oeste del Pacífico y en otros lugares.

—Pero ¿cómo se puede hacer eso? —preguntó Foreman, recostándose en su silla y dándose unos golpecitos en el labio con un lápiz.

—Aún no lo sé, pero tengo a un colega trabajando en ello. —Después de una breve pausa, Conners añadió—: Si nos dijera lo que sabe, podría ayudarnos.

—No hay mucho que explicar.

—¿Sabe qué destruyó el Bright Eye? —preguntó Connors.

—No.

—¿Sabe qué hay en Camboya, capaz de distorsionar nuestras imágenes?

—No.

—Bueno, aquí parece que sólo hablo yo. Déjeme terminar entonces. Mi colega ha hecho ciertos cálculos a partir de los datos que le hemos enviado. Supone que si las alteraciones electromagnéticas y radiactivas de estos dieciséis lugares siguen aumentando e intensificándose al ritmo que lo están haciendo ahora, en menos de veinticuatro horas se producirán las primeras muertes en los nodos críticos donde está concentrada casi toda la energía.

»Se trata de una progresión geométrica, de modo que la energía se multiplica —continuó Connors—. Mi colega intuye que estos dieciséis lugares están situados de tal modo que acabarán conectándose unos con otros hasta cubrir el mundo.

—¿Cuándo calcula que ocurrirá eso? —preguntó Foreman.

—En dos días la cobertura será total.

Foreman reflexionó. En dos días el fin del mundo.

—¿Tiene su compañero alguna idea de cómo se puede impedir su propagación?

—Aún no hemos llegado tan lejos —respondió Connors.

—Estoy tratando de localizar la fuente de energía —dijo Foreman—, pero si fracaso, sería muy útil que se les ocurriera un modo de impedir que se propague.

—Si no puede sellar la fuente, tendrá que interrumpir el conducto de propagación.

—¿Está segura de que están utilizando los satélites MILSTARS?

—Sí. —La voz de Connors era firme.

Foreman casi sonrió. Era reconfortante que alguien estuviera seguro de algo.

—¿Qué podemos hacer al respecto?

—Desconectar los satélites afectados.

—¿Y si eso no funciona?

—Destruirlos.

—¿Cómo?

—Con un MHV disparado desde el Thunder Dart.

Foreman estaba impresionado. Esta mujer sabía de qué hablaba.

—Al Pentágono no le entusiasmará la idea de destruir sus propios satélites.

—Según las instrucciones que usted me ha enviado —dijo Connors—, tiene suficiente autorización para poner un SR-75 y el Thunder Dart en el aire.

—Pero tengo entendido que los MHV se controlan desde tierra. Lo que significa que tendré que obtener la aprobación del Pentágono.

—Yo puedo controlarlos —dijo Connors—. Hemos trabajado con el Pentágono en el sistema y he hecho muchas veces el simulacro.

Foreman volvió a sentirse impresionado.

—Consultaré la opción. Le agradezco la información y la ayuda que me ofrece.
¿Puede mantener vigilada la zona de Camboya?

—No podemos verla —replicó Conners.

—Lo sé, pero por si acaso. Además, es útil hasta saber cuánto no se puede ver.

—Con su autorización puedo poner justo encima un KH-12 y dejarlo allí.

—Hágalo. La llamaré.

Foreman cortó la comunicación, luego se recostó en su asiento y miró fijamente las imágenes sujetas con celo en el cristal de su cabina. Empezaba a intuir parte de lo que estaba pasando, y aunque no comprendía casi nada, un nudo en la boca del estómago le advirtió que tal vez ya era demasiado tarde para impedir que ocurriera, fuera lo que fuese. Sabía que los demás tardarían mucho en aceptar la situación, y para entonces sería demasiado tarde. Pero no había duda de lo que indicaba la información: las puertas aumentaban de tamaño y estaban a punto de conectarse. Estaban invadiendo la Tierra.

Miró la pantalla situada en la parte delantera del centro de operaciones. Mostraba la posición del C-123, que en esos momentos se acercaba a la frontera de Camboya. Apretó otro interruptor.

—¿Alguna noticia de Sin Fen?

—No, señor.

—Deja abierta la línea.

Luego procedió a comprobar las fuerzas militares que Bancroft había movilizado. Todos los submarinos, barcos y aviones estaban convergiendo en las puertas. No sabía lo que podrían hacer una vez que llegaran allí, pero tenía la impresión de que era mejor estar preparados.

Miró el mapa del mundo. Si lo que había en las puertas utilizaba los MILSTARS para propagarse, entonces sólo podía jugar una carta para frenarlo, la carta que Patricia de la NSA le había arrojado sobre la mesa. Sabía que al Pentágono le daría un ataque cuando se enterara, pero no quedaba tiempo.

Ariana hubiera jurado que sentía en la piel la textura del aire fuera del avión, y hasta cómo entraba en sus pulmones. Le hizo pensar en las extrañas mezclas que había utilizado en bombonas al practicar el submarinismo en las profundidades del mar, pero esa sensación era ligeramente nauseabunda.

Miró fijamente la oscuridad impenetrable. Lo único que veía era la línea dorada que perforaba el lado izquierdo del avión y salía por el derecho, junto con un segundo haz, más bajo y alejado de la parte trasera. Los haces comenzaban y desaparecían en una niebla a doce metros de distancia.

Se sobresaltó al mirar alrededor. Cerca de la cola del avión, un grueso haz de luz dorada salía disparado hacia el cielo, unos seis metros por encima de donde estaban.

Aparte de eso, no había nada. Oía la respiración de Mansor, y los latidos de su propio corazón resonaban con fuerza en su cabeza. Con el resplandor de los haces de luz, y una vez que sus ojos empezaron a adaptarse a la penumbra, advirtió una ligera visibilidad, pero era imposible distinguir más allá de unos pocos centímetros.

Se metió una mano en el bolsillo de su mono y sacó la linterna, pero alguien le agarró con firmeza la muñeca. Apenas reconoció la silueta de Mansor a su lado.

—Yo no lo haría. No creo que debamos llamar la atención. —Tienes razón —admitió Ariana, soltándose—. Vamos. Avanzaron a tuestas, permaneciendo en lo más alto del centro de la curvatura. Mansor iba desenrollando cable a medida que avanzaba y Ariana pasaba una mano por él, dejando que cayera detrás de ella. Se concentró, pero no oyó nada. La ausencia total de sonido era inquietante, tanto como la falta de luz. Se preguntó si cuando amaneciera, el sol lograría penetrar o no la extraña niebla que envolvía el avión.

Recorrieron seis metros a lo largo del fuselaje. Ariana apenas veía la parte superior del avión bajo sus pies y unos dos metros al frente.

De pronto sintió algo detrás de ellos. Se volvió. En el morro del avión había aparecido un círculo de luz dorada, unas dos veces el diámetro del fuselaje, que iluminó dentro de su perímetro el revestimiento. Ariana pudo ver el boquete en la parte superior de la cabina de mando conforme el círculo de luz se deslizaba por el avión, cubriendo medio metro por segundo. El círculo sólo tenía tres metros de fondo y estaba rodeado de oscuridad, como si el haz de una enorme linterna recorriera el avión.

—No te muevas —susurró, sabiendo que no iban a poder dejarlo atrás.

Mansor no necesitó que le insistiera, al ver lo que se acercaba a ellos.

Los dos permanecieron inmóviles mientras la luz se deslizaba por el avión. Cuando llegó a su altura, Ariana sintió que se le erizaba el vello y como si una banda le comprimiera el cerebro. El dolor de cabeza se volvió insoportable y contuvo un grito.

Luego el círculo pasó de largo y volvieron a quedar en la oscuridad, y el dolor cesó tan deprisa como había empezado.

El círculo dorado continuaba bajando por el avión y ella lo siguió con la mirada.

—¡Dios! —exclamó Mansor cuando el círculo recorrió el centro y vieron esa parte del avión.

Ariana se quedó mirándola con incredulidad. Las alas habían desaparecido, cortadas limpiamente a medio metro del cuerpo del avión. Éste parecía descansar en una maraña de ramas rotas, pero Ariana sabía que no habían perdido las alas al estrellarse. No había rastro de ellas, y sabía que habían desaparecido mucho antes de que se estrellaran. Empezó a comprender algunas de las últimas palabras que le habían llegado de la cabina de mando.

Observó cómo el círculo alcanzaba la antena de radar y vio de dónde salía el haz vertical. Justo de la parte superior de la antena de radar.

—Mierda —murmuró Mansor—. Ahora sabemos por qué... —Se interrumpió cuando los dos oyeron el ruido de algo enorme que se movía a su izquierda.

Ariana entrecerró los ojos, pero la única imagen que distinguió fue una sombra más oscura contra la oscuridad, si eso era posible. Su forma indeterminada se alzó sobre ellos a unos cincuenta metros de distancia. Los árboles crujían aplastados bajo su peso, y ella supo que se acercaba. Por encima del estrépito se oía el mismo ruido de algo reptante que habían oído en el interior del avión, con un siseo de fondo, como el del vapor al salir de unas calderas gigantescas.

A Ariana se le paró el corazón cuando empezó a reconocer la oscura forma: la parte delantera del cuerpo de una gruesa serpiente de tres metros de ancho se levantaba del suelo, y a unos dieciocho metros de altura, muy por encima de Ariana, se dividía en siete cabezas de serpiente, cuyas bocas abiertas siseaban al tiempo que giraban y se retorcían. Cada cabeza tenía más de un metro de ancho y de alto, y en ellas brillaban unos ojos oscuros de treinta centímetros de diámetro. Detrás, el resto del cuerpo se prolongaba hasta desaparecer en la oscuridad.

Mientras Ariana permanecía paralizada, Mansor se volvió y retrocedió corriendo hacia la escotilla por la que habían salido. Una de las cabezas de la serpiente bajó disparada hacia él, mostrando unos colmillos de treinta centímetros de largo.

De la oscuridad al otro lado del avión salió un rayo de luz azul, que golpeó de refilón la cabeza de serpiente. Con un siseo furioso, ésta retrocedió, a apenas metro y medio de Mansor. Los colmillos se cerraron de golpe, con frustración.

En un asombroso alarde de buena puntería, el haz azul disparó en menos de dos segundos siete explosiones breves que alcanzaron cada una de las cabezas. Justo cuando el haz azul lanzaba su último fogonazo, un haz dorado alcanzó a Mansor, que se quedó paralizado como un ciervo deslumbrado por unos brillante faros.

—¡ Ariana! —formuló con los labios. Ella salió de su estupefacción y se acercó a él, pero el haz dorado lo elevó tres metros por encima del fuselaje.

Ariana miró por encima de su hombro al oír moverse a la criatura, pero ésta se alejó hasta desaparecer en la oscuridad. Se volvió hacia Mansor. El haz dorado empezaba a arrastrarlo en la dirección contraria, hacia su fuente. Se colocó justo debajo de él, impotente. Cogió el cable que él todavía tenía en las manos y que estaba atado al interior del avión, se lo enrolló alrededor de la muñeca e intentó oponerse a la fuerza, sintiendo cómo sus propios pies se levantaban del suelo.

El rayo azul volvió a salir de la oscuridad y alcanzó a Mansor. Las luces dorada y azul brillaron alrededor de su cuerpo en una explosión de color. Ariana advirtió que el haz dorado ya no tiraba de ella, sino que más bien parecía atrapada en un extraño tira y afloja, colgada de su muñeca izquierda, rozando con los pies la parte superior del

avión.

Levantó la vista y alcanzó a ver los ojos de Mansor cuando éste volvió la cabeza desesperado y la miró, con la boca todavía abierta en un grito silencioso.

En cambio, el grito de Ariana sí se oyó, cuando el cuerpo de Mansor reventó en una explosión de sangre y vísceras que llovieron sobre ella.

Los dos haces de luz desaparecieron. Ariana se desplomó sobre el fuselaje. Apenas se dio cuenta de que era arrastrada hacia adelante por el cable coaxial; todo lo que fue capaz de registrar fue la húmeda sensación de la sangre de Mansor en su cara.

CAPÍTULO 10

Sentado en el asiento de tela roja, Dane recorrió el avión con la mirada. Los canadienses estaban sentados en medio de la cabina, cerca de Michelet y Freed. El tercio delantero estaba ocupado por un gran contenedor metálico de color verde, algo que Dane había visto antes: una bomba de dos mil doscientos cincuenta kilos diseñada para ser arrojada por la rampa trasera. Al estallar, despejaría una zona lo bastante amplia para que aterrizara un helicóptero. La había visto arrojar antes, y hasta había estado en tierra cerca cuando estalló una de esas «cortadoras de margaritas», como las llamaban. La onda de choque le había levantado un metro del suelo.

Se concentró y miró a Sin Fen, sentada al otro lado de la cabina.

¿Cómo podemos hacer esto?

Ella clavó sus ojos oscuros en los de él, haciéndole saber que lo había «oído». Se levantó y se sentó a su lado.

—Será más fácil si hablamos —dijo—. Esta facultad es un salto atrás genético.

—Continúa —instó él.

—¿Sabes algo sobre la mente bicameral? —La respuesta negativa de Dane llegó inmediatamente a la cabeza de Sin Fen, que continuó—: Está bien, deja que empiece con lo básico para que lo entiendas. En primer lugar, eres zurdo, ¿verdad?

—Sí.

—Yo también. La mayoría de la población, por supuesto, es diestra. Lo que significa que el lado izquierdo de su cerebro es el hemisferio dominante, debido al cruce de neuronas en la base del cráneo. Así pues, formas parte del tres por ciento de la población, en la que el lado dominante de su cerebro es el derecho. Pero creo que tu caso aún es más excepcional, ya que, en cierto modo, ambos lados son dominantes, en el sentido de que trabajan coordinados de una forma mucho más eficaz que en una persona normal. —Ella debió de percibir su confusión, porque inmediatamente añadió—: Deja que retroceda un poco. La cuestión es en qué punto de su evolución el ser humano se distinguió de otros animales. Qué nos hace diferentes, por ejemplo, de un mono. Una persona ignorante diría que el acto de pensar, pero eso no es cierto. Todos los ejemplos evidentes del pensamiento están presentes en distintos grados en el mundo animal: el aprendizaje, la capacidad para conceptualizar. Es cierto que pueden ser muy básicos, pero están ahí, de modo que la línea divisoria tendría que ser arbitraria.

Dane se sorprendió escuchando, hipnotizado por los dos niveles de la conversación: el hablado y el otro nivel, más profundo, dentro de sus cabezas, donde

sabía que ella estaba obteniendo más de él que él de ella.

—Están quienes piensan que creen que la gran diferencia es el lenguaje, pero hay varias especies que tienen un lenguaje rudimentario. Es un hecho reconocido que los delfines se comunican entre sí a cierto nivel. Y algunos monos utilizan unas ochenta señales o códigos..., comunicación, realmente.

»Existe también la teoría de que sólo rompimos con el mundo animal cuando fuimos capaces de comunicarnos extensamente con un lenguaje verbal, y dejamos de actuar como parte de un grupo para hacerlo como individuos. Pero lo que tienes que comprender es que el ser humano, en su origen, no poseía el lenguaje verbal, ni siquiera un sistema de comunicación verbal primario.

»¡Espera! —exclamó Sin Fen, impidiendo que Dane la interrumpiera como era su intención—. Escúchame y sabrás todo lo que yo sé. Hay una teoría psicológica que es anterior a la de poseer un lenguaje verbal extenso, y que afirma que los primeros Homo Ssapiens se comunicaban a un nivel telepático, lo cual, aunque contribuyó a una defensa de grupo efectiva en un ambiente hostil, también retrasó el progreso, porque requería que el grupo permaneciera unido y, además, pensara más o menos lo mismo. Una vez que desarrollamos el lenguaje verbal, fuimos capaces de explorar y tener más iniciativa como individuos. Es en este momento cuando el hombre se separa del mundo animal.

»Lo interesante del caso es que el desarrollo del lenguaje no estuvo determinado tanto por factores externos como por la evolución física del propio cerebro humano.

Dane sentía a Chelsea apretada contra su pierna, y oía el continuo traqueteo de los motores del avión. Incluso era consciente de que Freed se movía por la cabina, sacando los paracaídas de sus envoltorios y preparándolos. Pero él estaba concentrado sobre todo en Sin Fen.

—Aquí es donde interviene la mente bicameral —continuó ella—. El cerebro humano está compuesto de dos mitades, que son casi idénticas, pero están muy poco conectadas entre sí. Los científicos creen que los dos lados se desarrollaron de ese modo para ofrecer distintas opciones a los procesos críticos de nuestro cerebro.

»Los centros del habla del cerebro están presentes casi en la misma proporción en los dos hemisferios, y sin embargo en el noventa y siete por ciento de la población sólo funcionan los del hemisferio izquierdo. ¿Qué ha ocurrido con los centros del habla del derecho? Siguen allí, tres áreas distintas que trabajan juntas para producir el habla: el área motor suplementaria, la menos importante; el área de Broca, en la parte posterior del lóbulo frontal; y el área de Wernicke, en la parte posterior del lóbulo temporal, cuya eliminación provoca una pérdida permanente de la capacidad de expresión oral coherente.

»En la mayoría de las personas estas áreas funcionan conjuntamente desde el hemisferio izquierdo para producir el habla, pero también están presentes en el

derecho, aparentemente sin funcionar. Algunos creen que era en estos centros del habla del otro hemisferio donde residía la capacidad telepática. Inicialmente, los dos lados del cerebro humano estaban más conectados, y los centros del habla trabajaban en armonía, de modo que todos los hombres podían «hablar» unos con otros como lo hacemos nosotros. —Sin Fen sonrió, mostrando una dentadura perfecta y muy blanca—. Siempre has sido capaz de sentir cosas, hasta de oír «voces» que otros no oían, ¿verdad?

Dane hizo un gesto de asentimiento.

—Claro que, como el lenguaje verbal aún no estaba desarrollado, los mensajes que podían enviar eran muy básicos, apenas oleadas de emoción pura. Como advertencias de peligro a través de un ataque de miedo, por ejemplo. En cierto sentido era preciso el desarrollo de un vocabulario verbal para que el hombre incorporara al lenguaje la profundidad y la sutileza que nos ha permitido avanzar como especie. Pero al perder nuestra capacidad telepática, en cierto sentido también hemos retrocedido.

»¿Te imaginas que los seres humanos hubieran vuelto al punto de partida? ¿Si tuvieran el lenguaje verbal y conservaran también la capacidad telepática? ¡Pues así somos nosotros!

«Nuestros centros del habla han experimentado el mismo desarrollo en ambos lados del cerebro. Y los dos hemisferios de nuestro cerebro están también mejor interconectados que los de una persona normal. He visto imágenes de resonancia magnética de mi cerebro y sé que es un hecho. De ahí que podamos comunicarnos telepáticamente y que tengas ese "sexto" sentido que tan útil te ha sido. Sencillamente, tu cerebro está funcionando a un nivel superior, es capaz de analizar un mayor número de datos sensoriales de una forma más eficiente que una persona normal.

Dane se quedó mirando a Sin Fen. Siempre había sabido que era diferente, pero como no tenía una idea muy clara de qué era lo normal, no había sospechado lo diferente que era en realidad.

—Todos los psicólogos fisiológicos —continuó Sin Fen— admiten que en el lado del cerebro que no interviene en el habla hay un área de Wernicke. Y en la mayoría de las personas puede eliminarse sin causar ningún problema. Pero algunos defienden que esa área que aparentemente no funciona es el centro de nuestra imaginación, el lugar donde oímos las voces de los dioses.

Dane se sobresaltó. Había oído voces dentro de su cabeza toda su vida, y sabía por la forma en que la voz de Sin Fen resonaba en su cerebro que no se refería a «dioses» en el sentido tradicional, sino a un orden más elevado de conciencia.

—Esta área no sólo te proporciona la capacidad para «hablarme» —prosiguió Sin Fen—, sino también otras muchas capacidades, de algunas de las cuales no eres

consciente. Tienes parte del poder que los antiguos atribuían a los dioses.

Dane vio que Freed pasaba una mano por la línea estática que se extendía por el interior de la cabina, de la parte delantera a la trasera, para comprobarla.

—¿Qué tiene esto que ver con el lugar adonde vamos? —preguntó Dane, intentando llevar la conversación a un nivel que él pudiera manejar.

—No lo sabemos.

—¿Por qué hablas en plural? ¿Para quién trabajas?

Dane se sobresaltó al ver la imagen en la conciencia de Sin Fen justo antes de que cayera sobre ella una cortina mental.

—¡Foreman!

—¿Qué? —gritó Freed, con voz apenas audible por los ruidos del avión—. ¿Qué ha dicho?

Dane interrumpió la comunicación con Sin Fen, ganándose un ladrido de aprobación de Chelsea.

—¿Cómo dice?

—Ha dicho algo —gritó Freed.

—Nada —respondió Dane.

—Es hora de prepararnos para saltar.

Dane miró a Beasley, que en ese momento parecía muy poco entusiasmado con la perspectiva. Al ponerse de pie, proyectó sus pensamientos hacia Sin Fen: Quiero saber toda la verdad.

Los oscuros ojos de Sin Fen sostuvieron su mirada.

Te diré todo lo que sé, pero no es gran cosa.

—¿Dónde está Mansor? —preguntó Ingram, agarrando a Ariana por el brazo y clavándole los dedos en los bíceps.

Ariana sabía que él temía que estuviera en estado de shock, pero aún no estaba preparada para volver a la realidad. Deseaba estar en estado de shock, olvidar lo que acababa de presenciar.

La habían arrastrado hasta el interior del avión tirando del cable coaxial. Levantó la mirada. El ver que la escotilla seguía abierta sobre sus cabezas tuvo el mismo efecto que si le hubieran dado una bofetada en la cara, haciéndola volver a la realidad.

—¡Cerrad la escotilla! ¡Cerradla! —gritó.

Lisa Carpenter subió de un salto al escritorio y la cerró.

—¿Qué le ha pasado a Mansor? —preguntó Ingram una vez más, mientras ella retiraba la mano de su brazo—. ¿Está fuera? ¿Salimos a buscarlo?

Ariana lo miró fijamente, reprimiendo la carcajada demencial que le subía por el pecho. Extendió los brazos mostrando la sangre que la cubría.

—Esto es lo que le ha pasado a Mansor. Esto es Mansor.

—¡Santo cielo! —exclamó Ingram, conmocionado.

—¿Qué hay del SATCOM? —preguntó Carpenter.

Ariana mostró el cable. Había sido cortado limpiamente. Tiró del cabo suelto y lo desenrolló de su muñeca. Le dolía por donde le había apretado, pero no era un dolor agudo, sino amortiguado. Tiró el cable al suelo y se desplomó en una silla giratoria.

Hizo balance de la situación, procurando dominarse. Sólo quedaban cinco con vida. Hudson estaba sentado en una silla, con sus piernas heridas en alto. Herrín se había acurrucado en un rincón y sus ojos vidriosos indicaron a Ariana que hacía tiempo que se había ido y no podía contar con él. Ingram parecía estar bien, pero la edad era un inconveniente. Carpenter parecía preparada, con sus musculosos brazos negros cruzados. Pero ¿preparada para qué?, se preguntó Ariana. Se llevó una mano a la cara, distraída, y la apartó pringosa y cubierta de sangre seca.

—Toma —dijo Carpenter, tendiéndole una toalla.

Ariana se limpió lo mejor que pudo.

—¿Qué ha pasado ahí fuera? —preguntó Ingram.

Ariana explicó lo ocurrido. Cuando hubo terminado, reinó el silencio.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Carpenter, rompiendo el angustioso silencio.

—Nada —dijo Ariana—. No vamos a hacer nada. Sólo esperar y rezar. Pero ni siquiera sé si eso servirá de algo, porque, que yo sepa, podríamos estar ya en el infierno.

Por mucho que Foreman detestara la burocracia, había ocasiones en que también la agradecía, así como la lealtad ciega que le profesaban quienes ocupaban los distintos recovecos del gobierno.

En esos momentos tenía un satélite conectado directamente con el representante de la Oficina Nacional de Reconocimiento (NRO) del Centro de Pruebas del lago Groom, conocida en los medios de comunicación y entre los fanáticos de los ovnis como Área 51. Había dado la orden hacía veinte minutos, y la eficiente NRO había respondido con su habitual diligencia.

—El SR-75 está listo para despegar —informó el representante de la NRO.

—Adelante —ordenó Foreman.

El lago Groom se caracterizaba por tener la pista de aterrizaje más larga del mundo, construida sobre el lecho seco del lago. De once kilómetros de longitud, había sido el terreno desde el que se habían probado por primera vez aviones tan exóticos como el Stealth Fighter y el bombardero B-2.

Pero el avión que acababa de salir de un hangar gigantesco por orden de Foreman hacía que esos aviones más antiguos parecieran juguetes a su lado. De más de setenta y cinco metros de largo, casi la longitud de un campo de fútbol, y trescientos de ancho de un extremo a otro de sus alas en forma de V, el Penetrator SR-75 era la aeronave más avanzada construida por el hombre. Tenía la forma de un bombardero

B-2 alargado. La tripulación estaba integrada por el piloto, el copiloto y el oficial de reconocimiento (RSO), sentado en un compartimento especial en la parte superior de la cabina de mando. En el interior del avión había sentado un cuarto hombre, esperando.

Tras la última orden de Foreman, el piloto del SR-75 accionó el acelerador de mano del motor turborreactor convencional y el colosal aparato empezó a deslizarse por la pista. Fue preciso que recorriera cuatro kilómetros para alcanzar la velocidad necesaria para que las alas delta se elevaran y las ruedas se despegaran del suelo.

Con el motor turborreactor funcionando a tope, el piloto siguió ganando altura y velocidad.

—Necesito que esté al tanto y me informe inmediatamente de cualquier cambio.

—Estaremos al tanto —respondió Patricia Connors, frotándose el entrecejo cansinamente y dirigiendo una mirada a Jimmy, sentado al otro lado del escritorio, que respondió con un gesto de asentimiento.

—Se lo agradezco —resonó la voz de Foreman en el altavoz de la oficina tras un breve silencio.

—No hay de qué. Me alegro de que alguien haga algo.

—¿Está conectada al MHV?

—A través de la NRO —respondió Connors—. Me haré con el control en cuanto lo lancen.

—Sólo dispondrá de un disparo —recordó Foreman.

—Lo sé.

CAPÍTULO 11

—¡Engánchense! —gritó Freed, doblando los índices y moviéndolos arriba y abajo.

Dane deslizó el gancho de la línea estática por el cable y lo cerró con un clic, luego pasó el delgado alambre de seguridad por el pequeño agujero y cerró el gancho en su sitio. Habían transcurrido treinta años desde la última vez que había llevado un paracaídas a la espalda, pero la rutina y las emociones que había experimentado por primera vez en Fort Benning durante su entrenamiento básico regresaron de golpe. Se disponía a saltar de un avión en perfectas condiciones. A diferencia de ese primer salto de prácticas, no le preocupaba el salto en sí. Esta vez temía el terreno que se extendía a sus pies.

Llevaba un traje diseñado para saltos en terreno agreste: con refuerzos en los brazos y las piernas, un casco con rejilla para protegerse la cara y un grueso chaleco enguatado que le cubría el torso. Atada a la mochila tenía una cuerda de sesenta metros de longitud, para descolgarse por ella en caso de que cayera en un árbol. El M-16, las minas, la munición y el resto del equipo los llevaba desmontados en su mochila.

Delante de él, Beasley manejaba con torpeza su gancho. Se lo quitó de las manos y lo enganchó por él. Beasley no le dio las gracias.

—Tranquilo —dijo Dane.

Beasley se limitó a proferir un gemido de angustia.

Dane volvió la cabeza. Chelsea estaba con Sin Fen y no parecía muy contenta. Envió a la mujer una imagen de Chelsea acurrucada en el cojín de su casa.

La proyección mental de Sin Fen hizo eco en el cerebro de Dane. Cuidaré de ella. Él se inclinó y gritó para hacerse oír por encima del ruido del avión.

—Foreman te ha enviado como contacto, ¿no? —preguntó—. Cree que tú y yo podremos seguir comunicándonos cuando entre en este lugar.

—Sí.

—¿Hasta qué distancia puedes comunicarte conmigo?

—No lo sé.

—Estupendo.

—Foreman también cree que eres capaz de muchas más cosas además de comunicarte conmigo —añadió Sin Fen.

—No me vendría mal que me dieras una pista.

—Te corresponde a ti descubrirlo, porque sobrepasa lo que nosotros sabemos.

—Estupendo —repitió Dane—. ¿Alguna idea de qué clase de lugar es ése?

—Tú sabes más que nosotros, ya que has estado en él. Pero tenemos que averiguar si el sistema de satélites MILSTARS está siendo utilizado por la fuerza que se encuentra dentro de la puerta de Angkor.

—¿Utilizado para qué? —preguntó Dane. Se sobresaltó cuando su mente registró una imagen de todo el planeta cubierto de varias líneas de colores. A lo largo de esas líneas había varios puntos brillantes. También vio, justo encima del lugar adonde se dirigían, un satélite espía, y supo, sin saber cómo, que éste no veía nada de lo que ocurría dentro de la puerta.

—Ésa es la energía que está siendo propagada a partir de una fuente que se encuentra dentro de la puerta de Angkor. Los puntos son los satélites MILSTARS. La energía que se está acumulando alcanzará niveles peligrosos, letales, en menos de un día. Tenemos que detenerla.

—¿Qué quiere Foreman que haga?

—Averiguar la causa. Y detenerla.

—Claro. Volveré a tiempo para el almuerzo.

—Esto es muy peligroso, más de lo que ya sabes. Estas áreas se están ampliando y podrían destruir el mundo.

—Gracias por decírmelo ahora.

Dane trató de penetrar en su mente para ver si le ocultaba algo, pero su sonda psíquica se estrelló con un muro negro que se lo impidió. Maldijo para sí, y la voz de ella se hizo eco por encima de la maldición: Lleva práctica. Me he entrenado mucho para disciplinar mi mente.

—Entonces tal vez deberías llevar tú este paracaídas —dijo Dane en voz alta.

No. Eres tú el que debe hacerlo.

—¡Espera! —gritó Freed.

Dane pensó en el lugar de Camboya que se agrandaba. Se aseguró de que las correas de su mochila estaban firmes y a continuación se apretó las del arnés.

La rampa trasera empezó a abrirse, la mitad superior desapareciendo en la cola, la mitad inferior nivelándose, formando una plataforma. Freed se acercó a ella.

Dane parpadeó cuando el viento le azotó la cara. Seguía siendo de noche, pero sabía que pronto amanecería. Freed se arrodilló y agarró el brazo hidráulico que movía la plataforma. Los cuatro canadienses y Beasley, vestidos con abultados trajes, estaban sentados entre Dane y Freed, esperando.

—¡Listos para saltar! —gritó Freed, levantándose. Se acercó deprisa, al borde e indicó a Michelet con el pulgar que todo iba bien—. ¡Ya! —Y se deslizó en la oscuridad.

Los canadienses se apresuraron a seguirle, y Dane vio cómo sus paracaídas se desplegaban detrás del avión, con los paquetes todavía conectados al cable de acero retorciéndose al viento. Beasley se detuvo en el borde y Dane se limitó a empujarlo.

Saltó detrás de él. Sintió la familiar sensación de caída libre mientras la línea estática iba soltándose detrás de él, y a continuación el brusco tirón de su paracaídas al desplegarse.

Levantó la vista para asegurarse de que tenía encima un buen toldo y agarró los cazonetes; luego miró hacia abajo. Apenas se distinguía la alfombra verde de la vegetación cada vez más próxima. Al acercarse a ella, vio que iba a aterrizar a un lado de una cresta cubierta de selva. También vio los demás paracaídas, un par de ellos ya en los árboles.

Se protegió la cara con los codos y se puso tenso al acercarse a la capa superior de la selva. Chocó con hojas, y rebotó contra una rama rompiendo otra, hasta que de pronto se quedó inmóvil, colgado de su arnés.

Antes de hacer otra cosa, cerró los ojos.

Sin Fen.

Enseguida escuchó la respuesta en su cabeza: Te oigo.

El SR-75 pasó a una velocidad de Mach 2,5 por el extremo oriental del océano Pacífico a sesenta mil pies de altura. A esa altitud entraba en juego el diseño radical del avión: los motores turbo reactores convencionales se esforzaban al máximo, resollando a la velocidad y altitud límites de las especificaciones de su diseño.

En la cabina de mando, el copiloto destapó una hilera de cuatro interruptores rojos.

—Listo para arrancar el PDWE —informó al piloto.

—Adelante.

El copiloto apretó los interruptores de izquierda a derecha. En la cola del avión, bajo el motor turbo reactor, el motor de onda de detonación pulsátil (PDWE) cobró vida. Se trataba de un dispositivo bastante sencillo que consistía en una serie de pequeñas cámaras en las que se producían miniexplosiones rítmicamente. Estas explosiones hacían que se formaran unas ondas expansivas supersónicas y que se precipitaran en una cámara de combustión más amplia. Las ondas expansivas comprimían la mezcla de combustible y aire, y producían una onda expansiva mayor que era canalizada hacia la parte trasera del avión, proporcionando una propulsión a niveles nunca alcanzados por el hombre.

Dejando una estela de humo blanco en la alta atmósfera, el SR-75 se elevó aún más a Mach 5 camino de la velocidad máxima de Mach 7, a ocho mil seiscientos kilómetros por hora.

El C-123 se ladeó en el cielo a diez kilómetros de distancia de la zona de lanzamiento. La rampa seguía bajada, y uno de los miembros de la tripulación desenrollaba despacio una serie de correas de nailon sujetas a la plataforma a la que estaba atada la bomba «cortadora de margaritas». La plataforma tenía ruedas, y el hombre fue soltando el nailon hasta que ésta se detuvo en el borde de la rampa. A

continuación tiró de un gran gancho que había en la parte superior del paracaídas sujeto a la bomba, y lo enganchó a la línea estática.

Escuchaba por unos auriculares al piloto, y cuando éste le dio luz verde, cortó las correas con una navaja y dejó caer la plataforma por la rampa.

Cayó la bomba junto con la plataforma, y acto seguido se abrió un gran paracaídas. El C-123 dio vueltas mientras la bomba descendía. Esta atravesó las capas superiores de la selva, y justo antes de alcanzar el suelo, dos mil doscientos kilos de explosivo de alta potencia estallaron en una gran llamarada.

Desde el C-123 que lo sobrevolaba, Paul Michelet vio la pista de aterrizaje que acababan de crear. Apretó el botón del intercomunicador.

—Bien. Volvamos a Tailandia. —Luego se volvió hacia Sin Fen, que había permanecido callada junto a Chelsea—. Quiero saber quién es usted y para quién trabaja —dijo, sentándose a su lado.

Sin Fen tenía la mirada extraviada y tardó un poco en volver a cobrar conciencia de su entorno inmediato. Se volvió ligeramente para mirar al anciano.

—Lo que usted quiere ya no importa. —Introdujo una mano en su bolsa y sacó una pequeña radio SATCOM. Empezó a marcar un número cuando Michelet le sujetó la muñeca.

—Escuche —siseó—. Éste es mi avión y... —Jadeó de dolor cuando Sin Fen le agarró el antebrazo con su mano libre y apretó.

—No vuelva a ponerme un dedo encima —dijo—. No vuelva a interponerse en mi camino. —Lo soltó y terminó de marcar—. Han saltado —informó tan pronto como contestaron. Escuchó unos segundos, luego cortó la comunicación—. Ha salido un helicóptero de Angkor Wat —dijo a Michelet, que la miraba furioso, masajeándose el brazo.

—¿Cómo?

—Syn-Tech —se limitó a decir ella.

—¡Maldita sea! —estalló Michelet—. Esos hijos de...

—Basta —dijo Sin Fen—. Syn-Tech no debe preocuparle.

—Sugiero eliminar los MILSTARS —dijo Foreman. Tenía la mirada clavada en la pantalla del ordenador que le mostraba lo que se veía desde la cabina de mando del SR-75. Éste volaba a unos ciento veinticinco mil pies sobre el Pacífico occidental, a una velocidad de Mach 7.

—¡Por Dios! —exclamó Bancroft—. ¿Sabe cuántos billones de dólares hemos invertido en ese sistema?

—Señor presidente —prosiguió Foreman, ignorando al asesor de Seguridad Nacional—, nuestros satélites están siendo utilizados de alguna manera por esa fuerza. Van a morir muchas personas en menos de doce horas cerca de alguna de las puertas. Debemos detenerla antes de que sea demasiado tarde.

—¿Puede demostrarlo? —preguntó Bancroft—. No tenemos nada que demuestre que esas ondas se están propagando a través de los satélites MILSTARS.

—Tengo pruebas de la NSA —dijo Foreman.

—No, tiene una hipótesis de la NSA —replicó Bancroft—. He visto lo que están diciendo y lo único que tienen es una coincidencia. Maldita sea, algunos de los satélites MILSTARS no parecen haber sido afectados. Eso no es una prueba concluyente.

—Cuando tengamos pruebas concluyentes, será demasiado tarde —insistió Foreman—. Recuerde lo que ocurrió con el Bright Eye.

—Mis asesores disienten de usted, señor Foreman —dijo por fin el presidente—. No creen ni que la amenaza sea tan grave como usted dice, ni que los MILSTARS estén siendo utilizados de ese modo. Afirman que es imposible.

—Sin embargo, lo están haciendo, señor presidente. —Foreman hizo un esfuerzo para controlar su voz—. ¿Tienen sus asesores alguna explicación de lo que está ocurriendo?

—Aún no.

—Entonces, señor, tenemos...

—Está pidiéndome que destruya un equipo de billones de dólares —lo interrumpió el presidente.

—El equipo puede reemplazarse —replicó Foreman—. Las personas no.

—Ni siquiera tenemos una manera de eliminar los MILSTARS —insistió el presidente.

—Tenemos una, señor—respondió Foreman, mirando una vez más la pantalla de su ordenador.

—¿Y cuál es?

—El Thunder Dart.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó el presidente.

—¡Dios mío! —estalló Bancroft antes de que Foreman pudiera responder siquiera—. Ya nos ha costado el Bright Eye. ¿Ahora pretende que arriesguemos la integridad del Thunder Dart?

Foreman se recostó en su silla. Eso formaba parte de la burocracia que tanto desdeñaba.

—Su plataforma de lanzamiento ya está en el aire, y faltan dos minutos para que se ponga en funcionamiento.

—¡Foreman! —gritó Bancroft.

Foreman se echó hacia adelante y habló con apasionamiento por el altavoz.

—Señor presidente, deje que el Thunder Dart elimine uno de los MILSTARS afectados, el más próximo a la puerta de Angkor. El primero que fue afectado. Veamos qué pasa. Si se frena la propagación, sabremos con certeza que están

utilizando los satélites MILSTARS. Si no, lo único que habremos perdido es un satélite que ya está inutilizado.

—De acuerdo —dijo el presidente por fin—. Elimínelo.

Una puerta en la base del SR-75 se deslizó hacia adelante y hacia arriba simultáneamente, con unos adaptadores contruidos ex profeso para soportar la fuerte presión del tenue aire a una velocidad superior a Mach 7. La cabina abierta también tenía un diseño aerodinámico, de modo que la velocidad del avión sólo se frenó ochocientos kilómetros por hora.

En el interior, sujeto con firmeza a dos brazos hidráulicos, estaba el Thunder Dart, la progeie del SR-71 y la otra mitad del Penetrator. Con una configuración en delta de sus alas de 75 grados, también contaba con un PDWE, pero mucho más pequeño. El Thunder Dart medía menos de doce metros de largo y nueve de ancho con las alas completamente desplegadas.

Dentro de la cabina de mando construida expresamente, el comandante Frank Mitchell esperaba paciente el momento adecuado, con una mano enguantada en el acelerador y el pulgar sobre un botón rojo.

—¿Luz verde? —le preguntó el copiloto de la nave principal, el SR-75.

Mitchell no había apartado los ojos de los indicadores en los últimos diez minutos, pero los recorrió una última vez con la mirada.

—Luz verde.

—Soltando a la de cinco —informó el copiloto—. Cuatro. Tres. Dos. Uno.

Mitchell sintió la ingravidez cuando los brazos hidráulicos soltaron el Thunder Dart y éste perdió la fuerza de gravedad de la aceleración constante del SR-75. Bajo ellos, el cielo estaba despejado, pero volaban tan alto que veía la curvatura de la Tierra más adelante. Era la tercera vez que pilotaba el Thunder Dart, aunque había hecho más de tres mil misiones en el simulador. Pero ningún simulador era capaz de recrear la sensación de una caída libre a ciento veinticinco mil pies y a una velocidad hacia adelante inicial de más de ocho mil kilómetros por hora. Más arriba, el SR-75 giró ligeramente y se perdió de vista.

Mitchel apretó con el pulgar el botón rojo y se vio arrojado hacia atrás en su asiento al ponerse en marcha el motor pulsátil. Retrocedió ligeramente y levantó cinco grados el morro del Thunder Dart. Miró hacia fuera y vio que los bordes de su aeronave ya estaban incandescentes a causa del calor, pero era normal. Incluso a esa altitud había suficientes moléculas de oxígeno para causar fricción. El casco de aleación de titanio podía resistir el calor siempre que mantuviera el control del avión.

Miró hacia arriba y vio la negrura del espacio. Luego bajó la vista hacia la ruta de vuelo trazada en rojo en la pantalla de su ordenador. El triángulo que simbolizaba su avión estaba ligeramente a la derecha del centro de la ruta trazada en verde. Mitchell movió la palanca un poco hacia la izquierda y se situó de nuevo en el centro.

—Estoy en línea con todos mis sistemas —dijo Jimmy—. Si se produce cualquier cambio, lo sabremos.

Estaba sentado enfrente de Conners, con su portátil abierto ante él, conectado a la red central para tener acceso a los satélites que canalizaban los datos de radiactividad y electromagnetismo.

Ella estaba sentada detrás de su escritorio, y junto al tablero de su ordenador había una pequeña palanca de mandos esperándola. Cogió la gorra de béisbol con las alas de astronauta y se la puso sobre su pelo canoso, con la visera hacia atrás.

Jimmy la miró y sonrió.

—¿Preparada, timonel?

—Preparada —respondió ella, esbozando una sonrisa.

—Todo listo —anunció el comandante Mitchel dentro de su máscara de oxígeno.

El pequeño triángulo estaba justo en el centro de su pantalla. El altímetro marcaba ciento cincuenta y cinco mil pies, unos cuarenta y cinco kilómetros de altura. Sabía que fuera el aire era tan fino que hasta el motor pulsátil tenía problemas.

Bajó la vista una vez más. Justo en el centro de la pantalla se veía un débil círculo rojo que se encendía y se apagaba.

—Adquisición iniciada —informó.

Colocó la mano libre, con la palma hacia abajo, sobre una pantalla plana. La superficie estaba especialmente diseñada para el guante de presión, y cada botón coincidía con exactitud.

—Armando el MHV —Mitchell había memorizado los pasos y sus dedos pulsaron el código sin equivocarse. Sintió una leve sacudida en el patrón de pulsaciones del PDWE.

—Cuando tengas la señal luminosa en el punto de mira, asegúrate de fijar la trayectoria.

—Roger —respondió Mitchell. Apretó la pantalla con los dedos y en la esquina superior derecha aparecieron una serie de números—. Encendiendo la señal luminosa del MILSTARS. Señal encendida. El MHV ha identificado como blanco la señal luminosa del MILSTARS. Identificado como blanco primordial. —Observó cómo el círculo rojo dejaba de encenderse y apagarse, y permanecía fijo. Luego apretó con el pulgar un botón de otro panel—. Tierra, ¿tenéis el control?

—Aquí tierra. —Era la voz de una mujer—. Tenemos el control.

—Listo para lanzar —dijo Mitchel.

—Adelante.

—Lanzando. —El pulgar de Mitchell apretó el botón de su palanca de mandos.

Se produjeron unas explosiones debajo del Thunder Dart, y a continuación el MHV se separó del cuerpo del avión. De menos de dos metros y medio de largo y sólo veinte centímetros de diámetro, el MHV era el resultado de ocho generaciones

de antisatélites (ASAT) de desarrollo. Su motor pulsátil miniaturizado y sumamente sofisticado arrancó en cuanto se separó del Thunder Dart y se elevó en ángulo hacia el espacio.

El comandante Mitchel veía el MHV en su pantalla cuando hizo que el avión se ladeara ligeramente y comenzó un descenso cuidadosamente calculado a tierra.

—El MHV funciona como una seda.

Patricia Conners sabía que un MHV era un minivehículo buscador de blancos, y vio la misma imagen que se veía desde el cohete cuando el cono del morro se desprendió, permitiendo que se activara el sistema de búsqueda de infrarrojos incorporado. Éste llenó toda la pantalla de su ordenador.

—¡Aquí! —exclamó Jimmy, señalando un punto muy pequeño en el centro de la pantalla—. Éste es el MILSTARS 16. El MHV ha localizado la señal luminosa de seguridad del satélite y se dirige hacia ella, de modo que no debería tener problemas para alcanzarlo.

La mano de Conners seguía suspendida sobre la palanca de mandos, por si acaso...

En el morro del cohete MHV, el ordenador que fijaba la trayectoria tenía la posición exacta de la señal luminosa del MILSTARS 16; la misma señal que la lanzadora espacial utilizaba cada dos años para localizar y acoplarse al satélite para reponer el combustible. La señal luminosa solía ser silenciosa, salvo cuando se activaba con un código de acceso especial, del mismo modo que las luces de aterrizaje de un aeropuerto lejano se encendían cuando un avión que se acercaba hacía señales en alguna frecuencia FM.

En el morro también había una cámara de infrarrojos, que en esos momentos enviaba a Conners una imagen del MILSTARS y del resplandor dorado que aumentaba a su alrededor.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Jimmy.

—No lo sé. —Conners tenía la mano alrededor del control manual—. Pero se parece mucho a lo que destruyó el Bright Eye.

—¡Cielos! —exclamó Jimmy a medida que aumentaba el resplandor—. ¿Cómo demonios sabe que el MHV se dirige allí?

—Por la radio. —Con la mano libre Conners tecleaba mientras hablaba—. Voy a desconectar la radio que comunica el MHV al Thunder Dart. —Pulsó la tecla de «Enter» mientras con la otra sujetaba la palanca de mandos—. Tengo el control del MHV —anunció por el micrófono.

Jimmy retrocedió un paso en silencio. Sabía que Conners controlaba en esos momentos un misil de veinte centímetros de diámetro que viajaba a seis mil cuatrocientos kilómetros por hora hacia un blanco de seis metros de ancho. Alrededor de la periferia del cohete había cuarenta pequeños cohetes booster de combustible

sólido que ella podía disparar para rectificar la trayectoria, pero era como enhebrar una aguja clavada en un buzón desde la ventana de un coche que iba a cien kilómetros por hora.

—Treinta segundos —anunció Connors. El resplandor dorado aumentaba—. ¡Mierda! —exclamó, tratando de pensar mientras seguía concentrada en el puntito que representaba el satélite MILSTARS—. ¡Oh, Dios! Jimmy, di al Thunder... —Se interrumpió cuando una esfera dorada se separó del aura principal y se precipitó hacia la derecha.

—¡No pierdas el MHV! —gritó Jimmy.

El comandante Mitchel vio lo mismo que Connors. Bajó al instante el acelerador de mano y sintió cómo el motor pulsátil ganaba velocidad.

No tenía ni idea de lo deprisa que avanzaba la bola de fuego. Seguía viendo la curvatura de la Tierra más adelante, y su altímetro indicaba ciento doce mil pies.

—¡Sal de ahí! —oyó que le gritaba la mujer por los auriculares.

—Ya lo creo —murmuró Mitchell para sí, y movió la palanca hacia la derecha.

El Thunder Dart empezó a girar, pero Mitchell no tenía ni idea de si estaba esquivando o no el peligro.

Un segundo después supo que no lo había conseguido. Sintió un chisporroteo en la piel cuando una luz dorada inundó la cabina de mando. Bajó violentamente con el puño una palanca roja, y todo el armazón de la cabina del Thunder Dart se separó del cuerpo principal del avión, arrojándolo contra el arnés que lo sujetaba con tal fuerza que perdió el conocimiento.

—Vamos, vamos —murmuró Connors mientras el satélite MILSTARS aumentaba rápidamente de tamaño en la pantalla que tenía ante ella. Los números en la esquina superior derecha descendían a medida que el cohete engullía la distancia. Contó hasta tres y apretó el gatillo.

La carga explosiva del MHV estalló, y el núcleo del cohete se desintegró en miles de esferas de acero de casi tres centímetros de diámetro, que se desperdigaron de forma uniforme, moviéndose en el vacío del espacio a la velocidad original del cohete, cubriendo un área superior a doscientos metros de ancho.

Más de doscientas esferas se incrustaron en el satélite MILSTARS y lo destruyeron, como una escopeta que hace saltar una lata por los aires.

Connors se desplomó en su silla. Miró a Jimmy, que estudiaba con atención la pantalla de su portátil al otro lado del escritorio.

—¿Y?

—Estoy descargando.

Connors apretó el botón de su teléfono por satélite.

—Foreman, ¿qué ha sido del piloto?

—Se ha eyectado. Estamos rastreándolo. Voy a organizar una operación de

rescate, pero hemos perdido el contacto.

—¡Maldita sea!

—Nadie se había eyectado antes, ni siquiera dentro de su cápsula, a cinco mil seiscientos kilómetros por hora —dijo Foreman—. ¿Qué hay del patrón?

Conners dirigió una mirada a Jimmy. Por su expresión supo cuál era la respuesta, pero esperó.

—Negativo —dijo Jimmy—. Las líneas se cruzan sin interrupción en el lugar que ocupaba el MILSTARS. Hemos llegado demasiado tarde. Hay demasiadas conexiones entrecruzadas. Sea lo que sea ese objeto, se ha desviado, y probablemente puede hacerlo antes de que consigamos eliminar los satélites.

Conners transmitió la información. Siguió un largo silencio.

—Bueno —dijo Foreman por fin—, supongo que entonces sólo nos queda detenerlo en su fuente.

CAPÍTULO 12

El sueño de los muertos, pensó Ariana oyendo el sueño agitado de sus compañeros prisioneros. Después de permanecer más de veinticuatro horas seguidas despiertos y sin saber aún qué medidas tomar, habían decidido intentar descansar un poco. Había pedido a Ingram que apagara hasta las luces de emergencia para ahorrar batería, dejando el interior del avión a oscuras salvo por los dos haces de luz dorada que cruzaban la sala principal de las consolas y el resplandor dorado que salía del soporte físico de Argus.

Sabía que necesitaba despejarse y buscar una línea de acción, pero estaba tan cansada que apenas podía pensar. Así y todo, el sueño seguía esquivándola. En su mente consciente se amontonaban las imágenes de Mansor agonizante, mientras por su subconsciente se deslizaban serpientes enormes, con mandíbulas que se abrían y cerraban y lenguas que siseaban.

El haz dorado de Argus había dejado de extenderse. Al parecer ya había accedido a todo lo que necesitaba. Habían arrancado más paneles de la unidad central y descubierto que de la parte trasera salía un haz dorado que desaparecía por el techo. Ariana no tenía ninguna duda de que era el mismo haz que había visto salir de la antena de radar.

Ningún otro rayo de luz dorada había vuelto a perforar el avión, ni se había vuelto a oír el ruido de algo deslizándose.

Ariana había descrito a sus compañeros la serpiente gigantesca de siete cabezas, pero había visto la mirada de incompreensión en sus caras. Sabía que si ellos no hubieran oído el ruido, no la habrían creído. Tal como estaban las cosas, le concedían el beneficio de la duda en una situación demencial, algo de lo que no estaba muy contenta.

Se puso de costado, intentando ponerse cómoda en su butaca, cuando oyó un ruido débil. Alguien, o algo, se movía por el pasillo. Cogió la Beretta y, haciendo el menor ruido posible, comprobó que la recámara estaba cargada y movió hacia atrás el percutor. Luego sacó de su escritorio una pequeña linterna, y agarrando con fuerza la linterna y el arma, se levantó de la silla.

El ruido se había desplazado hacia adelante, más allá de su compartimento, hacia la zona de la radio. Lo siguió, moviéndose sin hacer ruido. Le llegó un ruido amortiguado de metal sobre metal de un armario al abrirse.

En la mano derecha sostenía la culata del arma, con el dedo en el gatillo, y en la izquierda la linterna pegada al cañón. Al doblar la esquina del área de comunicaciones, encendió la linterna.

Advirtió movimiento y curvó el dedo alrededor del gatillo, pero se detuvo justo antes de apretarlo al reconocer a Hudson encorvado sobre algo en el suelo.

—¡No te muevas! —ordenó Ariana.

—¡Por Dios! —exclamó él, parpadeando ante el resplandor del haz de la linterna—. Me has dado un susto de muerte. —Se dispuso a ponerse de pie.

—He dicho que no te muevas —repitió Ariana. Dio un paso hacia adelante, apuntándolo con el arma.

—¿Qué pasa? —preguntó Hudson sin moverse.

—¿Qué estás haciendo?

—Comprobando algo —respondió Hudson.

—¿A oscuras? —Ariana se movió hacia la izquierda, iluminándolo con el haz de la linterna sin dejar de apuntarlo con el arma. Quería ver qué había estado haciendo.

—No quería despertar a nadie —dijo Hudson. Se agachó para recoger lo que tenía en el suelo—. Sólo...

Ariana le golpeó el dorso de la mano con la boca del arma, haciéndole gritar del dolor.

—He dicho que lo sueltes. —Le clavó la Beretta en el pecho—. Atrás.

Hudson levantó las manos y se apretujó contra la consola principal. Ariana iluminó brevemente el suelo con la linterna. Había una pequeña antena parabólica abierta sobre un trípode diminuto. Volvió a dirigir la linterna hacia la cara de Hudson.

Las luces de emergencia parpadearon y a continuación se encendieron. Ingram y Carpenter aparecieron en el pasillo, mirando hacia el interior de la habitación.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Ingram, sosteniendo la otra Beretta en la mano de forma vacilante.

—He descubierto a nuestro espía —explicó Ariana.

—Escucha... —empezó a decir Hudson, pero se interrumpió cuando Ariana se acercó más a él y apretó la boca del arma contra su frente, justo entre los ojos.

—¿Saboteaste tú el avión? —susurró.

—¡No!

Apretó más el arma, clavándosela en la piel.

—¡Di la verdad!

—¡Yo no hice nada!

—¿A quién tratabas de llamar? —preguntó, señalando con la cabeza la antena parabólica.

—Espera —dijo Ingram, deteniéndose al lado de Ariana—. ¿Cómo sabes que es el espía?

—Sólo tengo que apretar ligeramente este gatillo —continuó Ariana, concentrándose en Hudson—. Y tengo verdaderas ganas. Si me mientes ahora y te dejas vivir, y luego descubro que me has mentado, me encargaré de que mueras de

forma muy dolorosa. ¿Está claro?

Hudson sostuvo su mirada. Empezó a hacer un gesto de asentimiento, pero la pistola no se lo permitió.

—Sí.

—¿Eres espía? —preguntó Ariana.

—Sí.

—¿Para quién trabajas?

—Para Syn-Tech.

—¿Intentabas llamarlos con eso?

—Sólo es una señal luminosa —respondió Hudson.

Ariana se apartó de Hudson, que se dejó caer en su silla, con el sudor corriendo por sus flácidas mejillas.

—Te juro, Ariana, que no hice nada. —Se frotó sus piernas vendadas.

—No —dijo ella—, sólo dejaste que Mansor y yo saliéramos ahí —apuntó la boca del arma hacia el techo— para pasar un cable por la antena parabólica cuando tenías este aparato.

—No podía decirlo, porque me hubiera descubierto.

—Preferiste dejar morir a Mansor. —Ariana lo apuntó una vez más con el arma.

—¡No sabía que iba a morir! ¿Cómo iba a saberlo? —suplicó Hudson—. ¡Lo siento!

—¡Espera! —dijo Ingram, interponiéndose entre los dos.

—Apártate, Mark —ordenó Ariana.

—Escucha —insistió Ingram—. Dice que es una señal luminosa. ¡Deja que la encienda!

—¿Quién recibirá la señal, Hudson? —Carpenter habló por primera vez.

—Syn-Tech tiene un equipo cerca de Angkor Wat —respondió Hudson—. La localizarán y vendrán a rescatarnos.

—Estupendo, enciéndela —dijo Ariana, bajando el arma y soltando una carcajada que sonó falsa—. Dejemos que vengan.

—No hacía falta que me empujaras —protestó Beasley, tocándose con cuidado un arañazo en la mejilla—. Iba a saltar.

—Calla —dijo Dane. Recorría con la mirada el terreno que los rodeaba, con el M-16 preparado.

Por encima del dosel de la selva clareaba, pero bajo él estaba oscuro y apenas se veían veinte pasos más allá. Había recogido a Beasley, ayudándolo a bajar de un árbol. Luego había oído la explosión del cortador de margaritas en alguna parte hacia el este, y finalmente había vuelto el ruido de la selva.

Avanzaban a lo largo de la trayectoria seguida por el avión, siguiendo el sentido de la orientación interno de Dane. Éste ya había comprobado que ni su brújula ni su

reloj funcionaban. Sabía que los canadienses y Freed seguían el mismo camino. Hasta oyó a alguien bajar de un árbol no muy lejos.

Sintió cómo recuperaba todas las viejas facultades, convirtiéndolo en parte de la jungla, parte de la fauna y de la flora. Aparte de la irritante presencia de Beasley y los demás, percibió tranquilidad en los alrededores.

Percibió asimismo la sombra hacia el este, tal como lo había hecho hacía treinta años.

Foreman observaba el tablero principal, que mostraba las señales captadas por un KH-12 que seguía el helicóptero de Syn-Tech. El KH-12 las había captado tan pronto como el helicóptero había despegado del campamento base de la compañía situado fuera de Angkor Wat. Seguía una trayectoria que bordeaba los límites de la puerta de Angkor. Foreman concedió cierto mérito a quienquiera que estuviera a cargo de la operación: el helicóptero se acercaría todo lo posible al avión estrellado antes de entrar.

Sin embargo, no le interesaba el helicóptero. Lo que le pareció intrigante fue la señal luminosa que conducía al helicóptero hacia la puerta de Angkor. Que la señal escapara a las interferencias electromagnéticas de la puerta era escalofriante. Alguien, o algo, quería que el helicóptero entrara.

—¿Por dónde es? —preguntó Freed.

—La torre de vigilancia está allí —dijo Dane, señalándola con la boca de su M-16. Todo lo que se veía en cualquier dirección era selva densa, pero él no tenía ninguna duda acerca del camino que debían seguir—. El río está al otro lado. Según la fotografía, el avión está a cinco kilómetros al otro lado del río.

Freed iba el primero, y subía con dificultad la pronunciada cuesta con Dane pegado a sus talones. Los canadienses y Beasley, en mucha peor forma que los dos hombres que marcaban el paso, intentaban no quedarse atrás.

Dane no se molestó siquiera en mirar por encima del hombro. Se detuvo un segundo y, cerrando los ojos, imaginó a Sin Fen.

¿Sigues ahí!

Luego abrió los ojos y siguió avanzando.

Acudió a su mente la imagen del aeródromo del que habían despegado. Chelsea y Sin Fen bajando del avión y acercándose a un helicóptero. En su visión, Sin Fen se detenía. La imagen cambió, y Dane vio el satélite en lo alto, que estalló. Superpuesto a la imagen estaba el mensaje inconfundible de Sin Fen de que había fracasado el intento de detener lo que salía de la puerta mediante la destrucción del satélite.

Se cercioró de que estaba justo detrás de Freed, luego volvió a concentrarse en sus visiones. La escena cambió. Vio despegar un helicóptero y supo, por el subtexto que Sin Fen proyectaba, que se dirigía hacia ellos y que era de Syn-Tech.

El helicóptero avanzaba siguiendo una línea. Dane frunció el entrecejo intentando

dar sentido a la imagen, luego cayó en la cuenta de que la línea era una transmisión, una señal de radio que salía de la puerta.

Se detuvo al comprender las implicaciones que eso tenía. Miró por encima del hombro la cara sudorosa de Beasley, luego se volvió de nuevo hacia el frente.

Siguió subiendo con el cuerpo echado hacia adelante, sintiendo cómo el sudor le corría por la espalda, empapándole la camisa. De pronto salió al claro y una fría brisa le acarició la cara, secándole el sudor. Levantó la vista. La torre de vigilancia.

Recorrió rápidamente la distancia que lo separaba de ella y se reunió con Freed al pie del muro. Tocó un enorme bloque de piedra y sintió bajo sus dedos la superficie lisa, reconfortante.

—No se ve nada —comentó Freed.

La momentánea sensación de alivio que Dane había experimentado lo abandonó en cuanto miró en la misma dirección. Tenían el sol detrás y proyectaba sombras alargadas por el valle, pero al otro lado del río flotaba la misma niebla espesa que Dane había visto hacía tantos años. Sólo que aún era más espesa e impenetrable de lo que recordaba, y se extendía al sur y al norte hasta donde alcanzaba la vista.

—Subamos —dijo Freed a Dane, sacándolo de su ensimismamiento.

Los canadienses y Beasley aparecieron en el claro, jadeando.

—Beasley, acompáñanos —dijo Freed—. McKenzie, quiero que vigile el perímetro de este edificio.

Dane advirtió cómo el cansancio de Beasley desaparecía al contemplar la antigua obra de piedra de la torre de vigilancia.

—Es increíble —exclamó el profesor acercándose a las piedras.

Freed cruzó primero la puerta, seguido de Dane y Beasley. Subieron por las escaleras que rodeaban la muralla interior, y Beasley se detuvo para examinar los bajorrelieves. Dane oyó el clic de su máquina fotográfica y su respiración pesada resonando en la piedra antigua.

Dane se detuvo junto a Freed, que miraba con sus prismáticos. Desde el interior de la muralla no se veía mejor el otro lado del río, pero se abarcaba más extensión de campo en la otra dirección.

—¡Los muros! —Beasley jadeaba cuando se reunió con ellos—. Hay tanto en ellos. No es como Angkor Wat ni ningún otro emplazamiento. ¡Esto es diferente! Más antiguo. Sí, decididamente más antiguo.

—Calma —aconsejó Dane—. Si sufre un ataque cardíaco, tardarán en sacarlo de aquí.

—Pero ¿no lo entiende? —Beasley no hablaba con nadie en realidad—. En esos lugares sólo hay esculturas. ¡Pero aquí hay escritura! —Se volvió hacia Dane y lo sujetó por los hombros—. ¡Escritura! Una forma antigua de sánscrito.

—¿Puede leerlo? —preguntó Dane.

—Puedo entender algo —respondió Beasley.

—Entonces hágalo —ordenó Dane. Se volvió hacia Freed, que bajó los prismáticos con una expresión preocupada.

—Ahí lo tiene —susurró Dane.

Freed le dirigió una mirada.

—Supongo que... —Se interrumpió al oír el ruido de unos rotores procedente del este.

—Syn-Tech —dijo Dane.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Freed, llevándose los prismáticos de nuevo a los ojos.

—Sin Fen nos lo ha dicho, recuerde.

—Un Huey —dijo Freed, enfocándolo—. A unos tres kilómetros.

—¡Estoy recibiendo en FM! —exclamó Hudson.

Ariana estaba sentada en una silla frente a él, con la Beretta en el regazo. No reaccionó como Carpenter o Ingram, que dieron un brinco al oír la noticia. Mike Herrín se había acercado poco antes, pero no parecía haberlo oído. Estaba sentado en una esquina del área de comunicaciones, con los ojos cerrados, balanceándose hacia adelante y hacia atrás, y tarareando para sí mismo en voz baja.

—Es un helicóptero —añadió Hudson, apretándose el auricular a una oreja. Luego apretó un botón de su radio FM—. Bravo Dos Nueve, aquí Angler. Bravo Dos Nueve, aquí Angler. Corto.

—¿Angler? —preguntó Ariana—. ¿Es tu nombre en clave?

Hudson hizo un gesto de asentimiento.

—¿Cuánto tiempo hace que trabajas para Syn-Tech?

—Sólo accedí a enviarles los datos de esta misión —respondió Hudson.

—Y aprovechaste la señal del GPS para enviárselos —dijo ella, ganándose una mirada de sorpresa del operador de la radio.

—¿Lo sabías? —preguntó. Luego volvió a concentrarse en el auricular—. Roger, Bravo Dos Nueve. Te recibo entrecortado y distorsionado. Corto. —Tapó con una mano el micrófono—. Voy a conectar la FM al altavoz. —Se volvió hacia la radio y apretó un interruptor—. Roger, Bravo Dos Nueve. Esperamos tu llegada. Nuestra situación es crítica y necesitamos ayuda inmediata. Corto.

Por el altavoz se oyó una voz por encima de una mezcla de interferencias que sonaban como pequeñas explosiones.

—Aquí Dos Nueve. Nunca he visto nada parecido. La visibilidad es mala. Podemos... captar la señal luminosa pero... de vez en cuando desaparece. Estamos... cuatro... vuestra...

—Bravo Dos Nueve, repite —dijo Hudson, apretando el botón del micrófono—. Te recibo entrecortado y distorsionado. Corto.

El altavoz emitió el crujido de parásitos.

—Esto... dificultad...

Hudson esperó unos segundos.

—Bravo Dos Nueve, aquí Angler. Adelante. Corto.

El altavoz emitió un desagradable chirrido de parásitos.

—¡Allá va! —exclamó Freed cuando el helicóptero se ladeó por encima de ellos y descendió en picado hacia el valle. Se precipitó contra el muro de niebla y se desplazó a lo largo de él durante casi un kilómetro, luego describió un círculo sobre el río, sin dejar de ganar altitud.

—Se lo están pensando mejor—observó Dane. Tenía las manos en el muro de piedra—. Si entran, son hombres muertos.

Beasley y Freed intercambiaron una mirada.

—Están entrando —dijo Dane.

El helicóptero se dirigió directamente hacia la niebla, ganando aún altitud. A menos de medio kilómetro del borde de la niebla apareció alrededor del helicóptero un gran círculo de luz dorada que se contrajo rápidamente, centrándose en él. Se produjo un destello y a continuación empezaron a caer pequeños fragmentos sobre la selva. Unos segundos después, el ruido de la explosión retumbó como un trueno lejano.

—¡Dios mío! —exclamó Beasley.

—Eso significa que hemos acertado al decidir no entrar por el aire —comentó Freed.

—¿Cree que nos va a ir mucho mejor a pie? —preguntó Dane.

Los gritos del piloto del helicóptero resonaron en toda el área de comunicaciones y luego se produjo un silencio reverberante.

Mike Herrín se levantó de un salto.

—¡Vienen por nosotros! ¡Tenemos que salir de aquí! Están ahí arriba, esperándonos. Oigo el helicóptero.

Se subió a la mesa y, alargando las manos hacia la escotilla del techo, agarró la palanca para abrirla. Ariana y Carpenter lo sujetaron por las piernas, pero él propinó una fuerte patada a Carpenter en plena cara, haciéndole retroceder tambaleante y llevándose consigo a Ariana.

Se abrió la escotilla y Ariana consiguió ver por encima de Herrín. La niebla que se arremolinaba apenas dejaba entrar la luz del sol.

—¡Mike! —gritó, sujetándole una pierna—. ¡Vuelve a entrar!

Ingram había ocupado el lugar de Carpenter y tiraba de la otra pierna de Herrín, que tenía la mitad del cuerpo fuera de la escotilla. Ariana miraba hacia arriba, cuando en el espacio que había alrededor del torso de Herrín apareció una gran sombra, llenando la escotilla. Oyó gritar a Herrín y sintió convulsiones de sus piernas. El grito

cesó tan bruscamente como había empezado, reemplazado por unos chasquidos muy fuertes, y a continuación Herrín cayó dentro del avión, o, mejor dicho, la mitad inferior de su cuerpo. Ariana levantó la vista de sus piernas que se retorcían. Sorprendentemente, del torso partido manaba poca sangre.

—¡Dios mío! —murmuró. El ruido regresó, como si una criatura se deslizara sobre el avión. Pero esta vez consiguió ver por la escotilla las grandes escamas de la criatura, que pasó de largo. Sacó la Beretta y apuntó.

—¡No! —gritó Carpenter, sujetándole los brazos—. ¡No lo hagas!

Ariana retrocedió tambaleante, mientras Carpenter cerraba de golpe la escotilla. Sintieron cómo se movía todo el avión, inclinándose ligeramente hacia la izquierda. El ruido continuó otros diez segundos, luego cesó y el avión se quedó quieto.

El altavoz cobró de nuevo vida, esta vez con los puntos y rayas del morse. Hudson copió ansioso el mensaje, mientras Ariana cubría con una tela la mitad inferior del cuerpo de Herrín.

N-O-U-S-A-D-V-O-Z-P-O-R-R-A-D-I-O-

N-O-U-S-A-D-V-O-Z-P-O-R-R-A-D-I-O-

D-E-S-C-O-N-E-C-T-A-D-O-R-D-E-N-A-D-OR-

O-M-O-R-I-D

Q-U-E-D-A-P-O-C-O-T-I-E-M-P-O-

D-E-S-C-O-N-E-C-T-A-D-O-R-D-E-N-A-D-O-R-

O-M-O-R-I-D

Q-U-E-D-A-P-O-C-O-T-I-E-M-P-O-

—Alguna pista sobre cómo hacerlo sería útil —dijo Ariana al leer el mensaje—. ¡Pregúntales cómo! —ordenó a Hudson.

Ingram y Carpenter miraban fijamente los restos de Herrín, cuya sangre empapaba lentamente la tela.

—¡Hazlo! —gritó Ariana.

El hombre de la radio sacó su llave de morse y envió cuatro letras repetidamente:

C-O-M-O-C-O-M-O-C-O-M-O-C-O-M-O-

Ariana observó a Hudson escribir las letras de la respuesta.

I-N-T-E-N-T-A-D-L-O-N-O-S-E-C-O-M-O-

T-R-A-T-A-R-E-M-O-S-D-E-A-Y-U-D-A-R-D-E-S-D-E-F-U-E-R-A-

—Pide alguna identificación —pidió Ariana a Hudson.

Q-U-I-E-N-E-S-S-O-I-S-

Las rayas y puntos regresaron de inmediato.

E-R-K-A-N-S-A-S-

—No lo entiendo —dijo Ariana, tratando de dar sentido a las letras.

—Yo sí —dijo Carpenter. Los otros tres se volvieron hacia ella—. ER Kansas significa Equipo de Reconocimiento Kansas. Es el nombre en clave de un comando

de las Fuerzas Especiales que entró en esta zona en 1968.

—¿1968? —repitió Ingram.

—¿Cómo demonios lo sabes? —preguntó Ariana.

—Está en el expediente clasificado de la CÍA sobre esta región que se conoce con el nombre en clave de puerta de Angkor —respondió Carpenter.

—¿Cómo lo sabes? —insistió Ingram.

—¿Eres de la CÍA? —preguntó Ariana.

—Sí.

—¿Hay alguien aquí que realmente sea quien se supone que es? —preguntó Ariana.

—Eso ya no importa —repuso Carpenter—. Lo más importante es que nos larguemos de aquí cuanto antes.

—¿Cómo? —Ariana señaló la escotilla con un ademán—. Ya has visto a esa criatura. Ahora sabes que dije la verdad sobre la serpiente de siete cabezas. No sé cómo ni por qué, pero está ahí fuera.

—Alguien está intentando ayudarnos —dijo Ingram, señalando el bloc de Hudson con los mensajes en morse.

Ariana se pasó una mano por su pelo largo y notó lo sucio que lo tenía mientras pensaba a toda velocidad.

—¿Quién está intentando ayudarnos? ¿Quién es el ER Kansas y cómo es posible que esté ahí desde 1968?

—Lo formaban cuatro hombres —explicó Carpenter—. A tres de ellos los dieron por desaparecidos. El jefe del comando era el sargento Flaherty. .

—Pregunta si es Flaherty —ordenó Ariana.

Él pulsó la pregunta. La respuesta fue concisa.

—Sí —dijo Hudson, sin molestarse en escribirla.

—¿Fue Flaherty el que consiguió salir? —preguntó Ariana.

—No. Flaherty fue uno de los dados por desaparecidos en acción —respondió Carpenter.

—¿Cómo es posible?

—No lo sé, pero si hacemos lo que nos dice, tal vez pueda ayudarnos a salir de aquí.

—Muy bien —dijo Ariana, dando una palmada en la consola de comunicaciones—. Estoy harta de esperar de brazos cruzados. ¿A alguien se le ocurre cómo desconectar Argus sin que nos quedemos fritos?

—Destruyendo el avión —respondió Carpenter.

—Da la casualidad de que estamos dentro de él —replicó Ingram.

—Vamos a tener que salir de él tarde o temprano —respondió Carpenter.

—¿Cómo podemos destruirlo? —preguntó Ariana.

—Volando los depósitos de combustible —respondió Carpenter.

—No podemos —replicó Ingram—. ¿No te has enterado? Han desaparecido las alas, lo que significa que han desaparecido los depósitos de combustible.

—No todos. —Carpenter señaló—. El depósito de la sección central está debajo del fuselaje principal, entre las alas. Contiene casi cuarenta mil litros de combustible, más que suficiente para hacer estallar este avión.

—Pero ¿cómo vamos a prender fuego al depósito? —preguntó Ariana.

—Yo puedo hacerlo —respondió Carpenter.

—Di a Flaherty que vamos a volar el avión —dijo Ariana, volviéndose hacia Hudson—. Dile que necesitaremos su ayuda para escapar una vez que esté todo listo.

—No tiene por qué preocuparse por Syn-Tech —dijo Sin Fen a Paul Michelet.

Michelet tiró del cinturón de seguridad y se lo abrochó, mientras los pilotos aumentaban la potencia de las turbinas.

—¿Cómo lo sabe?

—Estoy en contacto con alguien que lo sabe —respondió ella.

—Si mi hija no estuviera mezclada en esto...

—Por favor, no amenace a la ligera —lo interrumpió Sin Fen—. Podemos trabajar juntos. Sólo tiene que hacer lo que yo le diga.

Un camión se acercó al helicóptero y se detuvo con un chirrido. De él bajaron dos hombres vestidos con mono negro y una bolsa de lona al hombro. Se acercaron a grandes zancadas al helicóptero y dejaron caer las bolsas dentro antes de subirse.

Sin Fen miró a Michelet, que sonrió con frialdad.

—Prevención —explicó.

Con un estremecimiento, el helicóptero se elevó del asfalto.

Sin Fen se quitó los auriculares para no tener que seguir escuchando a Michelet. Acarició las orejas de Chelsea.

—Así me gusta.

Chelsea volvió la cabeza y alzó sus ojos dorados hacia Sin Fen.

—Tranquila, no le pasará nada —dijo ella.

—Estamos recibiendo lecturas extrañas, señor.

—Especifique —replicó el capitán Rogers, mirándolo.

La sala de control de operaciones del Wyoming era muy distinta de las atestadas y oscuras salas metálicas de los submarinos de la Segunda Guerra Mundial. Rogers estaba sentado en una silla de cuero sujeta firmemente al suelo, desde donde podía ver a todos los que se encontraban en la sala de alta tecnología. La sala estaba iluminada con luces tenues que permitían a cada miembro de la tripulación concentrarse en las pantallas de sus ordenadores y demás aparatos.

—La radiactividad es superior a la normal. Estamos detectando interferencias electromagnéticas.

—¿Peligroso?

—No a estos niveles.

—¿Fuente?

—Algo que hay más adelante en el agua.

—¿Distancia?

—Ochenta kilómetros.

—Bien, tenemos órdenes de acercarnos al límite. Vamos allá. Seguid vigilando y avisadme cuando se produzca algún cambio.

CAPÍTULO 13

—¡Esto es asombroso! —exclamó Beasley, recorriendo con las manos la piedra y los dibujos grabados en ella—. Nadie ha descubierto nunca nada igual. Ni siquiera se sospechaba que pudiera existir algo así. En Angkor Wat no hay nada que se le parezca. Y esto es más antiguo. Mucho más antiguo.

Dane escuchó al historiador hablar consigo mismo mientras observaba a Freed, que recorría con la mirada la zona donde se había estrellado el helicóptero. Los canadienses también habían visto el helicóptero destruido y Dane percibió su inquietud ante la perspectiva de adentrarse en el valle.

—No hay supervivientes —dijo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Freed, bajando los prismáticos.

—Tiene que empezar a creer lo que le digo —replicó Dane—. De lo contrario, ¿qué sentido tiene que les acompañe?

—No me gusta esto —repuso Freed, mirándolo fijamente.

—Eso está bien —respondió Dane.

—No me refiero a eso. —Freed señaló con el pulgar la niebla—. No me gusta que usted nos acompañe, ni me gusta esa extraña mujer que ha aparecido en el aeródromo. No me gusta que ocurran cosas que no entiendo.

—Creo que reunimos con la gente debería ser nuestro objetivo principal. —Dane señaló el otro lado del río—. Sugiero que se quede aquí con los canadienses y me deje entrar solo.

—No puedo hacerlo —replicó Freed.

—Ya me lo parecía, pero no estoy muy seguro de que vaya a convencer a los canadienses para que lo acompañen.

—Lo harán —dijo Freed con un tono que indicó a Dane que probablemente lo harían.

Ambos se volvieron al oír la exclamación de Beasley.

—¡Estoy empezando a entenderlo! —El profesor seguía absorto en las imágenes del muro de piedra, ajeno a lo que ocurría a su alrededor, la destrucción del helicóptero borrada ya de su mente.

—¿Entender qué? —preguntó Dane.

—Es increíble —respondió Beasley, haciendo un gesto de sorpresa.

—¿El qué?

—Lo que dan a entender estos textos y estos símbolos —respondió Beasley tambaleándose—. Si no los tuviera delante, no creería que son reales.

—Explíquese —dijo Dane con voz serena, tratando de calmarlo.

—Está bien. Déjenme pensar un momento. —Beasley se frotó la frente—. Según esto, el reino Khmer se estableció aquí hace más de cinco mil años. Dice que los Khmer llegaron aquí procedentes de otro lugar, donde habían gobernado un reino enorme durante cinco mil años. Pero eso es imposible.

—¿Por qué? —preguntó Freed.

Dane observó cómo Beasley se obligaba a no estallar ante tal pregunta.

—¡Porque según nuestra definición de la historia, la civilización humana empezó hace sólo tres mil años! Los Khmer no pudieron tener un imperio siete mil años antes. —Beasley se toqueteó la barba—. Pero aquí dice que lo hicieron. —Señaló una sección de piedra—. No sólo eso, sino que... —Se interrumpió.

—¿Qué? —preguntó Dane.

Beasley pareció comprender de pronto, y su voz cambió, volviéndose de pronto más segura.

—No, no es imposible. Tiene sentido.

—¿Qué tiene sentido? —preguntó una vez más Dane.

—Los Khmer. De dónde vinieron. La civilización. —Beasley hablaba de forma apocopada, mientras se movía a lo largo del muro y seguía leyendo.

Dane se obligó a esperar. El profesor se detuvo por fin y se volvió hacia ellos.

—Según estas inscripciones, antes de trasladarse al Sudeste asiático el imperio Khmer era una gran isla situada en el mar, al otro lado de la Tierra, al otro lado del mar. —Se apresuró a añadir—: Lo interpreto como una isla del Atlántico, y la tierra al otro lado, el continente americano.

—Pero... —empezó a decir Dane, pero Beasley lo interrumpió.

—Menciona una Sombra oscura. Aquí explica cómo los Khmer abandonaron su antigua tierra natal y viajaron por el océano para huir de la Sombra, pero ésta los siguió. Cómo los guerreros montaron guardia durante generaciones contra la Sombra.

—¿Y? —preguntó Freed.

—No creo que tenga un final feliz —dijo Dane mientras Beasley seguía leyendo.

—Aquí dice algo de enfrentarse a... uf... —Beasley hizo una pausa.

—¿A qué? —preguntó Freed.

—A monstruos —respondió Beasley, dedicando una sonrisa a Dane. Los naga y demás. —Señaló hacia el muro del este—. Allí habla de la época anterior. Antes de que los Khmer llegaran aquí. Cuando la isla en la que vivían fue destruida por lo que llaman el «fuego de la oscura Sombra», hace unos cinco mil años, y la gente se desperdigó por la Tierra.

»Pero la descripción de la isla. Los círculos de tierra y agua alrededor de una colina central sobre la que se erigían un templo y el palacio de los gobernantes. Que yo sepa, sólo existe otro lugar que se haya descrito así. ¡Que coincida exactamente con las antiguas leyendas! ¡La isla de la Atlántida! Tiene que serlo. —Cerró los ojos

y recitó—: "La Atlántida era el reino de Poseidón. Cuando Poseidón se enamoró de una mujer mortal llamada Cleito, mandó construir en el centro de la tierra un palacio y lo rodeó de círculos de agua para protegerla.

»"Cleito dio a luz a cinco pares de gemelos, todos varones, que fueron los primeros gobernadores de la Atlántida, y Atlante fue el nombre del primer rey de la Atlántida. Construyeron un gran templo para rendir culto a Poseidón, y a través de los círculos de tierra abrieron un canal para facilitar el comercio..." —Abrió los ojos—. Continúa, pero me imagino que no querrán oírlo ahora. Todo de Platón, escrito en el 360 A.C.

«Piensen en Angkor Thom y Angkor Wat. Los fosos que los Khmer construyeron alrededor de la ciudad. Diría que los Khmer trataban de imitar lo que se hizo en la Atlántida, pero ellos no tenían el océano. Tuvieron que procurarse su propio suministro de agua y asegurarse de que siempre estuviera lleno.

Dane lo escuchaba, pero estaba más preocupado por lo que había al otro lado del río. Si esa llamada de radio había sido auténtica y Flaherty estaba realmente allí, entonces... Se sobresaltó. Si Flaherty había enviado ese mensaje hacía sólo unos días...

—Déjeme la PRC-77 —dijo a Freed, interrumpiendo las divagaciones excitadas de Beasley.

—¿Para qué?

—Si ese mensaje que me dejaron escuchar es auténtico, los miembros de mi equipo siguen con vida y tienen medios para comunicarse —explicó Dane.

Freed se quitó la mochila y se la pasó. Dane la colocó sobre una piedra lisa y vio dentro la pintura verde descolorida de la parte superior de la radio. Luego movió el dial de frecuencias, cuyo ruido le pareció casi reconfortante, ya que le recordó viejas misiones en las que había intentado sintonizar frecuencias a tientas en la oscuridad. Enroscó la antena y encendió la radio. A continuación sintonizó la frecuencia FM de emergencia de aquella última misión y se puso los auriculares.

—Gran Rojo, aquí Dane. Corto. —Esperó unos segundos, luego volvió a apretar el botón de transmisión—. Gran Rojo, aquí Dane. Corto. —Todavía nada—. Gran Rojo, aquí Dane. Si me oyes, haz dos chasquidos. Corto.

—¡Oh, mierda! —exclamó Freed, sujetando a Dane por el brazo y señalando hacia el oeste. Justo frente a ellos, en la niebla, a un kilómetro y medio de distancia, se estaba formando una gran esfera dorada.

La radio chasqueó dos veces y a continuación estalló en un código en morse. Dane descifró mentalmente el código y lo tradujo en palabras mientras volvía a coger el micrófono.

—Gran Rojo, aquí... —Se interrumpió cuando las letras se unieron en su cabeza.
S-I-N-V-O-Z-

Se agachó en el preciso momento en que del centro del círculo salió un relámpago de luz dorada en dirección a ellos. Freed agarró a Beasley y lo empujó hasta detrás de la muralla de piedra. El relámpago estalló con un ruido atronador. Dane oyó cómo la piedra saltaba en pedazos y sintió que los fragmentos llovían sobre ellos. Se tumbó de espaldas y levantó la vista. Había volado un gran trozo de muralla, resquebrajando la piedra.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Freed, levantándose despacio.

—Sí —respondió Dane.

Beasley miraba fijamente el boquete abierto en el muro.

—Sin voz —dijo Dane—. Ése era el mensaje en morse.

—La próxima vez descífrelo un poco más deprisa —replicó Freed.

—¿Están todos bien? —resonó la voz de McKenzie desde abajo.

—Sí, estamos bien —respondió Freed a gritos.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó McKenzie.

—No lo sé. Regresen a sus posiciones y manténganse a cubierto —ordenó Freed.

—¿A cubierto? —McKenzie no salía de su asombro—. ¿De relámpagos que surgen de la niebla?

—Retrocedan —susurró Freed.

El canadiense hizo un gesto de contrariedad, pero obedeció.

—¿Tiene una llave de morse? —preguntó Dane.

—No.

—Maldita sea.

La radio volvió a cobrar vida con rayas y puntos que crepitaban por el altavoz. Dane sacó del bolsillo del pecho un pequeño bloc y se apresuró a apuntarlos. Cuando se dio cuenta de que el mensaje se repetía, dejó de apuntar y empezó a descifrar.

D-A-N-E-

G-R-A-N-R-O-J-O-

N-O-E-N-V-I-E-S-V-O-Z-

7-8-2-9-4-3-

T-R-A-T-A-R-E-M-O-S-D-E-C-U-B-R-I-R-O-S-

Dane levantó la vista del bloc y miró a través del boquete recién abierto en el muro, hacia la niebla. Flaherty estaba allí. Vivo.

Freed había desplegado su mapa y lo estudiaba.

—Esa coordenada está al norte de donde cayó el avión. A unos diez kilómetros. Dane se levantó. Sin una llave de morse no podía «hablar» con Flaherty, y era evidente que el ex jefe de su equipo no iba a enviarle otro mensaje. Así no había forma de comprobar el asunto de los MILSTARS. Consultó el mapa.

Las coordenadas se cruzaban justo en el centro de lo que parecía una gran depresión de forma rectangular, de unos siete kilómetros de ancho y doce de largo.

Las líneas de color verde oscuro que cubrían toda la zona significaban selva espesa. Por supuesto, una nota al pie del mapa informaba que los datos representados no habían sido verificados. Dane advirtió que dentro de la depresión no había cotas topográficas ni detalles, como si los cartógrafos se hubieran limitado a hacer conjeturas. Recordó el comentario de Beasley sobre los espacios en blanco de los mapas antiguos. Al parecer los seguía habiendo en los modernos.

—Es allí. —Levantó la vista y señaló a la derecha de la parte delantera.

—Antes iremos al avión —dijo Freed.

—No.

—Escuche, ésta es mi misión... —empezó a decir Freed.

—Muy bien —lo interrumpió Dane—. Vaya al avión y llévese a los canadienses con usted. Yo me dirigiré a estas coordenadas. Flaherty ha dicho, que nos cubrirá si vamos al lugar que nos ha señalado.

—¿Cómo va a cubrirnos? —preguntó Freed.

—No lo sé —admitió Dane—, pero me conformo con cualquier cosa. Si va al avión, no creo que reciba ninguna ayuda.

—Estamos perdiendo el tiempo aquí cotorreando —dijo Freed.

Se dirigió a las escaleras del interior, y Dane y Beasley lo siguieron.

—Salgamos de aquí —ordenó Freed a los canadienses.

—¿Qué le ha ocurrido a ese helicóptero? —preguntó McKenzie, con los otros tres canadienses detrás de él toqueteando sus armas con poca convicción.

—Por eso no vinimos hasta aquí volando —respondió Freed—. Esa niebla tiene un efecto extraño en los aparatos electromagnéticos.

—No ha sido ninguna niebla lo que ha derribado ese helicóptero —replicó McKenzie—. No ha sido ninguna niebla lo que casi les hace saltar en mil pedazos.

—En marcha —ordenó Freed.

—No...

—Muévete si no quieres volver a casa a pie —dijo Freed—. Sólo si me seguís, podréis subiros al helicóptero que os lleve de vuelta a Tailandia, y yo voy a entrar allí.

—Eso me suena —comentó Dane.

—Moveos —ordenó Freed, ignorándolo.

—¿Adonde? —preguntó Dane, sin moverse.

—¿Qué le parece si vamos al avión y luego a las coordenadas del norte? —respondió Freed, tras vacilar un breve instante.

—No queremos pasar más tiempo del necesario allí dentro —respondió Dane—. Ed debe de tener una razón para querer que vayamos a esas coordenadas, y él ya está dentro. También debe de saber lo del avión. Confío en él y creo que debemos hacer lo que nos dice. Yo voy a esas coordenadas.

Vio cómo Freed miraba por encima de él, hacia la muralla derruida de la torre de la vigilancia.

—Está bien. Pero con la condición de que luego vayamos al avión.

Dane no creyó necesario responderle. Aun con Flaherty «cubriéndolos», fuera lo que fuese lo que eso significaba, no tenía muchas esperanzas de llegar a las coordenadas.

Los canadienses se desplegaron y empezaron a bajar la colina, seguidos de Freed, Dane y Beasley.

Dane sintió en su fuero interno la misma sensación de miedo e inquietud, pero podía controlarla mejor después de tantos años entrando en edificios derruidos y zonas siniestradas. Se concentró en la tarea inmediata de bajar la colina.

—Has venido bien equipada —dijo Ariana a Carpenter cuando ésta le mostró el cable azul de un detonador.

Estaban en el centro del área de consolas. Justo bajo sus pies, según los planos del avión, estaba el depósito de combustible principal. Habían dejado a Ingram en el área de comunicaciones vigilando a Hudson y esperando el mensaje de Flaherty respondiendo a su petición de ayuda cuando abandonaran el avión.

—Siempre preparada como los boy-scouts —dijo Carpenter, sacando del forro de su bolso un detonador.

—¿Por qué te enviaron a espiarnos? —preguntó Ariana.

—Por la región en la que estamos —respondió Carpenter—. La CÍA lleva mucho tiempo vigilándola de cerca.

—¿Por qué?

—Porque... —Carpenter se interrumpió y señaló hacia arriba—. ¿Por qué demonios crees? Aquí está pasando algo extraño desde hace tiempo y estamos intentando averiguar de qué se trata.

—¿Por qué no me advirtieron?

Carpenter se detuvo y levantó la vista hacia ella.

—A tu padre se le entregó suficiente información para que supiera que era un lugar extraño y peligroso. Se le dijo que se habían estrellado otros aviones y que había desaparecido gente. Supongo que creyó que merecía la pena arriesgarse y hacer el reconocimiento. —Le tendió el detonador—. Sostén esto.

Ariana cogió el detonador. Sabía que lo que decía Carpenter era cierto. Su padre lo sabía y, a pesar de ello, los había enviado. Los beneficios, siempre los beneficios.

Carpenter dobló con unas tenacillas la cubierta metálica del extremo del detonador, sujetándola al cable. Ariana observó cómo movía los dedos con destreza y supo que lo había hecho muchas veces.

—¿En qué clase de lugar estamos? —preguntó.

—Aquí me has pillado. —Carpenter se recostó en su silla y se secó la frente

cubierta de sudor—. Me enrolé poco antes de salir en esta misión. A juzgar por las instrucciones que me dieron, nadie lo sabe. Por eso estamos aquí. Como conejillos de Indias que se sueltan en el laberinto. El mundo entero está pendiente de nosotros. Pero diría que no somos sólo nosotros. Tu padre habrá enviado un equipo de rescate, y puesto que aún no han dado señales de vida, diría que los ha atrapado la gran serpiente u otra cosa. Y lo mismo le ha ocurrido al helicóptero de Syn-Tech y a cualquier expedición de rescate que envíe mi agencia, si es que envía alguna. Me dio la ingrata y desalentadora impresión de que al tipo que me dio las instrucciones le importaba muy poco lo que pudiera pasarme. Quería que averiguara qué ocurría aquí dentro y punto. La puerta de Angkor lo llamó. No creo que le preocupara mucho lo cara que pudiera costar tal información.

—¡Dios mío! —exclamó Ariana.

—Sí, niña, nos han engañado a las dos —dijo Carpenter. Sostenía en las manos el detonador—. Ya está listo para hacerlo estallar.

—Veamos si hemos recibido noticias sobre cómo se supone que vamos a salir de aquí —dijo Ariana, dirigiéndose a la parte delantera del avión.

En cuanto entró en el área de comunicaciones, Ingram le tendió una hoja de papel.

—Acaba de llegar esto.

Ariana lo leyó.

I-D-A-L-A-S-C-O-O-R-D-E-N-A-D-A-S-
7-8-2-9-4-3-

I-D-A-L-A-S-C-O-O-R-D-E-N-A-D-A-S-
7-8-2-9-4-3-

Ariana sacó un mapa y lo extendió sobre la mesa.

—Bien, esto es lo que hay. —Se quedó mirando fijamente la zona señalada por las coordenadas, luego levantó la vista hacia Ingram, Hudson y Carpenter—. Está a unos cinco kilómetros al norte.

—Yo no puedo recorrerlos —dijo Hudson.

—Entonces tendremos que dejarte aquí.

—No podéis... —empezó a decir Hudson, pero al ver la mirada indignada de Ariana se interrumpió.

—Te ayudaremos a llegar hasta allí, pero ni se te ocurra decirme lo que puedo o no puedo hacer, cabrón.

—Pero ¿cómo sabemos que allí hay algo? —preguntó Ingram.

—En estos momentos no creo que tengamos otra elección —replicó Ariana—. Preparaos.

—¡Ariana! —gritó Carpenter desde la cola del avión—. No te lo pierdas.

Ariana corrió hasta el área de consolas central, evitando el haz de luz dorada que

había matado a Daley. Carpenter miraba la unidad central de Argus.

—¿Qué pasa?

—Mira. Está pasando algo.

Ariana observó cómo una pieza del soporte físico de Argus desaparecía dentro del aura dorada que lo rodeaba.

—¿Qué demonios está pasando?

—Doce horas —dijo Carpenter—. Tal vez sea demasiado tarde.

—¡En marcha!

—Utilizaba los satélites MILSTARS —confirmó Jimmy, estudiando la última imagen—, pero los puntos de convergencia no se basan en eso.

—Pero la energía era transportada a través de los MILSTARS —replicó Connors. Estaban en su oficina, con las paredes cubiertas de imágenes, y todas las superficies libres y el suelo llenos de hojas impresas del ordenador—. ¿Qué la transporta ahora?

Jimmy tiró al suelo una hoja impresa y se dejó caer en la silla, sin preocuparse por los papeles que había encima.

—Creo que ha superado la fase de utilización de los MILSTARS. Muchas de estas líneas pasan por satélites europeos y rusos. Sea lo que fuere, está utilizando cualquier cosa situada ahí arriba que le pueda servir. Creo que está a punto de prescindir de los satélites y mantenerse por sí misma.

—Maldita sea —murmuró Connors—. Supongo que será mejor que ponga al corriente a Foreman.

El helicóptero se acercó y permaneció inmóvil en el aire por encima del claro abierto con la carga explosiva. Los hombres de mono negro engancharon unas gruesas cuerdas al techo del helicóptero y arrojaron los cabos sueltos hacia la explosión de abajo. A continuación se colgaron las bolsas de lona al hombro y descendieron en rappel hasta el suelo.

Sin Fen observó en silencio, con la mente en otra parte. El helicóptero se apartó ligeramente y pudo ver cómo los hombres sacaban de las bolsas de lona unas sierras de cadena y empezaban a cortar las ramas y todo lo que pudiera entorpecer el aterrizaje.

Sin Fen sintió a Chelsea agitarse a su lado, pero siguió sujetándola con fuerza por el collar. Cerró los ojos y se proyectó hacia fuera. Dane estaba cerca de la puerta de Angkor. Muy cerca. Pronto la traspasaría.

CAPÍTULO 14

Después de hablar con Connors por teléfono vía satélite, Foreman se quedó mirando el mapa electrónico de la parte delantera del centro de operaciones, y observó los distintos símbolos en movimiento que representaban las fuerzas militares que el Pentágono estaba reuniendo. El Wyoming se acercaba a la puerta del Triángulo de las Bermudas, y otros aviones y barcos se dirigían a los vértices donde la actividad era más fuerte. Parte de la Séptima Flota rodeaba el extremo sur de Vietnam para estacionarse en el golfo de Tailandia.

Pero aún no se había elaborado ningún plan. Todos estaban recuperándose del fracaso de la misión del Thunder Dart para detener la propagación. Habían lanzado contra esa amenaza el equipo tecnológicamente más avanzado del país, y habían sido derrotados. Habían rescatado al piloto del Thunder Dart, pero la aeronave de 2,2 billones de dólares había sido aplastada como una mosca.

Pero no sólo era Estados Unidos. Foreman había estado en contacto con sus homólogos rusos y japoneses. Los rusos habían utilizado un satélite de búsqueda y destrucción para eliminar uno de sus propios satélites de comunicaciones que había caído en poder de la propagación. El resultado había sido un satélite de búsqueda y destrucción arrasado por el resplandor dorado. La marina de guerra japonesa había enviado su destructor más moderno a la puerta más próxima, en medio del mar del Diablo, y no había vuelto a saber nada de él.

Foreman echó un vistazo a su tablero de comunicaciones. La luz que indicaba la comunicación con Sin Fen estaba apagada. Ya le había transmitido la interpretación de Beasley sobre los bajorrelieves de la torre de vigilancia, que ella había recibido a través de Dane.

Mientras observaba, parpadeó otra luz y sonó un pitido. Se echó hacia adelante y apretó un botón.

—Aquí Foreman.

—¿Y ahora qué, señor Foreman? —El presidente no perdió tiempo en saludar—. Hasta ahora hemos perdido el Bright Star, el Thunder Dart y uno de nuestros satélites MILSTARS.

Foreman no respondió.

—Mi equipo de científicos confirma la propagación de las ondas electromagnéticas y de la radiación —continuó el presidente—. He hablado con el presidente ruso y confirma en parte lo que usted me ha dicho. Están investigando Chernobyl y el lago Baikal, pero no saben mucho más. También tengo informes de la NSA de que los rusos han perdido uno de sus satélites al enfrentarse a esta amenaza.

Necesito otras alternativas.

—Mis hombres se disponen a entrar en la puerta de Angkor —respondió Foreman.

—¡Maldita sea! —estalló el presidente—. Según las lecturas que estoy recibiendo, en menos de doce horas morirán muchas personas en las proximidades de esas puertas.

—No tengo nada más que añadir a lo que ya le he dicho, señor —repuso Foreman—. En cuanto averigüe algo de lo que ocurre al otro lado de la puerta de Angkor, me pondré en contacto con usted.

—Eso no es suficiente.

—Le llamaré, señor —dijo Foreman. No añadió que temía que fuera demasiado tarde.

La comunicación se cortó.

—Todo listo —dijo Carpenter, sosteniendo en alto un manguito de plástico verde—. Ésta es la espoleta. Tendremos cinco minutos. —Un cable azul se extendía de la espoleta a los cuatro paneles del suelo, donde Carpenter lo había conectado a dos explosivos C-4 de noventa gramos colocados contra la parte superior del tabique del depósito de combustible central.

—Muy bien —dijo Ariana. Llevaba una pistola de 9 milímetros en una mano y una pequeña mochila al hombro.

Ingram sujetaba a Hudson del brazo derecho, ayudándole a sostenerse de pie. Todos estaban junto a la puerta de emergencia situada sobre el ala derecha. O donde había estado el ala derecha, se dijo a sí misma Ariana.

—Saldremos por la puerta y bajaremos por la rampa de emergencia, que se inflará. —Miró las caras que la rodeaban. Carpenter permanecía impassible. Ingram parecía asustado, pero firmemente resuelto. Hudson sólo estaba asustado—. Adelante. —Agarró la palanca de la puerta de emergencia y la empujó.

Con un fuerte ruido de succión, la puerta se abrió de par en par. Se oyó un sonoro siseo y la rampa de emergencia amarilla se extendió y se infló rápidamente.

Ariana echó un vistazo. Era de día, pero sólo una débil luz grisácea penetraba la niebla. Alcanzó a ver los troncos de los árboles astillados debajo del avión y el comienzo de la espesa selva a sólo tres metros del costado del avión. No se veía nada más allá de seis metros.

—¡Vamos! —gritó a Hudson e Ingram.

Los dos hombres se dejaron caer por la rampa y desaparecieron. Ariana se volvió hacia Carpenter.

—Adelante.

La mujer negra tiró de la espoleta, la comprobó e indicó con el pulgar que todo iba bien. A continuación pasó por su lado y se deslizó por la rampa.

Ariana echó un último vistazo al interior del avión y a los cuerpos cubiertos de sábanas y chaquetas, y en ese momento se dio cuenta de que su padre debería haber tenido más cuidado con los costosos ordenadores y el resto del equipo que estaban a punto de destruir. Se deslizó por la rampa.

Dane sintió el agua fría en sus piernas y se detuvo. La niebla de la otra orilla era más espesa de lo que recordaba. Sólo veía lo que había a unos pocos palmos de distancia, pero no eran sus ojos los que lo prevenían. Como los latidos continuos de un corazón, en su cerebro palpitaba una advertencia, diciéndole que se mantuviera alerta, que fuera cauto, pero, a diferencia de hacía treinta años, instándolo al mismo tiempo a continuar, a adentrarse en la niebla.

Miró por encima del hombro. Freed, Beasley y los cuatro canadienses estaban justo detrás de él. Siguió avanzando a través del río. A llegar a la otra orilla, salió sin mirar atrás y se vio envuelto en la niebla.

El helicóptero aterrizó suavemente en medio del follaje destrozado. Sin Fen bajó con los motores todavía en marcha. Se acercó al borde del claro y miró hacia el oeste, pero con los ojos cerrados. Chelsea se sentó a su lado, meneando la cola y con la lengua fuera.

Sin Fen intentó alcanzar a Dane. Lo sintió, sintió su esencia, pero era intermitente y supo que estaba entrando en la puerta. Sintió el agua del río que acababa de cruzar y logró captar imágenes de su mente; había hablado con Flaherty por radio.

Se concentró en un mensaje para enviárselo: Escucha las voces de los dioses.

Chelsea empezó a ladrar, mirando hacia el este. Sin Fen se volvió en esa dirección. Un helicóptero Huey los sobrevoló a poca altura y aterrizó junto a su helicóptero.

Se bajaron de un salto seis hombres, con las armas listas. Eran blancos, con uniformes de rayas y una expresión dura que hablaba de muerte y dolor. Los vio acercarse a Michelet, que la señaló.

Se acercaron a ella, seguidos por Michelet. Ella percibió en todos ellos amenaza, pero le costaba separar los pensamientos de cada uno.

—No haga ninguna tontería —advirtió Sin Fen.

—Eres la zorra de Foreman —replicó Michelet—. Él ha montado todo esto.

—Le dio suficiente información para que desistiera de sus propósitos —repuso Sin Fen—. Fue usted quien puso a su hija y a la tripulación en peligro.

—Es un manipulador mentiroso —respondió Michelet, haciendo un gesto de negación.

—¡Oh, eso sí que es irónico! —exclamó Sin Fen, echándose a reír.

Percibió movimiento con el rabillo del ojo. Uno de los hombres de rayas levantó algo que tenía en la mano y una pequeña pieza de metal salió destellando hacia ella. Sin Fen bajó la vista hacia el pequeño dardo de metal que se quedó incrustado en su

chaleco. Se concentró en el hombre que sostenía el arma. Éste retrocedió tambaleante y dejó caer el arma sin apretar el gatillo, llevándose las manos a las sienes.

Otro de los hombres disparó su pistola anestésica y el dardo alcanzó a Sin Fen en la espalda. Era más rápido y apretó el gatillo mientras ella se volvía.

Sin Fen se quedó rígida a causa de la corriente eléctrica que la recorrió, el mundo se quedó a oscuras y cayó desplomada al suelo. Chelsea gimió y entró corriendo en la selva.

El jefe de los mercenarios se detuvo junto a Sin Fen y miró a Michelet, que señaló el barranco en el lado norte del campamento.

—Atadla y arrojadla allí. Que los animales acaben con ella.

El cabecilla hizo una seña a dos de sus hombres, y éstos sacaron una cuerda y empezaron a atar a Sin Fen.

—¿Y Syn-Tech? —preguntó Michelet.

—Estamos en ello, señor. Estoy coordinado con los camboyanos para ocuparme del asunto.

—¿Cuánto me va a costar esa coordinación?

—Doscientos mil.

Michelet se dirigió al centro de la zona de aterrizaje, entre los dos helicópteros, y miró hacia el oeste con los brazos en las caderas.

—Nadie que juegue conmigo sale impune. Nadie.

El jefe de los mercenarios se quedó mirándolo sin hacer ningún comentario.

CAPÍTULO 15

—¡Moveos! —gritó Ariana, cogiendo a Hudson del brazo y tirando de él a través de la enmarañada vegetación. Miró por encima del hombro el avión. La cola desaparecía en la niebla, pero pudo ver la antena de radar y el haz de luz dorada que salía disparado hacia el cielo.

Carpenter cogió a Hudson del otro brazo, y juntas lo llevaron hasta un gran tronco partido y se arrojaron al suelo. Ariana se volvió y miró hacia la selva. El avión casi había desaparecido en la niebla, a cincuenta metros de distancia.

—Agáchate —dijo Carpenter.

Ariana escondió la cabeza detrás del tronco. Se oyó el estampido de una explosión, seguido de una ensordecedora explosión por simpatía. Luego oyó cómo fragmentos pequeños de hierro volaban por encima de sus cabezas y se estrellaban en la vegetación. Con un golpe seco, un trozo de seis metros del fuselaje aterrizó a menos de doce metros de distancia. Se levantó y miró hacía el avión. Había desaparecido. Consultó el mapa y señaló hacia la selva envuelta en niebla.

—Por aquí.

Dane oyó el ruido de una explosión, que sonó amortiguada por la niebla como si se hubiera producido debajo del agua. Lo siguió una segunda explosión, más profunda, un instante después.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Beasley.

Freed y los canadienses se volvieron también en dirección al ruido.

—El avión ha desaparecido —dijo Dane.

—¿Cómo dice? —Freed se detuvo frente a él—. ¿Cómo lo sabe?

—Lo sé.

—Pero...

—Hay varios supervivientes.

—¿Cómo lo sabe?

Dane no se molestó en responder.

—Pero el equipo... —dijo Freed—. Las imágenes que recibieron.

—Debemos continuar —respondió Dane, apartándolo de un empujón—. No podemos quedarnos quietos.

—¿Por qué?

Dane se limitó a hacer un gesto de negación. Intentó ponerse en contacto con Sin Fen, pero no obtuvo respuesta. Sentía su ausencia como un vacío en su mente.

Se adentró en la selva. El ruido del río dejó de oírse a sus espaldas. La niebla era espesa, pero había zonas donde era más fina, y se fió de su intuición para orientarse.

Sabía que Flaherty estaba más adelante, cerca de las coordenadas a las que los había dirigido. No le «oía» de la forma en que se había comunicado con Sin Fen, pero sentía la presencia de su viejo amigo, como una antorcha lejana en el borde de su conciencia. Y el modo en que esa antorcha parpadeaba le indicó que esa explosión había sido el Lady Gayle al ser destruido, y que los miembros de la tripulación que habían sobrevivido al accidente se dirigían al mismo lugar que ellos. También advirtió que si permanecían en las zonas menos espesas estarían a salvo, que las criaturas de la niebla no los encontrarían. De alguna manera Flaherty los ayudaba, manteniéndolos a salvo de los peligros que los acechaban dentro de la puerta. Al menos durante un rato.

Se detuvo, y oyó la respiración y el sonido metálico de armas y equipo tintineando a sus espaldas. Miró al frente. Sintió el mismo miedo que había experimentado la primera vez que había cruzado la puerta de Angkor, pero esta vez pudo controlarlo, tal como había sido capaz de hacerlo en las misiones fronterizas anteriores a la última. No sabía qué había detrás de la amenaza a la que se enfrentaban, pero le constaba que había una amenaza y tenía una buena idea de su naturaleza por su última experiencia. Y Flaherty estaba allí.

Siguió andando, y los demás lo siguieron.

—Ha cambiado —dijo Jimmy.

—¿El patrón? —preguntó Conners. Sintió una oleada de adrenalina por sus cansadas venas. Hacía bastante rato que el Thunder Dart había destruido el satélite MILSTARS, pero tal vez se necesitaba tiempo para que se dejaran sentir sus efectos.

—No, la fuente. —Jimmy dio la vuelta a su ordenador portátil para mostrárselo—. Se ha producido un parpadeo momentáneo, como si la energía se hubiera interrumpido, y ahora ha vuelto, pero el flujo es diferente. Parecido, pero diferente. —Dio unos golpecitos en la pantalla—. ¿Ves cómo se han movido estas líneas?

La verdad es que Conners no lo veía, pero hizo un gesto de asentimiento.

—Eso significa que la fuente del flujo electromagnético y de la radiación se ha desplazado. No mucho. Unos siete u ocho kilómetros.

—¿Cambiará eso la velocidad de propagación?

—No.

—¿Y la fuerza?

—No.

—Estupendo. —Conners descolgó el teléfono—. Informaré a Foreman.

El helicóptero de combate AH-1 Cobra tenía pintado en el costado el logotipo de las Fuerzas Aéreas de Camboya. Era una reliquia de la guerra de Vietnam, capturada al ejército vietnamita cuando éste había invadido Camboya unos años atrás, y que se mantenía volando gracias a las piezas que habían rescatado de otros AH-1 derribados o abandonados por los vietnamitas en su retirada.

El campamento de Syn-Tech estaba compuesto por cuatro tiendas colocadas alrededor de un pequeño campo abierto en el que se hallaba el helicóptero Hind-D ruso.

El AH-1 se acercó deprisa y a escasa altura, y en cuanto salió de la hilera de árboles disparó con la metralleta de 7,62 milímetros acoplada en el morro. No tardaron en seguir unos cohetes de seis centímetros, que hicieron estallar el Hind en pedazos. El piloto del Cobra se mantuvo inmóvil en el aire y siguió disparando, persiguiendo a los supervivientes que corrían a ponerse a cubierto en la selva y destruyendo completamente el campamento. La venganza de Michelet fue total.

Ariana oía movimiento a su alrededor, pero nada que sonara como la serpiente gigantesca que había matado a Herrin. Siguieron avanzando colina abajo sin detenerse. Ariana los guiaba escogiendo el árbol más lejano que alcanzaba a ver en la niebla y dirigiéndose a él, para a continuación escoger otro. Su brújula había enloquecido, pero, según el mapa, tenían que bajar la colina.

Apartó una gran planta que colgaba y se detuvo sintiendo cómo se le erizaba el vello de la nuca.

—¡Dios mío! —exclamó Ingram.

Un gran avión estaba clavado verticalmente en el suelo, con la cola hacia abajo, y se alzaba sobre el camino como una gran cruz salvo por las alas, colocadas en ángulo de flecha, casi rozando el suelo. El morro del avión desaparecía en la niebla a unos cincuenta metros sobre sus cabezas, y el extremo de la enorme cola desaparecía en el suelo de la selva. En la pintura gris lisa había unas líneas producidas por la oxidación y la vegetación había invadido el revestimiento de metal. Era evidente que el avión llevaba bastante tiempo allí.

—Un bombardero B-52 —dijo Carpenter.

—¿Cómo demonios pudo quedarse así? —se preguntó Ingram en voz alta.

—Del mismo modo que nosotros aterrizamos sin alas y hemos vivido para contarlo —respondió Ariana.

—Faltan los motores —señaló Carpenter.

Ariana levantó la vista. El metal había sido cortado limpiamente en el lugar que habían ocupado los motores sobre las alas. Bajó la vista. Tampoco había rastro de los motores debajo de las alas. Lo que había cortado las alas, se los había llevado también consigo.

—El compartimento de bombas está abierto —señaló Carpenter.

—Sigamos —ordenó Ariana, sacudiendo la cabeza.

—Yo no sigo —dijo Hudson—. Estamos acabados. Irremediablemente acabados. Por aquí no se sale, sino que se entra.

—¿Se entra adonde? —preguntó Ingram.

—No lo sé ni quiero saberlo. —Hudson señaló el avión—. Esto es una

advertencia. Yo no me meto ahí. Propongo dar media vuelta y largarnos de aquí.

—Aquí no tienes voz ni voto —le recordó Ariana.

—¡Y una mierda! —replicó Hudson a gritos—. Puedo opinar sobre adonde voy. Y yo no sigo. Os esperaré aquí.

—Es posible que no volvamos por aquí —comentó Ingram.

Ariana miró fijamente a Hudson unos minutos. Percibía movimientos a su alrededor en la selva.

—Está bien. —Se volvió hacia los demás—. Vamos.

—No puedes... —Ingram se interrumpió cuando Ariana cortó el aire con un ademán.

—Como él mismo ha dicho, él lo ha decidido. Yo no respondo por él. Dejé de hacerlo cuando aceptó el dinero de Syn-Tech. Y mató a Mansor al permitir que saliera del avión cuando tenía una antena SATCOM. Me trae sin cuidado lo que le pase. —Se volvió—. Vamos.

Siguieron adelante y pasaron por debajo de un ala de veinticinco metros, Ariana y Carpenter con la mirada al frente, Ingram mirando por encima de su hombro hasta que Hudson y el B-52 se perdieron de vista.

—¡Esto es un maldito cementerio! —susurró McKenzie. Estaba pálido y abrió mucho los ojos para asimilar lo que habían encontrado en el camino.

Dane no dijo nada. Su mente funcionaba a toda velocidad, intentando detectar lo cerca que estaba Flaherty. Sabía que donde estaba su viejo compañero de equipo, encontraría las respuestas.

Pero hasta Freed parecía afectado. Estaban en la entrada de una estrecha garganta por la que discurría un arroyuelo en dirección al caudaloso río que habían cruzado poco antes. Pero lo que llamó la atención de Freed y los demás fueron los cadáveres que cubrían el cauce seco, una verdadera alfombra de huesos blancos desperdigados.

—Debe de haber cientos de ellos —dijo McKenzie—. Y fíjense en las armas.

Entre los huesos había esparcidos un gran número de AK-47, el metal negro contrastando fuertemente contra los huesos blancos.

—Un batallón —dijo Freed.

—¿Un batallón? —repitió McKenzie.

—Un batallón de Khmer rojos desapareció en esta región y nunca volvió a saberse nada de él —dijo Freed, ampliando su afirmación.

—¿Qué los derribó? —se preguntó McKenzie en voz alta. Se agachó y cogió un AK-47. Con la otra mano recogió un puñado de cartuchos vacíos—. Lucharon y duro. —Miró alrededor, como si esperara que saliera algo de la niebla y los árboles.

—No tenemos nada que hacer aquí —dijo Dane—. Sigamos.

—¡Yo no entro ahí! —protestó McKenzie—. ¡Algo acabó con todos estos hombres! ¿No lo ven? —Recogió del suelo un cráneo. El lado izquierdo había sido

cortado limpiamente—. ¿Qué demonios hizo esto? —Contra la pared de roca del cauce seco había una hilera de esqueletos, como si hubieran sido arrojados contra la piedra—. ¿Qué hizo esto?

—Vamos —dijo Dane en voz baja.

—¡No diga chorradas! —McKenzie se mostró inflexible—. Yo no entro ahí.

Dane se encogió de hombros y empezó a andar. Los huesos crujieron bajo sus botas. Era imposible no pisarlos.

—¡Espere! —gritó Freed.

Dane se detuvo sin volverse.

—Si no venís, se acabó el trato —gritó Freed a McKenzie—. No habrá paga ni helicóptero que os saque de Camboya.

—Los muertos no gastan dinero ni necesitan helicópteros —replicó McKenzie riéndose. Dio media vuelta y regresó por donde habían venido, seguido de los otros canadienses.

—¿Viene? —preguntó Dane a Freed—. ¿O el avión y los datos son más importantes que las personas?

—Voy. —Freed dio unos golpecitos en el hombro al mudo espectador de toda la escena—. ¿Doctor Beasley?

El doctor Beasley vio cómo los canadienses desaparecían en la niebla y sus hombros se desplomaron. La decisión había sido tomada por él.

—Está bien.

Mitch Hudson había observado cómo desaparecía el resto de la tripulación en la niebla antes de quitarse su pequeña mochila. Estaba tumbado bajo el ala derecha del B-52, y el metal se elevaba sobre su cabeza como el gigantesco arbotante de una iglesia medieval. Apoyando su pierna herida en un tronco, abrió la mochila y sacó una pequeña caja negra. Se disponía a abrir la tapa cuando oyó que algo se abría paso estrepitosamente entre la maleza a su izquierda. Se detuvo y miró temeroso en todas direcciones.

Sin apartar los ojos de la jungla, abrió la caja. Cogió el rollo de delgado alambre que había encima y lo tiró lejos de él. Se extendió unos seis metros y cayó sobre el follaje destrozado. La pequeña radio de alta frecuencia era su último recurso, algo que había exigido a Syn-Tech antes de comprometerse a aceptar el trabajo. El campamento base de Syn-Tech de Angkor Wat permanecería a la escucha las veinticuatro horas del día, y enviarían ayuda en cuanto Hudson la pidiera. De la información que Syn-Tech había obtenido de la CÍA, a Hudson sólo le había interesado que las radios de alta frecuencia parecían funcionar en esa extraña región.

Sabía que el helicóptero que había pedido con las señales del SATCOM había sido destruido, pero estaba seguro de que Syn-Tech también lo sabía, y que en esta ocasión procedería con más cautela, aterrizaría fuera de la puerta de Angkor y

enviaría a alguien a pie a buscarlo. Antes de conectar la radio, se palpó el bolsillo de la camisa y siguió con los dedos el contorno de un disquete. Contenía todos los datos del Lady Gayle antes de que cayera y era lo que iba a sacarlo de allí. No era tan estúpido como para creer que Syn-Tech enviaría otra partida de rescate sólo por él, pero sabía que lo haría por el disquete.

Giró el botón de la radio para encenderla y se iluminó la pequeña pantalla. La batería de litio sólo le permitiría estar quince minutos en el aire, pero esperaba no necesitar tanto tiempo. Un minuto para ponerse en contacto con Syn-Tech, y el resto los dedicaría a guiarlos hasta allí.

Cogió los pequeños auriculares y los colocó en la cabeza, de manera que el pequeño micrófono le quedara justo delante de los labios.

—Gran papá, aquí Angler. Corto.

Sólo oyó parásitos.

—Maldita sea —murmuró. Se inclinó sobre la radio y repitió—: Gran papá, aquí Angler. Tengo los datos. Corto.

Los parásitos aumentaron de volumen, pero no hubo una respuesta inteligible. Lo que más le preocupaba era que Syn-Tech dejara de escuchar. Sabía que la radio funcionaba, y estaba bastante seguro de que las ondas de alta frecuencia eran recibidas.

—Gran papá, aquí Angler. Tengo los datos. Necesito rescate. Corto.

Foreman se echó hacia adelante en su silla. Había muchas interferencias, pero no había duda de que era una voz, alguien que intentaba transmitir en la banda de alta frecuencia.

—Gran... aquí... gler...

—¿Puedes establecer su posición? —preguntó a su experto en comunicaciones.

—No, señor. La señal es muy débil y dispersa.

—¿Es de Syn-Tech?

—No, señor.

Foreman comprobó un tablero de comunicaciones. Sin Fen llevaba demasiado rato callada. Miró a un lado cuando de la impresora salió una imagen de Connors. El patrón seguía creciendo. En la niebla que cubría la puerta de Angkor había un oscuro remolino, con unas líneas que se ramificaban y extendían hacia las otras puertas. Parecía un enorme tornado concentrado sobre la puerta, en lo alto del cielo. La tormenta estaba a punto de estallar.

Hudson creyó oír algo. Se apretó los auriculares para amortiguar el ruido exterior.

—Repita. Corto.

De pronto se dio cuenta de que no procedía de los auriculares. Se puso en pie de un salto. Sabía que había alguien o algo detrás de él. Sencillamente lo sabía, como sabía que era hombre muerto. Se arrancó los auriculares y se volvió bruscamente. No

había nada. Suspiró aliviado, pero el aliento se le atascó en la garganta cuando seis formas elípticas de color verde, como balones de fútbol gigantes de un metro de longitud, cayeron de arriba y lo rodearon por completo. Miró por encima y vio otros muchos que salían de la puerta del compartimento de bombas del B-52.

—Gran papá, aquí Angler. —dijo, agarrando con fuerza el micrófono—. Gran papá, aquí Angler —repitió.

Vio que dos bandas negras se entrecruzaban en la parte delantera de cada esfera, y parecían moverse, brillantes de una negrura líquida, reflejando la lúgubre luz.

—Gran papá, aquí Angler. Tengo los datos. Gran papá, aquí Angler. Tengo los datos. —Cerró los ojos y recitó las palabras como si fueran un mantra.

Foreman estudiaba la imagen cuando la voz cargada de parásitos que llamaba a Gran papá se interrumpió dos segundos, luego se oyó un grito desgarrador, con tanta claridad como si el hombre que lo había proferido estuviera con ellos en la sala de operaciones. Todos los operadores interrumpieron su trabajo y miraron los altavoces colgados en la parte delantera de la sala.

A continuación sólo se oyó el crujido de los parásitos.

—¡Volved al trabajo! —ordenó Foreman, alzando la voz. Y arrojó la imagen sobre el escritorio.

Hudson agarraba la radio contra el pecho. A menos de tres metros de distancia, una de las grandes elipses había atravesado el tronco de un árbol, y las astillas cayeron sobre él, haciéndolo gritar. Alargó la mano y se palpó el costado derecho, del que brotaba sangre.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó retrocediendo, hasta chocar contra el liso metal del ala.

Las criaturas formaron un semicírculo frente a él y empezaron a acortar la distancia.

En ese momento, de la niebla que cubría la selva salió un rayo azul que lo alcanzó, vaciándole el aire de los pulmones. Sintió el metal del ala deslizándose contra su espalda cuando el rayo azul rodeó su cuerpo y lo levantó del suelo. Bajó la vista y vio cómo las elipses reaccionaban y se elevaban intentando alcanzarlo, hasta que se vio arrastrado hacia la fuente de la luz, pasando sobre ellas.

McKenzie se detuvo, y los otros tres canadienses se agruparon detrás de él.

—No te habrás perdido, ¿verdad? —inquirió con voz ronca Teague, el segundo más veterano.

—Era por aquí —dijo McKenzie señalando el camino, pero el dedo tembloroso contradujo la convicción de sus palabras.

—¡Oh, tío, sabía que no debíamos aceptar este trabajo! —exclamó Teague—. No existe lo que se llama dinero fácil en esta parte del mundo. Todos traman algo. Podríamos habernos... —Algo cruzó la selva a su derecha, y las bocas de los cuatro

M-16 giraron en esa dirección. Luego oyeron algo a su izquierda, y los cuatro hombres se volvieron en la otra dirección.

De pronto, la selva que los rodeaba estalló en formas en movimiento. McKenzie disparó con su arma automática a una criatura que avanzaba a cuatro patas hacia él, y las balas la derribaron hacia atrás. Lo único que vio fueron hileras e hileras de dientes brillantes.

Uno de los hombres gritó cuando su cuerpo estalló en un chorro de sangre y vísceras. Del pecho le salió el extremo de una elipse verde, con dientes negros que se arremolinaban.

McKenzie retrocedió mientras encajaba otro cargador en su arma. Teague disparó a una elipse en la que rebotaban las balas.

Otra criatura con cuerpo de león, cabeza de serpiente y un aguijón de escorpión por cola, dio un salto y aterrizó sobre el cuarto canadiense. Lo hizo pedazos con las garras, luego movió el aguijón hacia adelante y se lo hundió en la cara, justo entre los ojos. Levantó su cabeza de serpiente y siseó, mientras con el aguijón atravesaba el hueso y se incrustaba en el cerebro del hombre. Su cuerpo sufrió convulsiones.

—¡Oh, Dios! —gimió McKenzie, viendo cómo había acabado su compañero.

Teague lo sacó de su estado de shock al disparar un cargador hacia adelante.

McKenzie apretó el gatillo, pero el dedo se le quedó paralizado cuando de la niebla salió un haz de luz dorada que los alcanzó a él y a Teague, y los rodeó apretujándolos.

El haz los levantó del suelo y los llevó hacia la niebla.

Dane se detuvo al oír a lo lejos unos disparos que cesaron bruscamente. Percibió, más que oyó, los gritos, demasiado lejanos para que llegaran a sus oídos. Dirigió una mirada a Freed, que no hizo ningún comentario, y luego a Beasley, que tenía la cara pálida y bañada en sudor.

—Lo conseguiremos —dijo Dane. Al volverse, se detuvo y se quedó completamente inmóvil, con los ojos cerrados. Volvió la cabeza despacio en la dirección en que habían venido.

—Chelsea —susurró Dane, sin darse cuenta de que había pronunciado el nombre en alto.

—¿Qué ocurre? —preguntó Freed.

Dane lo ignoró y se concentró en las imágenes mentales. Seguía sin saber nada de Sin Fen, pero ahora supo por qué. Era una visión borrosa y distorsionada, pero pudo entenderla. La veía a través de una serie de líneas y manchas que Dane supo que eran ramas y hojas. Y la perspectiva era baja, a menos de treinta centímetros o medio metro por encima del suelo. Pero distinguió vagamente dos helicópteros y a unos hombres vestidos de negro que rodeaban un claro abierto por una explosión. Por un instante la imagen se enfocó y vio con claridad a Sin Fen tendida en el suelo,

firmeramente atada, con los ojos cerrados y los músculos de la cara relajados.

—Maldita sea —murmuró.

—¿Cómo dice? —preguntó Freed.

—Su jefe lo está estropeando todo —respondió Dane, sacando su arma y apuntando a Freed entre los ojos—. Ha cogido a mi colega.

—¿Su colega? —Freed no parpadeó—. ¿Esa extraña mujer? Si no la conocía. Llevaba escrito en la cara que era de la Agencia.

—¿Y? —Dane miró fijamente a Freed—. ¿Es que no lo entiende? Hemos dejado muy atrás sus luchas corporativas. Esto es mucho más importante que todo eso. Debería matarlo ahora mismo. —Pero se detuvo cuando la imagen mental volvió a cambiar y vio a Chelsea corriendo, alejándose del campamento base en dirección al oeste. Venía a su encuentro.

¡No! Dane proyectó con todas sus fuerzas una orden.

Chelsea se detuvo y movió la cabeza alrededor, buscando a su amo. Estaba rodeada de selva, llena de ruidos y olores. No le gustaba ese lugar. Movié la cola arriba y abajo. Gimió.

Tranquila, Chelsea. Tranquila.

Dane se dio cuenta de que Freed retrocedía, alejándose del arma con que lo apuntaba. La bajó. Al rescate, Chelsea. Al rescate.

Chelsea gimió una vez más. No sabía de dónde salía la voz. Era su amo, pero no sonaba bien. Sus ojos dorados penetraron las sombras de la selva, buscando.

De pronto acudió a su mente una imagen. Algo que acababa de ver. La simpática mujer tumbada en el suelo. Comprendió que era a ella a quien su amo quería que rescatara. Pero él también estaba en peligro. Volvió la cabeza hacia el camino por donde había venido y luego hacia el oeste, indecisa.

¡Ve!

Era imposible desobedecer la orden. Con un débil gruñido, Chelsea dio media vuelta y volvió por donde había venido.

—¿Qué demonios está haciendo? —preguntó Freed.

—Yo no lo necesito —repuso Dane—. Si usted me necesita, sígame. Si no, vaya tras los canadienses.

Freed miró hacia donde habían oído los disparos de automática. Bajó la pistola.

—No se interponga en mi camino —añadió Dane—. Y cuando volvamos, Michelet lo pagará caro.

—Nos ocuparemos de eso cuando volvamos —dijo Freed.

Dane se detuvo, pues unas grandes formas habían aparecido en la niebla. Beasley lo alcanzó y avanzó unos pasos más.

—¡Dios mío! —exclamó en voz baja, mirando las enormes piedras que cruzaban el camino formando una hilera.

Cada piedra medía más de veinticinco metros de altura y tenían una forma vagamente humana, con una gran cara alargada que correspondía a una tercera parte de su estatura. Costaba verlas con claridad debido a la espesa capa de vegetación que había crecido a su alrededor. Pero a pesar de los árboles y las plantas trepadoras que cubrían la piedra, estaba claro que todas eran del mismo tamaño, y por donde la piedra no había sido tallada, la habían cortado limpiamente como con un escarpelo, aunque la superficie estaba deteriorada por los años y los elementos.

—A su lado Stonehenge parece un juego de cubos —comentó cuando Dane y Freed se unieron a él—. ¿Cómo demonios las llevaron hasta allí? Cada una debe de pesar setenta u ochenta toneladas. Y son doce metros más altas que las estatuas más grandes de la isla de Pascua. —Beasley sacó de su mochila una pequeña cámara de vídeo y tomó una vista panorámica de la hilera de megalitos que tenían ante sí, casi hombro con hombro.

Dane señaló una cavidad entre la base de dos megalitos.

—Las cruzaremos por allí.

—¿Qué hay al otro lado? —preguntó Freed.

Dane conocía la respuesta.

—Angkor Kol Ker.

CAPÍTULO 16

—La marina de guerra y las fuerzas aéreas están desviando los barcos y aviones de la zona del Triángulo de las Bermudas —dijo Foreman por el micrófono del teléfono vía satélite.

—Si esto sigue creciendo, tendrán problemas para mantenerlo en secreto. —La voz de Connors era tensa—. La puerta del Triángulo de las Bermudas alcanzará en seis horas la costa de Florida.

Foreman no sabía quién era esa mujer, pero llevaba cincuenta años enfrentándose él solo a la pesadilla de las puertas.

—Los japoneses están a punto de revelarlo a la prensa. Están obligando a su flota de pescadores a alejarse de la puerta del mar del Diablo en expansión, pero eso constituye un enorme problema logístico. Los pescadores exigen una explicación. —Rió con amargura—. Lo irónico del caso es que, aunque lo hagan público, seguirán sin poder dar una explicación.

—De acuerdo con mi mapa y las gráficas de la propagación, algunas de estas puertas acabarán muy pronto con la vida de muchas personas. Los niveles de radiación son bastante altos.

Foreman profirió un profundo suspiro.

—Lo sé... —Se interrumpió cuando en su consola parpadeó otra luz—. Debo dejarla ahora.

—¡La puerta de Angkor se está activando! —exclamó Connors antes de que él cortara la comunicación—. ¡Hay una oleada de radiactividad en el sector oriental!

—Espere —dijo Foreman. Apretó un botón para abrir otra línea y ordenó—: Hable.

Una voz salió retumbando del altavoz, y Foreman supo por el tono inconfundible que procedía de un submarino que transmitía en ULF u ondas de ultra baja frecuencia a través del agua.

—Aquí el capitán Rogers del Wyoming. Tenemos una situación de crisis.

Rogers no hizo caso de la reacción del comandante Sills ante su última transmisión de radio. Una «situación de crisis» restaba importancia a lo que estaba ocurriendo. Se habían disparado las alarmas y la tripulación corría a sus puestos de combate.

—Voy a pasarle con nuestro centro de operaciones —añadió Rogers—. Ahora mismo estoy un poco ocupado para explicárselo con pelos y señales. —Y apretó un interruptor. Luego ordenó a su timonel—: Timón a estribor a toda máquina.

—A la orden, señor. Timón a estribor a toda máquina.

—¿Estado de la situación? —preguntó mirando a Sills, que estaba pendiente de un indicador.

—La radiación exterior aumenta.

Rogers miró la placa de radiación que llevaba en la camisa.

—¡Más potencia! —gritó al suboficial de marina encargado de la sala de máquinas del submarino.

—Estamos navegando a toda máquina, señor. —¿Estado? —preguntó Rogers a Sills.

—La radiación exterior sigue aumentando, señor. Muy por encima de los límites de seguridad.

Rogers volvió a mirar a Sills, que parecía preocupado.

—¡Maldita sea! Ha sobrepasado el rojo, señor.

Rogers cerró los ojos. Bajó la mano y arrancó la cinta adhesiva de su placa de radiación. La línea inferior estaba roja. Todos los que se hallaban en la sala de control lo miraban fijamente. Cogió el micrófono que le ponía en contacto con Foreman.

—Estamos en alarma roja, de proa a popa. Todos muertos. Todavía no lo estamos, pero lo estaremos.

Foreman escuchó el informe de Rogers. No había nada que decir. Se sobresaltó al oír una voz por el altavoz; había olvidado que había dejado abierta la línea con la NSA.

—Eso es lo que va a ocurrir pronto en tierra —dijo Conners.

—Lo sé. —Foreman echó un vistazo a varios de los mensajes que habían recibido sus operadores—. Los japoneses han perdido un avión de reconocimiento hace diez minutos. Ha desaparecido. Sabe Dios qué está pasando a los rusos. Han perdido el contacto con su centro de observación próximo a Chernobyl.

—Es el principio del fin, ¿verdad?

Foreman no tuvo nada que añadir.

Chelsea oyó los helicópteros cerca del lugar del que había huido y se detuvo a olfatear. Había tantas cosas nuevas para ella en ese extraño lugar, tantos olores, escenas y ruidos raros.

A pesar de su tamaño, se movía con sigilo. Con el morro pegado al suelo, avanzó por la jungla, acercándose al ruido y a los olores de los humanos, y al lugar donde había visto por última vez a esa agradable joven, buscando el olor que recordaba.

Entre las cuatro estatuas gigantescas que obstruían el paso había tres túneles. Ariana los miró fijamente.

—¿Cuál? —preguntó Ingram.

—Esto no me gusta —murmuró Carpenter.

Las estatuas de cada flanco se fundían con las paredes de piedra del cauce seco y sus brazos se tocaban, de modo que debajo de las grandes manos las cavidades tenían

cinco metros de alto y metro veinte de ancho, y desaparecían en la oscuridad. Todas estaban cubiertas de follaje, restringiendo aún más la visibilidad.

—Creo que la del centro —dijo Ingram.

—No sé —respondió Ariana. Estaba muy preocupada. Veía los ojos de las estatuas, a más de veinte metros por encima de ella. La piedra pintada de rojo brillante apenas se veía a través de la niebla que se arremolinaba.

Los tres volvieron la cabeza cuando el tronco de un árbol partiéndose hendió el aire. A continuación Ariana reconoció el ruido de algo que se acercaba deslizándose.

—¡Mierda! —exclamó Ingram. Se volvió y echó a correr hacia el túnel del centro. Ariana y Carpenter lo siguieron cuando el ruido se hizo más fuerte y cayeron otros árboles.

Ingram ya había entrado en el túnel, cuando de pronto tropezó y cayó de rodillas. Profirió un breve grito y miró por encima del hombro, y en ese preciso momento el techo se desplomó. El bloque de piedra llenó completamente el túnel e Ingram desapareció.

El único indicio de su muerte fue la sangre roja que se filtró por debajo de la piedra pulcramente cortada.

Ariana y Carpenter retrocedieron un paso cuando la sangre llegó a sus pies. Ariana se obligó a reaccionar y agarró a Carpenter del brazo.

—Vamos.

Echaron a correr hacia las estatuas. El ruido se oía mucho más fuerte, en algún lugar próximo en la niebla.

—¿Izquierda o derecha? —preguntó Ariana a Carpenter.

—¿Qué te hace pensar que uno de los dos funcionará? —preguntó Carpenter.

—O cruzamos o esperamos a eso. —Ariana señaló en dirección al ruido producido por algo que seguía deslizándose. Ahora se oía también el siseo.

—Izquierda —dijo Carpenter—. La gente suele ir a la derecha cuando se pierde en el bosque, de modo que si podemos escoger, debe de ser la izquierda.

A Ariana no le convenció el razonamiento, pero no había tiempo para discutir. Juntas rodearon la base de la estatua y se adentraron en la cavidad. Se detuvieron y se miraron antes de cruzar el túnel a todo correr.

—¡Santo cielo! —exclamó Beasley.

Estaban en el borde de la alta cordillera de montañas que se extendía a izquierda y derecha hasta desaparecer en la niebla. El terreno que tenían ante ellos descendía, y en esa dirección no había niebla por primera vez desde que cruzaran la puerta de Angkor. Dos kilómetros más adelante, de la cima de una montaña escarpada salía un haz de luz dorada que se elevaba unos ciento cincuenta metros por encima de sus cabezas hasta fundirse con el cielo oscuro que se arremolinaba. Pero pudieron ver que la «montaña» era artificial, una enorme y escarpada pirámide de piedra

intrincadamente tallada y cubierta de una espesa capa de vegetación. Y al pie de la montaña se hallaban los restos de una ciudad amurallada que se caía a pedazos bajo el peso de los años y había sido invadida por la selva. Fuera de las murallas, un amplio foso se extendía hasta donde ellos se encontraban. Era difícil saber si había agua en el foso, ya que había sido invadido por la vegetación.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Freed.

—Angkor Kol Ker—respondió Dane.

—El mayor descubrimiento... —empezó a decir Beasley, pero Freed lo interrumpió.

—No, me refiero a ese rayo dorado, estúpidos.

—Creo que es lo que está destruyendo nuestro mundo —repuso Dane, recordando las imágenes que Sin Fen le había enviado de las puertas. Y empezó a bajar la pendiente.

Ariana cayó desplomada al suelo, momentáneamente exhausta no tanto por la carrera a través del túnel como por el repentino bajón de adrenalina tras conseguir cruzarlo sin ser aplastadas. Había corrido todo el tiempo con los hombros hundidos, esperando que la piedra que tenían sobre sus cabezas se desprendiera en cualquier momento, pero no había ocurrido nada.

—Mira —susurró Carpenter a su lado.

Ariana levantó la mirada, y vio el haz de luz dorada que salía disparado de la pirámide y la antigua ciudad alrededor. Se levantó con esfuerzo, sacudiéndose el agotamiento.

—Vamos.

—¿No podemos hacer nada por esos hombres? —La voz del presidente se había dulcificado.

Foreman sabía que la realidad acababa imponiéndose. Se recostó en su asiento, escuchando a los hombres de la Sala de Crisis de la Casa Blanca discutir los últimos avances del Wyoming.

—No sólo no podemos salvarlos —respondió el general Tilson, comandante en jefe del Estado Mayor—, sino que tampoco podemos rescatar el submarino. Ha recibido tanta radiactividad que cualquiera que suba a bordo recibirá también una dosis letal.

—¿Cuánto tiempo les queda? —preguntó el presidente.

—Unas cuatro horas antes de que empiecen a encontrarse mal —respondió el general Tilson—. Toda la tripulación habrá muerto en veinticuatro horas.

—¿Qué va a hacer al respecto?

—El oficial al mando del Wyoming, el capitán Rogers, ha decidido permanecer en él y realizar su última misión, que es vigilar la puerta del Triángulo de las Bermudas y estar preparados para cualquier contingencia. No puede hacer otra cosa.

—Caballeros. —La voz del presidente era firme—. Les he estado pidiendo alternativas y no me han dado ninguna. ¡Tenemos que hacer algo antes de que mucha más gente se vea afectada!

Un silencio llenó el altavoz, y Foreman continuó inmóvil en su cubículo de cristal. Bajó la vista hacia su consola. Seguía sin recibir noticias de Sin Fen.

—La fuente de esto está en la puerta de Angkor, ¿verdad? —preguntó el presidente.

—Allí empezó —admitió Foreman, hablando por fin—. Pero ahora parece que hay otras fuentes abiertas en otras puertas.

—Pero fue allí donde empezó todo —insistió el presidente.

—Sí, señor.

—Entonces ¿por qué no lo volamos sin más? —preguntó el presidente—. ¿Por qué no borramos Angkor del mapa?

Foreman pudo escuchar el asombro y la consternación que esa sugerencia provocó en la Sala de Crisis. La voz de Bancroft era la más estridente.

—Señor, ese lugar está en mitad de otro país. ¡No podemos borrarlo del mapa! Piense en las reacciones internacionales.

—¡Piense en lo que nos espera aquí! —replicó el presidente—. Si esa cosa sigue empeorando, no tendremos ocasión de preocuparnos de ninguna reacción internacional.

—Señor—intervino Foreman—, estoy de acuerdo en que hay que destruir esa fuente, pero el problema es doble a nivel práctico. En primer lugar, desconocemos el lugar exacto donde se halla la fuente en la puerta de Angkor, y estamos hablando de un área de más de doscientos kilómetros cuadrados. Ha bloqueado todos nuestros equipos de toma de imágenes.

»El segundo problema es cómo destruir la fuente una vez la hayamos localizado. Ya conoce la historia de estas puertas y cómo afectan a las personas, los aviones y los barcos. También sabe lo que le ha ocurrido al Thunder Dart. Todo lo que enviemos a la puerta de Angkor será destruido. Michelet ha perdido su avión y un helicóptero acaba de saltar en pedazos al intentar entrar. No podemos saber lo que hay dentro, y aunque lo supiéramos, no se me ocurre qué medidas podríamos adoptar.

—¿Entonces vamos a quedarnos de brazos cruzados hasta que nos consuma? —La voz del presidente se elevó unos cuantos decibelios.

—Señor, estoy intentando localizar la fuente —replicó Foreman.

—Pues esfuércese más.

CAPÍTULO 17

El agua entró por la parte superior de la bota de Dane, empapándosela, y le llegó hasta la cintura cuando se metió en el foso. Miró el agua cubierta de cieno. El suelo del fondo era de piedra cortada muy lisa. Vio que el foso se extendía cuatrocientos metros y terminaba en la muralla medio derruida que rodeaba la ciudad. En él habían echado raíces muchos árboles y plantas, convirtiéndolo en parte de la selva, pero Dane se preguntó qué aspecto debía de haber tenido cuando la ciudad estaba recién construida y el foso lleno de agua limpia y clara.

El aire crepitaba y se arremolinaba sobre sus cabezas, y en medio de las nubes de color amarillo grisáceo, unas vetas oscuras ocultaban el sol. Los relámpagos iluminaban el cielo en todas direcciones.

Siguió avanzando a través del agua, seguido de cerca por Freed y Beasley.

Vadeando el mismo foso en dirección al sur, Ariana y Carpenter también vieron las murallas de la ciudad. Ya no percibían formas a su alrededor, y las dos se sentían más tranquilas ahora que, libres de la niebla, podían ver con claridad. Pero el haz dorado que salía disparado de la torre central de la ciudad desierta y el cielo amenazante les producía bastante ansiedad.

Carpenter miró por encima del hombro hacia la cadena de montañas que rodeaba la ciudad.

—¿Crees que podrá cruzarla la serpiente?

—Espero que no —respondió Ariana.

—¿Qué crees que hay en la ciudad?

—No lo sé —replicó Ariana cortante.

—¿Te he ofendido? —preguntó Carpenter.

—No —respondió Ariana, deteniéndose y mirándola sorprendida.

—Pues lo parece —dijo Carpenter. Se pasó una mano por la frente, enjugándose el sudor—. No soy más que una mandada, que hace lo que se le ordena. Pero no fui yo quien boicoteó tu misión y estoy segura de que te he ayudado a llegar hasta aquí. Si estás cabreada con tu padre, con Syn-Tech o con Dios sabe quién, yo ni entro ni salgo. Pero sólo nos tenemos la una a la otra, así que intentemos llevarnos un poco mejor, ¿de acuerdo?

Ariana asintió despacio. Carpenter le puso una mano en el antebrazo y se lo apretó, y Ariana rodeó el suyo y sintió cómo los músculos se tensaban bajo sus dedos.

—Veamos qué está pasando aquí —dijo Carpenter, soltándola.

Chelsea se detuvo debajo de un arbusto, resollando. Se acercó al cuerpo

inconsciente de Sin Fen, magullado a causa de la caída por el barranco. Bajó la cabeza y le lamió la mejilla, pero no tuvo respuesta. Gimió, deseando que su amo estuviera allí.

Luego se inclinó y empujó a la joven con el morro.

En la muralla de piedra había un boquete. Los bloques de piedra, de cuarenta centímetros cuadrados cada uno, habían sido arrancados por una explosión, como golpeados por un martillo gigantesco. Dane se subió a un montón de escombros y se acercó al boquete. Freed lo siguió, tendiendo una mano a Beasley.

Dane sintió un hormigueo en la piel al cruzar el boquete abierto en la muralla y entrar en Angkor Kol Ker. Se detuvo y esperó a que los otros lo alcanzaran.

—¿Lo has notado? —preguntó Freed.

—Sí. —Dane estaba totalmente inmóvil—. Esto es el centro de todo.

Miró a izquierda y derecha. Un amplio camino se abría a lo largo de la muralla. Más adelante, unas calles discurrían entre edificios de piedra que la selva había derruido, pero no borrado del todo. Y por encima de ellos, a un kilómetro de distancia, el haz dorado se elevaba del extremo del prang y desaparecía en el cielo oscuro.

Al bajar del montón de escombros, oyó algo a su izquierda. Se volvió en esa dirección con el arma levantada, aunque no percibía ninguna amenaza. La boca de su arma apuntó a dos mujeres.

—¡Ariana! —Freed echó a correr hacia ella.

Dane bajó el arma mientras Freed se reunía con las mujeres. Lo siguió junto con Beasley. Freed hizo las presentaciones.

—¿Cómo salimos de aquí? —preguntó Ariana, estudiándolos con una mirada penetrante.

Dane casi sonrió. Esa mujer no se andaba por las ramas.

—Por ahí —respondió Freed, señalando en la dirección en que habían venido.

—Aún no hemos hecho lo que nos ha traído aquí —dijo Dane, haciendo un gesto negativo.

—Yo sí —replicó Freed.

—Es muy libre de volver —dijo Dane, abarcando el foso con un amplio ademán.

—Sin usted no tenemos ninguna posibilidad —repuso Freed tras un breve silencio.

—Esto es lo que nos ha traído aquí —dijo Dane señalando en la otra dirección.

—Un rayo parecido salió de nuestro avión —comentó Ariana siguiendo su mirada —, pero lo volamos.

—¿Sabe lo que es? —preguntó Dane, aunque ya conocía la respuesta.

—Lo ignoro —respondió Ariana.

Dane se concentró un momento en la otra mujer.

—Tú también estás con Foreman, ¿verdad? —preguntó a Carpenter.

—¿Cómo lo sabe?

—Ese tipo parece llegar a todas partes —respondió Dane soltando una breve carcajada—. Ha tenido muchos años para prepararse para eso.

—Es evidente que usted sabe más que yo —repuso Carpenter, encogiéndose de hombros.

—¿A qué esperamos? —preguntó Freed exasperado—. Salgamos de aquí mientras podamos.

—Si no detenemos eso —insistió Dane señalando el rayo—, no habrá ningún sitio donde podamos «ir».

—¿Y cómo vamos a detenerlo?

Pero Dane no escuchaba. Había oído un crujido a su derecha. En el aire, a poco más de un metro por encima del suelo, había aparecido un pequeño círculo negro de treinta centímetros de diámetro. El círculo crecía elípticamente y se extendía hacia la calle de piedra.

—¡Quieto! —ordenó a Freed cuando éste lo apuntó con su M-16.

Un hombre con un gran bigote rojo dio un paso al frente y el círculo desapareció.

—Ed —susurró Dane.

—Dane.

Dane lo miró con incredulidad. El líder del equipo tenía el mismo aspecto que la última vez que lo había visto, hacía más de treinta años, con la cara demacrada por el cansancio y el estrés, pero el pelo todavía rojo brillante, y el cuerpo erguido y rebosante de juventud.

—¿Cómo...? —empezó a decir Dane, pero Flaherty se acercó a él y lo agarró por el brazo.

—No hay tiempo. Tenemos que detenerlos.

—¿A quiénes? —preguntó Dane.

Los demás se agruparon alrededor y observaron en silencio. Flaherty señaló el rayo dorado.

—A los que controlan eso.

—Pero... —Dane retrocedió un paso, abrumado—. Pero ¿quién eres tú? No puedes ser...

—Soy yo —aseguró Flaherty—. Sé que cuesta aceptarlo, pero soy yo.

—¿Dónde has estado? —preguntó Dane—. Han pasado más de treinta años.

—¿Treinta años? —La cara de Flaherty se ensombreció y sacudió la cabeza despacio—. Sabía que había pasado tiempo, pero ¿treinta años? —Clavó la mirada en Dane—. ¿Y Linda?

Dane parpadeó. Esa pregunta, más que ninguna otra cosa que pudiera haber dicho, le confirmó que era su viejo compañero de equipo.

—Se casó, Ed. Hace mucho. Ya tiene nietos.

—No te preocupes —respondió Flaherty haciendo un gesto de asentimiento y asimilando las palabras—. Tenía que ser así. De todos modos, yo no puedo volver. Nunca pude. No puedo. —Pero, ¿cómo...? —Dane no pudo pronunciar las palabras. —No lo sé —dijo Flaherty. Su rostro traslucía su propia confusión—. Me fui hacia un lado. Es lo mejor que pudieron explicármelo. Me salvaron de la Sombra y me llevaron hacia un lado, que es donde ellos están. Donde siempre han estado. —¿Quiénes son ellos? —preguntó Freed. —Los Predecesores —respondió Flaherty, alzando las manos—. Así los llamaban los habitantes de esta ciudad hace mucho tiempo. No sé exactamente quiénes son o qué son, pero me enviaron aquí para que te ayudara a detener a los otros.

—¿Los otros? —repitió Dane. Trató de penetrar en su mente, pero se topó con un muro impenetrable.

—Los de la Sombra —respondió Flaherty—. Quieren dominar el mundo. Lo necesitan. Tenemos que detenerlos. —¡Dios mío! —exclamó Freed—. No sé... —Calla, Freed —dijo Ariana cortante—. ¿Tenemos que detener a la Sombra?

—El haz del avión. —Flaherty miró a Ariana—. No lo detuvisteis a tiempo. La Sombra consiguió deglutir tu avión y el ordenador de a bordo, y traer aquí, al prang las piezas que necesitaba. Sólo pueden utilizar lo que traen aquí, a este lado. Ellos todavía no pueden atravesarlo sin la protección de sus máquinas. Tampoco pueden hacerlo los Predecesores que me salvaron. Ellos también utilizan lo que pueden, y me están utilizando a mí. Por eso me salvaron.

Las palabras brotaban rápidamente de sus labios. Dane le cogió del brazo.

—Tranquilo, Ed. Tranquilo. Te ayudaremos.

—Algunos de esos animales, si quieres llamarlos así, tratan de cruzar a este lado, pero el agua los detiene. Sin embargo, el agua no puede detener las máquinas que utilizan. Ni los rayos.

Dane intentaba comprender lo que decía su viejo amigo.

—No puedo volver, Dane —A Flaherty se le llenaron los ojos de lágrimas—. Me han salvado, pero no puedo volver. Controlan el espacio que me rodea, pero no podrán hacerlo mucho tiempo y por eso tengo que regresar. —Se echó hacia adelante—. Tienes que detener la Sombra. Tienes que hacerlo.

—¿Cómo? —repitió Ariana.

—Detened el haz dorado. Ahora mismo. Antes de que sea demasiado tarde. Sólo faltan diez minutos para que se hagan las últimas conexiones y entonces nadie podrá detenerlo. Todas las puertas se conectarán y las abrirán de par en par.

—¿Qué podemos hacer en diez minutos? —preguntó Dane.

—Destruid el prang —respondió Flaherty, llevándose una mano a la frente, como si le doliera—. La Sombra podrá detener todo lo que enviéis aquí que utilice energía

electromagnética. Puede verla y utilizarla, del mismo modo que nosotros vemos y utilizamos la luz. Y lo mismo ocurre con la radiación. Es lo que realmente utilizan y lo que realmente necesitan. Quieren nuestro planeta. Este lugar y otros similares son sus plataformas de lanzamiento para invadir nuestro mundo. No podéis permitir que vayan más lejos.

Dane miró el enorme prang por encima de Flaherty. Diez minutos no bastaban para salir de allí. Y aunque lo lograran, ¿cómo iban a destruirlo sin utilizar armas del exterior?

Cerró los ojos y despejó su mente, abriéndola. Entonces lo vio, y supo que esa imagen se la habían enviado a él. No sabía quién, pero como había dicho Sin Fen, era la Voz de los Dioses.

Se concentró y lanzó una afilada lanza mental hacia el este.

Chelsea percibió a su amo. Estaba con ella. Buscó alrededor, volviendo la cabeza en todas direcciones. Pero ¿dónde estaba?

Sin embargo, había oído la orden como si se la hubiera susurrado al oído. Bajó la cabeza e hincó los dientes en el hombro de Sin Fen. Ésta se sobresaltó y abrió los ojos despacio, volviendo en sí.

Sacudió la cabeza, sintiendo dolor y náuseas. Pero por encima de todo una voz insistente.

¿Dane?, preguntó mentalmente.

¡Debemos actuar deprisa! Oyó la voz de Dane retumbando en su cabeza.

Chelsea ya había empezado a tirar de la cuerda que la sujetaba mientras Dane le enviaba un mensaje, mostrándole lo que debía hacer.

—¡Eh! —Alguien lo había zarandeado por los hombros. Dane abrió los ojos y se encontró mirando a los ojos azul intenso de Ariana—. Tenemos que hacer algo y pronto —dijo la mujer señalando hacia atrás, al otro lado del foso.

Con una cacofonía de siseos, siete cabezas de serpiente unidas a un solo cuerpo se deslizaron ante ellos hasta el borde del foso.

—No cruzará el agua —dijo Flaherty.

—Estupendo —dijo Carpenter, hablando por primera vez—. Pero ¿cómo demonios vamos a salir de aquí?

—Tal vez no lo hagamos, pero tenemos que detener el haz —respondió Dane.

—Los Predecesores os ayudarán a salir una vez hayáis destruido el prang— aseguró Flaherty.

—Pero ¿cómo vamos a hacerlo? —preguntó Freed.

—Estoy pidiendo ayuda —respondió Dane.

Sin Fen se liberó de los restos de la cuerda y se levantó. Acarició la cabeza de Chelsea, entre las orejas, con sus largos dedos.

—Muy bien.

Chelsea agachó la cabeza y la levantó hacia los dedos.

—No hay tiempo para más, amiga —dijo Sin Fen. Y empezó a subir el barranco al tiempo que sacaba un cuchillo de la bota.

—Señor, estamos apenas a treinta kilómetros de la costa de Florida —dijo el comandante Sills—. Si esto sigue creciendo a este ritmo, vamos a quedarnos sin agua.

—¡Mierda! —exclamó Rogers—. Si vuelve a ocurrir, un montón de civiles del sur de Florida van a estar como nosotros.

Se sentía febril. No tenía ni idea de los síntomas que debía presentar alguien que hubiera estado expuesto a una dosis mortal de radiación. Lo último que quería era que su tripulación sufriera. Tenía previsto quedarse allí mientras la tripulación permaneciera ocupada, pero en cuanto se agravara la enfermedad, sumergiría el Wyoming hasta el fondo y terminaría con él por el bien de todos. De ese modo impediría que el submarino contaminado causara daño a otras personas.

Sin Fen llegó a lo alto del barranco. Un mercenario vestido de negro se volvió al oírlo, pero el grito de alarma murió en su garganta al clavarse en ella un afilado cuchillo. Sin Fen tenía en sus manos la metralleta del mercenario antes de que el cuerpo se desplomara en el suelo.

Se adentró en el campamento y disparó antes de que pudieran advertir su presencia. En menos de diez segundos, los otros cinco mercenarios habían muerto sin saber qué había ocurrido.

Sorprendió a Paul Michelet intentando subirse al asiento del pasajero de uno de los Hueys. Lo detuvo en su huida con el efectivo recurso de disparar al cristal de la cabina de mando y coser a balazos el pecho del piloto.

—¡Por favor! —exclamó Michelet con las manos levantadas, volviéndose hacia ella.

Sin Fen apretó brevemente el gatillo y de la boca del arma sólo salió una bala, que alcanzó la pierna derecha de Michelet por encima de la rodilla y lo arrojó al suelo.

—Calla —dijo ella cuando él gritó. Recuperó su teléfono por satélite, y marcó un número.

—¿Sí? —Foreman se dio cuenta de que agarraba el borde del asiento con tal fuerza que tenía los nudillos blancos.

—Dane está en Angkor Kol Ker. —La voz de Sin Fen era firme y controlada—. El prang del centro de la ciudad es la principal fuente de propagación. La puerta principal.

—¿Qué podemos hacer?

—Tenemos que destruirlo.

—Sí —coincidió Foreman—. Pero no podemos enviar un avión. Ni siquiera podemos disparar un misil de crucero. Nada de lo que tenemos funcionará en esa

puerta.

—Dane tiene un plan.

—Te escucho.

Beasley contemplaba las ruinas mientras las grababa con su cámara de vídeo. Carpenter estaba sentada en una gran piedra, con el cansancio reflejado en su rostro. Ariana observaba a Dane, y esperaba, lo mismo que Freed. Flaherty también parecía cansado, con la cara demacrada, tal como Dane la recordaba después de las misiones fronterizas. Éste sabía que el tiempo pasaba, que sólo les quedaban unos minutos, pero la mole del prang los desafiaba, con el haz dorado vibrando de energía.

Flaherty atrajo su atención.

—Como en los viejos tiempos, ¿eh, amigo?

Dane asintió. Bajó la voz para que sólo Flaherty lo oyera.

—¿Qué te ha pasado?

—No sé dónde estoy cuando no estoy aquí, sólo que no es aquí. Sé que no tiene sentido, pero es demasiado complicado. Hay otro lado. Está realmente «al otro lado de la alambrada», si quieres llamarlo así. En alguna otra dimensión donde existen esos «otros». Y allí están luchando los Predecesores y la Sombra..., así es como los llamaron hace mucho, pero ni siquiera sé como se llaman a sí mismos. Sólo oigo sus voces. Dentro de mi cabeza.

»Y aquí —Flaherty abarcó lo que lo rodeaba con un amplio gesto— es por donde cruzan a nuestro lado y continúan luchando. La Tierra sólo es otro lugar que conquistar y utilizar. Y los que me envían no quieren que la Sombra lo logre. Lleva así mucho tiempo.

—¿Por qué no pueden detenerla los Predecesores?

—Tienen un acceso limitado a la Tierra. Lo mismo que la Sombra. Pero el poder de la Sombra es más fuerte aquí. Según he deducido, cuenta con mejor tecnología y domina en la guerra. Los Predecesores hace mucho tiempo, muchísimo tiempo, que se limitan a defenderse. —Y añadió—. Lucharon antes en la Tierra, en el pasado.

—La Atlántida —dijo Dane.

—Quedó completamente destruida. Algunos escaparon.

—Y esos otros, ¿son humanos? —preguntó Dane.

—Nunca los he visto —insistió Flaherty. Pero Dane advirtió cómo caía una cortina en la mente de su amigo, impidiéndole acceder a él, y eso lo inquietó.

Señaló el naga que se enroscaba al otro lado del foso, mirándolos con los ojos maliciosos de sus siete cabezas.

—¿Y eso? ¿Y las demás criaturas? ¿Las que nos atacaron?

—Forman parte de la vida que existe al otro lado. —Flaherty meneó la cabeza—. ¡Mierda, no lo sé! ¡No sé un montón de cosas!

Dane estaba a punto de hacer otra pregunta, pero se interrumpió. Sin Fen.

Cerró los ojos. El plan estaba en marcha. Tenía trabajo.

Patricia Connors escuchó el plan que expuso Foreman.

—No puedo hacer eso —se limitó a responder.

—¿Por qué no? —preguntó Foreman.

—No sé adonde quiere ir a parar —protestó ella—. Y la única forma que tengo de ponerme en contacto con el satélite KH-12 es por radio, y sabemos que la puerta impedirá la conexión.

—Haga lo que le he dicho y no se preocupe del resto.

—Pero recuerde lo que ocurrió al Thunder Dart y al Bright Eye —objetó Connors.

—¡Hágalo! —La voz de Foreman era dura.

—Está bien —respondió Connors cogiendo su gorra del ordenador.

—¡Oh, no! —exclamó Jimmy al verla sentarse ante el ordenador—. ¿Vas a hacerlo?

—No tenemos otra alternativa.

—Pero ¿cómo van a...?

Connors levantó una mano mientras con la otra apretaba una tecla del teclado.

—No nos corresponde preguntarnos por qué.

A doscientos kilómetros de altura sobre la puerta de Angkor, los cohetes de control del satélite KH-12 cobraron vida en cuanto Patricia Connors transmitió la orden. Pero en lugar de moverse lateralmente, el satélite giró despacio.

—No queda mucho tiempo —dijo Flaherty, apartándose de Dane—. Voy a tener que volver ahora. ¿Podrás detenerlo?

—Sí —respondió Dane, parpadeando.

—No pueden mantenerme más tiempo aquí. —Flaherty retrocedió otro paso—. Constituiría un peligro para ti. —Miró a su derecha. Del rayo principal salió otro rayo que empezó a formar una esfera dorada a un lado de la parte superior del prang.

—¡Oh, mierda! —exclamó Freed, poniéndose de pie.

—¿Cómo se sale de aquí? —preguntó Carpenter a gritos, cuando Flaherty retrocedió otro paso y detrás de él apareció un agujero negro.

—Cuando llegue el momento lo sabréis —respondió Flaherty, levantando una mano.

Dane habría jurado que unas gruesas lágrimas resbalaron por las mejillas del jefe de su equipo. Luego desapareció.

Dane miró hacia el cielo.

Los propulsores principales se encendieron y el KH-12 realizó una maniobra que sus creadores jamás habían imaginado, al dirigirse directamente hacia el suelo, con la fuerza de la gravedad de la Tierra sumada a la potencia de los cohetes.

—¡Está pasando algo! —gritó el comandante Sills, y su voz retumbó en la sala de

control de operaciones—. Estamos detectando algo por el sonar. Algo sólido. A seis kilómetros de distancia.

—¿Qué es? —preguntó el capitán Rogers.

—¡Parece otro submarino, pero la lectura es muy extraña!

Dane ya no estaba de pie en Angkor Kol Ker, sino muy por encima de él, y al mirar abajo veía el planeta desde una altura muy elevada. Y éste se acercaba. Alargó una mano y sintió que tenía el control, que era capaz de cambiar de posición mientras sentía una sensación de calor en la cara, el comienzo de la atmósfera.

Ariana miró a Dane, que tenía los ojos extraviados. Luego levantó la vista hacia el prang. La esfera dorada ya era sólida, y medía metro y medio de diámetro.

—¡Bajadlo de ahí! —gritó cuando la esfera se precipitó de pronto hacia donde estaban.

Entre Freed, Carpenter y ella agarraron a Dane y lo hicieron rodar por el suelo hasta detrás de unas rocas. La esfera las alcanzó con una fuerte explosión que arrojó fragmentos de piedra por el aire.

Se oyó un grito de dolor. Beasley seguía de pie en el mismo sitio, con la cámara de vídeo en una mano y apretándose con la otra su amplio estómago, la sangre brotándole de entre los dedos. Se tambaleó despacio hacia atrás, contra la muralla de la ciudad, y cayó sentado al suelo.

—¡Maldita sea! —exclamó Freed, corriendo hacia el profesor mientras sacaba una compresa del botiquín que llevaba en su chaleco de combate.

—¡Mirad! —exclamó Carpenter, desviando la atención de Ariana del botiquín de primeros auxilios.

Otra esfera dorada se estaba formando, el doble de grande que la primera.

—¡Qué diablos ocurre! —exclamó Connors. Movía la palanca de mando del KH-12, pero no respondía. El ordenador le informó que el satélite estaba lanzando cohetes de control y cambiando su trayectoria—. He perdido el control —dijo.

—¿Quién lo tiene entonces? —preguntó Jimmy, mirando los indicadores por encima de su hombro. —No tengo ni idea.

Dane vio debajo de él el contorno del Sudeste asiático, que aumentaba de tamaño a un ritmo exagerado. La línea de la costa se prolongaba hasta perderse de vista, y abajo sólo había verde. Se obligó a reducir la velocidad, sin saber muy bien cómo hacerlo, pero logró concentrarse y consiguió distinguir en el verde que se extendía a sus pies los débiles trazos de un rectángulo. Y allí, justo a su derecha, estaba el haz dorado.

Reajustó su trayectoria moviéndose hacia el haz, hasta que descendió paralelo a él.

—¡Dios mío! —exclamó Freed. La segunda esfera dorada ya era sólida. Sabía que ésta los eliminaría a todos—. ¡Dane! —Lo zarandeó, pero no obtuvo respuesta.

Dane veía por fin Angkor Kol Ker debajo de él. El haz dorado estaba justo a su derecha. El KH-12 era una masa inerte. Todos los sistemas habían sido desconectados y nada podía atraer la atención de la energía de la Sombra.

Dane le dio un último codazo.

El KH-12 pesaba dieciocho toneladas. Los paneles solares habían sido cortados enseguida, tan pronto como inició el descenso, pero su ausencia apenas disminuía el peso del satélite. Se estrelló contra la parte superior del prang a más de seis mil cuatrocientos kilómetros por hora. La masa por la velocidad era igual a una explosión equivalente a la bomba que Michelet había arrojado para despejar la zona de aterrizaje.

Dane abrió los ojos. Oyó gritos alrededor y el ensordecedor estampido de una explosión. Una bola de fuego había sustituido al prang y de él salían volando grandes fragmentos de piedra. Dane rodó hasta los demás, que se habían resguardado entre varios bloques de piedra.

—¿Qué demonios ha sido eso? —gritó Freed, mientras oían a su alrededor el ruido de piedras estrellándose contra el suelo.

Dane atisbo a través del polvo y los escombros. El prang y el haz dorado habían desaparecido.

—¡Se está deteniendo! —exclamó Jimmy, mirando la pantalla con incredulidad—. ¡Se está deteniendo!

—¿Qué hay de las otras fuentes? —preguntó Conners.

—Se están deteniendo también. —Jimmy hizo un gesto de incredulidad—. ¡Lo hemos conseguido!

—¿Qué hemos hecho? —murmuró Conners para sí.

Foreman observaba los datos que le llegaban de la NSA. Los comprendió, pero no se dejó llevar por la euforia ni se permitió sentirse aliviado. La propagación por el espacio había cesado, pero las puertas seguían existiendo. Aisladas ahora, pero eso sólo los llevaba de nuevo al punto de partida.

—¡Estamos detectando un segundo objeto! —comunicó Sills al capitán Rogers—. Justo detrás del primero. Algo muy grande.

—¿Qué es?

—Es demasiado grande para ser un submarino. ¡Dios, es seis veces mayor que un Tifón!

Rogers sabía que un Tifón era el submarino más grande del mundo, el orgullo de la flota de misiles balísticos rusos, que desplazaba más veintiséis mil quinientas toneladas cuando se sumergía. De casi dos campos de fútbol de largo y quince metros de ancho, un Tifón era el doble de grande que su submarino. Pero la idea de algo seis veces mayor que eso lo dejó estupefacto.

—Prepara todo el armamento y acerquémonos —ordenó.

Roger recorrió con la vista el centro de operaciones. El capellán de a bordo se movía por él hablando en voz baja con los hombres, administrando los últimos sacramentos.

—Ahora es un buen momento para buscar la salida de la que ha hablado tu amigo —dijo Ariana, conteniendo con sus manos la sangre de la herida de Beasley.

El suelo bajo sus pies se combó de pronto, desconcertando a todo el grupo, naciéndolos buscar un lugar donde asirse.

—¡Mierda! —exclamó Freed cuando el terremoto se interrumpió un instante, señalando desde el muro.

El fondo de piedra del foso se había resquebrajado y empezado a vaciarse. Al otro lado, el naga se alzaba e inclinaba hacia adelante, siguiendo con sus siete pares de ojos el agua que desaparecía. Luego se deslizó en el agua.

Freed se encajó en el hombro la culata de su M-16 y apuntó.

—¡Por allí! —gritó Dane, señalando a la derecha.

Por donde Flaherty había aparecido y desaparecido se abría otro agujero negro. Circular, de unos dos metros y medio de diámetro, se elevaba tembloroso a unos treinta centímetros por encima del suelo, que volvía a estremecerse.

—¡Vamos! —dijo Dane, cogiendo a Beasley por un brazo.

Freed seguía apuntando con su arma al naga, que ya había cruzado la mitad del foso y estaba a menos de doscientos metros de distancia, moviéndose deprisa.

—¿Ahí dentro?

—¿Prefiere quedarse aquí? —preguntó Dane, mientras Carpenter sujetaba a Beasley del otro brazo y Ariana le apretaba la herida, y se acercaban al agujero negro.

Freed disparó todo el cargador contra el naga, pero lo único que pareció conseguir fue aumentar la velocidad de la serpiente.

—¡Mierda! —exclamó Freed—. Moveos. —Y retrocedió encajando otro cargador.

Dane llegó al agujero. Entre él y Carpenter levantaron a Beasley y lo arrojaron dentro. Luego hizo un ademán, como un caballero que deja pasar a una dama, y Carpenter lo cruzó de un salto, seguida de Ariana. Dane se volvió hacia Freed, que volvía a disparar.

El naga estaba a menos de doce metros de distancia, y se alzaba y movía sus cabezas en todas direcciones.

—¡Vamos! —gritó saltando.

Sintió el cuerpo extraño mientras atravesaba el círculo, como si se adentrara en un espeso campo de gelatina y se viera comprimido en él. Luego, con un ruido seco, salió de nuevo al aire libre. Aterrizó en una rejilla de metal, donde tropezó con Ariana que acababa de levantarse del suelo.

Por el agujero apareció la cara de Freed, seguida del resto de su cuerpo.

—¡Dios...! —empezó a decir, pero las palabras se convirtieron en un grito cuando una de las cabezas de la serpiente se asomó por el agujero y cerró la mandíbula alrededor de su brazo. Freed abrió mucho los ojos y el grito terminó en un entrecortado jadeo.

Dane lo agarró por el brazo derecho en el preciso momento en que la criatura empezaba a arrastrarlo hacia el agujero.

De pronto el círculo negro se cerró, cortando limpiamente la cabeza de la serpiente justo detrás de los ojos, que cayó sobre la rejilla de metal.

—¡Arrancádmela! —gritó Freed.

Dane miró alrededor. Estaban en un compartimiento estrecho de paredes metálicas, y había muchas tuberías que se extendían por el techo. Vio colgada en la pared un hacha contra incendios y la cogió. A continuación deslizó el mango entre las mandíbulas y las abrió haciendo palanca, y liberó de los colmillos el brazo destrozado de Freed, del que manaba sangre de una arteria cortada. Por último se quitó el cinturón y lo enrolló alrededor del brazo de Freed, justo por encima del chorro de sangre, y la hemorragia prácticamente se detuvo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Freed, pálido, recostándose en la pared metálica.

Dane volvió a mirar a su alrededor, con más detenimiento. Advirtió el nombre grabado en el mango del hacha que acababa de utilizar.

—En el Scorpion.

La escotilla del compartimiento se abrió de pronto y un marinero asomó la cabeza. Parpadeó al ver la escena que tenía ante él.

—¿Quiénes demonios sois?

—¡Tengo que hablar con el capitán! —respondió Dane.

CAPÍTULO 18

—El sonar ha identificado el primer objeto, señor —informó el comandante Sills —. Es el submarino estadounidense Scorpion.

Rogers lo miró con incredulidad. Todos los submarinistas conocían la historia del Scorpion, perdido en el océano en 1968.

—¿Y el segundo?

—Ni idea, señor, pero está persiguiendo al Scorpion.

—Ponnos en posición para enfrentarnos al segundo.

—A la orden, señor.

La tripulación del Wyoming estaba muriéndose, pero tenía suficientes fuerzas para librar la última batalla. El submarino se precipitó hacia el Scorpion, que avanzaba muy despacio. No tenían ni idea de qué podía ser el segundo y enorme objeto, pero el capitán Rogers estaba decidido a proteger a toda costa al Scorpion. No sabía cómo un submarino que había sido dado por desaparecido en las profundidades del océano hacía treinta años podía aparecer de pronto, pero si había la más remota posibilidad de que la tripulación estuviera con vida, el sacrificio que su propia tripulación ya había hecho merecería la pena.

Los tubos de los torpedos delanteros estaban cargados, y Rogers ordenó disparar tan pronto como estuviera a tiro.

—Las puertas están disminuyendo —informó Foreman.

—Advierto que está cambiando —dijo Sin Fen por el teléfono vía satélite. Chelsea estaba a su lado con el morro levantado, percibiendo también la diferencia.

—¿Estás en contacto con Dane? —preguntó Foreman.

Sin Fen se proyectó hacia el oeste, pero no recibió respuesta.

—No está allí. O no está vivo.

—¡Maldita sea, lo necesitamos! Lo ha detenido, pero no creo que hayamos visto el final. Necesitamos saber qué ha pasado, y le necesitamos a él.

De pronto, Sin Fen sintió una débil caricia, como el roce de un pelo en la piel.

—Está vivo.

—¿Dónde?

Sin Fen se concentró y vio por un instante lo que Dane veía.

—¡Está en el Scorpion, en el Triángulo de las Bermudas!

—El Scorpion sigue moviéndose, señor—informó Sills.

—¿Cuánto marcan los indicadores?

—La radiación ha bajado. La puerta se está cerrando sobre sí misma, pero tanto el Scorpion como el gran objeto siguen dentro.

—¿Distancia del Scorpion?

—Dos kilómetros y sigue acercándose.

—¿Podemos hablar con ellos?

—En el sesenta y ocho las radios eran muy diferentes de las que utilizamos ahora —respondió Sills, atusándose el pelo—. Ellos...

—¿Podemos hablar con ellos o no?

—Lo intentaré, señor.

—Se pondrá bien —dijo Dane a Freed cuando se disponía a seguir al marinero. Comprobó el improvisado torniquete que le había hecho en el brazo y añadió—: Pediré al médico de a bordo que venga.

El marinero seguía mirándolos, no tanto a ellos como a la enorme cabeza de serpiente cortada de la que manaba sangre.

—¿Quiénes son?

—Llévame ante tu capitán. —Dane le puso una mano en el hombro y lo apremió con la mente.

—A la orden, señor.

El marinero dio media vuelta y cruzó la escotilla, y Dane lo siguió. El siguiente compartimiento era la cocina y pasaron junto a un par de marineros. A continuación entraron en la sala de control del submarino. Los hombres trabajaban frenéticos mientras se gritaban órdenes.

En el centro, junto al periscopio, había un hombre de unos treinta y cinco años. Llevaba en el cuello el águila del capitán. Al ver a Dane, se detuvo en mitad de una orden.

—¿Quién demonios eres?

—No hay tiempo, señor—respondió Dane—. ¡Tenemos que salir de aquí!

—¿Qué está pasando? —preguntó Bateman con frustración—. Mi reactor se ha desconectado y hemos perdido todo contacto con la superficie...

—¡ Señor! —gritó un hombre—. He establecido contacto por radio con un submarino estadounidense que se llama Wyoming.

—No existe ningún submarino con ese nombre —replicó Bateman—. Pásalo al altavoz.

Se oyó un crujido y a continuación una voz por el altavoz.

—Aquí el capitán Rogers del Wyoming. Deben tomar un rumbo de doscientos setenta grados inmediatamente. Se encuentran en grave peligro.

—Identifíquese —ordenó el capitán Bateman—. Nunca he oído mencionar su barco.

—No hay tiempo —replicó Rogers—. Estamos en 1999. ¡Llevan treinta años desaparecidos, y si no empiezan a moverse, volverán a desaparecer!

Bateman se volvió hacia Dane y lo miró perplejo.

—Es verdad —asintió Dane—. Llevan treinta años perdidos.

—No es posible. —Bateman sacudió la cabeza—. Estamos en 1968.

—Ha cruzado una puerta —explicó Dane—. Lo sabe porque trabajaba para Foreman. Entraron en algo muy extraño. —Dio un paso adelante y lo sujetó por los hombros—. Tiene que salvar su barco. Ponga rumbo de doscientos setenta grados. ¡Ya!

Bateman sacudió la cabeza, pero gritó al timonel:

—Dos-siete-cero grados. A toda máquina.

—Los torpedos están siguiendo la trayectoria. —Sills seguía mirando la pantalla de un ordenador mientras transmitía los datos—. Han hecho impacto.

Rogers esperó mientras su barco se acercaba al Scorpion. Sabía exactamente cuánto tiempo tardaría en viajar por el agua el sonido de la explosión. Pasados unos segundos, miró a Sills.

—Ha pasado el tiempo, señor. Debemos de haber errado el blanco.

—¿Cómo demonios vamos a errar un blanco seis veces mayor que un Tifón? —preguntó Rogers.

—¿Qué nos ha pasado? —inquirió Bateman.

Dane era el centro de atención de todos los presentes en la sala de control.

—No lo sé —respondió—. Primero tenemos que salir de aquí y luego intentaremos averiguarlo.

—El objeto está a menos de un kilómetro de distancia.

—¿A qué distancia del Scorpion'!

—A ochocientos metros. El Scorpion está moviéndose. Con un rumbo de dos-setenta grados.

—Reducid a un tercio —ordenó Rogers—. Virad todo a babor. —Observaba el símbolo que representaba el Scorpion en su pantalla e imaginó las posiciones relativas de su submarino y el objeto desconocido.

—El objeto vuelve a acercarse al Scorpion.

—¡Señor! —exclamó el operador de radio, tendiéndole un auricular a Rogers.

—¿Sí? —respondió Rogers.

—Aquí Foreman. Debe salvar el Scorpion. ¿Entendido?

—Entendido. —Rogers devolvió el auricular y se volvió hacia Sills—. Estupendo. ¿Cuánto calculas que tardará el Scorpion en salir de la puerta del Triángulo de las Bermudas a esa velocidad?

—Un minuto y veinte segundos —respondió Sills, tras apretar una tecla de su ordenador.

—¿Y cuánto falta para que lo alcance el gran objeto?

—Cuarenta y cinco segundos —respondió inmediatamente Sills, que ya había calculado el tiempo.

—Sitúanos entre los dos.

—A la orden, señor.

—¿Cuánto tardará?

—Treinta segundos.

—Capellán, me temo que va a tener que rezar más deprisa —dijo Rogers, mirando hacia un lado.

CAPÍTULO 19

Alcanzó a ver la niebla detrás del Scorpion, pero se alejaba por segundos, y la tormenta se cerraba sobre sí misma.

Carpenter, Beasley, Freed y Ariana se reunieron con él y miraron en la misma dirección.

—¿Estamos a salvo? —preguntó Freed.

—De momento —respondió Dane.

La euforia de Foreman se enfrió con el siguiente informe del cuartel general de la marina.

—El Wyoming ha desaparecido, señor.

El Wyoming se deslizó entre el Scorpion y el gran objeto que aparecía en sus pantallas. Era una esfera gigantesca, de más de dos kilómetros y medio de ancho, cuya superficie negra mate estaba hecha de alguna clase de metal. En el centro de la parte delantera se abría una enorme puerta en espiral, de más de cien metros de ancho.

La esfera se dirigía hacia el Scorpion, pero el Wyoming se interpuso en su camino. Frenó cuando el Wyoming se deslizó en la abertura.

—El Scorpion acaba de aparecer en el SOSUS. —Foreman escuchaba el informe del cuartel general de la marina—. ¡Ha dejado atrás la puerta! ¡Está saliendo a la superficie!

—Conners, ¿qué es lo último que se sabe de la puerta del Triángulo de las Bermudas? —preguntó Foreman, descolgando el auricular.

—Sigue disminuyendo —informó ella—. A una velocidad aún mayor.

—¿Y de la puerta de Ankor?

—Se ha reducido a una pequeña extensión de unos seis kilómetros de ancho, y sigue disminuyendo.

El capitán Bateman abrió la escotilla y subió, seguido de cerca por Dane, que parpadeó a la brillante luz del sol. Miró alrededor.

Epílogo

—La última vez que nos vimos, me apuntabas con un arma —dijo Foreman.

Dane estudió al anciano sentado al otro lado de la mesa de conferencias, advirtiendo los cambios que habían producido los años. Foreman había envejecido bien, salvo por su pelo antes canoso y abundante, que le raleaba más de lo que recordaba.

—Y usted me mentía —continuó Dane, alargando una mano a su izquierda para acariciar la oreja izquierda de Chelsea. La perra dorada ladeó la cabeza y la apretó contra la mano.

—Me reservaba información —corrigió Foreman—. La palabra mentira es demasiado fuerte para emplearla en este contexto.

Estaban sentados en la sala de conferencias del cuartel general de la CÍA, en Langley. Sin Fen estaba sentada al lado de Foreman. Éste debía marcharse enseguida a una reunión de alto nivel en Washington con el presidente y el Consejo de Seguridad Nacional, para hablar sobre lo que acababa de ocurrir tanto en la puerta de Angkor, en Camboya, como en las restantes puertas.

La chocante y repentina reaparición del submarino Scorpion, dado por desaparecido en los diarios de navegación de la marina estadounidense de 1968, se había mantenido en secreto, pero Dane sabía que no podrían hacerlo mucho más tiempo. No podían explicar el hecho de que ningún miembro de la tripulación pareciera haber envejecido en treinta años. Ni podía explicarlo la tripulación. Que ellos supieran, sólo habían transcurrido unos minutos entre el momento en que habían comunicado por radio a Foreman en 1968 que el reactor se había desconectado al entrar en el Triángulo de las Bermudas, y el momento en que Dane había aparecido en el puente de mando del submarino hacía dos días.

—¿Por qué sigue necesitándome? —preguntó Dane.

—Porque la misión que empezó hace treinta años no ha terminado —respondió Foreman—. Porque has sido tú quien ha detenido la invasión a través de la puerta de Angkor.

—Por el momento —añadió Sin Fen.

—Por eso te necesito —concluyó Foreman.

Dane miró a Sin Fen, cuya mente era un muro negro para él. Luego se volvió hacia Foreman. Podía leer más en él, pero no todo lo que le hubiera gustado. Sabía que el anciano decía la verdad, pero también que había muchas cosas que no sabía o le ocultaba. Basándose en sus pasadas experiencias con el hombre de la CÍA, probablemente ambas cosas.

—Lo he escrito todo en mi informe —insistió Dane.

—Además —continuó Foreman como si no lo hubiera oído—, hemos perdido el Wyoming dentro de la puerta del Triángulo de las Bermudas.

—Se han perdido otros submarinos en las puertas —replicó Dane.

—Ninguno con veinticuatro ICBM Trident a bordo. Cada misil está dotado de ocho cabezas nucleares MK 4 de cien kilotonnes cada una, es decir, ciento noventa y dos cabezas nucleares. Y nuestros amigos del otro lado, sean quienes sean o lo que sean (la Sombra, como los llamó su amigo Flaherty), parecen tener una acusada inclinación por lo radiactivo. Nos hemos impuesto a sus armas en este primer asalto, pero tal vez no nos vaya tan bien contra nuestras propias armas que acaban de capturar.

—Estupendo —dijo Dane—. Recuperamos el Scorpion, y la Sombra se hace con el Wyoming y sus armas nucleares.

—Te tenemos a ti —repuso Foreman—. Tienes una especie de poder, una especie de ligazón con esas puertas. Has vuelto a conseguir entrar y salir de la puerta de Angkor. Por segunda vez. Eso es una vez más de lo que nadie ha hecho.

Dane se limitó a mirar fijamente al representante de la CÍA. Tenía la sensación de estar en medio de un remolino, y de ser arrastrado contra su voluntad hacia un centro oscuro y peligroso. Y, para ser sinceros, no estaba seguro de la fuerza con que iba a poder nadar contra el poder que lo arrastraba hacia allí, si es que era capaz de resistir.

Foreman dejó unas fotografías en la mesa delante de él.

—La de encima es de la puerta de Angkor Kol Ker. Las otras del Triángulo de las Bermudas y de las restantes puertas distribuidas alrededor del mundo.

Dane examinó la primera fotografía. Era una imagen de satélite de Camboya. En el centro había un triángulo negro y sólido de diez kilómetros por lado. Estaba situado en el centro norte del país, en lo más profundo de la casi impenetrable selva.

—Todas las puertas tienen ahora la misma forma y un tamaño estable —explicó Foreman—. Este triángulo negro es reciente y no sabemos qué significa. No tenemos constancia de nada parecido en nuestros archivos. Ningún equipo de toma de imágenes es capaz de penetrarlo. Los de vigilancia de tierra que observan las puertas dicen que la niebla se ha fusionado en esa masa negra y sólida. Los sensores remotos que hemos enviado en vehículos dirigidos por control remoto, ya sea por tierra, mar o aire, en cuanto entran en la negrura dejan de transmitir. Y nunca vuelven a salir, aunque estén programados para hacerlo.

»Los rusos (y esto es confidencial, como todo lo que hemos discutido) enviaron un comando a una de las puertas de su territorio cerca de Tunguska. No ha vuelto y se cree que ha muerto.

»Me temo que, aunque hemos detenido la propagación, ha durado lo suficiente como para permitir que esa cosa, sea lo que sea, se haya introducido en nuestro

planeta por cada una de las puertas. Eso es algo que nunca había ocurrido antes.

—Que nosotros sepamos —añadió Sin Fen.

—Eso significa que están esperando —dijo Dane.

—¿Están? —preguntó Foreman.

—La Sombra.

—¿Para qué? —preguntó Sin Fen.

—Para volver a atacar—respondió Dane.

FIN